

# **El espacio en la obra de Alfredo Bryce Echenique**

M<sup>a</sup> Pilar HURTADO PERALTA

I S B N: 84--89727-64-3  
Depósito Legal: S. 54-98

Servei de Publicacions  
Universitat de Lleida

# ÍNDICE GENERAL

## I.- INTRODUCCIÓN

## II.-EL ESPACIO DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 1.-APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

### 2.-CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD NO ES MERA COINCIDENCIA

## III.-UNA APROXIMACIÓN AL ESPACIO

### 1.-EL ESPACIO

### 2.-SOBRE UN ESPACIO CONCRETO: EL DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 3.EL ESPACIO PARA EL ESCRITOR

## IV.-EL ESPACIO EN LA OBRA DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 1.-LOS ESPACIOS DE LA NIÑEZ

#### 1.1.-El espacio físico / el espacio íntimo

### 2.-LOS ESPACIOS DE LA ADOLESCENCIA

#### 2.1.-El espacio físico

##### 2.1.1.-El colegio

##### 2.1.2.-La calle

#### 2.2.-El espacio íntimo

##### 2.2.1.-El amor: el enfrentamiento entre el amor idealizado y el deseo

##### 2.2.2.-La amistad

##### 2.2.3.-La valoración del Yo

###### 2.2.3.1.-Los ídolos:

###### 2.2.3.2.-Los antihéroes:

##### 2.2.4.-El complejo de Edipo

### 3.-LOS ESPACIOS DE LA EDAD ADULTA

#### 3.1.-El espacio físico

##### 3.1.1.-El espacio geográfico

###### 3.1.1.1.-Francia: esto fue el deseo

###### 3.1.1.2.-Francia: esto es lo que sucedió

###### 3.1.1.3.-España

###### 3.1.1.4.-Y otra vez París: El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz

###### 3.1.1.5.-La última mudanza de Felipe Carrillo: Perú-París-Madrid-Perú-París

###### 3.1.1.6.-París otra vez

###### 3.1.1.7.-Perú

###### 3.1.1.8.-El Perú de la nostalgia

###### 3.1.1.9.- Y de nuevo España

###### 3.1.1.10.-Otros lugares

#### 3.1.2.-El espacio de la Historia

##### 3.1.2.1.-Mayo del 68

#### 3.1.3.-Los viajes: espacios a recorrer

#### 3.1.4.- El entorno

##### 3.1.4.1.-Los apartamentos

##### 3.1.4.2.-Los bares

##### 3.1.4.3.-Los bares anónimos

##### 3.1.4.4.-Los otros bares

##### 3.1.4.5.-Los restaurantes

##### 3.1.4.6.-Las piscinas

##### 3.1.4.7.-Los aeropuertos

##### 3.1.4.8.-Las fiestas

##### 3.1.4.9.-La calle

##### 3.1.4.10.-Otros

#### 3.1.5.-El espacio de la confinación

#### 3.1.6.-Los objetos

##### 3.1.6.1.-Malatesta

##### 3.1.6.2.-El sillón Voltaire

##### 3.1.6.3.-La hondonada

##### 3.1.6.4.-El diván

#### 3.1.7.-La recurrencia de ciertos objetos:

[3.1.7.1.-Las fotografías](#)

[3.1.7.2.-Las corbatas](#)

[3.1.7.3.-Los perros](#)

[3.1.7.4.-Otros objetos](#)

[3.2.- el espacio íntimo:](#)

[3.2.1.- El hecho de la escritura:](#)

[3.2.1.1.-El recuerdo como materia novelable](#)

[3.2.3.-Las mujeres:](#)

[3.2.2.1.-Una relación marcada por la literatura](#)

[3.2.2.2.-Hay mujeres que no resisten el cambio](#)

[3.2.2.3.-Otras mujeres](#)

[3.2.2.4.-Y cuatro son las mujeres](#)

[3.2.2.5.-The second best](#)

[3.2.3.-La amistad](#)

[4.-EL ESPACIO FORMAL](#)

[4.1.-La oralidad](#)

[4.2.-El humor](#)

[4.2.1.-El humor en la obra de Bryce Echenique](#)

[4.3.-Otros recursos](#)

[V.-UN MUNDO PARA JULIUS](#)

[1.-EL ESPACIO FÍSICO](#)

[1.1.-El espacio geográfico](#)

[1.1.1.-Chosica](#)

[1.2.-El entorno](#)

[1.2.1.-La casa](#)

[1.2.2.-El colegio](#)

[1.2.3.-El Country Club](#)

[1.2.4.-La casa de Cano](#)

[1.2.5.-El aeropuerto](#)

[1.2.6.-El baño](#)

[1.3.-Los Objetos](#)

[1.3.1.-Las corbatas](#)

[1.3.2.-Las fotografías](#)

[2.-EL ESPACIO ÍNTIMO](#)

[3.-EL ESPACIO EN LA EDAD ADULTA](#)

[3.1.-La casa: la relación con la servidumbre](#)

[3.2.-El golf](#)

[3.3.-Las fiestas](#)

[3.4.-Los toros](#)

[3.5.-Los personajes](#)

[4.-EL ESPACIO FORMAL](#)

[4.1.-Las descripciones](#)

[4.2.- Otros recursos](#)

[VI.- IMPRONTA: NO ME ESPEREN EN ABRIL](#)

[VII.-CONCLUSIONES](#)

[VIII.-BIBLIOGRAFÍA](#)

# I.- INTRODUCCIÓN

La elección del autor y del tema de este trabajo no tuvo una motivación concreta ni entusiasta. Pero si hoy tuviera que empezar, de nuevo, una tesis, volvería a elegir a Alfredo Bryce Echenique, porque entrar en la obra de este escritor supone, por lo pronto, dos cosas, una sorpresa, en el sentido más elemental del término (esa cajita que se abre con la ilusión de lo desconocido, y que se presenta cual resorte inesperado, haciéndote perder, por un momento la calma, y que se completa con el gesto burlón de sacar la lengua, dulcificado con el guiño de ojo); y al margen, o al unísono, la risa en todas sus manifestaciones: desde la sonrisa comprensiva e irónica a la carcajada rotunda. Y esto por lo que se refiere al encuentro con el escritor.

El espacio es el término abarcador para todo el trabajo, y cubre, dándole forma, todos los campos posibles, desde el propio del escritor, peruano nacido en la burguesía limeña y predestinado a ser banquero, siguiendo con la tradición familiar, y con vocación precoz hacia la literatura, desviada por algún tiempo por las presiones familiares, de las que le quedó una carrera de abogacía casi por estrenar, y el deseo y la idea de que en el Perú, y en su medio, su vocación no progresaría. Cumpliendo con el deber filial entregó el título al padre y lo cambió por un billete de ida a Europa (de ida sin regreso, como sabemos por la perspectiva que nos ha dado el tiempo).

Y de aquí nace toda su obra, del deseo primero, pero condicionado por la ruptura con el medio que, por lo menos le pertenecía y lo arraigaba, y el trueque de esa tranquilidad material por esa vocación aún incipiente y la dura vida de estudiante becado en París. Y de esta dualidad, de este desarraigo a que lleva toda ruptura drástica nacerá, en cierta manera, su obra. Y explicará, también, la elección del tema del trabajo: *El espacio en la obra de Alfredo Bryce Echenique*, ya que un cambio geográfico (espacial y social) fue la espoleta -un poco retardada es cierto- (llegó a París en 1964, y *Huerto cerrado*, su primer libro de cuentos fue publicado en 1968) que hizo estallar toda su obra. Y aún hay más, un gran parte de sus novelas tienen como tema, precisamente, las dificultades que cualquier sudamericano, estudiante y "sin dólares", tiene en un país extranjero, y concretamente -en el mismo periplo que Bryce Echenique- en Francia.

Y de esta coincidencia temática, y de muchas otras anécdotas que se parecen "en detalle" a las del escritor, llegamos a otra parte del trabajo, cuyo título: "Cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia" es harto elocuente, aunque el escritor lo niegue una y otra vez, ante la insistencia de la crítica, que no deja de notar todas esas coincidencias; recurriendo incluso, el escritor, a la *boutade* de mostrarse como personaje de sus novelas (me estoy refiriendo a *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, donde el protagonista tiene los mayores rasgos de Bryce), enfrentado, además, en ideas y afecto al personaje protagonista.

Después el estudio del espacio pasará a concretarse en los personajes protagonistas, y dentro de ellos, de su acontecer, en principio, dividiéndolos en etapas muy diferenciadas en procederes, como son la edad de la infancia, que nos llega fundamentalmente a través del recuerdo del personaje adolescente o adulto; la adolescencia, traída, también, a través del recuerdo, y directamente en el libro de cuentos *Huerto cerrado*; y por último los espacios de la edad adulta que suponen el bloque más extenso del trabajo, por ser así el material existente.

Y dentro de esta primera clasificación, y en cada grupo, los espacios físicos y los espacios íntimos. Entre los primeros casi obvia decir que predominan el Perú -Lima y sus alrededores- y Francia, también concretándose en París gran parte de las anécdotas. Pero también otros muchos lugares y España, Italia...con especial intención.

Además, dentro todavía del espacio físico, estarán los entornos, donde se desenvuelve la vida de los personajes; los habituales, como pueden ser la casa, la calle, o el colegio para los espacios de las primeras edades; otros que constituyen el entorno peculiar de algún personaje en concreto, como el espacio de la confinación para los personajes-narradores de "Pepi Monkey y la educación de su hermana" de *La felicidad ja ja*, o el que da título a otro libro de cuentos: *Magdalena peruana y otros cuentos*.

Y muchos que son espacios dominantes en el conjunto de la obra, como pueden ser "los bares", con esas connotaciones que suponen los lugares y los personajes que los frecuentan: la afición a la bebida, unas veces por necesidad, otras por placer; aparte de ser lugares de búsqueda, de una búsqueda concreta en el caso del protagonista de *Tantas veces Pedro*, Pedro Balbuena, en el constante hallazgo de la Sophie perdida, o lo que es

lo mismo: del ideal imaginado. Pero también lugar de solitarios y de conversadores, y ámbito propiciado para desarrollar esa "oralidad" que es "el sello de cualidad" de la obra de Bryce Echenique. O "las piscinas", lugar que sólo se explicaría por "ciertos hábitos" del escritor.

También he resaltado, por su importancia, los objetos -ciertos objetos- que son, a su vez, simbología de todo un comportamiento y una manera de sentir la vida, que en el caso del protagonista del "díptico de navegación..." llegan al fetichismo desgarrado, por su variedad y por su valor simbólico.

A los "espacios físicos" habrá que añadir los "espacios íntimos", en una división que he intentado pero que ha quedado, en muchas ocasiones, completamente confundida en los primeros, por ser aquéllos, en definitiva, los lugares donde la emotividad se manifiesta, y separarlos, a veces, supone una disección, además de fría, dolorosa. A pesar de todo, el intento estuvo; y algún espacio íntimo ha podido ser "novedad" en este apartado.

Y en último lugar, el "espacio formal", y dentro de él dos rasgos que definen y aglutinan toda la obra de Bryce Echenique; la oralidad: un contar como si se estuviera entre amigos, teniendo siempre en cuenta la proximidad del "interlocutor". Y el humor como ingrediente que hace que, uno de las intenciones que lleva la obra de nuestro escritor, la crítica a cierta clase: la oligarquía peruana -con la que, en muchas ocasiones no está de acuerdo, de ahí la crítica-pero también de muchos otros estamentos, instituciones, posiciones o ideologías, sea "humorizada", que "comprende" a la par que "denuncia", y de la que, en el fondo, él mismo se involucra en materia criticable. Además, y sigo con el humor, haciendo que las anécdotas que son dramáticas "en cuanto a sentimiento" que llevarían a las lágrimas, se conviertan en risa, sonrisa y carcajada abierta. Cambiando, por tanto "el tono" del relato, mostrando implacable, pero deleitando.

He dejado en último lugar, y en solitario, la primera novela de Bryce, *Un mundo para Julius*, por sus peculiaridades. Es la única novela larga que hablaba del Perú íntegramente y de una clase, para cuestionarla: la burguesía (Y digo hablaba porque hace unos meses -marzo del 95- ha sido publicada otra novela de esas características: *No me esperen en abril*, un poco la continuación de lo que allí quedó pendiente). Otra peculiaridad es que *Un mundo...* habla del espacio de la niñez en presente, aunque no como tema en sí, sino como medio a través del que se nos pone en contacto, de una forma edulcorada e inocente y "crítica" al mismo tiempo, con un mundo con el que la mayoría de los lectores no se siente identificado: la oligarquía criolla.

Además es la novela de Bryce Echenique que más crítica ha movido, y, por tanto, ha sido estudiada con más detenimiento, lo que me ha permitido darle una mirada más abarcadora que exhaustiva (también es por esta razón por la que se desgaja del resto del trabajo); teniendo, también, una intención -querida o no- mucha más concreta que la del resto de la narrativa: la crítica, de la que ya hemos hablado. Particularidad que ha sido posible al alejamiento físico y ambiental de la materia del relato que ha dado la perspectiva necesaria, que sólo esa distancia la hace posible.

Y he finalizado el trabajo, con la lectura rápida y muy superficial, por tanto, de la última obra de Bryce Echenique: *No me esperen en abril*, publicada cuando ya este trabajo estaba en las últimas etapas.

En la bibliografía he reseñado únicamente los libros y artículos a los que he podido acceder (la dificultad del lugar de publicación de parte de la bibliografía -artículos en periódicos limeños, escasos en páginas que no en número- no me ha permitido abarcarlos). Para una bibliografía más extensa se puede consultar el libro de José Luis de la Fuente, *Cómo leer a Alfredo Bryce Echenique*.

## II.-EL ESPACIO DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 1.-APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

Alfredo Bryce Echenique nace en Lima (Perú) en 1939 en una familia burguesa. Una educación esmerada en colegios de élite americanos: el *Inmaculado Corazón* primero, el *Santa María* después y una carrera de Leyes en la *Universidad de San Marcos* intentaron hacer de él un digno sucesor de su padre (un prestigioso banquero), cuando a él, en realidad, lo que le gustaba era la literatura:

A los 5 años estoy de regreso a Lima y creo que ya anda iniciándose mi vocación de escritor. Por más amigos que tengo en colegios de monjas americanas, primero, y de curas norteamericanos, después, a los que me envían mis padres para educarme muy privilegiadamente, vivo una soledad espantosa cuando regreso a casa. Mis actividades predilectas son dos. La primera, yacer sobre mi cama inventando para mis adentros historias y aventuras en las que mis compañeros de clase son los héroes y antihéroes<sup>1</sup>.

Después de terminar secundaria, hay un intento serio, por parte de Bryce, de dedicarse a la literatura, y fue la preparación, que después fue aceptación, para entrar en Cambridge a estudiar Letras. Razones de "peso" y una buena disposición natural le llevaron, no a cambiar de intención sino a postergar el proyecto para mejor ocasión:

Septiembre llegó y yo miré a mi padre como diciéndole "bueno, ¿y cuándo me sacas el billete a Inglaterra?". Él me respondió con una de esas bofetadas cariñosas que solía emplear para no hacerles daño a sus hijos, me probó en seguida que económicamente y en todo dependía de él, y me dijo que a San Marcos había entrado para quedarme hasta que me graduara..."<sup>2</sup>

Puestas así las cosas compagina la abogacía con la literatura y se gradúa en ambas. Su primera *novela* será una larga tesis sobre "La compensación en el Código Civil peruano", que no alcanzó la lista de los libros más leídos del año, por razones literales de "peso pesado". Conseguido el título de Derecho y tras algún fracaso presentido, Bryce Echenique rompe amarras y pone rumbo hacia el mítico París, lugar de encuentro de tantos escritores sudamericanos para los que, precisamente, *París no fue una fiesta*.

Abandona Perú con una beca del Gobierno francés para estudiar Literatura en la Sorbona. Tiene 25 años y un pasado que le condicionará durante toda la vida. Será tachado de extravagante y reaccionario por los de su clase, y de oligarca podrido por la otra y, él "que siempre le había gustado jugar media parte del partido con un equipo y la otra media con el otro", se ve obligado a sentarse en *el banquillo* mientras que los demás deciden por él. Esto por lo que respecta a su ideología que no a su vocación de escritor. Bryce ha tenido siempre claro que su *exilio voluntario* en París fue definitorio:

Fue mi venida a Europa lo que determinó mi trabajo literario, porque yo en el Perú no habría escrito nunca nada. Escribir significó un distanciamiento del mundo material en el que había vivido. Una ruptura con mis estudios de abogado, con una tradición en la cual uno ha sido encausado porque pertenece a una clase social..."<sup>3</sup>

Y también fue ese exilio el que le hizo recobrar y valorar su peruanidad, en esa distancia que permite que las cosas tomen su justa medida: "París es una ciudad que no sirve para otra cosa más que para mostrarle a uno hasta qué punto es extranjero, hasta qué punto es peruano..."<sup>4</sup>

Se le acaba la beca y no se la renuevan. Vende su billete de vuelta al Perú y se marcha a Italia, a Perugia concretamente, en donde escribe su primer libro de cuentos: *El camino es así*. En su viaje de regreso a París le roban el manuscrito del libro. Vuelve a estar a cero. Pacientemente vuelve a rehacer el "camino" que

<sup>1</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Algo sobre mi vida", *Jano*, 11 de marzo de 1988, p.123.

<sup>2</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)*. Barcelona, editorial: Anagrama, 1993, p.299.

<sup>3</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Cómo me hice escritor", *Cuadernos para el diálogo*, 30 de abril de 1977, p.59.

<sup>4</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p69.

pasará a convertirse en *Huerto Cerrado*, a sugerencia de Julio Ramón Ribeyro.

*Huerto Cerrado* fue enviado al Concurso de la Casa de las Américas, donde recibió, por un error administrativo jamás aclarado, el primer premio y una mención honrosa.

Un día, en una librería de París, *La Joie de lire*, Bryce encuentra siete ejemplares de un tal *Huerto Cerrado*, cuyo autor Bryce Echenique coincidía con él mismo. Gratamente sorprendido, se lleva los siete volúmenes a casa.

No es ésta su primera publicación, *Con Jimmy en Paracas*, uno de los relatos que componen la serie de *Huerto Cerrado*, había sido publicado en *Ruedo Ibérico*. Fue un cuento escrito a "su manera" después de haber leído a Cortázar. En él empieza a perfilarse lo que será después "el estilo Bryce".

Mientras tanto malvive gracias a la literatura, pero no como escritor sino como profesor universitario. Primero en la Sorbona y más adelante en Nanterre, la Universidad donde se gestó "mayo del 68".

Así Bryce vivió de cerca la frustrada revolución estudiantil y sus opiniones, bastante críticas, han quedado reflejadas en algún artículo y sobre todo en *La vida exagerada de Martín Romaña*, en donde Martín es protagonista "forzado" de los acontecimientos franceses, instigado por Inés, aquella chica peruana, de origen español, que fue a París a casarse con Martín por la Iglesia "y con todo boato", y pasó de la noche a la mañana, de un catolicismo acérrimo a un marxismo beligerante. Y Martín, por amor, fue capaz de soportar *El capital* como libro de mesilla y llegó más lejos: a escribir todo un libro para "la revolución" sobre "los sindicatos pesqueros", de los que desconocía casi todo.

De Nanterre a Vincennes. Una Universidad tolerante e igualitaria en el trato profesor-alumno, fruto casi único de "la revolución estudiantil". De aquí a Montpellier, su último destino. Han pasado 20 años desde su inicio como profesor y Bryce Echenique ha compaginado la labor docente con la vocación de escritor. El viaje a Europa había merecido la pena.

Después de *Huerto cerrado*, "un libro de principiantes" lo considera Bryce, escribe *Un mundo para Julius*<sup>5</sup>, que fue concebido como cuento y llegó a ser una novela de seiscientas páginas, es una novela "clásica" si la comparamos con *Tantas veces Pedro* o con *La vida exagerada de Martín Romaña*.

El personaje principal, Julius, un niño al que conocemos a la edad de dos años y cuando termina la historia tiene once, y su medio -la alta burguesía limeña- sirven de soporte al autor para presentarnos una clase social a la que él también pertenece, desde una visión crítico-humorística. Para Bryce la escritura de *Un mundo* supuso: "un goce de escritura (...) enorme. La escribí a lo largo de dos años de mucho trabajo cotidiano, con un horario muy estricto, y era una época muy hermosa pues todavía no había visto publicado *Huerto Cerrado*: me consideraba plenamente inédito y escribía todavía con el placer de haber salido del mundo opresivo del Perú y estar dedicado a la literatura".<sup>6</sup>

*Un mundo para Julius* fue publicado en España por la editorial Seix-Barral en 1970, sin una intención beligerante concreta por parte del autor. Y sin embargo fue tomada, en un momento dado: la llegada al poder del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, como un libro de apoyo al régimen. Una obra antioligárquica y revolucionaria como la que anunciaba el general Juan Velasco Alvarado.

Hay otras anécdotas personales que guardan relación con *Un Mundo...* Fue lo último que le dejó su mujer, Maggie, el libro pasado a limpio, antes de abandonarle.

*La felicidad ja, ja*<sup>7</sup>, título cogido de una canción de moda de aquellos años, es un libro escrito cuando "no podía escribir nada más". Le faltaba por lo menos uno de "sus afectos privados", el amor, que junto con la amistad y la literatura, conforman los espacios íntimos e imprescindibles del escritor.

En *La felicidad ja, ja* Bryce hablará "con mayor valentía" sobre temas que le habían preocupado siempre:

---

<sup>5</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius* (Barcelona, editorial: Barral, 1970)

<sup>6</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.38.

<sup>7</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja, ja* (Barcelona, editorial: Barral, 1974)

La profunda decadencia de una clase social, el mundo absolutamente absurdo en el que yo siempre había vivido, un mundo totalmente anacrónico que se encarnaba en un colegio llamado San Pablo en los primeros cuatro años (...) Y en *La felicidad já,já* abordé los temas que más me habían aterrado, el de la locura, la debilidad física, el alcoholismo, el de la destrucción de una clase social a lo largo de una serie de cuentos.<sup>8</sup>

*Tantas veces Pedro*, diminutivo cariñoso (no cabía en portada) que sus editores dieron al libro concebido como *La pasión según San Pedro Balbuena que fue tantas veces Pedro y nunca pudo negar a nadie*, supuso una ruptura temática con el "Mundo de Julius" y el de casi todos sus relatos, el del Perú.

Ahora el protagonista sigue siendo peruano y su aventura y desventura es ser extranjero y "sin dólares", por repetir el mito de Hemingway, en París, esa ciudad Luz, que en palabras de Pedro "parecía que se le hubieran quemado los plomos".

La acción ocurre, fundamentalmente, en Francia con alguna escapada a Estados Unidos e Italia, a Perugia, aquel lugar "que le hizo escritor factual", y que será en la novela el lugar donde Pedro Balbuena se venga de sus amores contrariados, "matando caballitos".

Para Bryce Echenique *Tantas veces Pedro* es su "novela más novelesca, por decirlo de alguna manera, porque no sé de donde ha salido realmente: fui a un sitio a escribir una novela y terminé escribiendo algo que nunca imaginé. Y eso parte de la imagen de un hombre que vi paseando por la isla de Menorca, un alcoholíco que caminaba con un libro que le colgaba de los dedos, y yo lo imaginé escritor, y escribí la novela haciéndolo más joven. Y un día con increíble pánico descubrí que era en realidad un escritor en un estado de impotencia para escribir (...)"<sup>9</sup>

Y como de espacio estamos tratando y esta parte en concreto del espacio de Bryce Echenique, mencionaré que *Tantas veces Pedro* fue escrito en un verano-descanso en Menorca, rodeado de estudiantes de la Universidad de Vincennes a quienes había ofrecido la casa, en el caso de que no tuvieran otro lugar a donde ir. El mes de julio transcurre tranquilo y Bryce se ha convertido en un escritor "serio" que, precisamente por serlo, está disfrutando de una beca de la Fundación Guggenheim:

Escribo junto a una ventana que da a la calle y siento que soy un hombre tan pero tan serio, un escritor tan comprometido con su vocación de artista antes que nada, que la misma Fundación Guggenheim ha decidido apoyar, otorgándole un premio en la lotería babilónica de sus becas anuales. Soy, pues, un elegido del arte, y tarde tras tarde, mientras Pedro Balbuena va haciendo de las suyas en la novela, logro sentirme hasta *el* elegido.<sup>10</sup>

Llega agosto y se le inunda la casa de "estudiantes mochileros y hasta sesentayochistas. Ellos que a mí me enseñaron lo que era la libertad, la independencia y la vida en comunidad con amor libre y todas esas cosas, se pelean ahora por camas y habitaciones, y acuden nada menos que a mí en busca de una solución(...) De pronto me convertí en una especie de padre de familia lleno de hijos insoportables, a los cuales les importa un verdadero repelino la vida y pasión de mí ya tantas veces Pedro Balbuena"<sup>11</sup>. No obstante, abandona la isla en octubre, llevando en su equipaje *Tantas veces Pedro*.

*La vida exagerada de Martín Romaña*<sup>12</sup> y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*<sup>13</sup> forman el díptico "Cuadernos de navegación en un sillón Voltaire", y hace alusión a las vicisitudes de ese duro navegar que ha sido su vida hasta entonces. Martín Romaña, el protagonista-escritor dedica los cuadernos de navegación, un azul y otro rojo, a Inés, su mujer por la que fue abandonado, y el segundo a Octavia de Cádiz quien le devolvió la alegría de vivir y de sufrir también.

---

<sup>8</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", op. cit., p.68.

<sup>9</sup> Julio Ortega, "Entrevista: Alfredo Bryce Echenique: La vida es literatura", *Quimera*, número 56 (1987), p.19.

<sup>10</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)*, op. cit., p.23.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p.124.

<sup>12</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada de Martín Romaña* (Barcelona, editorial: Argos Vergara, 1981).

<sup>13</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba de Octavio de Cádiz* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1985).



En esta novela Bryce insiste en esa idea que ya se había planteado en *Tantas veces...*, que es lo duro que puede resultar "la peruanidad" lejos de casa, y el esfuerzo por mantenerla a pesar de sus inconvenientes: "lo único que habíamos aprendido en París después de tantos años de vida en Francia, es hasta qué punto éramos peruanos y nada más. De lo demás no habíamos aprendido nada"<sup>14</sup>.

*La vida exagerada...* fue gestada y terminada en Montpellier en unas circunstancias un tanto especiales -muy en tono Bryce-, "en Montpellier cómo lo iba a saber entonces, terminaría escribiendo una novela sobre Sylvie en una clínica llamada Rech. Fueron siete meses de hospitalización, en total, por un insomnio incurable(...) Terminé *El hombre que hablaba...* en la clínica Rech, pabellón de los locos..."<sup>15</sup>

Efectivamente, *La vida exagerada...* está dedicada a "Sylvie Lafaye" y tiene una intención concreta: "que lo quieran más". Sylvie será en la novela la Octavia de Cádiz que hará olvidar a Martín el gran amor que sentía por su esposa Inés.

Montpellier fue el último reducto de la vida de Bryce Echenique en Francia y también de sus clases de profesor universitario "a tiempo completo". Esta ciudad francesa fue un lugar feliz para el escritor:

(...) En Montpellier, seguía viviendo ese estado de gracia, y los nubarrones que, de vez en cuando, veía por ahí, me eran totalmente indiferentes. No tardaba en premiarme la vida. No sé con qué, ni por qué, pero la vida no tardaba en invitarme a compartir su festín. Aunque no lo fueran, los días eran siempre muy alegres y *La vida exagerada de Martín Romaña* seguí llenándose de páginas...<sup>16</sup>

*El hombre que hablaba...* sigue contando las desventuras de Martín, siempre desde el recuerdo, pero ha ampliado el punto de mira. En *La vida exagerada...* hemos visto al protagonista relacionarse con los de su "clase": sudamericanos o extranjeros como él. Su relación con el oriundo (porteros, propietarios, vecinos...) -poco agradable por otra parte- ha sido la imprescindible y cotidiana<sup>17</sup>. Las relaciones las mantiene fundamentalmente con Inés, la mujer que vino del Perú para casarse con Martín; con los del "Grupo" marxista que querían cambiar el mundo y conservaban "sospechosamente" sus mocasines; o con sus amigos "del rincón cerca del cielo". En *El hombre que hablaba...* se ve a Martín tratando de "conquistar" la sociedad francesa. En este segundo volumen que conforma "el díptico", a Bryce le interesa

seguir con ese enorme fresco de tantos años en París, recoger nuevamente el personaje de Martín Romaña, e introducirlo ya de frente en la realidad francesa, ya integrado totalmente a la realidad francesa, donde será descubierto por la aristocracia francesa, por la nobleza francesa, puesto que lo ha convencido que no es más que un oligarca podrido, pero ahora será tachado de peligroso izquierdista, de tercermundista, de individuo activista y guerrillero...<sup>18</sup>

El fracaso de esta nueva aventura, aunque Martín consiga el amor de una aristócrata francesa -bien es verdad que siempre compartido-, lleva al protagonista al suicidio -muy *sui generis* como todo en Martín-, lo cual no le impide ir al cielo y seguir siendo protagonista por unas páginas más en ese espacio en que la única diferencia es que "los años se cuenta en santidades y sentimentalidades, pero sin transcurso de tiempo (...) No existe tampoco diferencia social..."<sup>19</sup>. En fin un paraíso...

Bryce Echenique cambia de lugar de residencia coincidiendo con el final de *El hombre que hablaba...*, pero afortunadamente él parte para España. Ha vivido en Montpellier cuatro años -de 1980 a 1984- y han transcurrido veinte desde su llegada a Francia. Vuelve a romper "amarras". Abandona dieciséis años de enseñanza universitaria y una situación económicamente holgada, para dedicarse por completo a la literatura:

---

<sup>14</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", op. cit., p.72.

<sup>15</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir...* op. cit., p.264.

<sup>16</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Estado de ánimo Montpellier-81", *Blanco y Negro*, 23 de Septiembre de 1990, p.6.

<sup>17</sup> Esta aseveración daría lugar a muchas matizaciones que más adelante precisaré, porque la relación de Martín con "Madame Labru(ja)", su vecina y arrendataria, es cualquier cosa menos cotidiana.

<sup>18</sup> Alfredo Bryce Echenique, Confesiones sobre el arte de escribir y vivir novelas, op. cit., p.72.

<sup>19</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada de Martín Romaña* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990 (2ª edición)), p.193. Esta será la edición que utilizaré en adelante al citar esta obra. La cita irá acompañada por el número de página.

No creo haber preparado nunca nada tanto en mi vida como mi partida de Francia. Quería que fuera exactamente veinte años después de mi llegada a París y tenía realmente la sensación de que, como dice el tango, veinte años no son absolutamente nada en la vida de un hombre,...<sup>20</sup>

Y España era para Bryce aquel lugar donde siempre había querido ir, movido por sus afectos privados: "desde que entré por primera vez en España, apenas cruzar la frontera ya habían desaparecido las ronchas que me habían salido en ambas muñecas (...) por haberme aguantado casi nueve meses escribiendo en el techo de un edificio detestable de París. Miré la piel sana de mis venteritas y recordé a Stendhal y la forma como inventó ese territorio de su pasión que bautizó Italia, por culpa de Francia, y decidí hacer lo propio (...), y así fue el principio y ése es el principio de por qué regreso a España."<sup>21</sup>

Pero esta vez su regreso, que él quería "definitivo", no fue empezado con buen pie. En el tren de llegada le robaron el equipaje, y en él está de nuevo el esfuerzo de muchos días de trabajo. Era el original de un libro de cuentos (muy probablemente *Magdalena peruana y otros cuentos*). Se repite la historia de Francia con *Huerto cerrado*, y esa coincidencia no le hace presagiar nada bueno:

¿Veinte años no eran nada? Eran lo suficiente, en todo caso, para que una simple coincidencia adquiriera el valor de un aviso terrible: ¿de dónde iba a sacar fuerzas ahora para seguir adelante? Además, ¿valía la pena seguir adelante? Y, además, ¿qué diablos quiere decir seguir adelante? ¿Y qué quiere decir seguir adelante? (...) Había amado demasiado a España pero tal vez había prolongado demasiado mi decisión de instalarme en España.<sup>22</sup>

Le rescata de ese estado su ex-esposa Maggie de viaje en Madrid, y con la ayuda de los amigos, "esos afectos" que casi nunca le decepcionan, le hacen instalarse en Barcelona. Suponemos que vuelve a re-escribir sus cuentos que podrán ser publicados en 1986 con el título de *Magdalena peruana y otros cuentos*<sup>23</sup>, con clara referencia proustiana tomada con humor, si nos atenemos al relato del que toma el título el libro. Bryce Echenique creció "influenciado" por la pasión que su madre tenía por el escritor francés, quien le dio a conocer su obra y para quien la mayor alegría hubiera sido tener "un nuevo Proust" en casa. Fue la única en el Perú, aparte de algún profesor del colegio, que creyó en Alfredo como escritor.

En *Magdalena peruana...* vuelve a recobrar el espacio del Perú, y continúa la crítica que quedó interrumpida en *La felicidad ja*<sup>24</sup>. En este volumen hay relatos que se enmarcan en el Perú, en Francia y en España. Tres lugares habituales en las novelas de Bryce, y que lo serán también de sus incursiones personales. Tres espacios que se aunarán en *La última mudanza de Felipe Carrillo*<sup>25</sup>, título que sigue a *Magdalena peruana...*

Allí, el protagonista, un peruano afincado en París, tiene una relación "tumultuosa" y complicada con una periodista que vive en Madrid. Lugar en el que Felipe Carrillo, nunca "Felipe" a secas, intentará afincarse, sin éxito. "La última mudanza" será a Piura y su playa de Colán, lugar de la costa peruana en donde la felicidad parece asegurada, o por lo menos así lo recuerda el protagonista desde la nostalgia: "No tarda en llegar el verano en Lima, en Piura, en Colán (...)y es ahí donde tenemos que ir. Colán es nuestra última esperanza."<sup>26</sup>

En cuanto al hecho de la escritura, esta vez el espacio es doble, "por aquello de la mitad del partido en un equipo...", Estados Unidos y Cuba. Y siempre una mujer al lado; esta vez Trini, la camarada revolucionaria del régimen de Castro: "Y Trini, que con toda su modestia era una excelente crítica literaria, me ayudó en mi empeño de lograr escribir mi primera novela de corta extensión"<sup>27</sup>

---

<sup>20</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir*. .. op. cit., p.193.

<sup>21</sup> Alfredo Bryce Echenique, "¿Por qué siempre regreso a España?", *Jano*, 15 de Enero de 1988, p.74.

<sup>22</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir...*

op. cit., p.194

<sup>23</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana y otros cuentos*( Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1986)

<sup>24</sup> Me refiero a la crítica de la sociedad limeña.

<sup>25</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza de Felipe Carrillo*( Barcelona, editorial: Plaza & Janés, 1988).

<sup>26</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza de Felipe Carrillo*.

Ibídem, p.136.

<sup>27</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir*, op. cit., p.420

*Dos señoras conversan*<sup>28</sup> y tres novelas breves son el título y el contenido del último libro de Bryce Echenique<sup>29</sup>. El relato que da nombre al libro es único en un aspecto. Las protagonistas son dos mujeres, viudas y ancianas, y aunque hay un narrador "asexuado", el mundo que se refleja es totalmente femenino. Cierta que la visión que se da es recortada y superficial, como corresponde "al mundo" limitado en que viven las dos hermanas. Un mundo habitado por la nostalgia de "cualquier tiempo pasado fue mejor" y por las rencillas cotidianas. Hay también una crítica a cierta sociedad, pero es benigna y comprensiva. quizás acorde a los personajes.

"Un sapo en el desierto" y "Los grandes hombres son así pero también así", los otros dos relatos del libro, son novelas de adolescencia y juventud, vividas y contadas desde el recuerdo como ya es habitual, y tienen un tema común: el de los ídolos caídos desde sus pedestales, pero a los que se les sigue queriendo, pues no en vano ocuparon gran parte del tiempo y del sentimiento de los protagonistas.

Además de sus relatos ficcionales, Bryce Echenique ha escrito tres libros de opinión, periodismo, notas, preferencias, trozos de vida o como quieran llamarse: *A vuelo de buen cubero*<sup>30</sup>; *Crónicas personales*<sup>31</sup>, que recoge los escritos de *A vuelo...* y trece más. Y un tercero de memorias o "antimemorias" como a él le gusta llamarlas: *Permiso para vivir (Antimemorias)*<sup>32</sup>, que ha sido largamente usado para hablar de ese espacio de Bryce tan íntimamente unido a sus ficciones.

Empecé a escribir este libro en Barcelona, cuando concluyó la etapa francesa de mi vida. Sin querer me encontré escribiendo textos de recuerdos que surgían sin ninguna cronología. Poco a poco se convirtió en un libro que ya tenía más de seiscientas páginas, y vi entonces que había que publicarlo.<sup>33</sup>

## 2.-CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD NO ES MERA COINCIDENCIA

La mayor parte de la crítica de la obra de Bryce coincide en señalar el carácter autobiográfico de su producción novelesca: "(...) Quien lee, gracias a eso, no sólo quiere mucho a Bryce sino le agradece también que tal cariño no surja del engaño, de esas malas artes que usan tantos y tantas para que les quieran quienes leen la transcripción de sus desgracias. Y eso a pesar de que el mismo lector aunque no conozca a Bryce, no podrá dejar de pensar que su personaje tiene mucho de sí mismo..."<sup>34</sup>; o "hago hincapié en la diversión que proporciona el libro porque, estando, como estoy, convencida de que es una gran novela -o autobiografía, que más da..."<sup>35</sup>; o "no se trata de una primera y segunda parte, sino de la confirmación de que tanto en las novelas de Bryce Echenique como en el mundo que pone de manifiesto, es inevitable la aparición de lugares y de gentes porque forman inexorablemente parte del mismo"<sup>36</sup>; o "el lector de *Tantas veces Pedro* queda sujeto a una doble fascinación: la de un personaje que trata y no trata de convencernos de que es un escritor peruano que se llama Pedro Balbuena pero también podría llamarse Alfredo Bryce Echenique..."<sup>37</sup>.

El propio autor ratifica estas críticas: "Siempre se ha dicho, por ejemplo, que mis libros tienen un fuerte contenido autobiográfico. Esta afirmación se hizo más patente en el caso de mis dos últimas novelas..."<sup>38</sup>. Pero no está totalmente de acuerdo con esas opiniones tan generalizadas. Es cierto que puede tratarse de una treta

<sup>28</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*( Barcelona, editorial: Plaza & Janés, 1990).

<sup>29</sup> En una nota aparecida en *El País* de fecha 6 de agosto de 1994, Bryce comenta que está escribiendo "una novela larga que indaga en la Lima que transcurre de los cincuenta hasta acá, la de la decadencia y la mixtura de clases, doblada por una historia de amor". Su título: *No me esperen en Abril*( Barcelona, editorial: Anagrama, 1995).

<sup>30</sup> Alfredo Bryce Echenique, *A vuelo de buen cubero y otras crónicas*( Barcelona, editorial: Anagrama, 1977).

<sup>31</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Crónicas personales*( Barcelona, editorial: Anagrama, 1988).

<sup>32</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)*, op. cit.

<sup>33</sup> X.M. "Bryce Echenique publicará un libro de antimemorias", *El País*, 19 de Junio de 1992, p.23.

<sup>34</sup> Luís Suñen, "Queremos tanto a Bryce Echenique", *El País*, 28 de Febrero de 1982, p.5.

<sup>35</sup> Mara Aparicio, "Acciones, pasiones y voces", *Nueva estafeta*, Marzo de 1982, p.80.

<sup>36</sup> Jorge Campos, "Un mundo para Bryce Echenique", *Ínsula*, Septiembre de 1982, p.11.

<sup>37</sup> Luís Suñen, "Un tratado sobre la pasión", *El País*, 31 de Mayo de 1981, p.9.

<sup>38</sup> Alfredo Bryce Echenique, "El despacho irrepertible", *Jano*, 4 de Noviembre de 1988, p.131. Se refiere a *La vida exagerada de Martín Romañay* a *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*

para enmascarar una vida privada demasiado "pública", aunque parece razonable que intentemos creerle, o por lo menos considerarlo cuando afirma esas otras opiniones contrarias, pero es evidente que sus escritos dan sensación de "proximidad". Debe tratarse de la forma de decirlo, esa confianza de amigo que derrocha o un "no sé qué" que nos convence.

Es cierto que la mayoría de sus obras son autobiográficas, pero autobiográficas ficcionales. Es decir unos personajes, que en el caso de Pedro Balbuena, de Martín Romaña, o Felipe Carrillo, acometen en la ficción el acto de escribir, e incluso en el caso de los dos primeros son escritores "de oficio", que se mueren por ver algo escrito "de su puño y letra".

A partir de aquí podría plantearse la pregunta ¿Qué parte de la autobiografía ficcional tiene parecido con la realidad? Es una respuesta a la que sólo podrá responder Bryce con pleno conocimiento y tal vez, de algunas partes, las personas que han convivido con él: los amigos y las mujeres a las que amó, o por las que fue amado. Y siempre con las reservas y distancias que hay entre el hecho y su versión.

Ya hemos comentado que Bryce escribió una novela sobre Sylvie, una adolescente aristócrata que había conocido en la Universidad de Nanterre. El mismo escritor dice que escribió "sobre Sylvie", y la propia Sylvie "leyó el manuscrito de mi recién terminada novela y soltando algún lagrimón, se limitó a opinar: 'No recuerdo nada de nada. Sólo reconozco los lugares, cada uno de ellos'. 'Es que se trata de una novela sobre Octavia de Cádiz y no sobre tí'..."<sup>39</sup> Pues bien, ésta es la distancia que hay entre lo vivido y lo narrado, pienso. No, en vano, ha pasado por un proceso de elaboración.

También se ha dicho que el estilo de Bryce, esa oralidad que caracteriza su obra -ese narrar como si estuviera entre amigos-, contribuye a hacer que el lector ingenuo y el que no lo es tanto- quede enredado en sus hilos y piense que ese personaje que le está hablando no puede ser más que real, y por tanto es al autor a quien reconoce o cree oír.

Además de esa oralidad, que veremos en su momento, hay otros factores que ayudan, en gran manera, a crear esa impresión autobiográfica, y son esas coincidencias de todo tipo que hay entre la vida de Bryce y la de muchos de sus personajes novelescos, y que son fruto, no lo olvidemos, de ese "no saber separar vida de literatura":

Por lo demás, uno pone en los libros mucho de lo que es, y no sólo de la autobiografía, sino también de la vida que ha imaginado. Se escribe sobre la desesperanza, sobre la frustración, sobre el fracaso, sobre las cosas que uno no ha podido lograr. Tal vez uno escribe entonces los libros para poner en ellos lo que no ha podido poner en la vida, y en ese sentido mis libros, más que mi biografía tienen mi visión del mundo y mi manera de estar en el mundo.<sup>40</sup>

También ayudan a la confusión ese deambular, por la novela, de personas de la vida real, habitualmente escritores, que comparten anécdota y recuerdos con los de la ficción. Y que ocupan en las novelas el mismo lugar que en la realidad.

Y por último, la aparición de los mismos personajes en distintas narraciones favorece a dar esa idea de trascendencia de la propia historia.

Ya hemos dicho que la obra de Bryce parece "autobiográfica" por el tono y por las continuas incursiones entre literatura y vida. También que únicamente el autor sabe distinguir la frontera entre una y otra. Partiendo de estas premisas, me voy a limitar a resaltar las afinidades que he hallado entre ambos espacios (el real y el ficcional), fruto, simplemente, de una lectura atenta de su narrativa y de sus "Memorias" y escritos personales.

En *Huerto cerrado*, ese primer libro de cuentos, el adolescente Manolo es el protagonista único de todos los relatos. En el primero de la serie, Manolo empieza a tener rasgos de Bryce: "el rostro de Manolo era triste y sombrío como un malecón en invierno. Manolo no bailaba en las fiestas: era demasiado alto. No hacía

---

<sup>39</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1993 (2ª edición)), p.343. En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>40</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.38.

deporte: era demasiado flaco, y sus largas piernas estaban mejor bajo gruesos pantalones de franela"<sup>41</sup>. Las evidencias no exige comentario. Respecto a que no sabía bailar, hay una anécdota en *Permiso...* que lo confirma: "Las chicas de la Casa de las Américas empezaron a sacarme a bailar y yo les expliqué mi rotunda negativa: realmente bailaba pésimo".<sup>42</sup>

En este mismo cuento Manolo habla de "un primer amor hacia una monjita" de su colegio: "¿Y te has enamorado alguna vez? -Tres veces respondió Manolo sorprendido-, Las tres en el Perú, aunque la primera no cuenta: tenía diez años y me enamoré de una monja que era mi profesora..."<sup>43</sup> En los recuerdos de Bryce, las monjitas del *Inmaculado Corazón* tienen su lugar:

Las monjitas lo querían a uno con su vocación, es cierto, pero yo no podía dejar de sentir con los cinco sentidos, casi, que también lo querían a uno con su propio carácter y con cosas que se parecían al amor maternal de mi madre. pero que precisamente no eran amor de madre sino amor de monjita...<sup>44</sup>

Y cómo no vamos a recordar a Julius, de *Un mundo...* y a la monjita Mary Agnes, su profesora de piano, y esas sensaciones olfativas que tanto le turbaban: "subía tembleque y enamoradoísimo en busca de la monjita y pasaba, por fin, del atardecer anhelante del claustro, al olor desesperante del piano, ya no podía más de amor"<sup>45</sup>

Y aún hay más, tanto Julius como el niño Bryce se afanaban en un preludio de Chopin: "subía las escaleras del claustro recordando sus sueños, soñando con sus recuerdos, los sentía pero no les daba rienda suelta porque venía a tocar perfecto su preludio de Chopin"<sup>46</sup>. Y por lo que se refiere a Bryce: "con su olor (sin duda una mezcla de jabón y del producto con que limpiaban las teclas del piano), me tocaba. Y todo mientras yo tocaba un preludio de Chopin"<sup>47</sup>

Sabemos que Julius y Bryce compartieron colegio, el Inmaculado Corazón. Allí el padre Mitchel y su "aterrador" acento americano producía el mismo rechazo en "Susan linda", la snob madre de Julius, y en los padres de Bryce Echenique: "Y ahí llegó el *father* Mitchel a estrenar nuestros pecados en la primera confesión, con el acento aquel que mis padres nunca le perdonaron"<sup>48</sup>. En *Un mundo...* es el padre Brown, pero sigue conservando el acento: "Y ahora le tocaba al padre Brown. Susan casi se muere al escuchar ese acento tan horrible, un vaquero con sotana, comentó".<sup>49</sup>

Julius como Bryce niño vivieron en la calle Salaverry, y en el mismo edificio: "La casona de la avenida Salaverry con tantas habitaciones que nunca se sabe muy bien qué hacer con ellas(...) El hipódromo de San Felipe queda al frente..."<sup>50</sup>. "Julius nació en un palacio de la calle Salaverry, frente al antiguo hipódromo de San Felipe..."<sup>51</sup> Y también ambos tuvieron un Presidente de la República entre sus antepasados. O cosas más cotidianas como "una banca" con su nombre en la iglesia del colegio, sufragadas respectivamente por Juan Lucas, "el tío" de Julius en la ficción, o por Bryce padre a "regañadientes" en la realidad.

Hay un cuento en *La felicidad...*: "Florence y nós tres", en el que el protagonista, "Un estudiante peruano afincado en París" se "malgana" la vida trabajando en una sórdida Academia. Allí conoce a Florence, una alumna que alegra los días al triste profesor mucho mayor que ella. Dejando el lugar de origen y residencia común, hay otras afinidades compartidas. Anecdóticas como la sinusitis crónica que ambos padecen (nos estamos refiriendo a Bryce y al profesor), o "la casualidad" de que ambos sean escritores; y el de la ficción

---

<sup>41</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto Cerrado* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990), (Pág.8). En adelante citaré por esta edición, añadiendo el número de página.

<sup>42</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.398.

<sup>43</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto Cerrado*, op. cit., p.10.

<sup>44</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.141.

<sup>45</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1989), p.132. En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>46</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.132.

<sup>47</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.142.

<sup>48</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, ibídem, p.34.

<sup>49</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.122.

<sup>50</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., pp.282-28.

<sup>51</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.10.

incluso se permite trascender la anécdota y escribir otro relato en *Magdalena peruana...*: "El regreso de Florence este otoño", y lo escribe porque:

Ahora que lo pienso, tal vez por eso escribí sobre ella guardando muchos datos, el lugar, mi nacionalidad, nuestros juegos preferidos, y hasta nombres de personas que ella podría reconocer muy fácilmente. Sí, a lo mejor escribí aquel cuento llevado por la vaga esperanza de que algún día lo leyera...<sup>52</sup>

Y en ese nuevo relato sobre la misma Florence nuevas coincidencias: la visita de la madre del protagonista en 1967, que también se relata en *La vida exagerada* por parecidas fechas, y que aunque no esté constatado en las "Memorias" de Bryce, presumiblemente ocurrió, conociendo las preferencias francesas de su madre. En estas "coincidencias" sí que se hace difícil separar la realidad de la ficción.

Además, y vuelvo a "Florence y nós tres", la muerte del padre en el Perú y las clases en esa destartalada Academia son anécdotas comunes:"... existía aquel trabajucho, aquellas horas frías enseñando los mismos idiomas que se acababan de aprender o que se estaban estudiando..."<sup>53</sup> y "detestaba también mi trabajo, porque desde semanas atrás lo que iba sintiendo mientras caminaba hacia la escuelita oscura, helada, de paredes húmedas (...) Todos los profesores éramos estudiantes y enseñábamos muchas veces lo mismo que estábamos aprendiendo en la Facultad. Yo mismo llegué a ser profesor de alemán un año..."<sup>54</sup>

En "Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tín", otro cuento de *La felicidad...*, aparecen reflejados espacios de la vida universitaria y post-universitaria de Bryce. Las largas jornadas compartidas con el gordo Massa en la realidad y con "el gordo" a secas en "Eisenhower..." Es la historia de una amistad que se vino abajo en el cuento, pero que continuó en la realidad:

Vuelvo a pensar en mi cuento (se refiere a "Eisenhower...") y en lo duro que he sido con el personaje llamado el Gordo, con su mundo, con sus valores, y todo a través de ese diálogo-monólogo lleno de amor y desgarramiento. Me atrevo al fin a preguntarle (al gordo Massa) si le ha gustado el libro en que se halla ese cuento. A Alberto el libro le ha encantado y repite con orgullo lo que yo siempre he repetido con orgullo: que él ha sido la mayor influencia que ha existido sobre mi obra.<sup>55</sup>

Y hay otra coincidencia más, el fracaso como abogado del protagonista del cuento, y la triste experiencia del embargo a un amigo: "Vés, ahí creo que tuve mala suerte, que además de todo tuve mala suerte, a tí no te tocó un embargo como el mío, para empezar. Yo no pude hacerlo, gordo, sí, ya sé que tú te las habrías arreglado para quedar bien, pero yo no pude hacerlo, fue mala suerte, créeme, era un viejo compañero de colegio..."<sup>56</sup>. Y Bryce en su *Permiso...* matiza: "Y así iba por la vida de futuro abogado, de traspíe en traspíe y aterrado(...) Y a todo eso se unía la mala suerte, además (...) me tocó embargar a alguien por primera vez en mi vida, y ese alguien resultó ser nada menos que el padre de un amigo".<sup>57</sup>

Aunque *Tantas veces...* es "la novela más novelada" de Bryce, el autor reconoce que en ella, y a propósito de Claudine -la muchacha que primero fue compañera, y después amiga fiel de Pedro-, hay cierta semejanza con Claude, la mujer con quien vivía Bryce: "Nunca mezclé tanto la realidad y la ficción como a raíz de este incidente en que empecé a atribuirle a Claude X mil otros rasgos de la bondad, ternura y torpe generosidad de esa noble mujer de papel..."<sup>58</sup> Claro que aquí la influencia es inversa, del papel a la realidad...

En *La vida exagerada...* y *El hombre que hablaba...* las afinidades, sobre todo espaciales, entre vida y literatura son "llamativas" cuando menos, tanto que Bryce Echenique decide, para paliar semejanzas, aparecer como personaje en ellas, y además como personaje odiado por Martín Romaña, con el que no comparte mas que peruanidad, coincidencia geográfica en Francia y el arte de novelar, que en Bryce será ya evidencia escrita, y en Martín sólo proyecto. Lo cierto es que con su aparición en la novela no logra gran cosa, e incluso parece forzada

---

<sup>52</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p.201.

<sup>54</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja,já*( Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990), pp.28-31). En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>55</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.34.

<sup>56</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.14.

<sup>57</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.50.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p.125.

e inoportuna. Y tras Martín no dejamos de notar rasgos y experiencias del escritor, y también de otro protagonista, Pedro Balbuena de *Tantas veces...*

Ambos, Martín y Bryce, son peruanos, residentes en París, y llegaron "casualmente" a Francia en barco a Dunquerque: "Cuando desembarqué en Dunquerque de un barco cargado de mineral y estudiantes peruanos..."<sup>59</sup>. Y "...Yo desembarqué en Dunquerque. Así les consta a mis amigos (...), que viajaron conmigo... El barco pertenecía nuevamente a la Marcona Mining Company, y transportaba mineral y estudiantes peruanos, gratis estos últimos, a diferentes partes del globo."<sup>60</sup>

Además los dos fueron alumnos "aplicados y atentos" en la Sorbona. Se casaron con una muchacha peruana de origen español, venidas a París a casarse respectivamente con Martín y Bryce: Inés y Maggie. Las dos fueron educadas en un "estricto" catolicismo y en París se convirtieron en unas fervientes marxistas; y también, una y otra, abandonaron al protagonista y al personaje real "por sus contradicciones burguesas", acabando, irónicamente, en brazos de "la burguesía". Inés en Río de Janeiro, y Maggie, no lo sabemos por aquella *noblesse oblige* del escritor, fruto de esa esmerada educación en aquella infancia peruana.

"Mayo del 68", uno de los temas importantes de *La vida exagerada...* es vivido y contado por Martín con el humor y la desilusión que le caracteriza. De igual manera a Bryce, quien por parecidas fechas estaba en París como profesor en Nanterre, le permitió estar en "el vértice" de aquella revolución estudiantil, y "esa experiencia frustrante del 68 es la que cuento en *La vida exagerada de Martín Romaña*: es mi visión de una falsa revolución, basada en un público que sale a la calle a manifestar su aburrimiento"<sup>61</sup>. Aquí no ha sido necesaria ninguna sugerencia. La coincidencia ha sido explícita.

Martín Romaña, antes le había pasado a Pedro de *Tantas veces*, sufre, con cierta frecuencia, desdoblamiento de personalidad que parecen tener como objeto aclarar alguna idea confusa, o tal vez confirmarla, y en ellos busca un interlocutor imaginario pero existente con el que establece un diálogo no siempre cordial (Freud hablaría de *Ego* y *Superego*). Uno de estos dialogantes amigos es Merceditas:

-!Merceditas!-Aullé.

-*God bless his boots* -exclamó Merceditas, que era la persona más culta que conocí, (...) Cinco años de estudio con Merceditas se fueron hundiendo ante mis ojos. Un mes estuvo Merceditas tocando la viola d'amore...<sup>62</sup>

Por su parte Bryce habla de Merceditas en los siguientes términos:

Habíamos decidido con Mercedes Tola, mi profesora de francés y alemán, allá en Lima, desde hacía varios años (...) y nunca olvidaré aquella soleada mañana de verano en que ingresé a la casa de Merceditas, como la llamábamos en mi familia a ésta mujer extraordinaria (...) traduje a Cicerón en trocitos de papel que me daba mi profesora de idiomas, que también tocaba el piano, el oboe, la viola d'amore...<sup>63</sup>

Otra curiosidad que me gustaría añadir y que hace referencia a ese encontrarse por casualidad en las mismas circunstancias: Martín Romaña viene a España, desde París, en busca de sus ancestros, y va precisamente a Vera de Bidasoa en su busca (Romaña no parece "especialmente" un apellido vasco, mientras que Echenique...) Y además creo que al escritor se le escapa una pequeña indiscreción al respecto:

Felizmente el padre era tan viejo que lo entendió todo perfectamente. Peruano, claro, me dijo, por aquí ya han pasado bastantes Romañas de aquí. Siempre los encuentran. Vea usted en este pueblo todos nos llamamos Romaña. Yo también me llamo Romaña. Es casi como llamarse Pérez en Madrid.

- O en *Edimburgo* -agregué.

---

<sup>59</sup> *Ibidem*, p.318.

<sup>60</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1989), p.29. En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>61</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.39.

<sup>62</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.29.

<sup>63</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., pp.128-129.

Y él me siguió entendiendo todo. sin necesidad de que yo le explicase que también en *Escocia todos mis ancestros...*<sup>64</sup>

Todo suena demasiado a "Bryce", a no ser que Martín Romaña se apellide además Mac Donald...

Y no estará de más, aparte de la anécdota, resaltar esas peculiaridades de carácter en el que coinciden ambos "personajes": su carácter tímido y poco agresivo (a Martín Romaña su psiquiatra tuvo que recetarle grandes dosis de agresividad para salir de su estado); un deseo de "no molestar" por encima de todo; un "tembleque" que se acentúa en situaciones difíciles; un romanticismo sensiblero, y un humor que se desboca a cada rato, haciéndoles más sufrible la existencia. Además un frecuente insomnio -que en el caso de Bryce le llevó a abandonar la enseñanza universitaria-; una afición a los "tragos largos"; una relación inmejorable con los psiquiatras; una tendencia hacia la hipocondría; unas depresiones intermitentes, y una rinitis-sinusitis que les acompaña allí donde van.

Compartieron una "operación en Logroño" y unos "sanfermines hemingwayanos", además de algún robo de equipaje, por hablar de hechos dispersos. Y supongo que un montón de cosas más porque a Bryce, ya lo sabemos, siempre le ha resultado difícil separar realidad de ficción.

Seguimos con la trayectoria de Martín en su "segundo cuaderno de navegación", esta vez rojo, "porque de Octavia sólo podía escribir en un cuaderno rojo".

Martín Romaña es ahora "el hombre que habla de Octavia de Cádiz", pero sigue siendo el mismo de siempre con una obsesión nueva: Octavia, en realidad Petronila para su familia, y Sylvie Lafage de Micheaux fuera de la ficción.

La historia de Octavia, o de Sylvie, o de ambas, fue contada una noche y supongo que muchas más de las que no tengo constancia. Martín hablaba de Octavia con todo el que quisiera escucharle y también "con el que no". Y probablemente el escritor le precedió en las confidencias, en cena de amigos:

Habíamos tomado varios tragos de Whisky cuando Bryce empezó a contar la historia real de Octavia de Cádiz. En mi pésima memoria hubo un traqueteo de recuerdos y, por un momento, pensé que conocía aquellas aventuras, sin que recordara de donde. Ella era una princesa, noble y real, y él era el propio Bryce Echenique que narra ahora las peripecias de un amor imposible loco que los arrastraba por Francia e Italia, por castillos y yates lujosos, hasta que él comprendía que jamás podría vivir con ella...<sup>65</sup>

Siendo Martín profesor de Nanterre (recordemos que Bryce también lo fue y más que Martín...), un día en clase llega una muchacha que él cree reconocer como la aparición que tuvo en la playa de Cádiz un día que las cosas no iban muy bien con Inés:

...algo doble había en el parecido de la muchacha que acababa de entrar con una muchacha que yo había visto una vez en la playa, en Cádiz, cuando Inés me mandó a pasear un rato porque acababa de surgir la primera tensión real entre nosotros.<sup>66</sup>

Volví a escribir por las noches o por las mañanas los cuentos tristísimos que por la tarde le contaba a la futura Octavia de Cádiz de mi futura novela sobre esa increíble relación que fue la nuestra. Me metían preso, nunca había sido tan izquierdista y sudaca *avant la lettre* en mi vida, todo mientras yo explicaba que mi familia en el Perú...<sup>67</sup>

Muchos son los pesares de Martín en la novela por su relación con Octavia. O mas bien de la familia: una paliza, una detención, y también un intento de fuga. Y una vez "terminada" la relación "Unas llamadas telefónicas a larga distancia" que adelgazaban por igual la cuenta de Bryce y los "cheques" que le enviaba a Martín su madre. Incluso el príncipe de Solre, el único pariente de Octavia que conocía y aprobaba la relación con Martín, existía en la vida real. Tanto Octavia como Sylvie se casaron con un príncipe italiano, y más tarde

---

<sup>64</sup> El subrayado es mío.

<sup>65</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.35.

<sup>66</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.56.

<sup>67</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.342.



se divorciaron, y...

Menos relaciones nos parece que existen entre texto y vida en *La última mudanza de Felipe Carrillo*. De momento el protagonista es arquitecto, y con esto ya se rompe una larga tradición -lo cual no evita que sea escritor en sus ratos libres: "Debo reconocer, ante la hoja en blanco, que ya no en el tren de la ausencia..."<sup>68</sup>, y que aparezca el acto de la escritura en el texto, al igual que ocurre en *Tantas veces Pedro* y "En el díptico de navegación en un sillón Voltaire".

De cualquier forma Felipe y Bryce aquí comparten peruanidad, una familia que vive en Lima, el amor por los perros, a excepción, en el caso de Felipe Carrillo, del perro de Genoveva: "un perrito tan enano y eléctrico como carísimo y alemán (...) Ramos, decía, como que no llegaba a convencerme, caninamente hablando. Algo le fallaba, con todo lo pedigrí y alemán que era y con todo lo que me gustan a mí los perros".<sup>69</sup>

Este amor por los perros es una característica común en los personajes de la narrativa de Bryce: recordemos a Manolo en "Las notas que duermen en las cuerdas", o el extravagante perro de Pedro de *Tantas veces...* que se le "petrificó" en bronce de una tonelada de peso y él lo transportaba como si nada... También Martín Romaña piensa que sin perro ni frigorífico no se puede establecer una relación "seria": un matrimonio con Inés, por ejemplo.

En el caso del escritor, y en sus "Antimemorias", nos habla de un bóxer con quien compartía cama y confidencias.

Tanto Felipe Carrillo como Bryce estudiaron en un anacrónico internado inglés, en su adolescencia. Poco después de la llegada a París, de uno y otro, se les murió el padre (también a Martín, y al personaje de "Florence y nós tres"). Comparten amigos comunes como Agustín Monterroso, un insomnio rebelde que combaten a base de "válium", y una extraña capacidad para estrellar automóviles.

Por lo demás, este personaje se escapa del prototipo de los anteriores, y aunque sigue conservando como él dice: "una cierta imbecilidad" ante situaciones extremas, su capacidad de reacción ante la adversidad y su actitud crítica han cambiado, y aunque caigamos en el tópico de la vida cotidiana, parece que la vida "le ha enseñado a comportarse".

De *Dos señoras conversan*<sup>70</sup> podemos relacionar las novelas breves. "Un sapo en el desierto" y "Los grandes hombres son así. Y también así".

En "Un sapo en el desierto" hay dos narraciones, una dentro de la otra (un ahora, salpicado de recuerdos de un antes de uno de los protagonistas). Una refiere al momento actual de un personaje, profesor universitario, y la otra a una historia de adolescencia, que día tras día consigue "interesar" a otros tres profesores amigos del que relata la historia (la oralidad está plenamente conseguida con este procedimiento).

Del protagonista adulto encontramos las coincidencias de: ser peruano, haber estudiado en el Santa María, una educación "en inglés" a los quince años, y el hecho de ser profesor "invitado" en la Universidad de Austin. Del paso del escritor por la Universidad de Texas deja constancia Ferreira: "Con su travieso humor y su nostalgia, su ternura y su candor, Alfredo Bryce Echenique llegó una calurosa tarde hasta Austin, Texas, y dejó entre nosotros una huella imborrable de lo que es ser un embajador en el arte y en la vida"<sup>71</sup>

Por lo que respecta a la otra novela breve: "Los grandes hombres..." aprecio la misma coincidente casualidad de ser peruano el protagonista y vivir en París. Además la afición de sus lecturas: Proust y Cervantes. Y naturalmente no podía faltar la educación "en un colegio de monjas norteamericanas en la avenida Arequipa..."<sup>72</sup>, y "un gusto" por la escritura. Aquí, en este relato, Santiago anota desde pequeño sus impresiones en un "diario".

Hay otra cosa que también une a los dos protagonistas (Bryce y Santiago) el pavor a las arañas, para

---

<sup>68</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.11

<sup>69</sup> *Ibidem*, p.30.

<sup>70</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*( Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990).

<sup>71</sup> César G. Ferreira, "Un escritor llamado Bryce Echenique", *Dactylus*, Otoño del 1988, p.3.

<sup>72</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.172.

evitar "el pavor aún mayor a los alacranes". "Bichitos" que ya han ido apareciendo por los rincones de las novelas:(a Manolo de *Huerto...* en "El camino es así..." lleno de dificultades, se le suma la presencia de alguna araña como única compañía. Pedro Balbuena de *Tantas veces...*, en la soledad de la playa de la Ventosa se ve intimado por la presencia de un alacrán). Pero en "los grandes hombres..." las arañas constituyen una verdadera pesadilla para el protagonista que al final logra erradicar sin la ayuda de Raúl- el otro protagonista de la novela- pero "con él".

Y para Bryce "de los rincones salen las arañas, aquella vieja pesadilla de mi vida. Me buscan, me han buscado siempre desde sus escondites, y hasta me han mirado de reojo desde sus telarañas" y "lleno de arañas, el rincón se ha cerrado. Te lo han cerrado. Te han encerrado y la gente guarda la llave del lugar en que te encuentras..."<sup>73</sup>.

---

<sup>73</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., pp.72-74

### III.-UNA APROXIMACIÓN AL ESPACIO

#### 1.-EL ESPACIO

Tratar de definir el espacio, como cualquier otro concepto abstracto, es siempre una tarea ardua. Y lo es, entre otras razones, porque si ya resulta problemático cercar un objeto material por la cantidad de perspectivas que presenta, pretender hacerlo de algo que se caracteriza por la ausencia, o por la presencia de lo ajeno, es todo un reto. Y cuando así hablo se entiende que me estoy refiriendo a espacio en relación a tiempo, del que se considera inseparable, "no hay espacio sin tiempo" y del que sabemos por el deterioro que causa en los objetos no por él mismo.

Conformando este espacio abstracto y "acotándolo" en cierta manera, podemos hablar de espacio circundante, que no es tal sino su ocupación por los objetos. Lucrecio habló del espacio como recipiente, y Platón lo pensó como receptáculo. Visto así, lo que nosotros llamamos espacio es su capacidad-cualidad para poder albergar "el mundo", y en cierta manera nuestra ratificación. Lo que Kant llama "el espacio subjetivo y su relación con las cosas". Es decir, el espacio "perceptivo", aquel que se capta por los sentidos y que constituye el espacio "cercano"<sup>74</sup>.

Y con esta somerísima explicación, ya estamos en la segunda concepción del espacio, entendido como el entorno en donde nos movemos, pensamos, nos relacionamos o sufrimos, y en el que, incluso, hacemos tesis. Y desde aquí ya procedemos a esa subjetivización inherente al hombre y hablamos de espacio feliz, opresivo, abierto, cerrado... (en fin, tantas manifestaciones como sentimientos es capaz de sentir el hombre).

En la Literatura se recrea este mismo espacio de la realidad, haciéndolo materia verbal. Además el novelista puede permitirse crear espacios sin referente conocido, fruto de su imaginación, pero que al ser creados a través de un código común compartido (un lenguaje común), podemos también acceder a ellos, e imaginarlos con más o menos precisión. Y aún hay más, la novela o el relato, no importa son grandes abarcadores de espacios, porque no sólo nos ofrecen los geográficos, sino que nos permite llegar más lejos de la apariencia, ahondando en el pozo profundo de la conciencia, poniéndola al descubierto. Facetas imposibles de conocer por otro medio, porque pertenecen al mundo personal e intransferible del individuo.

Al novelista le debemos -este es el gran espacio ganado por la novela, pongamos desde Joyce- el conocimiento sin aristas del alma humana, que nos es dada, sin interferencias, en el fluir de la conciencia, hecho carne en el monólogo interior<sup>75</sup>, es decir, a través del diálogo del hombre consigo mismo.<sup>76</sup>

Tradicionalmente la novela ha sido concebida como objeto temporal fundamentalmente, como una sucesión concatenada de acontecimientos en el tiempo. Esta idea ha ido cambiando en favor del espacio, como sugiere Garrido Domínguez<sup>77</sup>, aunque teóricos recientes de la talla de René Wellek<sup>78</sup> siguen adscritos a la novela como temporalidad. Y cabría preguntarse si no es la novela la que ha cambiado -es evidente que sí-, y en vez de referir acciones que necesitan tiempo para expansionarse y ser, cuentan "subjetividades": la forma de "sentir" el mundo individualmente. El tiempo ha pasado a ser un elemento inevitable e indisoluble al espacio, pero supeditado a él.

De una proyección lineal, tal como requiere el tiempo, se ha pasado a otra circular, donde los recuerdos, "esos espacios recobrados" -en el caso de Bryce Echenique (en otros escritores serán las obsesiones, o los deseos, o...)- vuelven una y otra vez, confundándose en muchas ocasiones con el presente, esa entelequia que separa el pasado del futuro. Y vuelven, conformando un espacio ajeno al tiempo en cierta manera. Dice

---

<sup>74</sup> Ricardo Gullón, *Espacio y novela* (Barcelona, editorial: Bosch editor, 1980).

<sup>75</sup> Precisión muy interesante que hace M<sup>a</sup> del Carmen Bobes llamando fluir de la conciencia al acto en sí mismo, mientras que el monólogo refiere a la técnica: la manera de hacerse expreso en el texto.

M<sup>a</sup> del Carmen Bobes Naves, *Teoría general de la novela: "Semiología e la 'Regenta'"* (Madrid, editorial: Gredos, 1985), (Pág. 259)

<sup>76</sup> En el caso de los personajes de Bryce este monólogo se convierte muchas veces en diálogo imaginado, el mago Charamara, el perro de bronce *Malatesta*...

<sup>77</sup> Antonio Garrido Domínguez, *El texto narrativo* (Madrid, editorial: Síntesis, 1993)

<sup>78</sup> René Wellek y Austin Warren, *Teoría Literaria* (Madrid, editorial: Gredos, 1974). 4<sup>a</sup> edición.

Baquero, citando a otro teórico que:

Es en Proust donde Joseph Frank encuentra mejor manejada esa "forma espacial" que provoca una casi abolición del tiempo; ya que las impresiones del pasado, merced a la memoria involuntaria, llegan a fundirse con las del presente, borrándose, pues, los límites entre esos planos temporales<sup>79</sup>.

Y será Bryce, y muchos, antes y después, quienes seguirán el camino tomado con minuciosidad y preciosismo por Proust, abriendo las espléndidas posibilidades que el recuerdo consigue recuperar y recorrer. Y los espacios recorridos son un viaje a través de la conciencia, y lógicamente sus paisajes no pueden ser más que interiores que quedarán reducidos, casi exclusivamente, a sentimientos, porque todo está pasado por el cedazo de las emociones. Y de aquí se deduce la importancia de los espacios interiores en la narrativa de Bryce, que suplantará, casi siempre, o impregnará - quizás sea la palabra- los espacios físicos. Porque es cierto que " el novelista proporciona siempre un mínimo de indicaciones 'geográficas', que pueden ser simples puntos de referencia para lanzar la imaginación del lector..."<sup>80</sup>. y también lo es que lo circunstancial (ajeno a la voluntad - otra cosa será que la misma circunstancia en dependencia del sujeto creará un contexto diferente-) tiene su componente en cualquier hecho humano, y la novela es ese intento de "copiar la realidad", o acaso de superarla, pero siempre con el material que nos ofrece el mundo.

Ejemplo de lo que digo, refiriéndome al espacio físico, lo encontramos sobre todo en el "Díptico de navegación...", porque "la aventura" de Martín Romaña empieza "determinada" por un lugar geográfico: la ruptura del mundo al que pertenece: cambio de lugar geográfico, de Perú a Francia; de *status*; de relaciones... Y gran parte de sus desventuras le vienen de este cambio. Aunque también sabemos que en el Perú empezaron los primeros "síntomas", que se agravarán en Francia, España, Italia...; casado o soltero...; en un apartamento o en otro...

## 2.-SOBRE UN ESPACIO CONCRETO: EL DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

La narrativa de Bryce -a pesar de que Carlos Barral la encontrará irrepitible, en el sentido de que no creará "escuela"- es fruto de su tiempo, el nuestro, y como tal estará marcada por el individualismo, la subjetividad, la interiorización, el caos, y el humor como aglutinante de todos esos ingredientes. Siguiendo a los estudiosos, la narrativa de Bryce participa ampliamente de las clasificaciones que de un tipo de novela actual hacen los teóricos, de la llamada novela *psicológica* o novela intimista que "desvaloriza la trama y atiende los aspectos psicológicos del personaje"<sup>81</sup>; lo que Aguiar e Silva<sup>82</sup> llama novela *impresionista*. Y Gullón prefiere denominar novela *lírica*<sup>83</sup>; a la que Carmen Bobes añade unas matizaciones que definen con precisión la mayor parte de la obra de Bryce, matizando la *preeminencia del espacio sobre el tiempo*. Punto crucial que justifica un trabajo sobre *el espacio* en la obra de Bryce. Y dice:

La novela lírica adquiere desde esa perspectiva una serie de efectos formales que se relacionan con causas aparentemente distantes, por ejemplo, la tendencia a incluir personajes de los considerados *héroes pasivos*, que se dejan llevar por las cosas, frente al héroe de la novela de acción, que tiene la iniciativa sobre la historia y domina el entorno; en relación con este rasgo situamos la tendencia al *autobiografismo* (...) que contribuye a socavar la construcción de la trama para prestar mayor atención al discurso y se detiene en puntos concretos de la trayectoria vital del personaje, los de mayor intensidad, dejando en estado de latencia lo cotidiano, lo obvio; de esa actitud deriva un *fragmentarismo*, que contribuye, a su vez, a *destacar el espacio sobre el tiempo*...<sup>84</sup>

Y cada una de las precisiones de Bobes encaja con soltura en la narrativa de Bryce, y podemos decir sin embagues que el espacio las constituye.

<sup>79</sup> Mariano Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*( Madrid, editorial: Castalia, 1989), (Pág.182).

<sup>80</sup> Roland Bourneuf, Réal Ouellet, *La novela*, Enric Sullá, trad. (Barcelona, editorial: Ariel, 1985), (Pág.115).

<sup>81</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Bobes. *Ibidem*. (Pág.101-102)

<sup>82</sup> Vítor Manuel de Aguiar e Silva, *Teoría de la Literatura*( Madrid, editorial: Gredos, 1986)

<sup>83</sup> Ricardo Gullón, *La novela lírica*( Madrid, editorial: Cátedra, 1984).

<sup>84</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Bobes. *Ibidem*. (Pág.95). La cursiva es mía.

Comenta Bryce que hablando con un escritor español "que odia a los escritores del boom" y sin embargo lee con agrado a nuestro escritor, le preguntó el porqué de la excepción, a lo que contestó que la diferencia consistía en que Bryce escribía "a lo europeo". Y basaba tan peregrina opinión en que sus novelas "ocurren" en Europa.

Algo parecido, con otras connotaciones, se dijo de Julio Cortázar. En esta ocasión era reproche y "político", porque escribir en París en época en que el "realismo crítico" era una bandera, resultaba, además de impropio, toda una deserción de origen. Cortázar se defendió en su momento con el mejor criterio. Bryce se limita a comentar en una entrevista la absurda afirmación del comentario, porque, efectivamente, las novelas de Bryce -aquellas que ocurren en Europa- están pergeñadas desde una perspectiva y una "mentalidad" hispanoamericana, como comenta jocosamente el escritor: " me afrancesó mi madre en el Perú y me latinoamericanizó Francia a partir de los veinticinco años de edad ".<sup>85</sup>Y así es: todas las novelas de Bryce, hablen de lo que hablen, están "visionadas" desde un protagonista de origen peruano que actúa como tal. Es decir, que el espacio geográfico, la pertenencia a una clase, y los factores individuales no sólo determinan la narrativa de Bryce (supongo que en cierta manera esto pasa a todos los escritores) sino que constituyen la auténtica materia de los relatos, porque:

Quien habla en un relato es un individuo socialmente enraizado, es decir, un portavoz de un grupo social que refleja, a través del correspondiente sociolecto, su correspondiente visión del mundo. Así, pues, el personaje puede funcionar o no como reflejo de la visión del mundo del autor sin que este hecho implique su enajenación<sup>86</sup>.

El mismo escritor siempre ha dicho que escribe "de lo que sabe", "de lo que conoce", y también que "vida y literatura se confunden". Siendo fiel a este criterio podemos agrupar las obras de Bryce en dos series. Aquellas que transcurren en el Perú; y aquellas otras que tienen como escenario Francia, y muy especialmente París. Otras que ocurren en España o Italia, pero de una forma puramente circunstancial, y que son consecuencia de alguna salida ocasional del protagonista.

Además, estos dos espacios geográficos, cuando el protagonista tiene rasgos de Bryce, guardan relación con dos épocas de la vida del escritor: los relatos de adolescencia y época universitaria en el Perú, y los de la edad adulta con escenario en Europa la mayoría de las veces. Uno y otro ubicados en un estamento social que también se corresponde con los ambientes en que vivió Bryce: la infancia y la adolescencia vividas en un ambiente burgués. Tras la ruptura con este medio (de Bryce, pero igual de Pedro Balbuena o de Martín Romana), la menos regalada de estudiante o profesor universitario en París. Y todo esto adoptando el punto de vista que da la perspectiva, porque, prácticamente toda la narrativa de Bryce está contada desde el recuerdo, y con esas matizaciones que hace el escritor, desde la nostalgia pero también de la voluntad de recordar:

La gente, los mismos escritores, confunden muy a menudo la nostalgia y recuerdo. Un recuerdo es algo terminado y, (...) bueno, malo, o regular (...) La nostalgia es un recuerdo que no se acabó, por la sencilla razón de que se vivió mal, sin entenderlo, o entendiéndolo a medias. Hay algo que no se completó, que quedó interrumpido y que, por lo tanto, ha dejado en nuestras profundidades una terrible carga latente de vida.<sup>87</sup>

### 3.EL ESPACIO PARA EL ESCRITOR

He vivido en muchas ciudades y no sé cuántos países me han visto pasar. Y suele suceder que uno se despierta y pasa de cuarto en cuarto y de ciudad en país hasta llegar al cuarto en que se acaba de despertar (...) Más la maravilla de reconocer, en óptimos despertares, al ser amado. Uno está de regreso al amor de la misma manera en que la noche anterior estuvo de regreso a casa en el país en el que ahora vive o de la misma y exacta manera en que visita por carta a un amigo en el país en el que ayer vivió o de la misma y exacta manera en que ayer por la tarde se instaló en su despacho, colocó la página en blanco y se dijo que ya muy pronto serían 25 los años que llevaba lejos de casa (...) Voltea, entonces, donde la mujer o el amigo queridos, y les habla de aquella casa de veraneo e infancia en la península de

---

<sup>85</sup> *Permiso...*

(Pág.10)

<sup>86</sup> Antonio Garrido Domínguez, *El texto narrativo* (Madrid, editorial: Síntesis, 1993), (Pág.75).

<sup>87</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Terrible y maravillosa nostalgia", *Jano*, Julio de 1988, (Pág.77).

La Punta o la casa que ya casi no queda de Chosica para pasar el invierno.<sup>88</sup>

El espacio para Bryce Echenique viene a ser el de esta cita, que me servirá, perfectamente, para resumir los espacios por los que se mueve el escritor, y que después quedarán reflejados en la literatura.

En primer lugar, y sin proponérselo, el espacio que determina la vida de cualquier persona o personaje, es el lugar de nacimiento, físico y ambiental. Aquí se fijan los postulados que regirán la vida. Después la voluntad y el deseo la ratificarán o le harán revelarse contra ellos (es obvio que la voluntad y el deseo serán mucho más decisivos para la segunda opción, que para la primera, para la que te pusieron "en rodaje", prácticamente, desde el nacimiento).

El espacio íntimo para Bryce será en primer lugar escritura que viene determinada absolutamente por su nacimiento (el Perú), y por la pertenencia a una clase, la alta burguesía; y por su deseo y después efecto de romper esos lazos y venirse a Europa "a ser escritor", contradiciendo todas las expectativas, menos la suya, y tal vez la de su madre.

El salto, del Perú a Europa y de la burguesía al "desclasamiento" lo dio con la ilusión de los pocos años y ese deseo más fuerte que cualquier otro de hacerse escritor. En seguida vinieron las confrontaciones entre "lo que uno piensa" y "lo que la cosa pensada es", y de aquí esos comentarios irónicos de Martín Romaña (la trayectoria de este personaje es paralela a la de Bryce Echenique), de que Nôtre-Dame estaba igualito que en el Perú, pero quizás "aquí irradiaba un poco menos"; o "a la Ciudad Luz se le han fundido los plomos"; o las continuas increpaciones al Hemingway literario que les había hecho creer que "París era una fiesta", olvidándosele apostillar que "para unos pocos...".

Y de este "desacuerdo con la realidad en que se ve puesto en el mundo" nace toda la obra de Bryce desde los primeros pasos, empezando por el hecho de ser escritor (Bryce ha repetido siempre que se le ha preguntado que en el Perú nunca hubiera llegado a serlo), hasta la distancia afectiva y efectiva necesaria para hablar del Perú como lo hace en *Un mundo...*, y ahora en *No me esperen en Abril*: desde fuera y desde dentro.

Bien, el espacio geográfico nace, entonces, de este salto físico que le permitirá viajar por Europa y por medio mundo, y que le impondrá esa lección dudosa entre dos países, Perú o España (Martín hizo la primera elección y fracasó). Y en cuanto al escritor:

España es el país amado, el soñado, el ruidoso y caótico país del que te quejas ahora. Con cuánto amor te quejas. España es el país que te impide regresar al Perú. (...) Lo mucho que lloró por Perú en España, lo festejo. Lo mucho que en el Perú lloro por París y Perugia (...) y Barcelona, lo festejo feliz en España.<sup>89</sup>

También para Martín Romaña España fue un país amado. De aquí eran sus ancestros, y también los de Inés. Aquí tuvo grandes amigos, y aquí, claro que con la imaginación, conoció a Octavia de Cádiz... Y el Perú es el país de la nostalgia, sobre todo de los lugares felices de niñez y adolescencia; ese Chosica compartido con Manolo de *Huerto cerrado*, con Julius, de *Un mundo...*, o con el protagonista de "¡Al agua patos!". ¡Y como no! la península de La Punta con aquella playa de Colán a la que Felipe Carrillo acudió, siendo adulto y llamado también por la nostalgia, a remediar lo irremediable.

Y junto a estos espacios físicos, decisivos unos: "el gran salto", y la mayoría, en dependencia de lo que allí encuentra, porque se puede ser muy feliz en Perugia, una pequeña ciudad italiana, cuando allí se consigue hacer realidad los sueños de ser escritor, tanto para Bryce Echenique: "votación tardía que explota en la pequeña ciudad italiana de Perugia"<sup>90</sup>; como para Martín como veremos, e incluso para Pedro Balbuena de *Tantas veces...* fue el encuentro con la literatura, en forma de mujer, Sophie que también la representa, porque fue la ilusión literaria que allí se materializó, se hizo texto, en definitiva. Y se puede ser muy desgraciado en el París de los días "sin hondonada", o con dos boinas sobre la cabeza porque el frío le impedía escribir... (me estoy refiriendo al protagonista de *La vida exagerada...*

---

<sup>88</sup> *Permiso para vivir...*

(Pág.202)

<sup>89</sup> *Permiso para vivir.* (Pág.202)

<sup>90</sup> *Permiso para vivir.* (Pág.200)

Pero las ciudades, los espacios urbanos dominantes en la narrativa de "hoy", pueden ser:

Llegar a una ciudad, ver dirigir hacia ti, o casi, la sonrisa de una mujer bellísima, de una mujer que intuías aparecida para decirte con esa sonrisa que la ciudad con ella te sería dulce, apacible, definitivamente tuya. Pero después, la ciudad sin su sonrisa y sin su presencia, eso sí ya era cosa distinta, tal vez hostil, en fin, una ciudad sin esa sonrisa aparecida, en todo caso.<sup>91</sup>

O para Martín, "todas las ciudades se parecen no bien llego yo".

Y por encima de todo los afectos privados: "existe el amor, la amistad, el trabajo (la literatura, en mi caso), y después no existe nada"<sup>92</sup>. Y por lo que respeta a Martín:

Logró cansar a muchas mujeres, pero nunca se cansó de amarlas con pasión, con esa misma pasión con que había cultivado la amistad, pues quien no establece diferencias entre el amor y la amistad (y éste es su caso) no tiene por qué no hacer por un hombre lo que sí haría por una mujer.<sup>93</sup>

Y todos estos "topos" y los simbólicos -los espacios personales del escritor, fruto de la visión del mundo, de sus filias y de sus fobias- serán los espacios de la novelística de Bryce, y representándolos, la de sus personajes.

Y respecto a "lo ajeno", aquello que está pero que no participa, como ya se había intuido a lo largo de la producción literaria, o si lo hace es por ausencia -una forma de presencia negativa-, (un descubrimiento que sorprende al propio descubridor). Y es Mañuco, ese adolescente, en un viaje increíble en tren desde Perú a Cerro de Pasco, en plenos Andes, quien lo descubre:

-Y dime -intervino Fermín-. Debió ser una impresión formidable para ti ese increíble viaje en tren. Dicen que por ahí el ferrocarril pasa a más de cinco mil metros de altura. Debió ser algo casi sobrenatural para un chico de quince años (...)

- La verdad en que yo sólo me iba fijando en don Pancho- soltó categóricamente Mañuco.

Entre el humo de La Cucaracha, los cuatro amigos no supieron si reír o si qué. El mismo Mañuco se había quedado sorprendido con su frase (...) Ya todo eso lo sabía Mañuco Cisneros y el paisaje era humano, antes humano que nada, proyección de sí mismo, y de Sally de don Pancho: el paisaje era el lugar en que iban a hablar, en el que iban a escuchar, en el que iban a ahondarse tantos afectos...<sup>94</sup>

Y que después ratificará con "el ahora", y lo que será para él, Texas en lo sucesivo:

...El paisaje de Texas, como tantos años antes el de Cerro de Pasco (...) sería el espacio en que él y todos aquellos amigos se habían movido, la zona en que se habían escuchado y mirado (...) una irradiación de sus propias personas, convertida en geografía de recuerdos.<sup>95</sup>

Y que Bryce también resume en el "ahora" -antes fue un gran viajero aunque en sus "crónicas" sobre EE.UU. que dio lugar al libro *Abuelo de buen cubero y otras crónicas*<sup>96</sup>, ya hay mucho de esa manera de ver el mundo, incidiendo en lo personal y en lo anecdótico, y poco en lo puntual:

...recuerdo ahora que, por entonces, descubrí que una de las razones profundas de este viaje era gozar lo más posible y comunicarle, mediante cartas y tarjetas postales, ese goce a algún ser querido (...) Pero resulta bonito pensar que, a veces, la gente se manda miles de kilómetros al lomo de lo que puede tan solo para que un compadre, en Costa Rica, por ejemplo, reciba una postal y lea: "Soy feliz en Charlottesville", y reciba un abrazo...<sup>97</sup>

---

<sup>91</sup> Permiso para vivir. (Pág.134)

<sup>92</sup> Permiso para vivir. (Pág.73)

<sup>93</sup> Permiso para vivir. (Pág.73)

<sup>94</sup> Dos señoras conversan. (Pág.90-91)

<sup>95</sup> Dos señoras conversan. (Pág.91)

<sup>96</sup> Alfredo Bryce Echenique, *A vuelo de buen cubero y otras crónicas* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1977)

<sup>97</sup> Crónicas personales. (Pág.12)

Y ahora la más reciente, en la que el viaje ha pasado a ser o a no ser: Hace tiempo que no viajo por geografía geográfica, pues siempre termino diciéndome a este paisaje no vuelvo más y poniéndole, por fin, su crucecita en el mapa. Es el paisaje humano el que ahora me lleva a atravesar tantas veces el charco, el que me obliga a ir de ser humano en ser humano, como un náufrago de boya en boya. Hermosa idea cuando se sabe que, al mismo tiempo, todo esto penetrará obsesivamente nuestra obra literaria.<sup>98</sup>

Pero insisto, por si no ha quedado claro, que el espacio textual (el que le hizo escritor y creador de los demás "espacios"), como globalidad nació del desacuerdo con lo que parecía ser "su lugar en el mundo" y su decisión de quebrarlo. En definitiva de su *desarraigo*, como no me faltará ocasiones de repetir y matizar; o con palabras del mismo escritor, en esa lucidez que tiene de su propia historia: Al cabo de miles de años en Europa, tras haber sido un marginal ya en mi infancia en el Perú y luego un extranjero en todas partes, "un hombre con las raíces descabaladas", como me llama Pilar, mi esposa, tras haber sido un izquierdista para la derecha y un derechista para la izquierda, un revolucionario para unos y un oligarca agonizante para otros...<sup>99</sup>

---

<sup>98</sup> Permiso para vivir. (Pág.73)

<sup>99</sup> Permiso para vivir. (Pág.438)



## IV.-EL ESPACIO EN LA OBRA DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Para hablar de los espacios habituales de los cuentos y novelas de Bryce, voy a hacer una agrupación previa. Primero, por seguir un orden cronológico, hablaremos de los espacios propios de la niñez, representados fundamentalmente en la novela *Un mundo para Julius*, pero que también aparecen en algún cuento como referencia; para continuar con los de la adolescencia: los cuentos de *Huerto cerrado*, alguno de *La felicidad ja* y de *Magdalena peruana...* y dos de las tres novelas breves de *Dos señoras conversan*. Al espacio de la edad adulta nos llevan las novelas *Tantas veces Pedro*, *La vida exagerada...*, *El hombre que hablaba...* y los otros cuentos que quedaron desclasificados en los grupos anteriores.

Dejo por el momento el estudio de *Un mundo...* que he reservado para el siguiente capítulo. Y voy a dedicarme a las peculiaridades del entorno infantil, y dentro del ámbito de la niñez, dos acercamientos muy diferentes. Aquel en que la niñez es "vívida" por el protagonista en el momento que se narran los hechos, y que es objetivado por un narrador: *Un mundo...*; y el que nos habla de la niñez pero desde el recuerdo lejano, con la carga emotiva de su pérdida, y la nostalgia añadida.

He separado, además, el espacio físico del psíquico o íntimo, consciente de las interferencias de uno en el otro; y mucho más en el caso de Bryce, para quien "las ciudades son sus gentes", y ellas las que te hacen sentir de una manera u otra.

He eludido esta separación en los espacios de la niñez. Aquí el espacio físico e íntimo se confunden, no sólo porque en la niñez el entorno va unido a la idea de bienestar o lo contrario, sin preguntarse el por qué. Cuestión que ya llevaría implícita la separación. Y, también, porque el espacio de la niñez, en este apartado, es siempre recordado; y lo que determina el recuerdo es siempre un estado del alma, y en el caso de que sea el lugar el que provoqué la evocación, el siguiente paso volverá a ser el mismo.

### 1.-LOS ESPACIOS DE LA NIÑEZ

#### 1.1.-El espacio físico / el espacio íntimo

En los seis cuentos de *Huerto cerrado* el espacio de la niñez siempre es recordado, pero desde una distancia apenas dejada de la mano.

En "Dos Indios", Manolo, un peruano que no sabe muy bien qué hace en Europa -Roma en concreto-, tiene la sensación de que hay alguna cosa en su vida que le crea un "malestar" especial, y que va unida a algo que no puede precisar y "si los recuerdos empiezan a faltar y no hay nada más"<sup>100</sup>. Pero son los recuerdos, precisamente, los que le rescatan de la indiferencia en que se había convertido su vida. Rememora un momento de su niñez, y a la vez algo que le une a ella: la imagen de "dos indios" que quedaron esperándole, allá en el Perú, "la friolera" de doce años. Este recuerdo determinará la vuelta al Perú del protagonista, en ese intento de recuperar un pasado feliz, en el que, por lo menos, se sintió útil.

Esta vuelta a la infancia, o a los orígenes, consigue transformar el espacio interior de Manolo. Y de ser un personaje al "que le quedaba mal reírse", ha pasado a ser una persona con esperanzas: "Regreso al Perú -dijo, sonriente y optimista. La sonrisa le quedaba muy mal. Para a continuación: "ya no le quedaba tan mal reírse."<sup>101</sup>

En "El descubrimiento de América", otro, o el mismo Manolo, no importa, recuerda la niñez, y de ella el parque donde iba con su padre:

No olvidaría aquellos domingos en que salía a pasear con su padre por el Parque Central. Caminaban entre la gente, y su padre lo trataba como a un amigo. Le costaba trabajo reconocerle sin su corbata, sin su terno, sin su ropa de oficina, sin su puntualidad, y sin sus órdenes. No era más que un

<sup>100</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*. op. cit., p.18.

<sup>101</sup> *Ibidem*, pp. 22-23.

niño, pero se daba muy bien cuenta de que su padre era otro hombre.<sup>102</sup>

Ambos son espacios felices, pero uno podríamos decir que es fruto de la nostalgia y el otro, simplemente, de la memoria, en esa acertada separación que ha precisado Bryce: "(...) la nostalgia es un recuerdo que no se acabó, por la sencilla razón de que se vivió mal, sin entenderlo, o entendiéndolo a medias. Hay algo que no se completó, que quedó interrumpido y que, por lo tanto, ha dejado en nuestras profundidades una terrible carga latente de vida."<sup>103</sup>

En "Pepi Monkey y la educación de su hermana" de *La felicidad...* se recrea un espacio de la niñez bastante inusitado. Y lo es por lo narrado (una historia inverosímil), y por el narrador que lo cuenta: uno de los protagonistas internado en un manicomio; lo que hace, por una parte, adecuar la historia (el loco piensa lo imaginado como real), pero también crear la duda de que la historia pueda ser "real" (dentro de la ficción, me refiero), porque el narrador, en muchas ocasiones, se comporta con mucha "cordura".

Dos niños viven su infancia -no hay precisión temporal, sólo sabemos en un momento dado que uno de los protagonistas: Tati, tiene doce años y su hermano dos o tres menos- en una única habitación con una abuela que, a su vez, vive en un mundo creado por sus "fantasmas", fruto de un pasado glorioso que quiso para ella y que no logró, del que los niños son partícipes obligados. En este espacio idealizado en el que no se permite ninguna intromisión transcurre la niñez de los protagonistas. Aquí sufren una especie de secuestro físico y mental que les imposibilita cualquier otra opción. El mundo "de fuera" les está vedado: "Ahora vivimos en el último salón que da por todas partes a la nada y de allí entramos cada mañana para pasar el día cerca del piano y esperar que llegue missis Scott que también viene de ninguna parte(...) Somos tan felices pero tenemos tanto miedo al mismo tiempo"<sup>104</sup>. Los otros dos contactos humanos con los que tienen relación son la profesora de los niños, quien se limita a ratificar las fantasías de la abuela -lo que sirve para fijar esa realidad-, y el ama que por su condición jerárquica poco puede hacer al respecto, salvo mover la cabeza negando lo que los demás afirman:

Missis Scott está profundamente de acuerdo con las ideas de abuelita, y cuando hay alguna novedad toma nota para ampliar sus apuntes (...) Pero mama Joaquina no está de acuerdo con la realidad. No se necesita tener mas de siete años para darse cuenta de que si tuviera el derecho de hablar nos diría algo diferente a abuelita. Muy diferente.<sup>105</sup>

Hay además otra fuente de referencia que es el subconsciente de la abuela, quien, en sueños, contradice lo que en la vigilia testifica.

El espacio creado por este relato tiene mucho de cuento de hadas. Los dos hermanos esperan un príncipe que los sacará de su aislamiento. Aislamiento protector para el muchacho que teme todo contacto con el mundo exterior: "Estoy seguro de que mama Joaquina quiere llevarnos a la calle. Hace tiempo que quiere enseñarnos algo y está esperando que venga una de esas tardes en que abuelita se instala en el piano horas y horas. Le hago señas a Tati y ella tiene ganas de salir. Pero es muy peligroso. Afuera hay una guerra, afuera hay tanta maldad..."<sup>106</sup>

El mundo de los niños se rompe en la confrontación con la realidad. Llega un príncipe a Lima, y la muchacha acude a "la llamada" de la mano de la abuela. Y allí se encuentra no con el "príncipe encantado" a quien un beso convertirá en "apuesto", sino a Juan Carlos de Borbón que no llega en hermoso corcel, sino en el *Juan Sebastián Elcano*. Referencias conscientemente "reales" para romper otro hechizo: el mundo ilusorio de la abuela.

De esta última experiencia surgen dos espacios divergentes: el de la niña: "Gritabas al volver del baile nueve años después (esta es la fijación en la locura del protagonista: creer que desde que su hermana fue al baile y volvió han transcurrido nueve años). Gritabas que no las habían dejado entrar, que las habían detenido en la puerta, que abuelita se había arrojado sobre el príncipe diciéndole que ahí estabas tú, que habías hecho el ridículo, que los policías las habían metido en un carro y las habían llevado a un lugar llamado la comisaría."<sup>107</sup>

---

<sup>102</sup> *Ibíd*em, p.138.

<sup>103</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Terrible y maravillosa nostalgia", *Jano*, 1 Julio de 1988, p.77.

<sup>104</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.51.

<sup>105</sup> *Ibíd*em, p.54.

<sup>106</sup> *Ibíd*em, p.51.

<sup>107</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.59.

Y el de *Pepi Monkey*, para quien la realidad no encajaba en sus presupuestos y decide quedarse en el mundo protector de la locura. De un confinamiento pasa a otro, y en el manicomio rememora una y otra vez el mundo de la infancia, único reducto para él existente. Y donde sigue conservando a "su adorada Tati" por la que llegó hasta la locura, literalmente hablando: "Allí vivimos. Allí nos educaron. Allí la amé hasta la locura. Allí la recordaré siempre por más sufrimientos que me cueste..."<sup>108</sup>

Observemos la reiteración "espacial" del protagonista. Ese "allí" que muestra la fijación obsesiva del espacio, frente a la imprecisión temporal, que borra "de un plumazo" nueve años de vida.

"Al agua patos", también de *La felicidad...*, es un cuento en el que se recuerda la infancia, en un lugar ya conocido para quien ha leído *Huerto cerrado* o *Un mundo*: Chosica. Aquí se recupera Julius tras la muerte de su hermana Cinthia; y es el espacio donde Manolo ubica sus recuerdos gratos de niñez, y al que vuelve con América para tratar de recuperar juntos esa felicidad perdida.

Espacios felices ambos, el de la infancia unido a Chosica, del que le han quedado "con insistencia palabras, adjetivos, momentos de nostálgicas mentiras y antiguas perdidas verdades que tía Tati simplemente se olvidó de llevarse consigo en la premura con que desapareció de la gran casa de Chosica para irse al cielo." El de la infancia es un espacio que se escribe con cuatro sílabas: FE-LI-CI-DAD, y que sólo da para un corto recorrido y con obstáculos, "en una suerte de carrera en la que al mismo tiempo hay que guardar el equilibrio y correr y saltar...".<sup>109</sup> Ese camino se interrumpió cuando:

(...) se abrió la hondonada que con certeza iba dirigida hacia el peligroso silabeo de otra palabra que él entonces aún no conocía por estarla recién viendo, el joven se dio cuenta de que lo habían traído al malecón invernal de la adolescencia con los vestidos veraniegos en Chosica.<sup>110</sup>

Es decir cuando abandonó el espacio "acogedor" de la infancia sin estar demasiado preparado para ello. Un poco como le pasó a *Pepi Monkey*, pero él eligió la decisión extrema de encerrarse en sí mismo para evitar el enfrentamiento.

Esa Chosica de su niñez será punto de referencia para el protagonista de "¡Al agua patos!", porque después de transcurridos cinco años desde su última visita, siente la necesidad de volver a coger algún resto de aquella palabra de cuatro sílabas, o tal vez a enterrarla para siempre.

La vuelta a Chosica con un amigo, siendo estudiante, y el por qué de esa vuelta son sentimientos incompatibles: sensaciones unidas a algo que quedó y que no pueden ser puestas ni dichas al mismo nivel que el resto de las confidencias, porque quedan como desflecadas: "entonces, mientras terminaban de dar la vuelta a la manzana y volvían, él empezó a tener grandes dificultades para seguir contándole a su amigo la simple historia en la cual ésa había sido la gran casa en que vivió de niño (...) pero se demoraba en hablar y no lograba entretener, mucho menos interesar y hasta hubo aquel instante en que ya no quiso ni entretener ni interesar..."<sup>111</sup>

En este relato, además de los recuerdos de la primera niñez, se evoca el colegio como un lugar poco feliz si lo comparamos con los días de Chosica en que todo era tan fácil porque "tía Tati" y porque "teníamos cinco años y semanas después de conocernos éramos inseparables"<sup>112</sup>, mientras que en el colegio le costó "mucho trabajo tener amigos". Pero tampoco era exactamente el colegio, porque después creció y algo seguía ocurriendo, algo unido a Chosica y a la niñez que no podía precisar y, por tanto, exorcizar. Tendrá que llegar a los años de universidad, y en una de las "escapadas" en busca de recuerdos dará con las palabras adecuadas: "¡al agua patos!", "magdalena acústica" que le hará evocar ese algo que le inquietaba: una "primera maldad" inocente: la muerte de un patito bajo sus manos, sin tía Tati ni mamá que le ayudaran, para paliar el efecto conturbador que esta primera pérdida de la inocencia supuso:

Rafaela y mamá se marchaban (...) ese día logré que me dieran permiso para que lo del baño fuera más tarde porque quería seguir jugando más rato con el patito. Y hasta puedo ver la mirada del animalito amarillo escapándose de la pequeña palangana y yo preocupado porque estaba temblando, yo

---

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p.48.

<sup>109</sup> *Ibíd.*, p.125.

<sup>110</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.125.

<sup>111</sup> *Ibíd.*, p.126.

<sup>112</sup> *Ibíd.*, p.129.

también siento frío y oscurece cuando el bultito amarillo se cae de costado y de pronto en la oscuridad como que empiezo a sentirme listo para algo, algo malo, es la primera vez que me han dejado solo de noche en el patio y falta mucho para que mamá regrese...<sup>113</sup>

Esta anécdota, que será en *Huerto cerrado* una experiencia negativa en la infancia de Manolo, se repite, curiosamente (¿no será porque forma parte del acervo infantil del autor?), en *La vida exagerada...*

Aquí Martín, el narrador en primera persona que nos cuenta con un estilo mucho más "libre" que el que encontramos en *Huerto cerrado*, no llama recuerdo a la experiencia, sino "un verdadero trauma infantil" que ensombrece, junto a otros, la vida a veces feliz de Martín Romaña.

Después de que el protagonista no has contado la historia de los patitos, nos hace una advertencia para evitar, supongo, que nos pasemos "de listos" y pensemos, lo que yo antes hice, que el verdadero sujeto del relato tiene mucho que ver con el autor. Nos dice Martín:

Un día le conté esta historia al escritor Bryce Echenique y a él le interesó. Se la regalé, en vista de que yo había dejado de escribir, y tiempo después la convirtió en un cuento titulado precisamente "¡Al agua patos!". pero a mí me sigue jodiendo todavía. Claro, es absolutamente lógico que me siga muriendo de pena al recordar que maté a lo animalitos esos, no hay nada de enfermizo en ello(...) pero lo cierto es que ello hace que tenga siempre terror de llevar mis bromas y hasta mis acciones, en general, mas allá de su intención inicial. Y por eso no falta incluso quien me habla de Herodes al ver lo indiferente que me dejan los bebés. Pero no me dejan indiferentes los bebés, lo que pasa es que me hago el frío, el duro, el seco, cualquier cosa antes que tener que cargar con un bebé y meterle un dedo al ojo o apretarlo demasiado fuerte por andar acariciándolo cariñosísimo y nerviosísimo.<sup>114</sup>

No siempre, pues, es feliz el recuerdo de la infancia y determina como ya teorizó Freud, el comportamiento del hombre adulto.

En *Magdalena peruana...* hay dos cuentos que retoman la infancia como lugar de recuerdo. En el primero: "Desorden en la casita", al recuerdo se llega como de rebote. Un protagonista adulto, ojeando discos, ve uno del que conoce la letra de la canción, y de aquí salta a otra ocasión en que esa misma letra le recordó a su madre sin saber muy bien por qué (es el recuerdo de un recuerdo, por tanto): "Fue por la radio. Él no tenía entonces discos ni tocadiscos, o sea que fue por la radio que los Churumbeles de España lo hirieron tanto con esa canción que hoy ha saltado a su vista mientras busca discos viejos en una tienda..."<sup>115</sup> La evocación, una vez saltada la chispa que la puso en funcionamiento, es premeditada. El protagonista con el disco en su poder regresa al *Gran Hotel* donde se aloja y anula todas sus citas para que el recuerdo se recree sin interferencias: "Tumbado sobre la cama contempla la fotografía de los Churumbeles de España. Debe ser de por el año cincuenta y lo que no se explica es cómo siendo un niño entonces, sí, su hermano menor nació cuando él tenía siete años, cómo y por qué siendo un niño entonces pudo haberlo herido tanto que su madre fuera una vieja muy buena y muy santa, su madre era entonces aquella mujer joven y alegre..."<sup>116</sup>

El espacio impersonal y poco acogedor de un hotel cobra cierto "intimismo" con la fotografía de su madre sobre la mesita de noche con el vestido con que a él le gustaba recordarla. Estos dos recuerdos le llevan a la niñez, y a dos hechos que marcaron al protagonista en cierta manera: una presencia y una ausencia. Una presencia que quiso evitar en su momento: el nacimiento de su hermano menor que iba a ocupar lo que él creía el privilegiado lugar de último de la familia. En su ingenuidad cree que acotando el espacio físico a lo imprescindible su hermano no podrá vivir con ellos. Y lo reduce en una casita que está construyendo en el jardín. Su batalla es contra el tiempo, porque tiene que terminarla antes de que el nuevo niño llegue, pero fundamentalmente contra el espacio, porque si no hay lugar disponible, nadie puede ocuparlo:

Lo gané a papá. He tenido que cambiar el plano de la casita pero ya lo gané a papá. Tengo un plano nuevo y cuando nazca José no habrá sitio en ninguna parte para él. No nacerá porque no habrá

---

<sup>113</sup> *Ibidem*, p.134.

<sup>114</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.291.

<sup>115</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.145.

<sup>116</sup> *Ibidem*, p.145.

sitio en ninguna parte.<sup>117</sup>

Pero no ganó y "ahora duerme con su hermano Pepito y, a veces, como en las películas, planea el asesinato. Pero cuando ya no le importa tanto no ser el menor de todo el mundo, entonces, siempre, quiere *suicidar y se...*"<sup>118</sup>Y no solamente no sirvió la estrategia de acotar el espacio, sino que también su espacio interior se vio ocupado por la palabra "atroz". Y esta ya será la historia de la ausencia.

Ya, anteriormente, el niño protagonista de "¡Al agua patos!" necesitó hacer malabares para seguir sosteniéndose en la palabra "felicidad". Pero hay palabras a las que le toca nombrar lo que hace daño, y cuanto más tarde se aprendan, mejor. En el recuerdo del niño la palabra "atroz" va unida a la experiencia de la muerte cercana, la de su madre.

El niño creyó que se podían modificar los acontecimientos manipulando el espacio. Una vez lo consiguió cuando mandó a un muchacho con el que tenía que cartearse contra su voluntad una fotografía en la que se había puesto "collar y aretes y el lápiz de labios de su mamá". El correspondiente nunca contestó a su carta. Y lo intenta de nuevo con su casita diminuta, pero ya sin éxito (en la mente del niño no cabían distinciones cualitativas). Algo que tuvo que empezar a aprender, porque no sólo había nacido su hermanito, sino que su llegada supuso una ausencia: la de la madre.

Este recuerdo de infancia no es feliz como los otros que han sido evocados. No obstante el protagonista adulto sonríe al recordar ciertos detalles: "Tumbado en la cama del 'Gran Hotel' sonríe mientras piensa que el colmo habría sido que le mandaran un hermano del tamaño de Albert Robles..."<sup>119</sup>

## 2.-LOS ESPACIOS DE LA ADOLESCENCIA

Manolo, el de *Huerto cerrado*, es el protagonista casi único de la etapa de la adolescencia. Sus espacios exteriores son los habituales de cualquier adolescente: el colegio, las excursiones, el parque como lugar idóneo para declararse, los lugares de reunión... Y otros que son propios del entorno donde transcurre la vida del protagonista; que en el caso de Manolo serán espacios del Perú, y concretando Lima y sus alrededores. Y que también vendrán determinados por la pertenencia a una clase: el Parque Salazar, el "Country Club", Chaclacaya, Chosica, un internado inglés...

Y por lo que se refiere a los espacios interiores, también son las comunes a cualquier adolescente: el despertar sexual; la valoración del yo, la amistad... La respuesta a estos espacios interiores vendrá condicionada a una predisposición personal, que es lo que los distinguiría, en cierta manera, de los lugares exteriores más determinados por circunstancias generales.

### 2.1.-El espacio físico

#### 2.1.1.-El colegio

El colegio ocupa un lugar preferente, en cuanto a tiempo, en la vida del adolescente. Sin embargo en cuanto a ámbito es un espacio superado ampliamente en esta edad, a diferencia de lo que ocurre en las primeras etapas de la vida: la ruptura por primera vez con el único medio protector como es el ambiente familiar, y después el despertar de un montón de sentimientos diversos, como veremos en *Un mundo...*,

Para un muchacho adolescente, Manolo de *Huerto Cerrado*, por ejemplo, el colegio es aquel lugar que le impide estar con su enamorada en "Una mano en las cuerdas", pero también es un lugar grato lleno de recuerdos:

Aún recuerda los días pasados en aquel colegio. Los amigos. Las fotografías de las enamoradas de los amigos. Las lavanderas tan feas. Los jardines y sus jardineras. Los profesores. Un

---

<sup>117</sup> *Ibidem*, p.147.

<sup>118</sup> *Ibidem*, p.150.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p.149.

profesor. Las pocas muchachas que pasaban por allí. El pescado de los viernes. La salida de los sábados. ¿Los libros? Aún recuerda... pero ¿por qué dice que "aún recuerda"? cuando jamás olvidará que allí vivió intensamente, y vivir intensamente es lo único que le interesa.<sup>120</sup>

Consecuencia como casi siempre de la nostalgia de su pérdida. Solamente y en algunas ocasiones cuando el tiempo se hace presente, formalmente se entiende, los hechos desagradables ocupan un lugar preferente. Y es lo que le pasa a Manolo en este relato, cuando el espacio del colegio- en este caso un internado inglés cerca de Lima-, usurpa el del esparcimiento: una salida de fin de semana. El castigo es mal aceptado no tanto porque le impide ver a Cecilia como porque él lo cree injusto: "Era como creer que hemos ganado la lotería, corre a cobrarla, y descubrir que hemos leído mal nuestro número: lo habían castigado por festejar el sábado; por celebrar la partida. Se había parado sobre la silla y había gritado: '¡Viva el sábado! ¡Viva ella!' Y ese imbécil lo había castigado porque faltaban cinco minutos para que terminara la clase."<sup>121</sup>

El protagonista, ese muchacho que acepta la cotidianidad del colegio en espera de la plenitud de su espacio afectivo: el reencuentro con su muchacha, no soporta el castigo y con una actitud propia de la adolescencia, se cree único en el sufrimiento. El tiempo se ha detenido (ha perdido importancia), y ha sido sustituido por el espacio opresor en este caso: "No tenía nada que hacer. Aceptó la realidad, y casi se muere de pena. Se dio cuenta de que el tiempo se había detenido, y de que se quedaría así, detenido hasta el lunes. Luego, avanzaría nuevamente, lentamente, hacia el próximo sábado. 'No llegará nunca.' Era demasiado orgulloso para escaparse, pero no toleraba ver la puerta por donde se salía para ir a Lima. Decidió encerrarse en su dormitorio."<sup>122</sup>

Más adelante esta sensación de soledad es compartida con el de otra soledad. El espacio de la confidencia consigue unir a un muchacho de quince años y a un profesor de cuarenta y cuatro. Ambos se han encontrado en un espacio compartido: el amor y el dolor de su ausencia.

Una confidencia hecha en unas circunstancias especiales (no suele darse una relación de este tipo entre un alumno y un profesor), en un momento de permeabilidad receptiva, logra el contacto afectivo entre los dos personajes.

## 2.1.2.-La calle

"Una extraña diversión" es un relato de *Huerto cerrado* que tiene como escenario único la calle. El protagonista sigue siendo Manolo, pero un Manolo que no encaja con el del resto de los relatos, por su indumentaria y por su comportamiento. La primera más propia de un desclasado: "¿De dónde venía con sus zapatos cubiertos de barro, y con esa camisa mojada por las lluvias de julio? Ningún otro abrigo..."<sup>123</sup>, y la segunda de un loco, o quizás sería más apropiado decir, de alguien "del que no se sabe muy bien para quien trabaja":

Parecía tomar muy en serio esa larga caminata, y era muy extraño todo lo que hacía. Cogía una piedra a este lado de la pista (estaba en la avenida del Ejército), y la cambiaba por otra que recogía al otro lado de la pista. De su bolsillo del pantalón, sacaba una libreta negra. Luego, sacaba también un pequeño lápiz amarillo, buscaba una página en blanco, y dibujaba más piedras. Abandonó esa esquina (...) Contó las puertas y las ventanas, y apuntó esos números en la libreta. Dibujó la casa...<sup>124</sup>

Y también en este libro, en "Las notas que duermen en las cuerdas", las calles y las gentes que las habitan son descritos con cierta morosidad (ya sabemos que *Huerto cerrado* supone la primera etapa del escritor, en la que todavía no había conseguido su estilo peculiar):

El sol brilla sobre la ciudad, sobre las calles, sobre las casas. (...) Por las calles, las limeñas lucen unos brazos de gimnasio. Parece que fueran ellas las que cargaran las andas en las procesiones, y que lo hicieran diariamente. Te dan la mano, y piensas en el tejido adiposo. No sabes bien lo que es,

<sup>120</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.97.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p.100.

<sup>122</sup> *Ibidem*, pp. 100-101.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p.168.

pero te suena a piel, a brazo, al brazo que tienes delante tuyo, y a ese hombro moreno que te decide a invitarla al cine...<sup>125</sup>

Es diciembre en Lima y están próximas las vacaciones estivales y la Navidad. Manolo ya ha terminado las clases, y en su tiempo libre:

...Manolo salió a caminar. Contaba los automóviles que pasaban, las ventanas de las casas, los árboles de los jardines, y trataba recordar el nombre de cada planta, de cada flor. Esos paseos que uno hace para no pensar, eran cada día más frecuentes. Algo no marchaba bien (...) Aquel día había caminado mucho, y casi sin darse cuenta...<sup>126</sup>

Esta anécdota, si no fuera por un hecho concreto -allí se nos dice que se trataba de un hombre y aquí de un adolescente- parece coincidente con la anterior. y además es curioso observar, que los gestos que en el anterior relato nos había parecido propio de un loco, cambiando el condicionante de la edad -lo pasamos a la adolescencia-, deja de parecer cosa de orates.

Y estos paseos por las calles de Lima se repiten, la casa familiar le ahoga un poco, y siente necesidad de salir de allí. A veces la calle tampoco consigue darle esa tranquilidad ansiada:

Empezaba a oscurecer. Miles de personas caminaban lentamente por el jirón de la Unión. Se detenían en cada tienda, en cada vidriera, mientras Manolo avanzaba perdido entre esa muchedumbre. Su única preocupación era que nadie le rozara al pasar, y que nadie le fuera a dar un codazo.<sup>127</sup>

Otras veces y en gestos que han repetido miles de adolescentes, la calle es ese lugar donde las muchachas salen del colegio y se van a sus casas...

El centro de Lima está lleno de colegios de mujeres, pero Manolo tenía sus preferencias. Casi todos los días, se paraba en la esquina del mismo colegio, y esperaba la salida de las muchachas como un acusado espera su sentencia. Sentía los latidos de su corazón, y sentía que el pecho se le oprimía, y que las manos se le helaban. Era más una tortura que un placer, pero no podía vivir sin ello.<sup>128</sup>

Y también la calle, en el " Descubrimiento de América " es el lugar donde cada día Manolo ve pasar América, y el lugar de encuentro que quiere parecer fortuito entre Marta "la amiga de ambos", América y Manolo.

En los dos cuentos los lugares recorridos por los protagonistas son similares. En éste, la Plaza San Martín, la calle Boza, donde están las galerías Boza. Y en " Una mano... " la Plaza de Armas, la Plaza San Martín y las galerías Boza...

Y por último, y siempre en este libro, la calle es escenario de un hecho más dramático: el atropello y muerte de un hombre por un tranvía. Pero lo que llama la atención de este relato es, sobre todo, la futilidad de un gesto y sus consecuencias imprevisibles:

El hombre que podía ser un empleado continuó su camino, mientras el tranvía, como un temblor, pasaba delante del cine sacudiendo las puertas. Una hermosa mujer que venía en sentido contrario atrajo su atención. La miró al pasar. Volteó para mirarle el culo, pero alguien se le interpuso. Se empujó. Alargó el pescuezo. Dio un paso atrás, y perdió el equilibrio al pisar sobre el sardinel...<sup>129</sup>

Por otra parte, en los recuerdos de la adolescencia de Santiago, en el Perú, la calle puede convertirse en aquel lugar de espera a la salida de los colegios, como en otras ocasiones, para ver a Eugenia: "...me escondía por los rincones para verla pasar y estaba siempre dispuesto a partir la carrera si ella me miraba."<sup>130</sup>; pero la calle puede convertirse en mágica, un día en que "Yo estaba esperando que Eugenia entrara, para después

---

<sup>125</sup> *Ibidem*, pp.63-64.

<sup>126</sup> *Ibidem*, p.66.

<sup>127</sup> *Ibidem*, p.70.

<sup>128</sup> *Ibidem*, p.69.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p.162.

<sup>130</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.180.

esperar que saliera, cuando ni entró ni salió sino que se detuvo en la esquina de mi vida, a unas tres cuerdas de la puerta de aquella cafetería, convirtiéndola de esa manera en la puerta del cielo."<sup>131</sup>

## 2.2.-El espacio íntimo

### 2.2.1-El amor: el enfrentamiento entre el amor idealizado y el deseo

Manolo en "Una mano en las cuerdas", encuentra y vive su primer amor en el "Country Club", del cual se nos dice:

El "Country Club" es un de los hoteles más elegantes de Lima, y dicen que tiene más de cien habitaciones. Está situado en San Isidro, barrio residencial, a unos veinte minutos en automóvil del centro de Lima, y rodeado de hermosos jardines. Durante el verano, mucha gente viene a bañarse en las piscinas del club, y a jugar tenis. Para los muchachos en vacaciones escolares o universitarias, es un entretenido centro de reunión.<sup>132</sup>

Esta descripción (muy poco usual en los relatos de Bryce, sobre todo una vez conseguido su "estilo") hecha por un narrador que parece que conoce "el Country" sólo de "oídas", nos advierte que es un lugar únicamente accesible a una clase social, y de ella deducimos que Manolo pertenece a una clase alta. Aquí conoce a Cecilia, una muchacha quinceañera como él, y lógicamente perteneciente a su misma clase. El protagonista, predispuesto por la circunstancia de que sus amigos tienen ya "enamorada", sufre "amor a primera vista": "Hoy he visto a la chica más maravillosa del mundo. Es la primera vez que viene a la piscina, y nadie la conoce(...)Me ha encantado", y más adelante:"!La adoro! La veo todos los días. Viene a la piscina por las mañanas y por las tardes..."<sup>133</sup>

El espacio interior de Manolo ha quedado ocupado por la constante presencia -real o imaginada- de Cecilia de la que conocemos a través de las páginas de un diario en donde el protagonista cuenta su experiencia. Esta forma de narración presupone que no hay tan siquiera intención de un distanciamiento para juzgar los hechos, que nos son mostrados de una forma espontánea y subjetiva (se puede decir, de nuevo, que hay una perfecta adecuación entre la materia y la forma: nada más subjetivo que el amor, y para contarlo nada más apropiado que las páginas de un diario). Manolo recorre, como casi todos los adolescentes de su clase, los lugares habituales de relación entre ellos: el cine Orrantía para intentar un acercamiento físico con su enamorada, que no irá más allá de pasarle un brazo por los hombros con gran riesgo de su reputación. Después será el Parque Salazar

La moda: formidable solución para nuestra falta de originalidad. El Parque Salazar estaba tan de moda esos días, que no faltaban quienes hablaban de él como del "parquecito". Hacía años que muchachos y muchachas de todas las edades venían sábados y domingos en busca de su futuro amor, de su actual amor, o de su antiguo amor. Lo importante era venir. (...) Manolo no comprendía muy bien eso de ir al Parque Salazar. Le incomodaba verse rodeado de gente que hacía exactamente lo mismo que él, pero no le quedaba más remedio que someterse a las reglas de juego. Y dar vueltas al Parque, con Cecilia, hasta marearse, era parte del juego.<sup>134</sup>

Esta descripción forma también parte de las acotaciones irónicas que el narrador se permite en su uso de la palabra. Por lo demás su intervención se limitará a la que ya hemos visto, y en alguna ocasión servirá para sacar del "atolladero" a un vacilante Manolo, en los momentos en que sus contradicciones le impiden pensar, que es lo que ocurre cuando nos cuenta la confusión del adolescente ante la imagen escatológica que otro colegial trata de añadir a la visión idealizada que de Cecilia tiene Manolo. Es el primer conflicto entre el amor romántico y el amor sexual (aunque este no sea el mejor ejemplo) que los adolescentes de las novelas de Bryce "arrastran".

Este narrador omnisciente que presumiblemente estaba latente aprovecha el "out" para intervenir y

---

<sup>131</sup> *Ibidem*, p.178.

<sup>132</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit.,p.77.

<sup>133</sup> *Ibidem*, p.78-80.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p.87.



decir a los lectores lo que al protagonista le resulta difícil: "La amaba porque era un muchacho de quince años, y porque ella era una muchacha de quince años. Cuando hablaba de Cecilia, Manolo hablaba siempre de la nariz respingona y de sus ojos negros; de sus pecas que le quedaban tan graciosas y de sus zapatos blancos(...) Le cogía la mano, la besaba, pero todo eso tenía para él *algo de lección difícil de aprender*.(...) No prestaba mucha atención cuando sus amigos le decían que Cecilia tenía brazos y bonitas piernas..."<sup>135</sup>

Hay alguna otra ocasión en que este narrador en tercera persona acude también en ayuda del protagonista. Son esos momentos -hemos visto ya uno- en que Manolo calla por alguna razón concreta. Antes ante el enfrentamiento de dos sentimientos contradictorios. En otra ocasión cuando la felicidad le impide "escribir": "Soy el hombre más feliz de la tierra. Cecilia!Cecilia! No puedo escribir (...) No se hizo esperar. A las tres y media, en punto..."<sup>136</sup>

En otro relato: "las notas que duermen en las cuerdas" (notemos el paralelismo de los dos títulos), Manolo experimenta el mismo rechazo hacia esa relación, para él malsana, que los compañeros mantienen con el otro sexo: "Detestaba esos grupos de muchachos que hablan de las mujeres como un producto alimenticio: 'Es muy rica. Es un lomo'. Creía ver algo distinto en aquellas colegialas con los dedos manchados de tinta, y sus uniformes de virtud"<sup>137</sup>, o "sintió repugnancia al ver que un grupo de hombres miraba groseramente a una mujer, y luego se reían a carcajadas"<sup>138</sup>

Ese amor tímido y "en lejanía" es frecuente en los adolescentes protagonistas de los relatos de Bryce. Santiago de "Los grandes hombres son así. Y también así" fue un muchacho que, cerca de los cuarenta años -el momento en que rememora la adolescencia-, todavía cree que "seguiría esperando a Eugenia a la salida del colegio, si no se hubiera venido a Francia y ella no se hubiera casado con Raúl": "La verdad, esto no sé muy bien cómo explicarlo, porque Eugenia ingresó a la Universidad y estudiaba ciencias de la educación, pero yo siempre seguí esperándola a la puerta del colegio. Fue tal vez la distancia en que me situaba la que me impidió notar el cambio de local (...);Pero qué recuerdo más bello, éste! No tengo recuerdo más bello de mi adolescencia(...) salvo el del Cream Rica (...) Aquella vez Eugenia apareció por la puerta del cielo y se me acercó..."<sup>139</sup>

Es cierto que este recuerdo puede parecer imborrable por las circunstancias posteriores (Eugenia y Santiago tuvieron una relación intensa en París), y que sepamos (la narración no lo refleja), el lugar afectivo ocupado por Eugenia no ha sido cubierto por otra mujer con la misma intensidad. Así el recuerdo permanece indeleble y, además, el desencadenante dramático que provoca la evocación, la muerte de la protagonista, propicia que la "vivencia" tenga una cadencia especial y única (recordemos, aunque este no sea el caso, que los muertos rara vez han convertido "maldades").

Es un burdel, lugar prototípico de iniciación a la sexualidad de muchos adolescentes, donde Manolo, reforzado y "presionado" por la presencia de sus amigos, intenta ser como los demás: un "machito" con proezas que contar. El cuento que narra esta experiencia adolescente es "Yo soy el rey", que no se refiere precisamente a Manolo sino a un personaje ajeno a la experiencia, de *Huerto cerrado*.

Ese intento del protagonista de ratificar su "hombría" no alcanza el objetivo deseado en esta ocasión. La lucidez del pensamiento impide pasar la barrera necesaria para que la voluntad se anule, y el resultado no es el pretendido.

El marco burdelesco que se describe en este relato es esperpéntico y deprimente:

"El agua", chilló una voz histérica, desde el corredor. La Nylon abrió la puerta, y un ser increíble le entregó una vasija blanca y desportillada. "Toma la toalla y el jabón", agregó, mientras Manolo lo miraba asombrado. Un ser increíble. La caricatura de un bailarín de flamenco. Grotesca, goyesca. El más cadavérico de todos los bailarines de flamenco. Vestía íntegramente de negro, y tenía los dientes superiores inmensos y salidos. Jamás podría cerrar la boca. Jamás podría quitarse los

<sup>135</sup> Ibídem, p.93.El subrayado es mío.

<sup>136</sup> Ibídem, p.84.

<sup>137</sup> Ibídem, p.69.

<sup>138</sup> Ibídem, p.71.

<sup>139</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.177.

pantalones, tan apretados los llevaba. No tenía caderas, y quería tener caderas...<sup>140</sup>

No parece lugar adecuado para una iniciación con ciertas reticencias, y Manolo, como dije, no consigue traspasar el umbral necesario, por mucho empeño que pone en recordar algunas imágenes atrayentes, dado los escasos atractivos de la "Nylon", la mujer que le tocó en suerte: "(...) las dos tetas de la Nylon que colgaban inmensas(...) Se había afeitado el sexo, pero tenía cerdas en los sobacos. Perfume de chuchumeca. Perfume y sobaco..."<sup>141</sup>

El resultado de esta experiencia es ese "malestar" agudizado que ya habíamos notado en el Manolo de las otras ocasiones:

-No pasa nada -respondió Manolo, pero era como si estuviera viendo chupones, navajas, sobacos de esos, cordones umbilicales, sangre. Pensaba en su enamorada, y se crispaba. Resonaban en sus oídos "calatear, cojudeces, chancro, gonorrea, seborrea, diarrea", y otras palabras como apellidos vascos que le habían clavado el puntillazo...<sup>142</sup>

Es en "El descubrimiento de América", título que juega con la homonimia, donde Manolo consuma su iniciación sexual. Las circunstancias son muy distintas a las del relato "Yo soy el rey". Al burdel únicamente se va a buscar sexo, mientras que en "El descubrimiento de América"(el filón conquistador sigue dando frutos) el juego está entre dos adolescentes que creen amarse, y el resultado es el esperado.

América, pese a lo inusual del nombre, es una muchacha de ciertas características que podríamos llamar "frívolas". El narrador en tercera persona que nos la presenta, lo hace con entusiasmo (con ese entusiasmo que se hace eco de las miradas de muchos hombres):

América era hija de un matrimonio de inmigrantes italianos. Una de las muchachas más hermosas de Lima. ¡Qué bien le quedaba su uniforme de colegiala! (...) De colegiala que ya se cansó de serlo. De colegiala con mentalidad pre automovilística, pre lujosa, y pre matrimonial. De colegiala que se aburre en las clases de literatura, que jamás comprendió las matemáticas, y que piensa sinceramente que Larra se suicidó por cojudo, y no sabía como ingeniárselas para que su uniforme pareciera de secretaria. Usaba las faldas bastante más cortas que sus compañeras de clase, y se ponía las blusas de cuando estaba en tercero de media. ¡América! ¡América!<sup>143</sup>

Los pensamientos de Manolo sobre América son otros, o por lo menos él trata de que sean otros. Quiere amar como lo hizo una vez (quizá cuando Cecilia fue su enamorada), y lucha para que otros elementos no se entremezclen en la experiencia: "Hoy no la he visto (...) Amor amor amor. Volverás. Vuelve amor vuelve. Con seguridad de amor(...) Vuelve amor sentir amor amar sentir. Antes. Como antes. Luchar por amar y no culos. Verla pasar amar. No culos (...) ", y ya el narrador con menos confusión nos distancia la escena: "Quería amarla como amaba antes; como había amado antes. 'Es posible, se decía. Es posible' "<sup>144</sup>

El narrador que nos presentó a la muchacha, sin duda hombre, no comparte totalmente la opinión que de la protagonista nos hace Marta -una amiga de ambos que hará de lazo de unión entre ellos:

...América es todo lo contrario de una chica inteligente.

-Uno no quiere a una persona porque es inteligente -dijo Manolo, desviando la mirada al darse cuenta de que había metido la pata.

-¿Y con el cuerpazo de América? ¿Tú crees que eso es amor?

-¡Nada de eso! -exclamó Manolo, fastidiado al comprobar que su mano no temblaba mientras cogía la taza de café-, Nada de eso. Sus ojos. Su cara maravillosa.<sup>145</sup>

Pero a Manolo no parece importarle mucho esas opiniones que él cree consecuencia de "una cierta envidia" (Marta es inteligente pero no muy agraciada), o tal vez de despecho (se intuye que Marta siente "algo"

<sup>140</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.107.

<sup>141</sup> *Ibíd*em, p.109.

<sup>142</sup> *Ibíd*em, p.110.

<sup>143</sup> *Ibíd*em, p.123.

<sup>144</sup> *Ibíd*em, p.124.

<sup>145</sup> *Ibíd*em, pp.125-126.

por Manolo). Y lo único que quiere es que se la presente. Una vez conseguido, los problemas, si existen, los irá resolviendo a su manera (es una conquista basada en la mentira y que como tal fracasará).

Desde las primeras páginas del relato, el lector ve al protagonista debatirse entre sentimientos contrarios que anuncian el desenlace: "América. América. Las piernas de América. No. No. Los ojos de América"<sup>146</sup>; "Sus caderas. No. No. Sus ojos..."<sup>147</sup> o "Sus ojos. Buenas piernas. Pero sus ojos. La blusa. Marta, ¡Mierda!(...) La falda con las caderas. Piernas. La quiero. Como antes..."<sup>148</sup>

Unido a estas luchas interiores y como presidiéndolas, existe la nostalgia de un amor primero con visos románticos. Aquel espacio que parece ser para el protagonista espejo donde mirarse, está casi siempre latente y explícito en el texto, y determinará la conducta de Manolo en muchos momentos: "Quería amarla como amaba antes; como había amado antes."<sup>149</sup> Y para él un indicio de que el amor merecía ese nombre era un estado de agitación que podía llevarle hasta el desmayo. Y son esas reacciones las que nota a faltar cuando piensa o espera a América: "Se acercaba a la Plaza de San Martín, y no sentía ningún temblor en las piernas. El pecho no se le oprimía, y respiraba con gran facilidad (...) "<sup>150</sup>"Cada vez que América decía una tontería, Manolo se inflaba de piedad, y confundía este sentimiento con el amor que tenía que sentir por ella"<sup>151</sup>. Y en otra ocasión: "Llevaría a América a Chosica, le contaría todas esas cosas, y ella sería un amor como antes, como quince años"<sup>152</sup>. Las citas son suficientemente expresivas.

El espacio de este relato es un espacio "ficticio", engañoso. No sólo Manolo trata de engañarse en lo que se refiere a los sentimientos que América despierta en él, sino que la conquista de la muchacha se logra mediante situaciones que no existen: el "carro" de Manolo al que hace estrellarse en la imaginación para justificar su ausencia; "su" gran casa vacía de Chaclacayo de la que sólo es amigo de su jardinero, y en la que descubrirá que aquello que hubiera querido fuera amor, no fue más que deseo, que una vez consumado perdió la validez porque, definitivamente, pudo comprobar que nada quedaba después, y que todo fue tan falso como los procedimientos creados para la seducción (que fue mutua).

Ya antes del desenlace y en la piscina de Huampaní, lugar donde Manolo y América iban a bañarse a diario, hubo un primer rechazo hacia la muchacha, que se nos presenta en forma de descripción en la que se mezclan varias frecuencias, confundiendo a veces:

Manolo le esperaba sentado al borde de la piscina, y con los pies en el agua. "Traje de baño blanco", se dijo al verla aparecer. Venía con su atrayente malla blanca, y caminaba como si estuviera delante del jurado en un concurso de belleza. Avanzaba con su melena... Debería cortársela aunque sea un poco porque parece, y sus piernas morenas más tostadas por el sol con esos muslos. Esos muslos estarían bien en fotografías de periódicos sensacionalistas. Sufriría si viera en el cuarto de un pajero la fotografía de América en un papel de periódico (...) Vio cómo sus piernas tenían vellos, pero no muchos, y esos vellos rubios sobre la piel tan morena, lo hacían sentir algo allá abajo, tan lejos de sus buenos sentimientos... Qué pena, parece de esas con unos hombres que dan asco en unos carros amarillos...<sup>153</sup>

Y después de estas reflexiones siente añoranza de otros lugares y que son tan diferentes al lugar donde se encuentra: " Y por cojudo y andar fingiendo accidentes de niño millonario no he podido ir a mi playa en los viejos Baños de Barranco, con el funicular y esas cosas de otros tiempos, cerca a una casa en que hay poetas, esos Baños tan viejos con sus terrazas de madera tan tristes. Pero América no quedaría bien en esa playa de antigüedades porque aquí está con su malla blanca..."<sup>154</sup>.

Y para terminar con el despertar de la sexualidad, voy a mencionar una experiencia homosexual en la que Manolo, nuestro protagonista "fijo", se ve envuelto, sin quererlo ni sospecharlo.

---

<sup>146</sup> *Ibidem*, pp.126.

<sup>147</sup> *Ibidem*, p.129.

<sup>148</sup> *Ibidem*, p.130.

<sup>149</sup> *Ibidem*, p.124.

<sup>150</sup> *Ibidem*, p.129.

<sup>151</sup> *Ibidem*, p.133.El subrayado es mío

<sup>152</sup> *Ibidem*, p.134.

<sup>153</sup> *Ibidem*, p.141-142.

<sup>154</sup> *Ibidem*, p.142-143.

Es ésta una historia contada desde el recuerdo y quizá por eso perdió ya el dramatismo que seguramente tuvo. El título del relato "Con Jimmy, en Paracas", nombre y lugar del coprotagonista de la historia, hace pensar que el tema principal del relato es el conocimiento "de cerca" de la homosexualidad, y lo cierto es que no lo es por la extensión con la que se trata el tema- ocupa espacialmente la mitad del relato-, ni por "la intensidad" de lo narrado, que corresponde al recuerdo nostálgico del padre y de los viajes del trabajo en los que el protagonista, siendo adolescente, le acompañaba. Y en este caso concreto el viaje es a Paracas, lugar paradisíaco en la escena que recuerda el muchacho: "mi padre sentado de espaldas al mar, no era que el comedor estuviera al borde del mar, pero el muro que sostenía sus ventanales me impedía ver la piscina y la playa, y ahora lo que estoy viendo es la cabeza, la cara de mi padre, sus hombros, el mar allá atrás, azul en ese día de sol, las palmeras por aquí y por allá..."<sup>155</sup>. Pero en el que ocurren, como en casi todos los lugares, cosas agradables: la relación con el padre; y otros no tanto: la experiencia con Jimmy. El tiempo ha conseguido por una parte distanciarlo (ya he dicho que el relato no es dramático) y, unido a la nostalgia, rescatar, valorándolo en su medida.

### 2.2.2.-La amistad

Hay otra historia de amistad entre un adolescente y un adulto, se trata de "Un sapo en el desierto", novela breve de Bryce que pertenece al libro *Dos señoras conversan*.

Hablar de amistad entre dos personas bastante ajenas- en este caso el alejamiento es cronológico y obviamente espacial, al que se añade diferencias culturales: uno es un adolescente peruano y el otro un ingeniero americano- lleva a pensar que comparten un espacio común dentro de las diferencias, que es el que voy a tratar de cercar. (En el caso de Manolo y mister Davenhock, del cuento "Un amigo de cuarenta y cuatro años", fue el sufrimiento compartido de una mujer.)

"Un sapo en el desierto" es una historia de amistad íntegra, que empieza desde el encabezamiento. El libro está dedicado a Aníbal González-Pérez, Cesar Ferreira, y Cristóbal Pera. Seguido de un "por amigos, por excelentes amigos.". Sigue en las citas de Jonathan Swift y W. Shakespeare, y culmina en la novela con una doble historia de amistad, la de cuatro profesores de la Universidad de Texas que se reúnen cada tarde en un local al que bautizan como "*la Cucaracha*", y la otra el relato que uno de ellos, Mañuco, cuenta tarde tras tarde a los amigos, logrando que todos ellos se metan en la historia afectivamente. Es, naturalmente, el otro relato de amistad al que ya nos hemos referido.

Un narrador omnisciente que conoce el desenlace de la narración nos resume en las primeras páginas la historia de Mañuco y Don Pancho,

Los cuatro daban clases en la Universidad de Austin y, por las noches, concluida una buena jornada laboral, un poco la soledad y otro mucho la amistad los traía de cabeza al mismo lugar, a la misma mesa, a los mismos clubs sandwiches y al mismo ruido de rugby de siempre. El último en llegar a Austin había sido Mañuco, Mañuco Cisneros. Y llevaba ya varias semanas dale y dale con la misma historia que algún día todos habrían de recordar como la historia más triste de una vida en Texas. Y es que al principio sólo Mañuco Cisneros sabía quien diablos era don Pancho, el gran don Pancho Malkovich que había sido el héroe de su adolescencia<sup>156</sup>.

para después en *playback* seguir un orden cronológico. Eso en lo que se refiere al narrador.

El "contador", por su parte, sufre un "recuerdo proustiano" ante la proximidad del lugar donde se encuentra accidentalmente, y en el que también vive don Pancho, el amigo que hace veinticinco años que no ha visto.

El primer contacto entre Mañuco y don Pancho se produce de forma fortuita, y viene determinado por el agradecimiento de uno- el muchacho le devuelve una cartera que ha perdido- y por el deslumbramiento del otro.

---

<sup>155</sup> *Ibíd*em, p.31.

<sup>156</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.80.

Este deslumbramiento es doble, material: " Yo no se tú te acuerdas, Carlos, tú que eres también limeño, pero el 91 era en esos años uno de los restaurantes más caros y lujosos de Lima. O sea que para mí era algo totalmente inaccesible. Ahí podían ir mis viejos, en todo caso, pero a los quince años a mi padre jamás se le habría ocurrido llevarme a un restaurante así. Y muchísimo menos invitarme un martini o permitirme tomar vino en la comida."<sup>157</sup>, pero también personal: " (Don Pancho) me miraba como si yo fuera una ópera de Verdi a todo volumen<sup>158</sup>, un aria tal vez, o a lo mejor yo era la abertura de *La Traviata*, señores."<sup>159</sup> Y este contacto humano es el que une a los personajes.

El primer acercamiento, el paso hacia la amistad, ocurre cuando el adolescente con más copas de las debidas, y unos sentimientos confusos sobre el patriotismo y la admiración por lo "yanqui", se va al lavabo a llorar. Don Pancho, observador cuidadoso del paisaje humano, lo consuela con letra de vals criollo: " No es delito en el hombre llorar por una mujer". Palabras que unidas a la actitud sirven para que el adulto consuele a un Mañuco lleno de sentimientos contrarios:

Y cuando arrancamos con el vino blanco para las conchitas al limón, como que mariconié (sic)... porque nuestro Miguel Grau fue un héroe de la puta madre, y por más que puse mi mejor cara de bandera nacional y hasta empecé a izarme sobre mi asiento, con el vino tinto del cabrito al horno perdí todas las guerras que el Perú no ha ganado, y después con el champagne del postre perdí también todas las que el Perú ha ganado. Y ahí quedé hecho un apátrida muerto en un campo de batalla...<sup>160</sup>

Recordemos que el espacio compartido en la otra historia de amistad, "Un amigo de cuarenta y cuatro años", coincide "textualmente" con la letra de este vals. Y en esta historia que nos ocupa el llorar "con el alma" es lo que une a los dos personajes: "Uno, señores, realmente le toma afecto a un gringo mayor que entiende algo tan complicado y sólo porque él es de Trieste y la Primera Guerra Mundial y muy pobre pero después ingeniero..."<sup>161</sup> Comparten, pues, un espacio lacrimógeno, romántico y para muchos trasnochado que les hace ser capaces de llorar por algo tan inexplicable como Miguel Grau, un héroe peruano, mezclado con otras cosas igual de confusas. Y eso no se lleva "entre hombres", y si no que se lo pregunten a Alicia:" a lo mejor no fue mas que la primera herida de la ternura en mi vida de adolescente. Porque Alicia no era así. Con Alicia había que ser siempre muy macho porque si no, adiós, Mañuco..."<sup>162</sup>

La estrenada amistad empieza en el restaurante 91 y continuará al año siguiente, con la invitación que Don Pancho hace a Mañuco, para pasar las navidades con ellos.

En ese espacio, la casa de don Pancho y Sally, allí en Cerro de Pasco, lugar donde tiene la seda la compañía minera en la que trabaja Don Pancho, se consolidará una amistad que veinticinco años después, momento en que se rememora la historia, será capaz de "emocionar" no sólo al protagonista, sino también a esos amigos que la comparten. Y a nosotros, lectores, para los que, en definitiva, ha sido escrita.

En el Cerro de Pasco, los dos protagonistas tendrán ocasión de llorar juntos muchas veces en el espacio interior coincidente: "-Era buena gente la tal Charlotte, ¿no? -me dijo, increíblemente. Claro que lo que él realmente quería averiguar era qué tal iba yo del año nuevo, en general. Pero lo cierto es que lloré hasta por mi inexistente gato"<sup>163</sup>

En casa de Don Pancho y Sally, Mañuco compartirá ópera y "sapo"<sup>164</sup> con el primero, además de un increíble viaje recorriéndolos tendidos eléctricos, del que más adelante hablaremos. Y con Sally, tardes y mañanas compartiendo lecturas y "pulgarcitos"<sup>165</sup>, y en alguna otra ocasión sufrimiento que no es capaz de consolar, porque era pedir demasiado a un adolescente de diecisiete años.

---

<sup>157</sup> *Ibidem*, p.84.

<sup>158</sup> Esta comparación, que en principio queda un poco descontextualizada, se aclara más adelante cuando conocemos que la primera pasión de don Pancho es la ópera

<sup>159</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras...*, op. cit., p.85.

<sup>160</sup> *Ibidem*, pp.86-87.

<sup>161</sup> *Ibidem*, p.92.

<sup>162</sup> *Ibidem*, p.94.

<sup>163</sup> *Ibidem*, p.116.

<sup>164</sup> Un juego que consiste en meter fichas en la boca de una rana.

<sup>165</sup> Juego en que no hay que meter nada en una ranita, más bien se trata de sacar "pellejitos" de los pulgares.

Esta amistad se interrumpió veinticinco años antes, como ya dije, por motivos en los que ahora no nos detendremos, y que resumidos serían: el abandono del Perú por parte de Don Pancho, en unas circunstancias en que los recuerdos también quieren ser borrados:

Estábamos en el 91, el restaurante donde nos habíamos hecho amigos, y don Pancho me miraba a cada rato, como diciéndome qué gringa tan pesada puede llegar a ser Sally, Yo sonreía...No, no estaba triste. Estaba muy emocionado pero no estaba triste. Al día siguiente sí fue distinto, claro, en el aeropuerto. Don Pancho me dijo algo que me pareció muy cruel, pero que después, poco a poco, fui aprendiendo a comprender. Me dijo que no me iba a escribir nunca. Nunca Mañuco. Por dos razones. La primera porque su vida iba a ser tan sencilla que prácticamente no iba a tener nada que contarme y para qué recordar cosas tristes en una carta. La segunda, porque necesitaba *olvidarlo todo. Absolutamente todo.*<sup>166</sup>

En Mañuco la amistad y la admiración por Don Pancho se ha mantenido viva, aunque latente, todos estos años. La proximidad física ha sido la espoleta que ha hecho estallar los recuerdos. Recuerdos felices que el protagonista teme confrontar con la realidad. Por eso retrasa una y otra vez el encuentro con el amigo de la adolescencia; y cuando este se hace inevitable, descubre lo que ya antes había sentido: en las confrontaciones espaciales siempre gana el recuerdo, porque elige con cuidado el material a guardar, despreciando el lastre.

Mañuco cruzó el jardín hasta llegar a la puerta principal. Tocó el timbre y comprobó que las ventanas estaban todas cerradas(...) Dio unos pasos y pudo ver a don Pancho despatarrado, entre sentado y echado, caído hacia un lado... Don Pancho, dijo, entonces, y el viejo miró y empezó a ponerse de pie lentamente, sin sonreír ni nada.

-Soy Mañuco... Mañuco Cisneros.

-Comida-le dijo don Pancho-, Comida. Pizza. Comida.

-Sí, don Pancho...

-Tengo hambre. Comida. Pizza. Esto fue un ataque. Hace tres meses. Hemiplejía. Comida. Pizza.<sup>167</sup>

Afortunadamente para Mañuco -don Pancho no tendrá tanta suerte- esos amigos que le acompañaban en sus buenos tragos (las cervezas en *La Cucaracha*), lo hacen también en este malo, y la decepción, mezclada con la pena y la impotencia, se verá atenuada por estas otras amistades que ha sabido cultivar.

## 2.2.3.-La valoración del Yo

### 2.2.3.1.-Los ídolos:

Otro espacio interior que es tratado por Bryce en su narrativa es el de los ídolos.

Son dos los protagonistas de este espacio creado por la admiración de un personaje hacia otro. Uno de ellos reúne unas características "especiales" que lo harán destacar dentro del grupo; y el otro, desde el que siempre se escribe la historia, es el que no posee esos rasgos y, sin embargo, le gustaría tenerlos.

El espacio de la adolescencia es un marco adecuado para que se despierten estos sentimientos. Es esa época en el que el entorno familiar oprime y el modelo a quien imitar se busca en el ámbito extrafamiliar.

"Muerte de Sevilla en Madrid" de *La felicidad ja-ja* narra un caso "extremo" de idolatría, llevado a sus últimas consecuencias.

Este cuento tiene como tema principal el viaje accidentado y casual de Sevilla (un oscuro protagonista con una oscura vida) a Madrid, pagado por una compañía de aviación con el objeto de promocionarse.

Es el viaje tema común y sugerente para gran parte de la Literatura Universal. De él pueden surgir,- y se espera que surjan- emociones de todo tipo: amores, riesgos, aventuras... Todo menos indiferencia. Sin

<sup>166</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.148. El subrayado es mío.

<sup>167</sup> *Ibidem*, p.153.

embargo para el protagonista del relato el viaje es todo un suplicio al que se ve obligado por la timidez al rechazarlo, y porque (ya aparece el ídolo):" Le daba miedo hacerlo pero lo haría. Llamar por teléfono era lo más fácil; sí, llamaría por teléfono y diría que le era imposible viajar por motivos de salud. Pero algo muy extraño le sucedió momentos después. Salvador Escalante le aconsejó viajar mientras estaba rezando el rosario con su tía".<sup>168</sup>

La figura del héroe, aparentemente, no tiene nada que ver con el viaje, pero si la tiene para el protagonista que hizo de él santuario de sus devociones y de sus pocas "decisiones".

Es por el viaje por el que conocemos al protagonista siendo adulto, y es el narrador quien retrocede en el tiempo, la adolescencia, para perfilarnos la personalidad de Sevilla (en este caso su ausencia), Sevilla ¡como no! fue colegial en el Santa María (colegio al que parece que asistieron todos los protagonistas de las novelas de Bryce, incluido el mismo autor), y observaba, como todos los estudiantes adolescentes del Santa María, a las niñas del Villa María (el Santa María de muchachas) a la salida del colegio, pero con una intención muy diferente a la del resto:

El partía a pie y, mientras avanzaba por la Diagonal para dirigirse hacia un sector antiguo de Miraflores, se cruzaba con las chicas que bajaban del ómnibus del Villa María (...) En los últimos meses de colegio empezó a mirarlas, trató de descubrir a una, una que fuera extraordinariamente bella, una que sonriera aunque sea al vacío mientras él pasaba. Si una hubiera sonreído con sencillez, con dulzura, Sevilla habría podido encontrar por fin a la futura esposa de Salvador Escalante.<sup>169</sup>

Esta extraña afición, quizá convertida en costumbre, continuó después de que muriera Salvador Escalante (probablemente era la única forma de atreverse a mirar a una chica). Muerte que no le impidió buscar compañera para él, ni tampoco llamarlo cuando lo necesitaba: "desde tiempo atrás el gran futbolista escolar<sup>170</sup> había quedado para siempre presente en la vida de Sevilla. Con él resistió el asedio sufrido durante los últimos años de colegio (...) Sevilla llamaba silenciosamente a Salvador Escalante porque con él no había sufrimiento posible..."<sup>171</sup>

Una coincidencia espacial, un viaje, y una sensación compartida con otra de la adolescencia en aquel viaje en que Salvador Escalante lo tomó como amigo, hace que Sevilla "viva" el recuerdo de una forma muy próxima: Cuántas veces había pensado en sus recuerdos, pero esta noche en vez de traerlos a su memoria *era él quien retrocedía hacia ellos*, dejándose caer, resbalándose por sectores de su vida pasada que lo recibían con nuevas y angustiosas sensaciones. Volvía a vivir quinto, sexto de primaria cuando empezaron los preparativos para el viaje a Huancayo.<sup>172</sup>

Y después de esta vivencia, de esta "aproximación" espacial, será mucho más fácil hacer este otro en compañía, "arropado" por la presencia de Salvador Escalante:" no se le ocurrió preguntarse cómo habría sido todo un viaje dialogando feliz y tímido con Salvador Escalante(...) Cuando el señor de enfrente se le antojó cambiar de sitio y se instaló en el asiento donde empezaba a viajar Salvador Escalante, Sevilla aceptó esta repentina invasión de las cosas de la vida como años antes..."<sup>173</sup> Mas la imaginación es capaz de vencer tan pequeños obstáculos, y aquí siempre habrá un lugar vacío que podrá ser ocupado por el amigo. Después los recuerdos se mezclarán y él estará viajando a Huancayo, el lugar en que por primera y última vez triunfó:

'Una buena película para estos días', pensó Sevilla, mientras recibía un chicle de manos del ídolo. 'Entramos', dijo Salvador Escalante y él como que no comprendió, en todo caso se quedó atrás contemplando como boletera, controladora y acomodadora se agrupaban para admirar la entrada de su amigo. Fue cosa de un instante, una especie de rápido pacto entre las tres cholitas guapas (...), mientras Sevilla sentía de golpe la profunda tristeza de haber quedado abandonado en la calle. Y desde entonces revivió hasta la muerte el momento en que Salvador Escalante no lo olvidó. Ya estaba en la entrada de la sala, él en la vereda allá fuera, cuando volteó y le hizo la seña aquella, entra, significaba, y Sevilla *se encogió todito y cerró los ojos, logrando pasar horroroso frente a las tres señoritas del cine. Fue una*

<sup>168</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja,já*, op. cit., p.184.

<sup>169</sup> *Ibíd.*, p.178.

<sup>170</sup> Esta característica es común en todos los personajes-ídolos de la narrativa de Bryce.

<sup>171</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.181.

<sup>172</sup> *Ibíd.*, p.185. La cursiva es mía.

<sup>173</sup> *Ibíd.*, p.206.

*especie de breve vuelo, un instante de timorato coraje que, solo cuando abrió los ojos y descubrió a Salvador Escalante esperándolo sonriente, se convirtió en el instante más feliz de su vida*<sup>174</sup>

Bien se ve que esta es una historia extrema de idolatría. Podríamos decir que hay una verdadera invasión de espacio, una enfermiza manera de ocupar el espacio afectivo con un recuerdo y unos hechos que en sí no tuvieron nada de extraordinarios, aunque sí es cierto que para Sevilla fueron y son los únicos gestos de verdadera amistad que recibió en su vida, y como tal se guardan.

Después, y ya en España, aparecerá otro espacio compartido con el amigo, pero ya pertenecerá al subconsciente, al mundo confuso de los sueños donde todo es posible (Sevilla también es capaz de soñar "despierto", pero son evocaciones de situaciones vividas. Esta será la diferencia): "En una playa desconocida estaba Achikawa<sup>175</sup>, él y Salvador Escalante. Una muchacha para Salvador Escalante apareció en la playa (una playa que Sevilla murió sin saber cuál era) (...) No pudo verla y la muchacha se esfumó, dejándolos a los tres echados tranquilamente en la arena. Achikawa se metió al mar y Sevilla siguió conversando con su amigo horas y horas..."<sup>176</sup>

El relato termina con la muerte de Sevilla en Madrid, como ya sabíamos por el título, pero lo que se ignora hasta el final es que Sevilla sintió repetidamente una atracción al vacío, y que repitiendo el gesto de la entrada en el cine de Huancayo allá en la adolescencia: "*se encogió todito y cerró los ojos...*", se suicidó tirándose por la ventana. Convirtiendo aquel instante, el más feliz de su existencia, en el único digno de recordar y repetir. "Nació" a la vida con ese gesto de amistad y murió con él. Los dos espacios se han convertido en uno solo que durará la eternidad...

Hay otras historias de ídolos a lo largo de la narrativa de Bryce. Julius, el niño de *Un mundo...* admiró en un momento de su infancia a aquel muchacho algo mayor que él, Arzubíaga, del que Raúl, el protagonista de la novela que veremos después tiene muchos rasgos. En *Un mundo...* y en "los grandes hombres..." se cuenta la anécdota del héroe del colegio que lloró cuando "la Zanahoria" (una monjita del *Inmaculado Corazón*) les quitó la pelota. A los ídolos se les cree por encima de estas debilidades (en cierta etapa de la vida, claro) y verlo en ese estado provocó en Julius, por lo menos, perplejidad:

Arzubíaga era el dueño de la pelota. Por las tardes la guardaba en una red blanca y esperaba que vinieran a recogerlo. Pero una tarde un grupo se quedó junto a la puerta principal, querían jugar un poco. Prohibido jugar en ese jardincito porque ahí estaban las rosas de la Madre Superiora y además había una ventana. Sin embargo Arzubíaga sacó la pelota e hizo un pase lateral, Martinto la elevó y de cabecita se la pasó a Julius quien, a su vez, se la entregó a Del Castillo, Del Castillo a Sánchez Concha, (...) Y así sucesivamente hasta que apareció la Zanahoria como loca con la campanita y reclamando en inglés la pelota (...) Arzubíaga se puso a llorar, (...) eso que estaba en tercero, eso que era un grande (...) Bastantes días estuvo Julius preocupado por lo del llanto de Arzubíaga...<sup>177</sup>

Mañuco el de "Un sapo..." además de amistad por don Pancho, sintió una gran admiración, y puede ser que una fuera consecuencia de la otra.

"Los grandes hombres son así. Y también así" de *Dos señoras conversan* es una historia de ídolos (son dos y de diferente sexo), lo marca el título "Los grandes hombres son así...", pero también es una historia de relativización a la que se llega con el tiempo y que de igual manera lo refleja el título "... Y también así", que se refiere al lado oscuro de la moneda de la que sólo conocemos cuando conseguimos ver a través de la opacidad.

"Los grandes hombres..." es la historia de un ídolo, Raúl, vista y contada, en parte, por el que padece el encantamiento, aunque desde dos perspectivas. La adolescente: allí existió la auténtica veneración, y la del adulto que cambia aquel sentimiento por el de la amistad hacia el hombre y la del distanciamiento irónico para el héroe.

---

<sup>174</sup> *Ibidem*, p.189. La cursiva es mía.

<sup>175</sup> Achikawa es un compañero de viaje al que Sevilla soportó estóicamente en su estancia en Madrid, y que invadió, prácticamente, su espacio físico (el psíquico estaba invadido ya). El sueño, como suele ocurrir, libera emociones que en la vigilia también existen

<sup>176</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.213.

<sup>177</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.100-101.



En la confección del relato intervienen un narrador en tercera persona que nos pone al corriente de los acontecimientos del presente, y otra en primera, Santiago, que nos habla desde el recuerdo a través de las páginas de un diario. Costumbre que viene desde la niñez, y que le sirve también de recordatorio.

Siempre hay un hecho, consciente o no, que hace saltar la chispa del recuerdo. En este relato es la muerte de Eugenia: " Una de las mujeres más atractivas e interesantes que había conocido en su vida acababa de morir estúpidamente y sin haber llegado a los cuarenta años"<sup>178</sup>; la mujer del héroe, de la que Santiago fue amiga de adolescencia, confidente y algo más en la edad adulta.

Eugenia muere en el Perú y Santiago está en París, su lugar de residencia. Esta distancia espacial impide que los dos amigos se vean en esos momentos, y posterguen su encuentro hasta el verano. Este *impass* sirve para que Santiago recuerde la adolescencia y con ella la historia de Raúl y de Eugenia (ídolo bis, como la llama Santiago):

Raúl y Eugenia...¿A cual de los dos conoció primero?¿A Raúl, a quien había observado y admirado desde la infancia, desde el primer colegio, o a Eugenia, que se le había acercado una pavorosa tarde de adolescencia infernal en el centro de Lima? Indudablemente, Santiago había visto, observado y admirado primero a Raúl, porque aquellos recuerdos se remontaban a los años de la infancia escolar (...) Después, Raúl había continuado siendo su ídolo deportivo (...) Pero los ídolos, con todo lo que tienen de impecables y de ejemplares, suelen ser mayores que sus pobres feligreses, y son tan inaccesibles y lejanos que a veces hasta lo miran a uno como a un *fan* de pacotilla, como a un lustrabotas...<sup>179</sup>

La segunda parte de la novela narra el conato de "un extraordinario-aparente" viaje con un fin catártico: hablar de Eugenia y para Santiago, además, perder el miedo a las arañas, enfrentándose con ellas en su medio. Uno y otro fracasarán. El héroe se limita a continuar con sus "hazañas bélicas" y a hacer el ridículo por ellas, y Santiago tampoco perderá el miedo a los arácnidos, mas bien casi se muere en el intento. Y de Eugenia... parece que nunca existió.

En la visión de adulto es cuando Santiago ve al ídolo en su verdadera dimensión:

-Siempre hay algo que aprender acerca de los ídolos, Nani -le dijo Santiago, al ver que Raúl se alejaba de ellos para ir a encerrarse en su habitación-. Nunca me había dado cuenta de que jamás crecen, por ejemplo.

-¿Sabes que lo voy a dejar, Santiago?

-¡Qué! ¿Ahora?

-No bien lleguemos a Lima. Lo dejo, porque los ídolos ni crecen ni dejan crecer nada a su alrededor, tampoco.<sup>180</sup>

Tendrán que pasar varios meses para que la comunicación, no ya entre ídolo y "otro" sino entre amigos, se realice. Y será en París en uno de los tantos exilios que padece Raúl en donde se logra ese contacto pleno que quedó interrumpido cuando Eugenia murió. Además el héroe había entendido y valorado a Santiago en su justa medida. No desde su pedestal de ídolo, sino en un *tête a tête* en el que pueden mirarse a los ojos:

-¿Te acuerdas de Eugenia? ¿Te acuerdas de París hace veinte años...? Eugenia ha muerto, hermano...

Y mientras empezaba a repetir incesantemente aquellas mismas frases, entre sollozos incontrolables, Santiago logró adivinar que la extraña caja que Raúl tenía entre sus manos, y que de un momento a otro se iba a abrir, contenía la tarántula viva que su amigo le había traído de la selva del Perú,(...)Santiago sintió verdadero pavor (...) Pero después, al ver que Raúl empezaba a darse de cabezazos contra la pared, comprendió que recién había comenzado *el verdadero viaje* y que veinte

---

<sup>178</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.168.

<sup>179</sup> *Ibidem*, p.172.

<sup>180</sup> *Ibidem*, p.244.

años atrás, en París, Raúl habría sido totalmente incapaz de llorar así y de perder el tiempo en detalles inútiles como ése de la araña.<sup>181</sup>

### **2.2.3.2.-Los antihéroos:**

Y si hablamos de héroes, siendo consecuentes, tenemos que mencionar a los antihéroos, que no se corresponden, como sería tentador decir, con los otros personajes que hacen que el ídolo pueda existir; porque es en ellos donde se completa esa dualidad de la que ya he hablado. No, estos son personajes corrientes como la mayoría de nosotros, que en una época de la vida, la adolescencia es la habitual, buscan un modelo al que poder imitar, o por lo menos con el que poder estar cerca, no se si por aquello de que "todo se pega", como dice la *vox populi*, o tal vez porque si al héroe se le admira, alguna "mirada" abarcadora puede tocarte. Esta actitud admirativa se supera con la adolescencia. Y si no ocurre así, como hemos visto en el caso de Sevilla, puede terminar en el caso extremo de ese protagonista.

Tan larga perorata me lleva a los antihéroos, que en la escala de valores estarían en el otro extremo, y son aquellas personas (personajes en nuestro caso) a quien nadie hace caso si no es para mortificarlos o despreciarlos. Pertenecen también al mundo de las excepciones. El resto lo constituimos la "mayoría silenciosa y desapercibida".

No existen muchos antihéroos en los cuentos y novelas de Bryce, pero hay que hacer una precisión importante. Los personajes protagonistas de la narrativa de este escritor, que para Carmen Bobes<sup>182</sup> llevan el distintivo de que, en general "son los que mayor información da el discurso", están mucho más cerca de los antihéroos que de sus contrarios -característica bastante común de la narrativa actual<sup>183</sup>-, sólo hace falta recordar a Martín Romaña, antihéroe que lo es en el sentido del hombre que vive en "la modernidad", pero conservando y cultivado los valores de otra época: la caballerosidad, hoy combatida por el feminismo, (acordémonos de Virginia e incluso de Inés), la ternura, la falta de agresividad, el temor de molestar...

Después de esta nueva "precisión divagadora" (una sin querer se "contagia" de los vicios de sus escritores), hablaré de los antihéroos.

En *Un mundo...* conocemos a un colegial llamado Cano, que desempeña este papel, y que además guarda semejanzas llamativas de otro antihéroe nato, Sevilla de "Muerte de Sevilla..." de *La felicidad ja-ja*. Cano sólo tendrá como amigo a Julius, y únicamente por la atracción que el personaje protagonista siente por los seres desposeídos.

Y la característica de Cano, al igual que la de Sevilla, será la tristeza: El que si llego tristísimo era Cano; hacía tiempo que había dejado de estar de vez en cuando triste, ahora era triste y tenía caspa además<sup>184</sup>

O:

No fue un golpe malintencionado, era un típico coscorrón de monja a niño malo, con la mano abierta y todo, pero Cano hubiera preferido que le hubieran dado un palazo en la cabeza, nunca ese golpe falso y suave con la mano de la Zanahoria resbalando por su cabeza y ahí mismito después ella arrugando la nariz al descubrir grasa en su mano, grasa de Cano, de sus pelos grasosos (...) se fue la Zanahoria, pero detrás de ella apareció la clase entera volteada mirando la escena (...), tenía que sacar la cabeza y respirar, lo logró Cano, lo logró haciendo por primera vez aquel gesto extraño y triste...<sup>185</sup>

Descripciones que, junto a una característica familiar común, uno vive con su abuela y el otro con dos tías mayores y después con una, y algún otro detalle, como el no poder comprarse dulces en los recreos, llevan a la semejanza:

<sup>181</sup> Ibídem, p.251. La cursiva es mía

<sup>182</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Bobes Naves, *La novela*( Madrid, editorial: Síntesis, 1993).

<sup>183</sup> Reflejo del entorno. No hay lugar para los héroes, entendidos en el sentido "clásico" de la palabra.

<sup>184</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius*, op. cit., p.257.

<sup>185</sup> Ibídem, p.293.

...El recuerdo de el gran futbolista escolar que le hizo caso, que no se fijó que en sexto de primaria a Sevilla ya se le caían unos pelos grasosos Porque desde tiempo atrás el gran futbolista escolar había quedado para siempre presente en la vida de Sevilla. Con él resistió el asedio sufrido durante los últimos años de colegio. Lo del pelo, por ejemplo. Se le seguía cayendo y siempre era uno solo y sobre alguna superficie en que resaltaba lo grasoso que era. Caía un pelo ancho y grasoso y la clase entera tenía que ver con el asunto...<sup>186</sup>.

Estos antihéroes de los relatos de Bryce los son por el medio en que se desenvuelven que no guarda relación directa con el *status* social al que pertenecen (van a colegio de niños ricos sin serlo), motivo por el que se sienten y son diferentes. Probablemente estos sujetos con esos mismos componentes individuales pasarían inadvertidos, entre el grupo al que pertenecen. Hay pues una desarmonía de clase, el personaje se siente excluido y los demás lo corroboran.

Este punto se puede comprobar con otros dos personajes de *Un mundo...*, que también destacan negativamente, "el gordo Martinto" y "los Arenas", siempre inmundos. En el primer caso "las haciendas" del padre compensan "la torpeza" intelectual y "la falta de gracia" de Martinto. En el caso de "los Arenas" aunque tampoco pertenecen a la "élite", juegan con la ventaja de ser más de uno, lo que les hace fuertes ante los demás:

Estaban medio aislados los Arenas; alguien había contado que en Chorrillos eran viejas y feas y alguien había visto el carro de los Arenas estacionado frente a una casona de adobe de donde salía una sirvienta sin uniforme. Se podía vivir en San Isidro, en Santa Cruz, en varios sectores de Miraflores (junto a los rieles del tranvía no, salvo que fuera palacio o caserón; si tenían haciendas bien). Y los Arenas vivían en Chorrillos. Nadie los invitaba a su santo pero, al mismo tiempo, como eran dos y bien unidos, no llegaron a venirse abajo del todo como Cano que, el otro día, le pidió un chocolate fiado a la Zanahoria y la clase entera estalló a reír. No calculaba Cano, metía su pobreza en diversas situaciones igualito como se mete la pata...<sup>187</sup>

## 2.2.4.-El complejo de Edipo

El complejo de Edipo no es propiamente un espacio de la adolescencia, ya que es inherente al individuo, nace con él y también con él se desarrolla. Por tanto, el niño en la evolución normal ya lo "padece", pero pasa desapercibido porque la relación de dependencia madre-hijo, a esa edad, es lógica y necesaria. Llegada la adolescencia esta relación se supera o se modifica<sup>188</sup>, condicionado en parte por la actitud que la madre adopta frente al hijo (la protección exagerada lo estimula, por ejemplo). Llegada esa etapa si esa tendencia no se diluye sino que se agudiza, se habla del complejo propiamente, y ya constituye materia "censurable"<sup>189</sup>.

Bryce Echenique contempla este hecho en alguna de sus novelas, de pasada e insinuante en ocasiones como en "La madre, el hijo y el pintor" de *Huerto cerrado*; en otros con humor, como en *La vida exagerada...*; o bien como tema central y dominante de la novela. Así ocurre en *La última mudanza de Felipe Carrillo*.

"La madre, el hijo y el pintor" es una historia de tres, como lo son todas las que tratan este tema en la novelística de Bryce y fuera de ella, porque son tres los personajes en litigio en esta relación. La madre y el hijo que la constituyen, y el tercero que es el que "lo sufre" (en principio el padre, pero también cualquiera que juegue ocasionalmente ese mismo papel), y que compite por la relación afectiva con la mujer.

En dos de las cuatro historias que hablan del tema se da una coincidencia, no casual, en la relación de pareja. Y es el hecho de que los padres vivan separados, un factor que hace que la relación madre-hijo se modifique ante cierta competencia por acaparar el cariño del hijo, unida al doble "rol" que tiene que asumir; completado, a veces, por una ilimitada capacidad para complacer los caprichos del muchacho. Y es así como comienza la historia de este relato, explicando la relación que un muchacho de diecisiete años tiene con sus progenitores:

Se había acostumbrado al sistema: de lunes a jueves, cuatro días con su madre. De viernes a

---

<sup>186</sup> *Ibíd.*, p.181.

<sup>187</sup> *Ibíd.*, p.133.

<sup>188</sup> Algunos estudiosos dicen que el complejo de Edipo no se supera nunca, simplemente se "compensa".

<sup>189</sup> Esta simplista explicación no tiene otro objeto que el de tratar de enfocar el tema.

domingo, tres días con su padre. Manolo tenía la ropa que usaba cuando estaba con su padre, y los libros que leía en el departamento de su madre. Una pequeña valija para el viaje semanal de Miraflores a Magdalena, de un departamento a otro. Su madre lo quería mucho los jueves, porque al día siguiente lo vería partir, y su padre era muy generoso los domingos porque al día siguiente le tocaba regresar donde ella. Se había acostumbrado al sistema...<sup>190</sup>

Notamos la relación afectiva que mantiene con la madre: "su madre lo *quería* mucho...", y la económica con el padre: "era muy *generoso*..." Después de esta explicación situacional se pasa a un hecho concreto, el día en que el muchacho va a conocer al "compañero" de su madre, y al momento en que ella se viste para un cóctel. Mientras hablan, el hijo le observa con cierto detenimiento (no es la actitud normal de un adolescente) y se permite ciertos comentarios interiores, sin extralimitaciones, que nos permite apuntar una cierta atracción física hacia la madre:

Le hubiera gustado decirle que no necesitaba maquillarse, pero sabía cuanto le mortificaban esas pequeñas arrugas que tenía en la frente y en el cuello.<sup>191</sup>

Escuchaba el sonido que producía el roce de la faja con las piernas de su madre. "Tu madre tiene buenas patas", le había dicho un amigo en el colegio.

-Ya puedes mirar, Manolo.

-Tienes bonitas piernas, mamá.

-Eres un amor, Manolo. Eres un amor. Tu padre no sabía apreciar eso (...)

Se estaba poniendo un fustán negro, y a Manolo le hacía recordar a esos fustanes que usan las artistas, en las películas para mayores de dieciocho años. No le quitaba los ojos de encima. Era verdad: su madre tenía buenas piernas, y era más bonita que otras mujeres de cuarenta años.<sup>192</sup>

Reflexiones que iban acompañadas de una cierta sensación de culpabilidad: "De rato en rato los ojos de su madre le sorprendían en el espejo: bajaba la mirada"<sup>193</sup>. Tenemos la impresión de que el adolescente acaba de descubrir a su madre como mujer además de como madre: "Estaba lista. Estaba muy bella. Hubiera querido abrazarla y besarla. Su madre era la mujer más bella del mundo. ¡La mujer más bella del mundo!"<sup>194</sup>.

Lo que en este relato ha sido un despertar a la sexualidad que se ha hecho consciente en la madre: la persona del sexo contrario más próxima afectiva y físicamente, y que no pasaba de unas simples apreciaciones admirativas, en la *Ultima mudanza*, se convierte en un auténtico *ménage à trois*, con tendencias notables al *ménage à deux*. Lugar por el que compiten Felipe Carrillo y al que, la mayoría de las veces llega triunfante, por bastantes cabezas, Sebastián, Bastioncito y Bastianito Ito, y en los casos extremos "mi platanito", hijo "adorable" de Genoveva, una periodista que llegó a París a entrevistar a Felipe Carrillo.

La historia de Sebastián y Genoveva nos es narrada por el tercer protagonista, en orden preferencial, y lo hace movido por un motivo concreto y vengador: el odio que Felipe Carrillo siente, o tal vez sintió- la escritura tiene un fin catártico- por el alias de los nombres impronunciables "por pudor a su madre, no a él", y, además que de ese odio se hagan partícipes los lectores; y de ese modo que "su fechoría", por lo menos, no quede impune:

Nada de ocultarle detalles al lector para venderle el producto. Intentarlo sería inútil, además, porque a Bastianito Ito no lo compran ni regalado. Nada tampoco de ser mínimamente experimental o de dejar lazos sueltos por ahí para que cada lector, con eso tan moderno de que cada libro es tantos libros cuantos lectores tiene<sup>195</sup>, saque sus propias conclusiones, ate sus propios cabos, etc. Bastioncito

---

<sup>190</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.151.

<sup>191</sup> *Ibíd.*, p.152.

<sup>192</sup> *Ibíd.*, p.153.

<sup>193</sup> *Ibíd.*, p.153.

<sup>194</sup> *Ibíd.*, p.156.

<sup>195</sup> La alusión al prólogo de *Rayuelad* e Julio Cortázar es evidente

vivo o muerto: de eso se trata aquí.<sup>196</sup>

Es esta una historia de amor y de desamor, unida a otra de amor y desamor llena de "culpables", pero que he agrupado en este apartado de la adolescencia porque, en última instancia, si Sebastián no hubiera existido o hubiera tenido una conducta "normalizada", ésta hubiera sido una historia feliz, y no habría merecido, entonces, un lugar en la literatura.

Las referencias constantes al problema edípico, que arrastran madre e hijo en la novela, hacen casi innecesarias las citas. Bastará abrir el libro en cualquier página para encontrarnos con las sesiones de "vales vieneses" entre madre e hijo- no en vano "Freud era de la Escuela de Viena"-, con alguna pieza para Felipe en "la apretada agenda de Genoveva". Audiciones que se acompañaban con relajantes masajes:

... y entonces lo que se escuchaba era unos vales vieneses que acompañaban la ceremonia del masaje en la cabeza, que, en realidad, era la ceremonia del masajito en la espalda, porque Genoveva, para no arruinarle lo punk del pelo, le frotaba desde el cuello hasta el culito...<sup>197</sup>

O las carreras a cualquier hora de la noche entre el dormitorio compartido con Felipe Carrillo y el de Bastioncito, sin viceversa:

...eran unos verdaderos bárbaros para despedirse y cualquier intento de Genoveva de ponerle fin a tanto desgarramiento, a tan atroz separación, era seguido de inmediato anuncio, por parte de su hijo, de una manifestación ácrata, al día siguiente. Creo que nada los excitaba tanto como las manifestaciones ácratas, y ahí arrancaban otra vez las carreras de Genoveva hacia el dormitorio de Bastioncito. Yo, a veces, la seguía, más que nada por ver cómo era el incesto...<sup>198</sup>

En esta novela también Felipe Carrillo es acusado de edipismo por una revista especializada, *La Revue Psychanalytique*, hecho que es comentado con gran soltura por el protagonista sin ningún "complejo". En fin, todo un compendio freudiano.

Y entre estos dos extremos, apenas la insinuación y el "complejote" de *La última...* hay otras referencias textuales. En *La vida exagerada...*, Martín Romaña es acusado por su esposa Inés de dependencia de la madre. Esta anécdota se narra en un corto capítulo con un título muy largo y expresivo: "Edipo en París, en Illiers, y por último en Cannes, con Inés, con su madre, y con el último dandy embarcándose también", título que no deja lugar a dudas. Y Edipo es Martín, e Inés la que lo descubre en esos días en que la madre del protagonista viene del Perú en visita cultural; y también la que toma represalias factuales ante el descubrimiento:

...Inés una noche se negó a hacer el amor con un tipo que aprovechando la muerte (natural, admitía, felizmente) de su padre, acababa de descubrir la oportunidad de su vida con su madre en París.(...) Acto seguido Inés encendió su lamparita, agarró el tomo menos indicado de las obras completas de Freud, y siguió leyendo la historia de mi vida (...) Y es que la condenada se estaba aprendiendo a Freud de memoria, y cada vez que volteaba una página, volteaba a mirarme, y yo seguía ahí...<sup>199</sup>

Actitud que lleva a Martín a tomar diferentes disposiciones, todas muy propias de su comportamiento habitual, como muy pronto veremos al hablar de los espacios de la edad adulta. Y son: hacer una proclama para la juventud sobre el tema (hay que evitar por todos los medios que les coja desprevenidos) y, acelerar los trámites para que la visita de su madre no se prolongue. Postura que le crea un cierto remordimiento: "A Edipo, su padre lo habría molido a palos por no tratar como era debido al ser que lo trajo al mundo."<sup>200</sup> Desgraciadamente y como casi siempre estos ademanes no solucionan el problema sino que lo agravan.

Respecto al primer punto, la proclama,"SI TU ESPOSA ACABA DE DESCUBRIR A FREUD, Y SI TU MADRE LLEGA AL CABO DE AÑOS A VISITARTE A PARÍS, HABIENDO FALLECIDO DURANTE

---

<sup>196</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última...*, op. cit., p.24.

<sup>197</sup> *Ibidem*, p.30.

<sup>198</sup> *Ibidem*, pp.76-77.

<sup>199</sup> Alfredo Bryce Echenique, *L a vida exagerada...*, op. cit., pp.254-255.

<sup>200</sup> *Ibidem*, p.256.

ESOS AÑOS TU PADRE, JAMÁS SE TE VAYA A OCURRIR ENCONTRARLA DEMACRADA EN EL AEROPUERTO. PEOR AÚN; AUNQUE SE ESTÉ MURIENDO, TÚ ENCUÉNTRALA SIEMPRE ESTUPENDA. ABANDÓNALA INCLUSO EN EL MOMENTO DE SU MUERTE."<sup>201</sup>, no llega al "pueblo" porque no sale de la mente de Martín (nunca será un hombre de acción). Y respecto a lo segundo, no consigue mas que enfrentar y basamentar las afirmaciones edípicas de Inés:

Miré a Inés, como quien regresa de terminar con varios años de psicoanálisis, abre la puerta, y se acerca a besar a su paciente esposa. Pero ella ni bola. Y además de ni bola, mirada filopunzante: sólo una bestia como tú se le puede ocurrir que todo ese programa pueda llevarse a cabo en un día, ¿quieres matar a tu madre o qué? Increíble, pero cierto: Edipo tratando de matar a su mamá y la esposa de Edipo impidiéndoselo por todos los medios. Porque créanme, para mí la mirada de Inés *era* todo los medios...<sup>202</sup>.

Después de este capítulo se abre un "Paréntesis" en el que se teoriza sobre Edipo, y ya desdramatizando la historia, porque este momento del "paréntesis" corresponde al momento actual del personaje escribiendo en su cuaderno azul (el libro que tenemos entre manos en cierta manera), hecho que le lleva a "matarse de risa"<sup>203</sup>.

En *El hombre...* aparece otra relación triangular, que se da entre "el adolescente marido de Octavia de Cádiz ": "un gigante tan adolescente como italiano"<sup>204</sup>, Octavia y la madre de Eros (intencionado nombre del protagonista, no se sabe bien si de la madre o del escritor).

Esta vez la tríada se cuenta desde la objetividad. Es Martín Romaña quien la narra y lo descubre, y su protagonismo es el de mero espectador. Además la relación se da entre personas "civilizadas", y todo queda en el texto como diluido en "buenas formas".

La relación de Martín y Octavia se rompe cuando la muchacha se casa con Eros y se va a vivir a Milán. De tanto en tanto vuelve a París y se reencuentra con "el hombre que hablaba". Martín observa en estas visitas que la muchacha va cambiando de apariencia, se corta el cabello, se depila las cejas, se viste elegantemente... Cambios apenas llamativos para los lectores que los creamos consecuencia de su cambio de estado, - de ser estudiante ha pasado a ser esposa de un príncipe-...

En una ocasión Octavia invita a Martín a su "apartamento" de Milán, y allí el protagonista y nosotros vamos descubriendo lo que se esconde tras el cambio de la muchacha:

Eros bailaba con la mujer más alta del mundo, una señora de unos cincuenta años, cuya elegancia empezó a llamarme la atención. Definitivamente, yo había visto esa elegancia antes y en otro lugar, pero también definitivamente, y esto es lo que más me despistó, donde fuera que hubiese visto yo esa elegancia, me había parecido como... como... en fin, digamos como ajena, por decirlo de alguna manera.<sup>205</sup>

...Pero había mucho más que eso. El peinado de Octavia era el de la madre de Eros, sus cejas depiladas, ídem, y la elegancia que yo había visto aquí, pero que había visto antes allá, y que al ver allá me había parecido visto aquí, en fin, clarito, estaba clarísimo que Eros había deseado convertir a Octavia en su madre. Pero lo que también estaba clarísimo es que Octavia me había sorprendido con las manos en la masa edípica.<sup>206</sup>

Octavia, demasiado orgullosa para admitir un hecho que le colocaba en un lugar "confuso", oculta la verdad a Martín y justifica las ausencias del marido, alegando que va a estudiar a casa de un amigo, cuando en realidad "el amigo en cuya casa estudiaba Eros era en efecto su mamá, y con toda seguridad al llegar ahí se quitaba el anillo de bodas, motivo por el cual Octavia se ponía el suyo cuando la gigantesca dama del marido

---

<sup>201</sup> Ibidem, pp.255-256.

<sup>202</sup> Ibidem, p.257.

<sup>203</sup> Esta referencia y las dos siguientes se salen del contexto de la adolescencia, porque quien sufre el problema, o para ser más precisos, a quien se le achaca el complejo no es un adolescente sino un adulto. Pero lo incluyo en este apartado para unificar criterios.

<sup>204</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, p.269.

<sup>205</sup> Ibidem, p.325.

<sup>206</sup> Ibidem, p.321.

enano se le metía en casa"<sup>207</sup>.

Después habrá una historia de unas fotos comprometedoras que llegarán a Martín a través de un detective, contratado probablemente por Octavia. Pero todo, insisto, con la mayor discreción y ambigüedad, hasta por parte del "indiscreto" Maximus, como corresponde al entorno. Tengo que hablar, otra vez, de la adecuación entre fondo y forma.

Este descubrimiento - la relación madre e hijo-, fortuito, lleva al distanciamiento afectivo entre Octavia y Martín, el último día de su estancia en Milán, que estuvo siempre rodeada de "malos augurios".

Y como colofón, y en una apreciación que a mí me había pasado desapercibida, por lo sutil, hay un estudio de Lía Barrios sobre el cuento de *Huerto cerrado*, "¡Al agua patos!", que ya ha sido comentado por otros motivos al hablar de los espacios de la niñez, en el que la autora apunta las posibles relaciones entre el patito muerto en la tina del baño diario del protagonista, y el efecto que tiene sobre el niño (el olvido y la inquietud que ese olvido le ha producido durante años -el protagonista es adulto cuando lo recuerda-), y entre ellas apunta:

-¿El animalito por ser regalo del padre, no lo representa?¿Edipo?. Sabemos que las relaciones con el padre se tornan difíciles después de la muerte de la hermana: ' Nunca olvidaré la noche en que me persiguió por toda la casa, gritándome que me iba a matar porque mientras Rafaela se estaba muriendo en Estados Unidos yo jugaba feliz con otra niña, ¡la reemplazaste como si fuera un estropajo!, me gritaba '...'<sup>208</sup>.

¿Rizar el rizo?, o simple confirmación de un tema bastante frecuente en la narrativa de Bryce Echenique.

Hay una anécdota, contada por Bryce, que nos lleva al mismo tema. Esta vez se trata del niño Julius de *Un mundo...*, y de sus relaciones con la madre. Comenta:

El último problema que he tenido con un crítico italiano, Walter Mauro que estaba haciendo un trabajo sobre mi obra y que había hecho todo un largo ensayo sobre el complejo de Edipo en *Un mundo para Julius* y luego comenzó a tratar el complejo de Edipo en *La vida exagerada de Martín Romaña*; estaba tan obsesionado con el complejo de Edipo que incluso cuando presentó en Italia *Un mundo para Julius* decía el señor Echenique, el señor Echenique, yo le decía, pero no mate usted a mi padre, el problema de Edipo lo tiene usted tan enorme que mata hasta mi padre, me llamo Bryce, y el insistía en decir señor Echenique; y descubrió para su profunda angustia que la madre de Julius y la madre de Martín Romaña son dos personajes totalmente diferentes, y vino desesperado a preguntarme qué pasaba, por qué tenía dos madres; yo le dije que le iba a dar la dirección de mi madre en Lima, para que fuera a ver quien era, cuál era la realidad, y que yo tenía el derecho de fabular como todos los demás escritores.<sup>209</sup>

### 3.-LOS ESPACIOS DE LA EDAD ADULTA

#### 3.1.-El espacio físico

##### 3.1.1-El espacio geográfico

*Tantas veces Pedro* es la primera novela de Bryce que habla de Europa como tema y también como lugar en donde se escribe y se "vive" la novela. Porque Pedro es un "escritor en vías" que va a París a completar su educación, pero además, y fundamentalmente, a ser escritor.

---

<sup>207</sup> Ibídem, p.331.

<sup>208</sup> Alba Lía Barrios, Lectura de un cuento: Teoría y práctica del análisis del relato. (A propósito de "¡Al agua patos!") (Caracas, editorial: Academia Nacional de la historia,1986), p.91.

<sup>209</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p.70.

*Tantas veces...* es una novela caótica, y lo es por el contenido y la forma; y el espacio participa de esta disposición desordenada que impide, muchas veces, saber a ciencia cierta si el espacio es recordado, si corresponde a la "realidad" de la historia que se nos cuenta, o únicamente a la imaginación del personaje...

De entrada, hay tres espacios conviviendo en la novela sin que nada los señale. El primero, la historia de Pedro contada por un narrador omnisciente. Además Pedro es escritor e intercala, esparcidos por las páginas, trozos de una novela que quiso escribir y que dejó de hacerlo "porque de pronto quedó excluido de su propia historia", pero que en realidad escribe. Además están las inventadas, de las que cuesta saber si han sucedido realmente o son engendros de la mente del protagonista. Y sirven para desconcertar a toda aquel que busque una cómoda y única lectura, en este caso un lector que trata de conocer el desarrollo de los hechos, por no decir del investigador que se pierde tras el fabular de Pedro.

Y cada uno de estos espacios textuales, con su espacio geográfico, que por supuesto tampoco es único.

El primer espacio geográfico que aparece al abrir el libro es el de París y el aeropuerto (después hablaré de él al hacer el de los ámbitos), y la primera idea que se expresa en este medio es el de la soledad. Soledad en compañía, puesto que son dos los protagonistas que aparecen, Pedro y una muchacha americana llamada Virginia, con la que intenta vivir "una larga vida de dulzura".

Hay varios detalles que indican que el aterrizaje en París no lleva a buen puerto. Primero el tipo del control deteniéndose con su pasaporte: "Ya estaba a punto de gritarle al tipo del control que se metiera su pasaporte en el culo, si tanto le gustaba. Pero lo interrumpieron una voz y un *blue jean*. Le interrumpieron todo menos la pena."<sup>210</sup> A continuación una sensación de estar repitiendo gestos que fueron felices allí donde conoció a Virginia, en Berkeley, pero que allí en París quedaban como copias malogradas: "Y cuando la volvió a besar, imitando besos que le había dado allá en California, sintió que aquellos días no se repetirían jamás en la vida."<sup>211</sup>.

El protagonista, después lo sabremos, vive habitualmente en París, aunque indudablemente es peruano (se nos indica en las primera página, releendo el pasaporte). Pero para Virginia es el primer viaje a Europa, sin preámbulo ni adaptación y con bastantes complejos. Y ya de entrada, sin ningún argumento, piensa que París no le va a gustar, lo que sirve para aumentar la soledad de Pedro y de la muchacha: "No me gusta París, fue lo primero que dijo Virginia al entrar al modestísimo dos piezas..." "-Odio esta ciudad. -No la conoces. Ni siquiera conoces la calle en que vivimos"<sup>212</sup>. Afirmaciones que permiten la réplica irónica del protagonista:

...Virginia, como quien habla sola, afirmó que todas sus amigas norteamericanas que habían visitado París, habían terminado por detestarla.

-El cambio de Tampax a la Ciudad Luz debe ser duro.

-¡Lompoc! Mil veces te he dicho que mi pueblo se llama Lompoc. Por qué insistes en ser tan malo conmigo y llamarle Tampax.

-Te juro que me olvido. Debe ser porque me encanta eso de Tampax.<sup>213</sup>

Y ya en el apartamento de Pedro, y en la cama, vuelve a recobrase, en parte, ese tiempo feliz de Berkeley, lugar donde se conocieron y se amaron durante tres semanas.

Hay un claro contraste entre el mundo de fuera y el de dentro. Al principio ambos hostiles, que la ternura y el amor de Pedro consigue transformar. No así el exterior que continuará amenazante: "Naturaleza hostil, afuera. Continúa lloviendo y haciendo frío en plena primavera, y para colmo de males la ciudad de fuera seguía siendo París."<sup>214</sup>.

Una asociación de imágenes, Virginia está deshaciendo la maleta y ese hecho le lleva a otra maleta

---

<sup>210</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, op. cit., p.12.

<sup>211</sup> *Ibidem*, p14.

<sup>212</sup> *Ibidem*, pp.14-16.

<sup>213</sup> *Ibidem*, pp.14-15.

<sup>214</sup> *Ibidem*, p.18.



trajinada por otra mujer, Sophie. Hay un cambio espacial, de París a Venecia, lugar donde supuestamente ocurre la historia que Pedro se pone a escribir "con premura"; "abandonando" con tal fuerza el espacio habitado, que pierde la noción del entorno:

-Eres la primera persona que conozco que sueña, escribe, y bebe, al mismo tiempo.

-¿Qué pasa, Virginia?

-¡Cómo que qué pasa!. Hace como una hora que terminé de colgar mi ropa y de prepararte el famoso arroz a la peruana que me ibas a dictar. Hasta he comido sentada en tus narices y ni cuenta te has dado.<sup>215</sup>

Despertado a la realidad cotidiana por unas horas, la narración retrocede en el tiempo y vuelve al momento en que Virginia y Pedro se conocieron en California, en una fiesta y con él completamente borracho. Los recuerdos, no tanto de la ciudad como de lo que allí sucedió, nos son dados por un narrador en tercera persona que primero, toma el punto de vista de Pedro, y después el de Virginia.

Ya no sabemos nada más de la muchacha en París, ni tan siquiera si el protagonista consiguió hacerla sonreír. Después y tras tres asteriscos "separadores", conocemos las cartas que Virginia escribe a Pedro después de abandonarlo: "Querido Pedro, aquí me tienes en el avión. O mejor dicho, aquí tienes lo que queda de mí después de haberte abandonado..."<sup>216</sup>, y otras que le escribe desde Méjico, invitándole al país de Emiliano Zapata. Después nos enteramos que estas cartas las está leyendo en el aeropuerto y en compañía de su perro de bronce *Malatesta*, con quien comparte la decisión de ir o no ir a Méjico tras Virginia. Gana la opinión del primero aunque hubiera sido mejor postura la adoptada por el "canino".

No hay en esta novela precisiones temporales, es mas bien una novela espacializadora, en el sentido que ya he comentado antes. La hay, y de forma obsesiva -probablemente para puntualizar y precisar los espacios- respecto al tiempo vivido con Sophie: "tres meses, cinco días, y las últimas veinticuatro horas que fueron atroces..."<sup>217</sup> No se nos dice, pues, el tiempo que la americana estuvo en París, ni el que tardó Pedro en ir en busca de esa felicidad que carta a carta Virginia le prometió allí en Méjico:

No sabes cuánto me has hecho reír. Y pensar que ayer estaba tan triste precisamente porque no podía dejar de pensar en ti, y de sentirme preocupada y temerosa ante la idea de que ya no quisieras reunirme conmigo en México.

Aunque nunca te vuelva a ver, y aunque nunca me vuelvas a escribir, creo que jamás lograré olvidarte y no sabes cuanto me alegra haberte conocido. Una breve temporada vivida con verdadera ternura está por encima de todo en la vida...<sup>218</sup>

También sabemos por las cartas -momentos de reflexión sobre el pasado- algo que en la estancia en París quedó oculto: que jamás, como ya se presentía, Virginia "pudo" con la capital de Francia, aunque reconoce que fue culpa de sus prejuicios: "... Me aterra la idea de sentirme en una ciudad repleta de mujeres a la moda. Me siento atacada, maltratada, burlada. Siento que algo hiere mi vanidad..."<sup>219</sup>

Después de la decisión de partir en busca de Virginia, en un nuevo salto en el tiempo y en el espacio, encontramos a Pedro "varado" en una playa (término altamente sugeridor para remarcar la apatía y el abandono). Es una playa concreta, la Ventosa, promesa incumplida de Virginia: "Hay una hermosa playa cuyo nombre no te quiero decir para que sea sorpresa. Me hablaron de ella en mi primer viaje. A esta playa te llevaré, Pedro querido, y ahí pasaremos horas y horas tendidos al sol."<sup>220</sup>

Horas y horas estuvo tendido Pedro en la playa de la Ventosa recordando, y de sus recuerdos sabemos que no llega nadie a esperarle al aeropuerto del Distrito Federal; que la buscó como loco por Cuernavaca, que al

---

<sup>215</sup> *Ibíd.*, p.28.

<sup>216</sup> *Ibíd.*, p.44.

<sup>217</sup> *Ibíd.*, p.28.

<sup>218</sup> *Ibíd.*, pp.49-52.

<sup>219</sup> *Ibíd.*, p.50.

<sup>220</sup> *Ibíd.*, p.54.

final fue ella la que lo encontró para decirle, simplemente, el adiós definitivo. Recuerdos todos mezclados con un diálogo imaginado con Sophie, los sueños con el Perú en el que está con Sophie de nuevo, la madre, el amigo... Contrastado con otro sueño que tuvo en París antes de partir: Virginia no sólo fue a recibirle al aeropuerto, sino que bromearon y rieron, compartieron vida, y hasta esperaban bebé... Ya lo sabemos, los sueños superan a la realidad siempre.

Vuelta a la Ventosa (de donde en realidad no se movió), y desde donde recuerda toda la historia de Virginia en Cuernavaca. Además inventa otra historia para Sophie, sobre una relación con Virginia inexistente, en la que se cambia de persona narrativa. La tercera cuenta la historia tal como ocurrió y la primera persona subjetiviza e inventa "su historia". E intuimos que es sólo hija de su mente por el cambio de punto de vista, y porque al final del capítulo se nos hace una insinuación:

"O sea que trató de inventarse una historia para Sophie en un hotel que le habían descrito, en Veracruz. (...) pero un furioso arrebato de sueño le hizo acortar la faena. Le salía más fácil en la ciudad de México, llegando al 'Hotel del Prado'..."<sup>221</sup>

Y en sueños, vuelve a cambiar el espacio de Pedro, quien, como antes y "como las ballenas que vuelven a morir a sus playas", él retornó al Perú, a un bar y a una borrachera. Y en el sueño se ve al protagonista añoso y como si nunca hubiera abandonado su ciudad natal. Y tampoco era feliz.

En un solo capítulo -hay cuatro como mujeres en su vida, en cada fragmento narrativo habla de una de ellas- se mezclan los espacios geográficos de París, Perú, México, Venecia, Berkeley. El primero como lugar de desencuentro entre Pedro y Virginia. México del sueño es un lugar feliz con una vida compartida con Virginia, mientras el México real es una búsqueda infructuosa de Virginia. Además estará el México de la historia inventada para Sophie, con un viaje por Oaxaca, La Puebla, la Ventosa... Venecia será el escenario de la novela que escribe Pedro; Berkeley es el lugar de los recuerdos felices con Virginia desde París; y Perú será el lugar evocado y también el de los sueños.

Vuelta a París del protagonista tras el fracaso de vivir una vida entera con Virginia. Sigue hablando y viajando con Sophie, ambas cosas sin grandes problemas:

... no sólo continuaba hablando con ella a cada rato y en cualquier parte, sino que últimamente hablaba con ella a cada rato, en cualquier parte y en voz alta. Pero eso no tenía nada de raro en París, donde por el contrario era tanta la gente que hablaba sola por la calle, que a veces terminaba interrumpiéndose e insultándose todos. Un detalle más: Pedro Balbuena había *visto* a Sophie. En efecto, se le materializó en pleno American Express, mientras recogía el cheque de su madre. Se lo gastaron íntegro en Venecia, *ipso facto*, y Pedro le quedó agradecidísimo al otoño parisino por haberle proyectado tan maravilloso fantasma<sup>222</sup>.

Pedro Balbuena, a pesar de los propósitos de enmienda, no puede estar sólo hablando con Sophie y otra mujer entra en su vida, Claudine. Esta historia ocurre íntegramente en Francia, en las afueras de París, "en el culo del mundo" en boca del protagonista, en Chanteloup les Vignes; con una escapada a la región de su nuevo amor, la Bretaña (también Virginia en su momento le llevó a su ciudad natal, Lompoc). Y lo que de hecho tuvo que ser un viaje feliz para aunar "ternuras" se cambió por el viaje de los primeros desacuerdos entre la pareja y con su ruptura.

No durará demasiado la falta de vínculos femeninos, la tercera mujer, al igual que Claudine, es francesa pero parisina. En realidad es un reencuentro en el metro, con una muchacha a quien conoció siendo adolescente. En aquel entonces la muchacha estaba enamorada de Pedro y él estaba demasiado ocupado olvidando-recordando a Sophie.

La acción se desarrolla en París y en Margency, lugar a las afueras de la ciudad, donde Beatrice vive con sus padres:

Llegó trayendo los primeros brotes de la primavera en Margency. Eran unas florecillas blancas (¿o eran amarillas?), que había cogido en su propio jardín, ella las regaba, las cuidaba, también

---

<sup>221</sup> *Ibidem*, p.81.

<sup>222</sup> *Ibidem*, p.85.

cortaba el césped, él tenía que venir a Margency ahora, en primavera, le presentaría a sus padres (...) Recuerda que Beatrice había traído esas flores y unos increíbles deseos de sacarlo a recorrer calles...<sup>223</sup>

Además en este capítulo y en el anterior hay trozos dispersos de la novela que Pedro está escribiendo, la Venecia de Sophie, pero también del Perú.

Fracasada esta relación por causas ajenas a la voluntad de Pedro, éste decide ejercitar, para superarla, la indefensión que tiene hacia las mujeres. Y lo hará hiriéndolas: conquistándolas primero, procurando que el afecto no le llegue, y humillándolas después. Elige Perusa como lugar de maniobra, en donde sigue también un curso de etruscología.

En esta ciudad italiana encuentra a Sophie, esa mujer cambiante en la imaginación de Pedro, que igual puede ser princesa heredera de Etiopía, que espía, que la hija del Papa de Roma. Prototipos todos de novelas de héroes y heroínas, que encajan muy mal en la vida cotidiana del protagonista, pero sí en su fabulación.

Perusa será para Pedro un lugar al que llegará en "cura geográfica", aplicando su nuevo método de olvido que consiste en "matar caballitos", uno por cada mujer conquistada y vejada, tantos como los que regaló a Beatrice en un momento de optimismo sentimental.

Irá a Perusa a olvidar y lo consigue, porque murió a unos pocos kilómetros de esta ciudad y en manos de Sophie, celosa de estar perdiendo un amor de tal envergadura.

Y Perugia<sup>224</sup> fue el lugar que eligió Martín en "su vida exagerada" para huir de París. Y ¿Por qué Perugia?: "Decidí irme a Italia, y anduve buscando en el mapa una ciudad pequeña, bien situada, no muy calurosa, y que nadie conociera en el Perú. Así descubrí Perugia"<sup>225</sup>. Perugia fue el lugar feliz de Martín. Aquí convirtió en realidad su sueño de hacerse escritor: "Viví tres meses en Perugia. Creo que nunca estudié y trabajé tanto en mi vida. Escribí varios cuentos y avancé mucho en la redacción de una tesis con la que pensaba graduarme algún día, a mi regreso al Perú."<sup>226</sup> Y en el momento de abandonarla sintió que algo muy grato se había quedado allí, y que nunca volvería: "Lo cierto es que abandoné Perugia con la seguridad de que estaba cometiendo un error. Recuerdo, incluso, que mientras hacía mi equipaje, encontré una fotografía de Inés. Sentí que para ella si había cabida en Perugia."<sup>227</sup>

Y quiso volver, e intentó hacer partícipe a Inés del entusiasmo que él sentía, sin éxito. Sólo hay otro lugar, la Bruselas *blue, blue* de Octavia que puede compararse como ciudad de felicidad plena: tres días en Bruselas y tres meses en Perugia. El entusiasmo chocó contra la impenetrabilidad de Inés, que viene a Europa para estar en París, no Italia:

Esa noche Inés no lograba comprenderme. Le iba leyendo la carta, le iba hablando de Perugia, pero ella simplemente no lograba comprenderme. Yo quería partir con ella, lo más pronto posible, regresar en el acto a la ciudad de mi carta, quería explicarle algo que ni yo mismo entendía. En Perugia sobreviviríamos. En París no.<sup>228</sup>

Es el primer encuentro entre Martín e Inés desde que él se vino a París, y ya aparece el segundo punto conflictivo de una relación que después se verá marcada por lo que aquí se cuenta, ese "andar perdonando" todo el tiempo a un "niño" irresponsable y arrepentido. Esto y la incomprensión ante el entusiasmo del protagonista por la ciudad italiana:

Esa noche me perdonó también el estar loco, tan loco como en Lima, eternamente inquieto, viéndolo todo siempre antes de que ocurriera (...) Me sentí muy solo, pero al mismo tiempo sabía que Inés era la única compañera que la ciudad de Lima le había otorgado a ese solitario<sup>229</sup>.

---

<sup>223</sup> Ibídem, p.152.

<sup>224</sup> Nombre italiano de Perusa

<sup>225</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.68.

<sup>226</sup> Ibídem, p.74.

<sup>227</sup> Ibídem, p.75.

<sup>228</sup> Ibídem, p.83.

<sup>229</sup> Ibídem, p.84.

Y no se acaba aquí el deseo, el día en que se casan Martín e Inés, aquel, completamente borracho, intenta "persuadir" a Inés para que vayan a Perugia, cuando los billetes los tenían para España:

... la borrachera había sido grande, mi borrachera, quiero decir, y había llegado a su punto culminante conmigo literalmente arrastrando a Inés hacia la estación de Lyon, de donde partiríamos a instalarnos para siempre en Perugia, y con Inés logrando llevarme ayudada por los invitados hasta la estación de Austerlitz, de donde salía nuestro tren a España...<sup>230</sup>

Después y tras el fracaso de su vida matrimonial, Martín sigue pensando que:

Nunca fuimos a Perugia. Para mí ese fue el gran error de nuestra vida. preocupada de Inés se fue apoderando de mí hasta hacerme sentir que lo de Perugia no era más que un producto de mi imaginación (...) Me amputó Perugia con sus cuidados<sup>231</sup>

Y más adelante, y ya con ese humor que salva a Martín, casi siempre, del desgarró, se permite un comentario desmitificador de Perugia, pero ya dirigido a los lectores, para que ninguno sufra "en carne propia" la mitificación de París que a él tanto le afectó: "fue (...) como irse a descansar, amarse y a dormir en Perugia, aunque a estas alturas creo que ya es tiempo de decir que, si tipos como Hemingway me inventaron París, yo le debo estar inventando Perugia a algún otro pobre pelotudo."<sup>232</sup>

A Italia vuelve Martín invitado por Octavia, en otra dos ocasiones, (ya hemos entrado en el segundo cuaderno de navegación) no a Perugia sino a Milán. Lugar donde "el sueño de Cádiz" vivirá casada, primero con un príncipe, y después con otro "título", como corresponde a su condición.

Martín imaginaba un Milán diferente, pero no por la ciudad en sí sino por Octavia, que al fin y al cabo era la mujer de Eros (detalle que parece querer olvidar el protagonista) porque "las ciudades son las gentes, los animales la voz de su amo, y yo el mismo imbécil que tarda siempre en darse cuenta de lo que pasa a su alrededor"<sup>233</sup>. Sentencia que se cumple en las novelas de Bryce, porque realmente las anécdotas ocurren en un determinado lugar geográfico, es inevitable, pero lo hacen agradable o no las circunstancias que rodean al personaje. Y para Martín lo deseado en esta ciudad italiana -lo imaginado supera la realidad y la transforma, ya lo sabemos- no corresponde a lo acontecido, y:

...había cesado ya la euforia de mi llegada y algo cada vez peor le pasaba a Octavia y por consiguiente a Bimba y por consiguiente a Milán (...) Y en un instante lo comprendí todo: Octavia no me había invitado a Milán, me había rogado que viniera, y también ella acababa de darse cuenta de que ésa era la verdad en los jardines Sforza. Pero ya era demasiado tarde: Martín Romaña había llegado a Milán y algo le pasaba a todo en Milán...<sup>234</sup>

Y Milán fue dos sitios concretos: los jardines Sforza y la fuente del palacio Poldi-Pezzoli. Uno lugar de encuentro entre Martín y Octavia, y el otro de pérdida. En el primero los protagonistas descubren que no fue una "invitación" lo que Octavia hizo a Martín, sino un ruego, con el peligro que esa matización comporta (Octavia consiguió salir del peligro). Y el otro, lugar donde una moneda tirada al azar en una *fontana* desaparece, con el presagio que eso conlleva.

Y Milán fue, como dice el protagonista a cada rato, así:

... y me fui a ver si llovía en la otra ducha y así fue Milán.<sup>235</sup>

Pero Octavia (...) logró por fin que también aquel beso desapareciera para siempre (...) y así fue Milán...<sup>236</sup>

---

<sup>230</sup> Ibídem, p.183.

<sup>231</sup> Ibídem, p.84.

<sup>232</sup> Ibídem, p.202.

<sup>233</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.312.

<sup>234</sup> Ibídem, pp.312-313.

<sup>235</sup> Ibídem, p.320.

<sup>236</sup> Ibídem, p.318.

Tiró un portazo y al cabo de una hora yo tiré otro portazo. Un taxi me esperaba en la puerta. Almorcé en el aeropuerto, anunciaron la partida de mi avión, y Milán fue así y así fue Milán y Milán fue lo que fue<sup>237</sup>

De esta forma se confirma la sugerencia de que las ciudades para Martín, o para Pedro son "las cosas" que les ocurren en ellas al margen de ellas mismas.

El personaje vuelve a París no sabemos por cuanto tiempo. En el ínterin hay un viaje en barco con Octavia de Cádiz después de la ruptura con Eros. Es un viaje fracasado también. Martín vuelve a esperar demasiado del mismo -Octavia es otra vez libre y lo elige, "precisamente" a él para un viaje por el Mediterráneo, y eso podía significar mucho-: "desde mi punto de vista la segunda prueba que me dio Octavia de que todos nuestros problemas se habían solucionado y que íbamos a vivir juntos para siempre jamás, fue un crucero por el Mediterráneo..."<sup>238</sup>.

Nuestro protagonista vuelve otra vez llamado por Octavia. Está instalado en el Perú desde hace algunos años y acude de nuevo a una cita con la mujer que siempre esperó. Retorna como "protegido" del mecenas-depresivo marido de Octavia. Lo cierto es que esta vez, sabiendo ya que Petronila<sup>239</sup> es la quimera de Cádiz, y como tal inalcanzable.

En el mecenazgo corrige y completa sus cuadernos azul y rojo, y escribe el epílogo. Es decir, el final del relato de Octavia y de él mismo. Aquí acaba su vida de personaje de una historia que él había creado, y a la que él mismo también pone fin.

### **3.1.1.1.-Francia: esto fue el deseo**

Hay un momento en *La vida exagerada...*, cuando Martín Romaña empieza su andadura en París, en el que un narrador en tercera persona -la historia está contada desde la primera- nos pone al corriente, con supuesta objetividad, de algunos de los motivos por los que el protagonista había venido a Europa:

Creía al pie de la letra que una vida en Europa suponía una buena dosis de bohemia, para ser digna y provechosa. O para estar a la altura. Nunca se preguntó a la altura de qué, porque ese tipo de preguntas le era indiferente. Bastaba con creer en algo, y él había salido del Perú creyendo en eso. Todas sus informaciones culturales lo llevaban a creer en eso. Quería aprender muchas cosas, en la Universidad y fuera de ella, y quería vivir con la intensidad bohemia con que muchos otros, antes que él, habían vivido en París. Esta ciudad, en particular, se prestaba a ello, a decir de todo el mundo. Y Martín pensaba que se prestaba para ello hasta el punto de existir sólo para ello. París era una ciudad hecha sólo para gente con sus ideas y convicciones.<sup>240</sup>

### **3.1.1.2.-Francia: esto es lo que sucedió**

Francia, y en gran medida París serán los lugares donde Pedro Balbuena y Martín Romaña viven la existencia cotidiana. Italia, España, Inglaterra o Bélgica... son circunstancias espaciales -con más o menos protagonismo- que sirven en la mayoría de ocasiones para que a los protagonistas les ocurra cosas todavía más "exageradas" de las que les son habituales (sobre todo a Martín), mas suponen, como ya he dicho, excepciones en la vida diaria.

Martín escribe el cuaderno azul y el cuaderno rojo, lo que después impreso pasará a ser *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, en París, y en un sillón Voltaire (de la importancia que los objetos -ciertos objetos- tienen para los protagonistas hablaré en su momento); lugar desde donde se conduce la historia narrada por el propio protagonista, y desde el que se inicia un viaje por los entresijos de la memoria, salvando tiempo y espacio. Un relato que nos llegará modificado por la distancia "afectiva" lógica, cuando los acontecimientos son eso, recuerdos. A Martín, mientras teoriza sobre la escritura

---

<sup>237</sup> *Ibidem*, p.332.

<sup>238</sup> *Ibidem*, p.338.

<sup>239</sup> Auténtico nombre de Octavia de Cádiz

<sup>240</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.55.

de su novela, se le escapan estas reflexiones:

Es curioso, normalmente el tiempo recorta el tamaño de los recuerdos y los hace menos impresionantes en su alegría o en su tristeza. Es lo que se llama el olvido, me imagino, pero sucede también que a veces el olvido nos permite recordar mejor<sup>241</sup>.

Sabemos que el espacio "real" desde el que se escriben los dos cuadernos será siempre París, y que todos los paisajes que vayamos recorriendo con Martín serán *espacios recordados*. Y dentro de éstos, el espacio mayoritario de las "desventuras" de Martín sigue siendo París; del que se nos dice pocas cosas si se compara con la magnitud del "díptico". Y muchas veces por referencias literarias.

París ha sido el espacio mítico para muchos escritores, también para Bryce, y lo transmitió a sus personajes. Martín llega a París tras la leyenda hemingwayana de *París era un fiesta*, acompañado con la educación francesa que le dio su madre que "veneraba a Proust", y también Merceditas, a la que ya conocemos por los "Apuntes para una biografía"<sup>242</sup>.

En una de las ocasiones -hay varias- en que a Martín no le va demasiado bien (se acaba de casar por lo civil con Inés, y "la plata" no le llegaba más que para una celebración "pobretona" en un bar cualquiera y con un vino cualquiera) se lamenta:

Claro, el pelotudo de Hemingway se lo trae a uno de las narices a París con frasecitas tipo *éramos tan pobres y tan felices*, gringo cojudo, cómo no se te ocurre poner una nota a pie de página destinada a los latinoamericanos, a los peruanos en todo caso, una cosa es ser pobre en París con dólares y otra cosa es serlo con soles peruanos, es casi como la diferencia esa que dicen que hay entre un desnudo griego y un peruano calato, qué pobres ni qué felices ni qué ochocuartos, mira a esa muchacha que avanza ahí, hacia un café cualquiera, ella está feliz, sí, eso es cierto, ella está feliz pero yo sólo estoy pobre (...) No era la primera vez que me ocurría, cuántas veces había tenido ya esa misma sensación al leer esas páginas tan hermosas sobre París, vinos blancos y ostras que traen el sabor del mar mientras una muchacha entra a un café en el que uno está escribiendo un libro genial, cargado de ternura, cargado de pasión, y la muchacha pura sonrisa que a mí nunca nadie me ha sonreído cuando me he ido de Hemingway con mis sindicatos pesqueros, por ahí, a cualquier café, o al mismo café de Hemingway allá por la Place Saint-Michel, íntegras se me venían a la cabeza las páginas con el barbudo gris escribiendo palabras como guijarros frescos recién sacados del arroyo, palabras frescas como el vino...<sup>243</sup>

En esta cita, además de la desmitificación, aparece otro gesto -en realidad uno es consecuencia del otro- que será repetido a lo largo del díptico, "la condición de sudamericano" del protagonista, lo que no es precisamente una buena carta de presentación. Son síntomas de desarraigo, lo que Bryce llama "afrancesamiento en el Perú y latinoamericanización en Francia", que ya antes de esta cita habían aparecido con cierta frecuencia desde los primeros capítulos.

Nada más desembarcar en Francia, Dunquerque, a Martín se le cae al mar parte del equipaje que contenía casi exclusivamente libros, fortuito pero premonitorio. Con sólo cien dólares en el bolsillo intenta la primera aventura en el país que lo va a "acoger":

Necesitaba cambiarlo por francos, pero los bancos ya habían cerrado. Decidí probar suerte en un café. Fue mi primer contacto en Francia. Simpático el tipo del café, efectivo, nada de estarte contando su vida ni metiéndose en la tuya. Gestos breves, directos, como quien va de frente al grano. Nada de estar perdiendo el tiempo como en Perú. Estamos jodidos los latinoamericanos. Con razón que el mundo entero nos considera unos vagos. Me cambió la plata, y listo, *merci monsieur*. Al día siguiente, en París, Zárate cambió un billete de cien dólares en un Banco y le dieron exactamente el doble que a mí.<sup>244</sup>

---

<sup>241</sup> *Ibíd.*, p.197.

<sup>242</sup> Primer capítulo de este trabajo

<sup>243</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.181. La cita es larga, pero creo que merece la pena.

<sup>244</sup> *Ibíd.*, p.31.

Mala suerte se podrá decir, esto le ocurre a cualquiera, y así es, pero no con la frecuencia que al protagonista le suceden éstas y otras mucho más graves. Éste es el primer contacto con Francia, como reza el capítulo. En el segundo que también se llama así, no mejoran las relaciones " de pareja" Martín-Francia, más bien todo lo contrario. Un primer encuentro en un hotel con un recepcionista al que no le darían el *Guinness* de cordialidad, agrava la situación: "Me odiaba el tipo. Odiaba a toda la humanidad, pero yo creo que sobre todo me odiaba a mí. Tardé poco en comprender que el origen del problema era la ducha, pero seguí duchándome de todas maneras. (...) A mí desde chico me habían acostumbrado al baño diario y no era momento de empezar a oler como el administrador."<sup>245</sup> Aún podríamos seguir pensando que "la mala suerte" es fortuita y exclusivamente personal. Borrémoslo, porque el siguiente problema es ya "público y alevoso". El protagonista "acogedoramente" instalado va a la Sorbona a matricularse, lo que no parece constituir un delito, pero:

Me atendió un mellizo de la administración del hotel, cosa que tampoco estaba prevista en Racine, Merceditas, y me dijo que sin el carnet de residente no tenía derecho a matricularme en ninguna parte (...) aunque debo de reconocer que sí tuvo la amabilidad de asegurarme que tampoco en la Prefectura de Policía me darían carnet de residente alguno mientras no estuviera matriculado en ninguna parte.<sup>246</sup>

Este problema de la documentación en Francia fue un hecho real y evidenciado en otras novelas de autores sudamericanos que vivían en París, y escribían sobre París. Recordemos *Rayuela* de Julio Cortázar y en ella las dificultades que Horacio Oliveira, su protagonista, tenía con la documentación de residencia, al igual que los compatriotas con los que convivía.

En el caso de Martín, "esa educación privilegiada" que tuvo en el Perú, de la que muchas veces se lamenta, le sirve en esta ocasión para salir del atolladero burocrático, mas tendrá que seguir solo la andadura y sufrir como "todo hijo de vecino de país pobre" la marginación.

A todo o que ya llevamos contado, se suman otros percances de parecidas proporciones. Martín Romaña es portador de "una enfermedad tropical", diagnosticada con "muy buen ojo clínico" por el gerente del hotel del odio, y su enfermera, el dueño:

Me lo anunciaron al llegar una mañana al hotel (...) Nadie se ducha todos los días si no lleva contraída una gran enfermedad tropical. Confieso que me quedé lelo (...) Pero, que más prueba en contra que mi nacionalidad. Peruano. De un país caliente (...) No hubo nada que hacer. O me bañaba una vez a la semana (...) o me largaba en ese mismo instante<sup>247</sup>

Y las alusiones negativas a ese París que sigue siendo "la puta de siempre, bella y parisina" son frecuentes en los primeros capítulos que podíamos llamar de adaptación al medio; así como abundantes los temas a los que hace referencia. Puede ser el tiempo climatológico: "Como sucede a menudo en París, llegó la primavera pero el invierno continuó como si nada"<sup>248</sup> o "Sólo una claraboya para las noches de luna, pero la verdad es que en París, éstas suelen ser las menos, y las más pueden ser noches de esa lluvia de mierda que a menudo se me filtraba por la maldita claraboya, justito encima de mi almohada"<sup>249</sup>; el ya comentado de la "hospitalidad": "...cuando se quedaba sin beca y sin un centavo, ahí si que tenía la amabilidad de devolvernos a casita, gratis y en Air France..."<sup>250</sup>; los arrendatarios: "Y ya que estoy con lo de París canalla, terminaré de una vez con lo del asunto del contrato: sólo lo alquilaba a estudiantes extranjeros porque a éstos se les expulsa más fácil, sin devolverles el depósito de garantía..."<sup>251</sup>; otros: "Madame Labru era mala como son espantosamente malos tantos solitarios parisinos. Alcoholismo, perrito o gatito, son sus vicios más conocidos, a los que hay que agregar, más como perversión del alma que como enfermedad, una buena dosis de locura..."<sup>252</sup> o "Recuerdo cuanto me gustaba cantar por las calles (...) Era una manera de joder a medio mundo en París, pues en esta ciudad está permitido hablar sólo como bajito y furioso, pero silbar o tatarrear una alegre canción es un abuso de

---

<sup>245</sup> *Ibidem*, p.35.

<sup>246</sup> *Ibidem*, p.36.

<sup>247</sup> *Ibidem*, pp.37-38.

<sup>248</sup> *Ibidem*, p.63.

<sup>249</sup> *Ibidem*, p.110.

<sup>250</sup> *Ibidem*, p.67.

<sup>251</sup> *Ibidem*, p.199.

<sup>252</sup> *Ibidem*, p. 212.

confianza que se permiten los negros (...) los latinoamericanos, un abuso de salud mental..."<sup>253</sup>; los lugares: "...ahí estaba el water de hueco en el suelo (otra situación a la que parecía estar condenado en París...)"<sup>254</sup>; o la simple crítica generalizada a unas costumbres que, en este caso vienen comentadas por la madre de Martín, que precisamente es pro-francesa: "...hasta ahora no ha descubierto los cochinos que son los franceses. Cuánta razón tenía mi pobre papacito, él siempre decía que los franceses se bañan sólo cuando salen de viaje. Y viajan muy poco..."<sup>255</sup>.

Después de un año en París y de viaje a Perugia, Martín hace un recuento de lo que le ha dejado ese tiempo de vida, y el resultado, como ya se esperaba, no es alentador: "El resultado fue bastante desfavorable, bastante absurdo, y algo dramático. Sentía haber vivido demasiado rápido, haberme desilusionado de demasiadas cosas que en el Perú me parecían sacrosantas..."<sup>256</sup>

Perugia, ya lo he comentado, fue el París hemingwayano de Martín. Aquí se recuperó de todos sus "deterioros". Vuelve a Francia cuando Inés llegó del Perú para pasar juntos "una larga vida de ternura". Recordamos que el protagonista intenta convencer a la futura señora de Romaña para ir a vivir a Perugia, sin éxito, porque presentía -a Inés no se atrevió a decírselo- que: "París nos esperaba *agazapada* por todas partes, adentro y afuera. Mal signo. Pero esas son las cosas que sólo yo capto y también aquella vez sólo yo me di cuenta. Inútil decírselo a Inés"<sup>257</sup>. Frase que se repite, con intención, al principio y al final del párrafo.

Y a todo eso y a un montón de cosas más se llama "desarraigo" -interior y exterior-, porque Martín después del "mayo francés", del abandono de Inés y de Sandra, de la muerte de su amigo Enrique, de sus depresiones, de su fracaso de ser escritor, de..., de..., no le queda más que preguntarse cuál es la verdadera razón que le llevó a París, para a continuación pensar que no ha conseguido ninguna de sus metas; y que ya no tiene sentido quedarse en una ciudad que no le ha dado casi nada de lo que esperaba. Pero se da cuenta de que tiene que arrastrar con esa decisión que tomó en su momento "a regañadientes" de los suyos, allá en el Perú, porque ahora siente:

...que por algún lado las cosas como que han perdido su razón de ser, que estoy demasiado lejos de las razones e ilusiones que me trajeron a esta ciudad, que las he olvidado, que eso fue hace mil años, pero siento también, extrañamente, que no me voy a ir, que ya no puedo dar marcha atrás, que sería como una enorme molestia para mi familia verme regresar en ese estado, sin nada entre las manos y con el recuerdo de un departamento plagado de fracasos de los que ni siquiera sé si soy culpable.<sup>258</sup>

A medida que transcurre "el díptico" nos parece que el protagonista se va adaptando al medio, o simplemente que, antes las circunstancias adversas de otra índole, París "le duele" un poquito menos; pero ¡qué lejos! de aquel deseo antes apuntado.

### **3.1.1.3.-España**

Antes de su matrimonio con Inés, Martín Romaña (el primer personaje que "siente" a España como lugar próximo y como experiencia personal<sup>259</sup>) viajará a España, siguiendo de nuevo los pasos de Hemingway y de su origen, y comprobando que seguía moviéndose entre "literatura" y expectativas no realizadas. Mala experiencia también la de este primer viaje a España.

El segundo será el de su viaje de bodas él quería ir a Perugia, ya lo sabemos, pero su destino fue volver a la "madrepatria"). Y en España, Martín fue feliz y olvidó Perugia. Y como en todos los lugares en que fue feliz intentó retenerlo, temeroso de dejar escapar un término tan escurridizo; e intentó, de nuevo, convencer a Inés

---

<sup>253</sup> *Ibidem*, p.334.

<sup>254</sup> *Ibide*, p.210.

<sup>255</sup> *Ibidem*, p.273.

<sup>256</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.72.

<sup>257</sup> *Ibidem*, p.85. La cursiva es mía y refiere a lo amenazador del término. Nadie, ni nada (por sinestesia) espera agazapado, si no es con una intención aviesa.

<sup>258</sup> *La vida exagerada...*, op. cit., p.457.

<sup>259</sup> El espacio de *Huerto Cerrado* s el de Perú. En *Tantas veces Pedro* ay lo que yo llamaría un *lapsus linguae*, consecuencia quizá de lo que el escritor llama "dejarse llevar por la narración", y hay una mención de Fornells, pero de una vivencia que coresponde al escritor, no al personaje.



para quedarse a vivir en este país donde estaban siendo tan felices... (se confirma otra vez que las ciudades son para el protagonista los lugares en los que se es o no se es feliz, y poco más). Inés no acepta la propuesta del "infantil" Martín. Esta vez porque: "...por nada de este mundo pensaba quedarse a vivir en un país que gobernaba un tipo como Franco."<sup>260</sup> Esta reflexión, por contrapartida, lleva a la señora de Romaña<sup>261</sup> a dedicarse a Marx con redoblado entusiasmo, quizá para encontrar más argumentos para su negativa.

Y Marx, precisamente, fue el primer obstáculo que se interpuso entre los protagonistas, como luego veremos.

De momento, el viaje de novios a España terminó con la aparición mágica, en la playa de Cádiz -de aquí su nombre-, de una muchacha a la que Martín bautizó con el nombre de Octavia. Ya sabemos de la natural disposición del protagonista de "volverse loco", en el momento conveniente, para, como él dice, "no volverse loco del todo". Aquí, la aparición de una muchacha, con unas piernas "tan divertidas", rodeada de las obras de Hemingway, no encajaba con el intento voluntario de la locura, la curativa. Y Martín teme que se está volviendo loco "de verdad". A partir de este "encuentro", y como inducido por un resorte, cuando el protagonista sufre algún contratiempo se le escapa un ¡Octavia de Cádiz!

A España volverá, sin Inés pero con Sandra, en Mayo del 68 -en una especie de "fuga política" consecuencia del "mayo francés", del que Martín no fue más que un mero espectador "admirativo" y crítico, y en el que accidentalmente se vio inmerso-. Fue un viaje para que lo olvidaran -la policía francesa- y para olvidar -Inés le había dejado por la "lucha activa"- y tuvo, una vez obligado, un objetivo concreto: reparar una deserción de amistad pendiente con aquel amigo del "lugar cerca del cielo", Enrique Álvarez de Manzaneda, al que negó tres veces, presionado por "el Grupo"<sup>262</sup>, y que volvió a España, su tierra.

En el tren que le llevaba a Oviedo, "ayudó" a un suicida a abrir la puertecilla del tren para que saltara la vía; Sandra le abandonó en el camino y se volvió a París. Y cuando al fin llegó "tranquilamente" al destino, su amigo acababa de morir. Se encontró en pleno velatorio (es ésta una de las escenas dramáticas del relato. Aquí el humor no ha conseguido entrar). Ciertamente que España, aparte de las connotaciones de la Guardia Civil, que podrían corresponderles, no fue "especialmente" culpable de lo que aquí ocurrió, y parece probable que en Francia le hubiera podido ir peor. Mas tendremos que dar la razón a Martín cuando afirma: "...en el fondo todos los lugares se parecen, no bien llego yo"<sup>263</sup> En este mismo viaje, razones desencadenantes no han faltado, el protagonista empieza a ver por cualquier parte "jebecitos"<sup>264</sup> estirados al máximo por alguien que él no logra ver (aquí tendremos que hablar del espacio de la alucinación, que correspondería al espacio "real" del personaje, pero sólo y exclusivamente para él -ningún otro puede verlo-). Serán los primeros síntomas de una depresión neurótica<sup>265</sup> que le hará ver la vida, en Barcelona o en París, sin ningún tipo de aliciente.

Volverá a España, a Barcelona -un lugar lleno de amigos- a tratar de vencer la depresión (el Dr. Llobera será mucho más que un psiquiatra. Esto lo sabe Martín desde el primer momento):

El doctor Llobera se mató de risa no bien entré diciéndole antes de saludarlo, son más de cien páginas, doctor, no se sienta obligado (...)

-Tranquilo, señor Romaña- me interrumpió, invitándome a tomar asiento, y sin la más mínima gota de odio en su inolvidable sonrisa (...) Luego añadió:- Relájese usted. Piense, por ejemplo, en la tranquilidad del portero del equipo rojo, mientras se está jugando cerca a la portería del ya dominado equipo azul.

Este hombre habla mi idioma, estamos hechos para entendernos. Fútbol, además, este psiquiatra es un genio.<sup>266</sup>

Retornará a pasar el último verano con Inés para intentar una "recuperación de los espacios íntimos",

---

<sup>260</sup> Ibídem, p.189.

<sup>261</sup> Apelativo que no encaja con Inés, más bien es él el señor de... Lo empleo por cuestión de estilo

<sup>262</sup> Grupo marxista de peruanos, en el que militaba Inés

<sup>263</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.71.

<sup>264</sup> Imaginamos, por el contexto, que son gomas elásticas.

<sup>265</sup> El diagnóstico es del Dr. Llobera, no mío.

<sup>266</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.509.

últimamente tan deteriorados. Este nuevo éxodo, lo que llegó a ser "el vía crucis rectal" (unas hemorroides mal tratadas en París, una infección rectal, una manipulación incorrecta en un "operatorio" de Logroño, un tratamiento con un fármaco drogodependiente, y un estreñimiento "a la fuerza ahorcan" de meses, que acabó en un fecaloma digno de pasar a los anales) terminó con lo que quedaba de su matrimonio (Martín tenía la atención repartida en muchos frentes, e Inés se le escapó -éste es un argumento del protagonista, tratando quizás de disculpar a Inés- pero nosotros, los lectores, sabemos que hubiera naufragado de cualquier modo), y con el protagonista ingresado en un frenopático de Barcelona.

Todo esto que así resumido parece una historia melodramática se convierte, salvo excepciones que no admiten el tratamiento, en una narración llena de humor, gracias al escritor por supuesto, y al narrador-protagonista (otras veces al narrador omnisciente como en *Un mundo...*) que logran, por los procedimientos que más adelante comentaré, convertir las lágrimas en sonrisas y muchas veces en carcajadas.

### **3.1.1.4.-Y otra vez París: *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz***

Y ya con los años, cuando escribe el cuaderno azul, después de un montón de años en París, Martín vuelve a hacer balance de su vida, y en él reconoce:

Me gusta París, a quién no, pero sé que hay algo que terminará expulsándome de esta ciudad en la que he sido pobre, joven y feliz, algo más rico y algo menos joven, realmente feliz y profundamente infeliz. Todo esto es normal, no me quejo, *en ninguna ciudad del mundo hubiera sido diferente*, tampoco, puesto que ya no me cabe la menor duda de que *mi carácter ha tenido mucho más que ver en mi destino* que los astros, las cartas, o...<sup>267</sup>

Pero es que después del abandono de Inés un día "en que debieron de cerrar el aeropuerto de París" e incluso París, la Ciudad Luz será la ciudad de Octavia. Y aquí fue feliz, muy feliz, mas ésta es otra historia que quedará plasmada en el segundo cuaderno de navegación, esta vez rojo, como corresponde a Octavia y a su "candente amor".

En el "cuaderno rojo" continúan las alusiones a Hemingway, como anunciando que "todavía duele", y aunque es una inauguración de cuaderno, las circunstancias que estimularon el viaje a Francia siguen presentes (vamos, que no fueron una frivolidad), y que la situación sigue motivada, ya irónicamente, por el mito.

Martín estrena apartamento y para ubicarlo, está en el Barrio Latino como el otro -como el de todos menos el de gente como Octavia Marie Amélie de la Bonté-Même, o de Sophie-, nos dice:

Era viejísimo, y quedaba (...) en el corazón del área más antigua del Barrio latino (...) Y, si cruzamos oblicuamente la placita que cruzaban las cabritas que le llevaban tan pacíficas su leche a Papá Hemingway, pues mi departamento quedaba a unos doscientos metros del famoso número 74 de la rue Cardinal Lemoine, donde ya todos sabemos cuál de los miembros de la generación perdida escribía de pie para crear un estilo inmortal e inventar una Ciudad Luz que le dio luz a mi vida, como dice el bolero...<sup>268</sup>

Ya hemos comentado que en las novelas de Bryce el espacio lo crea, casi siempre, el individuo, y que el individuo-protagonista del "díptico de navegación" cual hada maligna, todo lo que toca lo convierte en polvo, o por lo menos a él se lo hacen. Y aunque esta afirmación se cumple en un montón de ocasiones, no se debe pasar por alto que la decisión que tomó de venir a Europa para ser escritor fue decisiva en su vida posterior. En su país, el protagonista hubiera sido "un niño bien" con problemas de niño bien, y casi con seguridad no se hubiera puesto a escribir. En París es todo lo contrario, a pesar de las críticas constantes que recibe por parte de los que le rodean (Inés, El Grupo, Sandra...) vive y vivirá con arreglo a la decisión que tomó. Y en este aspecto (aquí es donde quería llegar) el "exilio voluntario" fue determinante, es decir, motivado "por una decisión sopesada". Tomada esta primera decisión (costosa y traumática, pero llena de esperanzas), lo que condicionará su vida será "una forma de estar en el mundo" más que el donde, aunque este donde "le marque hasta esos extremos de ropa ajada":

<sup>267</sup> Ibídem, p.213. La cursiva es mía, para remarcar esa determinismo personal en todo lo que le sucede. Las ciudades, insisto, son accidentes.

<sup>268</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., pp.25-26.

No era yo, definitivamente, con tanta ropa nueva pero con esa cara de ropa vieja ya marcada por el determinismo geográfico que significan un rincón junto al cielo parisino, años de restaurant universitario, una escuelita infame para ganarse el pan, más varios años en cuclillas en los wáteres de hueco en el suelo que me tocaban uno tras otro...<sup>269</sup>

Y con Octavia, ese París mezquino de porteras, arrendatarias y solitarios con perros maltratados, puede convertirse en "la ciudad más bella del mundo", o podía resultar simplemente cómica por algo de esa naturaleza que ocurre en ella:

París era una fiesta alegre como ninguna hasta que nos agarraba aquel silencio al cruzar el puente Alejandro III, nuestro favorito<sup>270</sup>

...entonces, yo, treinta y cuatro años, nuevamente futuro escritor, porque así se lo había jurado a Octavia, pobre, porque era joven (aunque claro, comparado con los otros...), y por lo tanto feliz en París, que era una fiesta con Octavia, llamé a este tipo de amor el amor alado.<sup>271</sup>

Y París seguirá siendo una ciudad feliz hasta que se casa Octavia y la abandona; y después en sus reencuentros. Pero nunca ya será lo mismo, sino más bien un vivir de los recuerdos de cuando eran felices. Y lo que se nos está contando, no lo olvidemos, es "un recuerdo de los recuerdos de cuando eran felices..."

Y París se hará insoportable cuando Octavia desaparezca definitivamente (él así lo cree) de su vida. Entonces se irá a Perú a "escribir guías turísticas" para el "gran Lalo..." Y vuelve cuando Octavia le reclama, ya no a París, sino a Milán.

### **3.1.1.5.- La última mudanza de Felipe Carrillo: Perú-París-Madrid-Perú-París**

En *La última...*, el espacio físico donde empieza y termina la novela sigue siendo París. Desde aquí, el protagonista intenta otras mudanzas, impulsadas, como ocurre con los protagonistas de las novelas de Bryce y de muchos otros: por la presencia de una mujer, el Madrid de Genoveva, y en un último intento, Perú, lugar de origen de Felipe Carrillo.

París será, igualmente, el lugar de reflexión y donde se escribe la historia, recién ocurrida, a juzgar por las acotaciones.

En *La última mudanza...* hay variaciones con respecto a los otros relatos, porque Felipe Carrillo es un arquitecto peruano "de éxito" en París, casado felizmente con una francesa, antes de que los lectores lo conociéramos. Y aunque sigue conservando un estilo arquitectónico oriundo:

En mi exilio, por más alegre y voluntario que fuera, no impidió, sobre todo los duros años de la Escuela de Bellas Artes y el restaurant universitario, una cierta amargura, un cierto cansancio y una sensación de desarraigo que aún recuerdo con tristeza. Sólo entonces comprendí que no podía quedarme ahí, que tenía que saber lo que realmente buscaba. Y aún recuerdo que me dije: 'encuentra lo que buscas, aunque no lo encuentres'. Es decir, concóctete a tí mismo y acepta tu destino ciegamente (...) A partir de ese momento, mi desarraigo se convirtió en sinónimo de libertad.<sup>272</sup>

Ese desarraigo le lleva a la libertad y al arraigo, por lo menos mientras vivió Liliane -su mujer-. Pero no es ésta la historia que se nos cuenta, que correspondería a un primer capítulo inexistente que se titula " Ausencia del primer capítulo ", aunque se llame como se llame existe, claro, pero lo que evidencia el título es que la historia anterior de Felipe no es materia que corresponda a este libro concreto. Sí lo es, el intento, no buscado, de

---

<sup>269</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.268.

<sup>270</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.164.

<sup>271</sup> *Ibidem*, p.177.

<sup>272</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., pp.68-69.

rehacer una vida con otra mujer. Y esto es lo que se nos cuenta, lo que él intenta que sea "la última mudanza".

En principio, como en las otras narraciones, el sujeto subjetiviza el entorno, que no es tal sino los ojos de quien mira. Felipe Carrillo ha conocido a Geneveva, y su consecuencia es inmediata:

...mi departamento como que había embellecido, Montparnasse, el barrio al cual me había mudado al fallecer Liliane, como que también había embellecido, lo mismo sucedía con la rue Vavin y con el edificio de la rue Vavin en que quedaba mi apartamento. Embelleció también, de pronto, el distrito 14, porque en él se hallaba mi ateliere, y todos mis proyectos empezaron a convertirse en maquetas rodeadas de grandes espacios verdes por los que transitaban felices y vestidos de novios mis colegas y secretarias.<sup>273</sup>

Después, fracasada la relación, con un primer intento de "acomodo" en Madrid, y, más tarde, una "luna de miel" en "el Espinar" que acabó en luna de hiel y el ego por los suelos, Felipe vuelve a París, y la sigue encontrando espléndida: "regresé a París, como quien regresa del infierno a París, o sea que la encontré bella, francamente bella, muchísimo más bella que nunca."<sup>274</sup>

Otra vez, a diferencia de cualquiera de los otros personajes de las novelas de Bryce Echenique, Felipe Carrillo logra el equilibrio y la armonía en París, lo estamos viendo, y eso porque, por primera vez, el personaje ha estrechado lazos con la capital francesa.

Hay un segundo intento de reconciliación entre Geneveva y Felipe Carrillo, una última esperanza, en Piura, y en su playa de Colán. Es un viaje que también fracasará porque el recorrido está pensado y proyectado desde la nostalgia, y como tal terminará mal porque aquella da más de lo que existe, y de la confrontación se sale "magullado".

Además se suman dos circunstancias ajenas, una atmosférica, "el Fenómeno del Niño" que arrasa Colán y toda la comunicación con el exterior eso que "la gente le llama la Corriente del Niño, y te voy a explicar una vez más por qué. Cada año, Geneveva, más o menos alrededor de la navidad -por eso se le llama Corriente del Niño Dios, también- (...) empuja hacia afuera y a la de Humbolt, de tal manera que sus aguas calientes bajan por la costa peruana..."<sup>275</sup> a la que se añadió el "fenómeno del niño de Geneveva": "la pareja más sólida de todo Madrid", que arrasó todo intento de comunicación interior.

Se puede decir que el espacio recorrido por Felipe Carrillo en *La última...*

es cíclico: Perú-París-Madrid-París-Perú-París. Y en esta ocasión la Ciudad Luz le da la serenidad que otros afectos, la nostalgia del Perú y de lo peruano no le dieron porque: "Ese hombre cayó en una trampa inconmensurable de la nostalgia pero ahora ya se ha escapado de ella y de vez en cuando siente la brutal necesidad de llegar hasta los brazos de Catherine..."<sup>276</sup>. Primero con Liliane, y en su vuelta de Colán, con Catherine "desabrazada también" y francesa, con la que se prevé, por lo menos, una esperanza de "futuro".

### **3.1.1.6.-París otra vez**

Y París nuevamente será el lugar donde habite otro de los protagonistas de una de las tres novelas breves de que consta *Dos señoras conversan*: " Los grandes hombres son así. Y también así ". Santiago, un peruano venido a Francia por una razón un poco "absurda", vista desde fuera:

...Me vine a vivir a Europa porque el porcentaje de arañas, sobre todo en las ciudades, es infinitamente menor que en el tercer mundo peruano. Por consiguiente, las posibilidades de toparse con un monstruo de ésos es muy remota, siempre y cuando te abstengas de salir al campo, ese horrible lugar en que los pollos se pasean desnudos, a decir de los civilizados ingleses.<sup>277</sup>

---

<sup>273</sup> *Ibidem*, p.64.

<sup>274</sup> *Ibidem*, p.111.

<sup>275</sup> *Ibidem*, pp.12-13.

<sup>276</sup> *Ibidem*, p.215.

<sup>277</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit.,p.171.

La novela empieza marcada por un acontecimiento ocurrido en el Perú, la muerte de una mujer a la que Santiago amó, casada con su amigo Raúl, que es quien le comunica la noticia.

Este hecho pone en relación a los dos amigos unidos por la desgracia común. A partir de aquí los recuerdos son rememorados por un narrador omnisciente, pero próximo a la visión de Santiago, a lo que se une las páginas de un diario que el protagonista guarda desde la adolescencia (en él se nos van dando datos acerca de la relación entre los tres personajes: Raúl, Eugenia y Santiago); y en el que sigue anotando todo lo que para él es importante.

Estos recuerdos nos llevan al Perú de la adolescencia, en los años en que conoció a Raúl y Eugenia, por separado primero, y unidos más tarde por el matrimonio. Ambos, en un momento de su vida "activa políticamente" huyeron a Europa. En París se consolidó aquella amistad interrumpida circunstancialmente.

Perú, Lima en concreto, fue la ciudad donde Santiago y Eugenia, adolescentes, se hubieran amado si no hubiera aparecido Raúl; y París fue igualmente la ciudad en que adultos también se hubieran amado, si Raúl no fuera el amigo y el marido:

-A los dieciocho años todas soñamos con casarnos con un ídolo, como los llamas tú. Pero después, no sé. Después es mucho más bonito vagar por París con un hombre como tú. Te lo digo en serio, Raúl...

(...)-Amor...

-No me digas amor, imbécil. ¿No te das cuenta de que Raúl está vivo y que yo me moriría si le pasara algo?

-Tú empezaste, Eugenia...

-No sé cuál de los dos ha empezado ni me importa. Lo único que sé es que ni siquiera estos paseos contigo por París me resultan tan...no sé qué como nuestros milkshakes en el Cream Rica.

-Lo tengo escrito en mi diario. Fueron tardes de milagro que salvaron mi adolescencia y la llenaron de recuerdos felices.<sup>278</sup>

La primera parte de esta novela la constituye los recuerdos, la segunda el viaje que hace Santiago al Perú, en el momento que se lo permite el trabajo, que tiene dos motivos concretos: "Un viaje por la selva del Perú con Raúl podía ser la solución definitiva, el tratamiento de shock que tal vez había necesitado desde niño. Y este viaje podía ser también la única manera de acompañar durante unas semanas al amigo que ahora Santiago imaginaba hundido en la miseria."<sup>279</sup>

Esta vez tampoco el Perú consigue el milagro. Raúl parece que ha olvidado a Eugenia, o por lo menos la ha sustituido por otra mujer. Y Santiago no superará su miedo, a pesar de dos anécdotas traumáticas con los arácnidos. Será París quien lo consiga, en ese enfrentamiento con la felicidad que los tres juntos vivieron allí.

### **3.1.1.7.-Perú**

Y el Perú es el lugar de origen de todos los personajes masculinos protagonistas de las novelas de Bryce Echenique y algunos de los femeninos. Así la idiosincrasia de estos personajes vendrá determinada por una forma peculiar de ser y ver el mundo. Y esta condición será también decisiva, en la relación con el resto de los países en los que les toca -por decisión propia-, es cierto, vivir, que en el caso de las novelas que nos ocupan, Francia y muy frecuentemente París, como hemos visto, será el lugar elegido.

Los personajes de *Huerto cerrado* (con excepción de "Dos indios"), Manolo, Julius de *Un mundo...*<sup>280</sup>,

---

<sup>278</sup> *Ibidem*, p.187.

<sup>279</sup> *Ibidem*, p.185.

<sup>280</sup> Hay que precisar que en *Un mundo...*

los hechos son contados por un narrador omnisciente y una vez ocurrido, pero con una intención de "presente" y

y otros ya adultos (muchos de los cuentos de *La felicidad...* y de *Magdalena peruana*) son peruanos que viven en el Perú, y por tanto no arrastran el problema de desarraigo físico que padecen los que eligieron Europa para su exilio voluntario, lo que no les evita padecer, a veces, desarraigo de otro tipo. A Julius, por ejemplo, este estado se lo produce la pertenencia física a una clase privilegiada, y su tendencia afectiva hacia la otra; el de Manolo será motivado por el hecho de crecer, o estar de paso de una edad a otra. Y en lo que se refiere a los personajes adultos hay que hacer diversas matizaciones.

Al protagonista "sin nombre" de "Eisenhower y la tiqui..." le pasa lo que a Julius, su visión del mundo está en contradicción entre lo que la sociedad espera de él "un abogado de buena familia, con éxito", y un sentimiento de ternura hacia la otra clase en inferioridad de condiciones, "eso que tú llamabas rebeldía, inconformismo, eso que el médico una vez llamó desadaptamiento..."<sup>281</sup>, pero con la que tampoco consigue "conectar", a pesar de haberse casado con una dependienta, o quizás precisamente por eso:

¡Ah!, gordo, cuánto menos sólo me sentiría si me gustaran las horribles flores de plástico que Carmen ha puesto en la sala de casa, qué feliz sería... Carmen... ella también tuvo sus ilusiones y a ese nivel debo haberle hecho mucho daño (...) Y sabes, es ella la que más va a sufrir cuando sepa que este año tampoco dejarán venir a tú hijita al santo. Le gusta alternar. Alternar... Ahí tienes otra de sus palabras. Y cuando la usa siento que todavía la quiero. Siento algo muy similar a cuando en vez de tráfico dijo los tráficos...<sup>282</sup>

O puede ser un desarraigo familiar como en "El Papa Guido sin número", en que el enfrentamiento padre e hijo lleva a Carlos a dejar el hogar paterno.

Hay otros relatos que tienen también el Perú como referencia, y lo que nos cuentan, en forma de recuerdo, está modificado por la nostalgia, pero no del Perú (puesto que el protagonista sigue en su país de origen) sino de la niñez, por lo que tiene de paraíso perdido, entre ellos: "Desorden en la casita", "¡Al agua patos!", y en cierta manera "Pepi Monkey y la educación de su hermana"; o de la adolescencia, o de la amistad...

Además, están las novelas donde los protagonistas sufren la doble nostalgia, porque están lejos de su país, sumado a la del tiempo pasado, lo que seguramente lleva a darnos una visión del Perú doblemente condicionada por la distancia temporal y espacial. Y de éstos es Felipe Carrillo, el protagonista de *La última mudanza...*, que emprende el viaje a Piura movido por la nostalgia del Perú, y lo de allí vivido en su adolescencia.

Y para terminar con la acotación, estarán los relatos en los que la vida del protagonista transcurre entre Perú y Francia, en presente (mezclado con recuerdos), en diferentes momentos de su vida. Y aquí precisaré que la vuelta al Perú desde Europa nunca será definitiva, a excepción de la de Manolo en "Dos indios", que volverá al Perú, llamado también por la nostalgia.

El Perú que se nos da en *La felicidad...*, y en *Magdalena peruana...* sigue siendo situacional y arquetípico. Define una situación y el "estar en el mundo" de una clase privilegiada, que en estas ocasiones es la del Perú, la de Lima más bien, que es la que el escritor, por otra parte, ha vivido más de cerca.

En estos relatos que voy a comentar, que ocurren en el Perú y son protagonizados por personajes adultos, hay dos puntos de vista que creo interesante comentar. Los que se cuentan en primera persona, es decir, sus narradores son también personajes de la historia, y la visión que se nos da es partidista y exculpatoria como ocurre en "Eisenhower y la tiqui..." o "Un poco a la limeña". Y los otros, los que son contados por un narrador que no participa afectivamente en el relato, y que nos da una visión crítica y distanciadora. Y estoy refiriéndome a "Baby Schiaffino" y a "Anorexia y tija".

Todos los personajes de estos cuentos tienen en común el pertenecer a una clase; y en su "comportamiento" nos parece ver a muchos otros como ellos. Definen arquetipos, por tanto. Todos nos hablan

---

un orden cronológico estricto. El lector, entonces, siente los acontecimientos narrados como si ocurrieran en el momento en el que son referidos. Únicamente alguna acotación valorativa nos hace ver su correspondencia con el pasado.

<sup>281</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.13.

<sup>282</sup> *Ibíd.*, p.26.

de una burguesía y de una manera de "estar en el mundo" a la que los personajes se ven "obligados". Obligación que casi siempre aceptan con agrado, porque sabemos que quienes quieren romper los moldes, lo hacen separándose también del medio y viniendo a Europa, en la mayoría de ocasiones (Pedro, Martín, Felipe Carrillo). Y los que se quedaron pero no siguieron los pasos establecidos, como el personaje de "Eisenhower y la tiqui tiqui tén" fracasaron mucho más rotundamente.

El resto de los personajes que fabulan por estos relatos representan otro tipo de fracaso, el interior, que compensan con una linda e impecable fachada, como le ocurre a Taquito Carrillo, un hombre casado, por "conveniencia afectiva", y enamorado de otra mujer desde la adolescencia; y al que su "gran capacidad" (palabra que se repite en el texto con machaconería significativa) -que viene a ser un don del fingimiento- le permite ser un diplomático "a la moda", y un marido como *il faut*, en un total desacuerdo entre el mundo interior y exterior: es una historia de un fracaso, llevada con "alzaditas" y "palmaditas". Y lo que aparentemente es un triunfo: una Carrera Diplomática, y un puesto "en Buenos Aires nada menos, pudo haber sido cualquier otra ciudad inferiorísima a Lima, pero no: nada menos que Buenos Aires y mira la suerte que hemos tenido de encontrar este departamento..."<sup>283</sup>, oculta el otro fracaso, que se hace evidente en el texto, pero que se anuncia "a bombo y platillo" en el epígrafe: "Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca Aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach", y en el título del cuento: Baby Schiaffino, la mujer de la que "Taquito" siempre estuvo y está enamorado.

Pero es en "Un poco a la limeña" donde, como el título también explícita, se nos da una visión -también muy particular- de lo que puede ser Lima, para otro tipo de gente que cabrían en la calificación de "contadores bohemios de historias". Una capacidad innata que parecen tener muchos peruanos:

Me ha obsesionado siempre la oralidad como una cosa absolutamente peruana. Yo creo, sigo creyendo, que los peruanos son maravillosos narradores orales y que son seres que reemplazan la realidad, realmente la reemplazan, por una nueva realidad verbal que transcurre después de los hechos.<sup>284</sup>

La clase social que se ve reflejada en este relato -me refiero a "Un poco a la limeña"- sigue siendo la clase alta, pero la ociosa, la otra cara de la moneda que se dedica a dilapidar lo que sus antepasados han conseguido, suponemos, con esfuerzo.

Además de esa oralidad, un poco unida a la especie, hay en este cuento otras manifestaciones arquetípicas, propias de un país y de un ambiente: la mujer como objeto decorativo, que ya había aparecido en "Baby Schiaffino", representada por la mujer del protagonista:

Ana era una esposa ideal... menos interesante rubia bonita, más llenita narigoncita bajita... y con ella... bastaba ver lo bien que lo acompañaba a las reuniones a que su carrera le obligaba bastaba ver lo bien que había arreglado y decorado su flamante departamento...<sup>285</sup>;

y que aquí aparece en un mismo rol:

Una mujer que era un elemento importantísimo de su estilo. De ella no se esperaba mucha conversación sino tan sólo una presencia que sirviera casi de adorno no exactamente de adorno...<sup>286</sup>.

Estas manifestaciones, no del Perú propiamente sino de sus "ambientes" y "mezquindades", tiene su culminación en el relato "Anorexia y tijeirita", al que se hace difícil clasificar, por sus circunstancias peculiares.

Es ésta la historia de "un medra" que recuerda a un personaje de *Un mundo...* Juan Lastarria. El retrato sigue siendo el de la burguesía subida al poder. Un poder, en esta ocasión y en la otra que acabo de mencionar, conseguido por el matrimonio con una mujer influyente. Los ingredientes de la historia son comunes: un ministro, un asunto sucio en el que se ve envuelto "por mala suerte" "porque que ministro no había robado pero

---

<sup>283</sup> *Ibíd.*, p.76.

<sup>284</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p. 68.

<sup>285</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.122.

<sup>286</sup> *Ibíd.*, p.162.

sólo a él le había caído lo del caso Scamarone..."<sup>287</sup>, por el que le van a quitar el Ministerio, una querida "guachafita" y con pocas luces para compensar a la "anoréxica", a la que, a pesar de ser pellejo "sobre huesos" tenía que complacer por aquello de una ascendencia "con peso": "Claro, su padre fue ministro cinco veces media familia suya ha sido ministro cinco veces, mas presidentes virreyes y hasta un fundador de la ciudad de Lima cinco veces, si eso fuera posible"<sup>288</sup>. Unido a esto, la verdadera historia del relato que es la que la que protagoniza Raquelita, la mujer del ministro, anoréxica y desprotegida dama, pero de claras ideas: "La verdad, Joaquín, no se cómo no bombardean esos lugares. Gentuza. Gente de la ínfima que la miraba indiferente..."<sup>289</sup>, y hechos contundentes, "...con la seguridad que le da su tijeira de un millón de quilates, que si con ella se cortó las uñas la virreina..."<sup>290</sup>:

Y tú que tanto te burlabas de ella. Deberías estar con el rabo entre las piernas, Joaquín. Me puede haber costado la vida subirme en ese microbús. Que horror, ni una sola luz y la gente colgando por las ventanas. (...) Era la única manera de acercarme a casa. ¿Y qué crees tú que pasó no bien subí? ¡Cómo es esa gente, Joaquín! ¡Qué país! No había pasado ni un minuto y ya me habían robado el reloj de los diamantes. Quien podía ser más que el negro inmenso que tenía parado a mi izquierda. Se creyó que porque era una señora decente. Se creyó que porque en esa oscuridad no se veía nada. Pero no bien me di cuenta de que mi reloj había desaparecido me dije te llegó el momento, Raquelita. No se veía nada en la oscuridad o sea que aproveché para meter la mano tranquilamente en la cartera. Ahí mismito di con ella. Y la saqué. Si vieras, Joaquín, qué maravilla. Le pegué un hincón en las costillas. Se lo pegué con toda el alma, Joaquín, y ya ves tú, que tanto te burlabas de mí, tú que creías que me había vuelto loca y que me podían matar. Tú que... pobre diablo. No bien le pedí el reloj me lo devolvió. No hice más que decirle póngalo usted en mi cartera. Bien bajito por si acaso tuviera cómplices. Cobarde. Negro asqueroso. Ya, señora, me dijo, pero ni tonta. Esta gente cree que una va a ser tan bruta como para soltar y guardar su tijeira. Eso es lo que el creyó pero yo no le saqué la tijeira de entre las costillas hasta que me bajé. ¡Ay que asco, Joaquín! Límpiamela, por favor. Está toda manchada de sangre..."<sup>291</sup>

Y el desenlace, de auténtico humor doblemente negro, porque al llegar al dormitorio: "encendieron la luz (...) y el reloj de los diamantes se le había olvidado sobre el tocador..." Descubrimiento que no le impidió a Raquelita quedarse dormida "plácidamente".

Es éste un cuento con un desenlace inesperado. Durante toda la narración se nos va contando "los defectillos" del marido. Lo descubrimos "trepador sin escrúpulos", infiel, con tendencias asesinas hacia Raquelita, insuflado y fanfarrón, motivos que nos hacen inclinarnos hacia la indefensión de la mujer: la inapetencia, la fragilidad, el querer a su marido "por lo que es"... Y al llegar al final del relato, en las dos últimas páginas, Joaquín Bermejo parece "un santo" comparado con la desfachatez de la mujer, a la que no vemos el menor gesto de piedad. Tras el descubrimiento del falso robo se duerme con la sensación del deber cumplido, mientras que el ministro no puede hacerlo, por un hecho en el que sólo ha sido el confidente sin réplica:

Cuando Raquelita se durmió, sonriente, feliz, después de una verdadera hazaña, Joaquín continuaba defendiendo al inmenso negro. Lo imaginaba llegando a su casa con una buena herida en el costado y despavorido. Con el mundo al revés. Había intentado explicarle a Raquelita que podía tratarse de un hombre honrado volviendo de su trabajo. Nada. Era un tipo de la ínfima. Se lo había imaginado honrado y obrero y llegando a su casa sabe Dios donde y se había imaginado una negra y unos negritos escuchándolo entre aterrados e incrédulos. Nada. Era un tipo de la ínfima."<sup>292</sup>

Las simpatías del lector se han desplazado, sorpresivamente, en las dos últimas páginas. Procedimiento muy común en la novela negra.

### **3.1.1.8.-El Perú de la nostalgia**

<sup>287</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena Peruana y otros cuentos*, op. cit, p.14.

<sup>288</sup> *Ibidem*, p.112.

<sup>289</sup> *Ibidem*, p.25.

<sup>290</sup> *Ibidem*, p.16.

<sup>291</sup> *Ibidem*, p.26.

<sup>292</sup> *Ibidem*, p.27.



Los viajes al Perú del protagonista de *Tantas veces...* se realizan en dos espacios, en el de la ensoñación, la mayoría, y en el del sueño. Uno por encima y otro por debajo del nivel que llamaríamos vigilia. En la imaginación, sin referencia concreta, cuando "presenta" a la madre a la muchacha californiana que ha venido con él a París. Su madre vive en Lima, y lógicamente ha habido un desplazamiento imaginativo hacia el lugar donde ella habita:

Madre mía que estás en Lima y en mi corazón, compartiéndolo con esta gringa ahora. Y no es una gringa, mamá. Madre, te presento a Virginia y su ropa con huecos. La quiero, mamá, y estoy impaciente acerca de mi futuro. No le preguntes tanto por sus orígenes familiares. Inmigrantes irlandeses, mamá. Nacida en Tampax. Vamos, mamá, una gotita de humor y todo se arregla.<sup>293</sup>

Esta presentación, que recuerda el inicio de cierta fórmula oracional, tiene una intención formal -aparte de cumplir, irónicamente, con la parodia formalista de presentar la novia a la madre-, y es hacer que conozcamos algo de Virginia. Es una forma de extender la presentación a los lectores.

Hay dos vueltas más al Perú, en otra dimensión, antes se viajó en la imaginación; ahora será el mundo del subconsciente quien le lleve a través del sueño, un espacio simbólico según Gullón<sup>294</sup>,

Y como las ballenas, retornó a morir a sus playas peruanas, abandonando su hotel en el preciso instante en que caía despatarrado en la primera cama que encontró en el primer hotel que le señaló su libreta de direcciones. Un par de somníferos y una cita en Lima con una Sophie que sí podía vivir con él la alegría de su madre y el abrazo del amigo (...) Se adormeció con el recuerdo más bien triste de Pedro Balbuena juvenil que jugaba a fútbol a cuatro mil metros de altura allá en el Perú (...) Y se durmió en el instante en que su avión aterrizaba en la Lima que él mismo acababa de crearse con Sophie y su madre y el abrazo del amigo.<sup>295</sup>

En la segunda, un Pedro Balbuena ya envejecido, y presumiblemente instalado en el Perú desde hace unos cuantos años:

Era una de esas horribles madrugadas de la humedad de Lima, y como todos los días, desde hacía más de quince años, Pedro Balbuena abandona el 'New Ed's bar', al alba. Lo había frecuentado también en su juventud cuando aún se llamaba 'Ed's bar', y ahí precisamente había tomado sus últimas copas la noche anterior de marcharse a Francia.<sup>296</sup>

En el epílogo de *Tantas veces...* que es el primer cuento que escribió el protagonista en Francia, vuelve a aparecer Perú en el recuerdo de adolescencia (este relato, pues, pertenecería al grupo de las dos nostalgias), y de él con especial énfasis al recuerdo de la madre y de sus confidencias adolescentes.

Dentro de esa caótica novela que es *Tantas veces...* en la que se mezclan los puntos de vista -primera y tercera persona-; los espacios de la imaginación, de los sueños, de la realidad; los actos cronológicos sin precisar..., existe otro espacio textual, al mismo nivel que el resto, que es el ocupado por la novela que Pedro Balbuena va escribiendo a ratos, sobre Sophie, fundamentalmente, y en otros espacios geográficos. Pero hay un fragmento en el que la protagonista ha pasado a ser Beatrice, la muchacha "actual" de Pedro, y la narración lleva al protagonista, felizmente casado y con una hija adolescente, al Perú "para que conociera a su abuela y el país en que su padre había tenido todas las edades que ella está viviendo ahora"<sup>297</sup>. Es una historia feliz, feliz por imaginada lo cual no evita que aparezcan fantasmas.

Además de todas estas relaciones que Pedro mantiene en el Perú, hay otra factual y poco romántica. Es la relación de dependencia económica que mantiene con su país, a través del cheque que generosamente le manda su madre.

En *La vida exagerada...* el espacio del Perú es, casi siempre, recordado. Y lo es con referencia a anécdotas de la infancia: "que lindan en el trauma infantil" en casi todas las ocasiones; o de su adolescencia.

---

<sup>293</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, op. cit., p.121.

<sup>294</sup> Ricardo Gullón, *Espacio y novela* (Barcelona, editorial: Bosch editor, 1980).

<sup>295</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, op. cit., pp.57-58.

<sup>296</sup> *Ibíd.*, p.82.

<sup>297</sup> *Ibíd.*, p.172.

Estas anécdotas lejanas en el tiempo sirven al protagonista para afianzarse en lo que dice, añadiéndole la patina del tiempo.

Y el primer recuerdo viene a razón de lo difícil que siempre le ha resultado al narrador-protagonista el hecho de navegar, en el sentido literal de la palabra y, en el otro, en el tópico de vida como navegación. En ambos ha fracasado. Únicamente le salva la escritura, esa navegación por los mares del recuerdo, anotado con todo lujo de detalles en sus "cuadernos de navegación", en un "sillón Voltaire", para evitar el naufragio. Esta navegación, la escritura, será feliz, salvo en contadas ocasiones.

En los primeros capítulos, Martín Romaña nos habla con frecuencia del Perú, porque está tratando de enlazar los dos espacios: en antes y el ahora, para darnos cuenta de las peculiaridades de su entorno.

Los recuerdos aparecen en algunas ocasiones estimulados por una referencia común a los dos espacios físicos. Puede ser la Navidad, la primera que pasa en París, la que le lleva a la Navidad familiar, pero no como a la mayoría de los mortales, para sumirle en la melancolía, sino todo lo contrario:

Un día nevó por primera vez en mi vida, y la Navidad empezó a acercarse. Nunca la había pasado lejos de casa. Me entró una alegría infinita. siempre he odiado la Navidad, y sobre todo la Navidad en casa. Allá mi familia. Que se las arreglaran con el hermano ausente en la cena pascual. Aunque seguro que también ellos estaban felices con mi ausencia. Con excepción de mi padre...<sup>298</sup>.

Después estos recuerdos se dispersarán, como toda la narración, y de la Navidad pasará al recuerdo del padre, a la despedida de su venida a Europa...

Más adelante, cuando ya se nos ha puesto al corriente de la partida de Inés al Perú, tras el fracaso de su matrimonio y de los ideales marxistas, Martín Romaña vuelve a instalarse en el Perú, para referirnos el momento en que Inés y él se conocieron. Y para recalcar una actitud de Inés que empezó ya entonces, y que será definitiva en su relación matrimonial:

Lo que sí es verdad es que desde entonces nuestra relación estuvo siempre basada en los defectos míos que Inés corregía siempre, y en los defectos míos que Inés perdonaba, siempre que resultaran incorregibles. Y basada también en esa confianza que se llevó con ella el día que se fue de París harta de corregir defectos que siempre creí necesario para guardarla a mi lado.<sup>299</sup>

En otra ocasión y siguiendo el mismo procedimiento -una situación compartida en los dos espacios, un viaje en autobús- vuelve a llevarnos a la adolescencia, en un recorrido de Lima a Piura. Ese lugar nostálgico de Felipe Carrillo donde ya sabemos intentó su "última mudanza". Aquí se trata de la primera, y tampoco tiene éxito. El adolescente va en busca de una muchacha por la que siente, como en otras ocasiones, esa necesidad de perdurar con ella: "...desde mi más temprana adolescencia, simplemente no logré sacar a una chica a bailar, sin soñar una vida entera con ella."<sup>300</sup> De más está decir que a esa ingenuidad se respondió con calabazas "piruanas", y con un viaje muy accidentado, que será tema de otro capítulo.

Además hay otras conexiones con el mundo del Perú que se hacen a través de los diálogos imaginados con el mago Charamama, un recurso que el protagonista llama "volverse loco un rato, pero no acabar estándolo". Charamama jamás le había defraudado en el Perú, y ahora en París lo atiende con la misma ligereza; o las cartas y recuerdos de "Merceditas", la profesora de sus años pre y universitarios, a la que debe, en gran parte, su cultura. Recurre a estos artilugios, al principio de la novela, sobre todo cuando comprueba que todo lo que había aprendido en el Perú con "aires de grandeza", en Francia aparece de un diferente color, más bien tirando a "hormiga".

Estos recuerdos se materializan cuando hay algo que le sirve de asociación, tras un proceso que nos puede pasar inadvertido. Uno de estos puentes se realiza a través del cartero y de una frase que, seguramente, era típica de Merceditas:

Como el tren, el cartero silbó tres veces aquel día, por ser las tres cartas certificadas y

---

<sup>298</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.32.

<sup>299</sup> *Ibidem*, p.90.

<sup>300</sup> *Ibidem*, p.439.

urgentes, y tres veces también, el suspiro fue enorme, dije *God bless his boots*, pensando en mi profesora particular de idiomas y autores transcendentales, allá en el Perú, hace siglos, pero ella había muerto sin que nos volviéramos a ver jamás...<sup>301</sup>

Fui tentado igual número de veces por la idea de no abrirle, pero luego recordé vagamente que ese respeto por sí mismo se refería más bien al teléfono, e incorporándome desde el fondo de algo, bendije botas, y avancé como pude entre los recuerdos enmarañados de Merceditas<sup>302</sup>,

o cuando Martín Romaña va a matricularse a la Sorbona y siente "ese peso" sobre los hombros:

Allí Merceditas había sustentado un doctorado que pasó a la historia de mi familia. Allí Merceditas había conocido aquel único amor de su vida, del que tanto hablaba mi abuelita, allí Merceditas lo había visto partir a la guerra. Allí lo había esperado (...) El muchacho francés no regresó nunca del frente, Merceditas sustentó su tesis, allí, y regresó al Perú para darle a mil jóvenes como yo el cariño por la vida y la cultura que no pudo compartir con ese joven cuyo nombre nadie supo nunca en mi familia<sup>303</sup>

Hemingway le mitificó París; un montón de canciones sobre la primavera francesa le mitificó esa estación: "Como sucede a menudo en París, llegó la primavera pero el invierno continuó como si nada. No sé de dónde han sacado tantas canciones sobre la primavera en París. Yo casi no la recuerdo sino en disco."<sup>304</sup> Y Merceditas tuvo su parte en hacerle creer que la Sorbona era algo más que una Universidad. Decepción tras decepción le sirvieron para desnudar París de sus supuestos encantos, y para vestirla con los ropajes que realmente lleva, porque hasta Nôtre-Dame "estaba exacta que en Lima, aunque tal vez sí allí en Lima irradiaba un poquito más"<sup>305</sup>.

En *El hombre que hablaba...* Martín se ha convertido casi exclusivamente en lo que dice el título, un hombre que hablaba de Octavia con todo el que quería escucharlo y con el que no. El espacio dejado por la ausencia de Octavia (se casa y se va a vivir a Milán) es ocupado por su recuerdo, expresado, en los primeros años, en forma oral a dos voces:

Nadie me creía, nadie me hacía caso, hasta me tomaban por loco cuando te daba la palabra, imitando tu voz brasileña (mierda, les explicaba, si hay voces argentinas, por qué no las va a haber brasileñas), para que tú misma, en vista de que siempre estabas ausente, les dijeras que en todo estabas de acuerdo conmigo y que todo era verdad, para lo cual hipaba y tosía, incluso, igualito a tí, sí, exacto, y te juro que a veces lo hacía tan bien que me entraba una alegría frenética por lo presente que estabas...<sup>306</sup>;

y después en forma de escritura (pero esto ya mucho más tarde y estimulado por "unas mujeres de la vida alegre" que encuentro en Palencia, y que supieron escucharle, con atención, hasta que acabó con la larga historia de Octavia de Cádiz. Y no solamente le escucharon sino que fueron "dignas narratarías" de esa historia oral): "... esas mujeres trabajaban en lo que se ha dado en llamar el oficio más antiguo del mundo y yo trabajaba en lo que debe ser el segundo oficio más viejo del mundo: contar una historia y que te hagan caso. Por más triste que sea. Además, a menudo, todos terminábamos desternillándonos de risa..."<sup>307</sup>.

Y así Martín vive tan ensimismado en su propia historia que el Perú le queda lejos. Ya no hay diálogos con Merceditas, ni con Charamama, ni tan siquiera recuerdos de infancia. Toda la energía la transforma en evocar a Octavia.

Hay dos ocasiones de excepción. Una cuando sueña que se casa con Octavia en Perú, porque Octavia es peruana en sueños; sin embargo a la salida de la iglesia la muchacha lo hace del brazo de un italiano altísimo, el verdadero marido de Octavia (la importancia está más en el hecho que en el lugar en sí, aunque es

---

<sup>301</sup> *Ibíd.*, p.14.

<sup>302</sup> *Ibíd.*, p.16.

<sup>303</sup> *Ibíd.*, p.36.

<sup>304</sup> *Ibíd.*, p.63.

<sup>305</sup> *Ibíd.*, p.31.

<sup>306</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.154.

<sup>307</sup> *Ibíd.*, p.157.

significativo que elija Perú para el acontecimiento). La segunda, es la vuelta real al Perú tras el fracaso de todas sus ilusiones. Eso sí, está en posesión de dos "cuadernos de navegación" que el gran Lalo, un amigo peruano, le guarda en París hasta que Martín decida qué hacer con ellos.

En el momento de su partida, el protagonista se da cuenta de un montón de coincidencias entre ese momento y su llegada a París:

Estábamos en el año de gracia de 1984 y que gobernaba el Perú, en su segundo mandato el Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, que también gobernaba el Perú en 1964, año de mi partida a desgracia, perdón, a París. Y después me di cuenta de que era 4 de octubre y que yo había desembarcado por primera vez en Francia un 4 de octubre.<sup>308</sup>

Algo así como si nunca hubiera salido del Perú y el tiempo se hubiera detenido. Únicamente la foto de su desembarco en Dunquerque y otra reciente le hacen ver que sí había pasado algo, el tiempo y malgastado.

La vida en el Perú, diez años de escritor de guías turísticas, no llenan más que una página y media. Reflejo de la "poco exagerada vida" que el protagonista lleva en su país.

Vuelve a Europa, a Milán como sabemos, llamado por Octavia para completar lo que dejó pendiente: los cuadernos de navegación, a los que añadió el epílogo con la historia de su mecenazgo, y la relación con Octavia, mucho más imposible que nunca.

Sólo una cosa había aprendido, que Octavia había sido una quimera y como tal inalcanzable. Puesto las cosas en su sitio, decide acabar la historia de sus cuadernos, dejando morir al protagonista, de una forma también quimérica: Maximus<sup>309</sup> vivía gracias a los latidos de un sapo. Era, el que controlaba su taquicardia. Mata al sapo y él muere poco después: una forma de salvar del naufragio el amor por Octavia. Muere todavía enamorado y "polvo será...", y de terminar una historia que estaba acabada ya.

Perú y Madrid serán los espacios que recorrerá Felipe Carrillo en busca de la mudanza definitiva.

Del Perú (país de origen) a París en busca de ese señuelo que, como hemos visto, arrastró a todos los protagonistas de las novelas largas de Bryce Echenique. No, esta vez no vino a ser escritor -aunque después lo fue de "pura cólera", y sólo para que "todo el mundo esté odiando al de los alias impronunciables"<sup>310</sup>. Es decir, para que no quede impune ese despropósito que le tocó sufrir al escritor accidental- sino arquitecto, y tras un periodo no muy largo ni traumático de adaptación, consigue triunfar personal y profesionalmente. Este bienestar se rompe con la muerte de su mujer. Conoce a Genoveva, madrileña de paso en París, y de aquí parte la novela, con un intento de ubicación en Madrid. Y tras el fracaso, Felipe Carrillo intenta la reconciliación en un lugar que para él reúne todas las condiciones: Colán. Acude para esta elección, a los recuerdos de la adolescencia: "Pero había otra costa peruana, para mí, muy al norte de mi ciudad natal. Sí, Tumbes y Puerto Pizarro, Piura y su maravillosa playa de Colán, donde había pasado los carnavales más alegres de mi vida..."<sup>311</sup>.

Colán no conseguirá el "encanto", mas bien acabó con la relación. Pero Felipe Carrillo cayó otra vez en la trampa de la nostalgia, de lo suyo, de sus raíces, y cambió el amor de Genoveva por el de Eusebia, una mulata de gran corazón pero de imposible relación. La diferencia es cultural, porque lo que para uno es soñar, para el otro es roncar: una distancia irrecorrible.

Esta pasión compartida sólo pudo darse en la situación en que se dio, aislados del mundo por unas inundaciones, y después en la finca de unos amigos. Trasladada al lugar habitual, en el que transcurre la vida, Eusebia no resiste la prueba:

Me fui, pues, a París con Eusebia, esa misma mañana, y ahí delante del espejo. Tres meses después de nuestra llegada, yo había perdido cuatro amigos, siete se habían alejado, y a cada rato algún

---

<sup>308</sup> *Ibidem*, p.355. Esta misma coincidencia se da en Bryce Echenique que llegó a París en 1964 y lo abandonó en 1984 pero para venirse a España. Hay una anécdota personal en la que dice que incluso esperó a que se cumpliera veinte años "exactos" de estancia en París para abandonarla.

<sup>309</sup> Así llama Octavia a Martín en sus momentos de abstracción.

<sup>310</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.24.

<sup>311</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última...*, op. cit., p.135.

conocido se me hacía el loco por la calle. En realidad, la única persona que me recibió con silenciosa alegría, que nunca protestó ni nada, fue mi pobre Liliane de oro y ultratumba.<sup>312</sup>

De las tres novelas breves de *Dos señoras conversan*, Perú es escenario íntegro de la que da título al libro. En otra es marco de los recuerdos de adolescencia y primera juventud: " Un sapo en el desierto ". Y en la tercera, además de los recuerdos de esas mismas etapas, hay un viaje factual al Perú de uno de los protagonistas, peruano afincado en París, del que ya he hablado al referirme al espacio parisino. Su título "Los grandes hombres son así. Y también así."

El Perú que se nos presenta en este último relato no es especialmente amable. Santiago, el co-narrador de la historia, cuando vuelve al Perú de vacaciones es rechazado por su familia burguesa a causa de unas amistades poco deseables (Raúl, el amigo de Santiago en el Perú, milita clandestinamente en un partido de izquierdas). Después es alojado por el amigo en plan secuestrado. Para acabar con un viaje a la Amazonia, cuyo mayor ingrediente es lo grotesco.

Ya dije que el verdadero encuentro entre los dos amigos se produce en París un tiempo después. Y es también la capital de Francia la que sirve de soporte para consolidar una amistad adulta, que en el Perú no se consiguió.

No obstante, el Perú del recuerdo, el que quedó anotado en los diarios de Santiago, es un Perú ambivalente, de rechazo:

-Tú eres el mariconcito de las arañas ¿no? -me dijo, entre dos cabezazos.

-Sí -le respondí-, pero el psiquiatra me ha asegurado que a los siete años se me pasará.

-No necesitamos gente como tú en este colegio -le soltó Raúl.

-No, ya lo creo que no, Raúl. Pero te doy mi palabra de honor que no fui yo. Fueron mis padres los que decidieron ponerme en este colegio...<sup>313</sup>,

pero también de felicidad:

Aquella vez Eugenia apareció por la puerta del cielo y se me acercó. Fue en pleno centro de Lima, a tres cuadras del Cream Rica del jirón de la Unión. ¡Qué maravilla de recuerdo, éste!<sup>314</sup>

De diferente corte es la novela breve " Dos señoras conversan ", y los es por muchos aspectos (algunos ya han quedado esbozados anteriormente): es una obra de protagonismo femenino (quiero decir que los personajes protagonistas son dos mujeres, porque la mujer como tal tiene un gran protagonismo en la vida de los personajes varones, pero eso es otra cuestión) inusual totalmente -únicamente un cuento breve, brevísimo, " Apples " de *Magdalena peruana* lo comparte-. Además y como consecuencia el mundo que se refleja es exclusivamente femenino, aunque muy determinado por una clase alta y unos hábitos heredados del mundo masculino de sus maridos.

El espacio que refleja esta novela es limitado, como limitado es el universo de dos personas mayores, para quienes el tiempo y el espacio no pueden estar más que en relación al pasado. Un pasado que, por supuesto, no puede compararse con el "desorden" del mundo de hoy. Y es que ni la literatura se salva...

Doña Estela y doña Carmela no leían ya antes de acostarse porque de un tiempo a esta parte, desde Azorín exactamente, no hay un solo escritor que no le quite a una el sueño. Habían descubierto, en cambio, que estarse las dos un buen rato, una buena media hora, dedicadas en cuerpo y alma a la limpieza de sus respectivas dentaduras postizas con productos norteamericanos -qué no nos tocaría ver en nuestra larga vida, Carmela, y pensar que hubo una vez una Lima tan linda en la que absolutamente todo se hacía con productos franceses que se vendían en la botica Inglesa, Estela- Era el mejor

---

<sup>312</sup> *Ibidem*, pp.178-179.

<sup>313</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.174.

<sup>314</sup> *Ibidem*, p.177.

sucedáneo del mundo para lo que antes fue la literatura<sup>315</sup>

### **3.1.1.9.- Y de nuevo España**

España es otro país de cita frecuente, sobre todo y principalmente en el "díptico de navegación". España, además del tópico de la "Madrepatria" para los sudamericanos, es un lugar emocionalmente unido a Martín y a Inés, ambos de ascendencia española.

En *La última...* es el lugar donde viven dos de los protagonistas de la novela, y candidata, en algún momento, de ubicación permanente de Felipe Carrillo.

En *La vida exagerada...* España será un lugar ambivalente. Aquí Martín tendrá grandes amigos, en Barcelona en concreto, José Luís Llobera el psiquiatra y amigo que le cura de una depresión galopante; los Felius que le acogerán cuando "huye" de Francia, y le llenan de cariño y de favores. También será el lugar donde vivió y murió Enrique Álvarez, su gran amigo del "lugar cerca del cielo", y el marco elegido, presumiblemente por Inés o por Martín sobrio, para el viaje de novios. Y en Cádiz "visionará" por primera vez a Octavia. Pero por otro lado, Pamplona, también mitificada por Hemingway, cayó del pedestal de un vistazo, aunque "sobrevivió" como a tantas otras cosas:

Me fui a renacer en Pamplona. No podía irme tan mal en mi primer viaje a España. Pamplona era el dato, y a Pamplona llegué ligero de equipaje, sin equipaje, en realidad, porque aparte de una escobilla de dientes en el bolsillo superior del saco, sólo llevaba algo de dinero y esas ganas increíbles de que todo se pareciera a los libros de Hemingway. Bueno, en efecto, el asunto se parecía a los libros de Hemingway, pero entre que se parecía mal y se parecía demasiado. No sé bien cómo explicarlo. ¡Ay, demonios!, las cosas que me tocan ver a mí. Recién entradito a la plaza principal y ya me estoy topando con tres Hemingways igualitos al que había muerto de un tiro a la garganta. Tres igualitos y cada uno con su máquina de escribir, o es que yo ya estaba muy borracho.<sup>316</sup>

En el pueblo de sus antepasados fue confundido con un delincuente y tuvo que huir "a la carrera". Aunque antes ya había comprobado la poca "amabilidad" de esas gentes de Vera: "Pasó una muchacha muy bonita, pero que no podía ser Romaña porque venía conversando con una vaca, y le pregunté por la posada. La posada era ésa. Me lo dijo con una falta de amabilidad... No, definitivamente no era una Romaña. Cualquiera en Lima le contesta mejor. Eso parecía casi París..."<sup>317</sup>. Fue el lugar de su "vía crucis rectal" -hay que añadir que la "primera estación" empezó en París y "con la ayuda involuntaria de otro compatriota". Y que en España, además, sufrió reclusión en un manicomio para desintoxicarse de la droga que "un gran carnicero" de Logroño añadió a su incompetencia profesional. Igualmente, Pedro de *Tantas veces...* estuvo en España para una cura de desintoxicación etílica, tras la ruptura con Beatrice (circunstancia que conocemos muy "de pasada" por la referencia que su compatriota, el cholo Chumpitaz, menciona en una carta).

Casi podríamos decir que los grandes sucesos (me estoy refiriendo a *La vida exagerada...*) por exagerados e inhabituales ocurren en España. Y Francia será el lugar de las "pequeñas" y molestas aventuras cotidianas de porteros, arrendatarias, burocracia, malos humores... Y sobre todo, París será la ciudad de Sophie para Pedro, de Octavia para Martín, de Liliane para Felipe Carrillo; y excepcionalmente para este último, Madrid será también la ciudad de Genoveva, la de Bravante en los momentos egregios, y la "muy cretina" en los edípicos, que fueron la mayoría. Aunque los dos países, con algunas excepciones en su clasificación; porque España puede ser el lugar, simplemente, donde a Martín "no bien pisar tierra española, desaparecían mis ronchas (...) algo así como una alergia al cuartocho techero en que vivía desde que murió mi padre y se me acabó la beca."<sup>318</sup>; o la visita a Cabreada, el pueblo de los parientes de Inés, intrascendente en apariencia, y que para Martín no tuvo mayor importancia a posteriori que "entonces no me reí pero cuánto me he reído después con el asunto ese de Cabreada. ¿De qué otro pueblo podía provenir ese personaje que, para usarla la palabra tal como la usan en España, vivía casi permanentemente cabreada..."<sup>319</sup>. No así para Inés, tan orgullosa de un marxismo que iba a ratificar *in situ* con sus parientes:

<sup>315</sup> *Ibidem*, p.13.

<sup>316</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.97.

<sup>317</sup> *Ibidem*, p.103.

<sup>318</sup> *Ibidem*, p.93.

<sup>319</sup> *Ibidem*, p.471.

...han llegado a la ciudad de Burgos, y de ahí se han traslado a Lerma, porque en Lerma ella tiene un primo obrero y en una fábrica, agárrame esa flor, Martín, en tu familia cuándo alguien. Claro que no lo dice, pero me lo acaba de decir con la miradita esa (...)

Fábrica. Inés pregunta por su primo, y no se si es porque está guapa como nunca (...) pero nos llevan directamente a la caldera del diablo que alimenta, alampadas de pulmón, su importantísimo primo obrero que yo no tengo.<sup>320</sup>,

para terminar en la gran decepción. Difícilmente la teoría coincide con la praxis:

Mientras tanto se le han dado de alaridos al pariente obrero y éste por fin comprende de qué se trata el asunto e interrumpe orgullosamente la cadena de trabajo porque, como nos lo explicará más tarde, es un hombre libre y hace ese trabajo porque le gusta y porque no quiere cometer la tontería de otros primos de emigrar a América. En España y con Franco se está mucho mejor. Uno pertenece al lugar al que pertenece aunque los hay muy despiadados que abandonan a sus padres viejos en el pueblo y se van a probar suerte a América<sup>321</sup>

Y París, siguiendo con las excepciones, fue la ciudad "de la gran pateadura física", alentada por los familiares, curiosamente, tanto de Sophie, como de Octavia, como de Bryce. Recojo la de este último:

Año 1971. Una adolescente se enamora de mí en París y yo no me doy cuenta porque estoy abatinísimo tras la partida de mi esposa. No puedo escribir nada, o sea que escribo *La felicidad ja-ja*. Cuando me doy cuenta de que tengo metida en casa al ser más adorable del mundo (y al más divertido), a mí me mete la policía a la comisaría, primero, y después una tremenda pateadura. Yo sigo sin entender nada...<sup>322</sup>

Y que en el caso de Martín no tuvo "más consecuencia" que un montón de puntos de sutura, sabiamente repartidos.

Y no en España, pero españoles fueron esos "grandes protegidos" de Martín del "rincón cerca del cielo", paradoja de "esa ascendencia burguesa", en la que el "Grupo" no militaba, en su posible slogan: "para el pueblo pero sin el pueblo". A pesar de que esa "ayuda de base" (como le gustaba llamarla a Pedro Balbuena) se pagara en carreras maratonianas por el corredor. Nunca con mala intención por parte de Carmen y Paco:

Paco, Carmen, y el bebe también abrieron una cuenta de ahorros, gracias a mi paternalismo (...) porque a duras penas sabían firmar y tenía que ayudarlos en todo. Una vez al mes les llegaban los avisos del Banco, y me invitaban a comer para que les aclarara el asunto, al compás de un guiso tipo dominical, que era mi terror, porque en él metían todo lo que no les habían aceptado en la cuenta de ahorros (...) Fueron los peores cólicos de mi vida (...) abandonaba su cuartito rumbo al mío, a la señal de los primeros retortijones. Media hora después, ya estaba hasta las patas, correteando de dolor, dándome toda la vuelta al corredor para no pasar por su puerta, para que no me oyeran diez veces en mi carrera por culpa del guiso hasta un wáter del techo, un rincón con un hueco en el piso, una luz que se encendía sólo al echar bien el pestillo, en fin, todos los elementos para perder varias veces el equilibrio sobre el wáter en una noche de diarrea...<sup>323</sup>

Y española fue también, en París, la portera Soledad, a la que regaló el "bouquet" de la boda de Octavia (confieso que se quedó una flor), para intentar compartir su "soledad".

Y en casa de españoles (apartamento que más tarde fue alquilado por Martín, y en el que escribió -en el sillón Voltaire ya presente en esos primerísimos tiempos- todo el díptico) se decidió, presionado un poco por las circunstancias, es cierto, la boda de Martín e Inés, con reticencias por parte del novio, porque en "su esmerada educación" no cabía una boda sin refrigeradora, ni perro fino capaz de saltar de un trampolín a la piscina.

---

<sup>320</sup> *Ibidem*, p.467.

<sup>321</sup> *Ibidem*, pp.468-469.

<sup>322</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Algo sobre mi vida", *Jano*, Marzo de 1988, p.125.

<sup>323</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.134-135.

Y España será el lugar elegido por un sudamericano que vive en París, para pasar sus vacaciones de verano porque "allí tenía amigos, porque veneraba al Quijote y porque quería ver torear al Viti"<sup>324</sup>; todas razones convincentes e irreprochables. Y ya lo que sigue pertenecerá al espacio del deseo, por tanto a la imaginación, estimulado por un español que conoció en París: "-¡Hombre!, un viaje en tren en esta época puede ser muy entretenido. Ya verás: o te toca viajar con algunas suecas o alemanas..."<sup>325</sup>

Él empezaría hablando de Igmarr Bergman, los españoles invitando vino, todos hablarían a los diez minutos pero media hora después él ya sólo hablaría con la muchacha sueca con que se iba a casar, ya no volveré más a mi patria (...) tan incompatible con los ojos negros inmensos enamorados de Soledad, la guapa andaluza que le llevó a los toros (...) que lo adoró mientras el Viti les brindaba el toro, tan incompatible con, triunfal Santiago Martín El Viti... Todo, todo le iba a suceder, pero antes, antes, porque después, después volvería a estudiar a París.

Las cinco sacaron el rosario y empezaron a rezar (...) Iban limpiísimas las cinco monjitas...<sup>326</sup>

Y Barcelona será el lugar del encuentro con los Linares en " Antes de la cita con los Linares ", un relato que se está escribiendo a la par que lo conocemos. Los Linares son unos amigos españoles del protagonista-escritor, con los que ha quedado citado hace un mes. Mientras los espera -llega muy adelantado a la cita, ante el temor patológico de no encontrarlos- improvisa lo que estamos leyendo.

Posiblemente los Linares sean Mercedes y Antonio, a quienes dedica el relato (con lo cual ya andamos otra vez en el dilema, inaceptable para algunos críticos, de confundir al escritor con el narrador de la historia...) Además, el relato está rubricado en París (Bryce siempre menciona el lugar donde ha escrito el texto) y no en Barcelona, pero...

"Dijo que se cagaba en la mar serena", otro relato de *La felicidad...*, tiene como escenario Zaragoza, en un recorrido por España en el que el protagonista no tiene una intención deliberada del lugar en concreto: "No soy de Zaragoza, nunca había estado allí, y si bajé del tren en esa ciudad fue precisamente porque no conocía a nadie y porque andaba un como tristón al cabo de un largo viaje, pueblos, trenes, ciudades..."<sup>327</sup>

"Muerte de Sevilla en Madrid", como ya nos anuncia, tiene como escenario nuevamente España. Y de allí, de la capital, los recorridos programados de cualquier viaje organizado: el Museo del Prado, el Palacio Real, Toledo...quizás interesante para alguien que hubiera venido a España con una intención turística; no para Sevilla, aquel antihéroe que hemos visto anteriormente, con un universo tan cerrado como sus complejos, o viceversa. Y este viaje lo hizo movido por la

"Resignación", dijo la tía Angélica, cuando Sevilla le contó que no le quedaba más remedio que viajar, que lo habían entrevistado, que lo habían fotografiado, que no lo habían dejado explicarles que, en el fondo prefería no partir. Sevilla andaba preocupado...<sup>328</sup>

En Madrid todo fue unas diarreas físicas y psíquicas que le impidieron cualquier goce, y que acabó en suicidio.

Y Jaén y "los aceituneros altivos" es el lugar de parte de la historia de "El gordo más incómodo del mundo", pero sin que, tampoco, la ciudad sea determinante para el relato.

Además Sigüenza fue un lugar de recuerdo grato en la mente del protagonista de "En ausencia de los dioses". Y la Bahía de Pollensa es el lugar donde vive el también peruano protagonista de "A veces te quiero mucho siempre".

Por último en *Magdalena peruana...*, Madrid será el escenario donde se traslada una familia limeña, rentista, por un enfado incongruente con un amigo. En realidad el lugar elegido para el exilio había sido Francia, pero "los quince años que (...) vivieron en Madrid, porque las rentas peruanas de su padre no daban ya para una

<sup>324</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.141.

<sup>325</sup> *Ibidem*, p.142.

<sup>326</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.143.

<sup>327</sup> *Ibidem*, p.63.

<sup>328</sup> *Ibidem*, p.203.



### **3.1.1.10.-Otros lugares**

En *Tantas veces...* México, California y New York son escenario de algunas de las anécdotas del libro.

California será el lugar donde conoció a Virginia, referencia que nos llega a través de un narrador una vez pasado, que adopta el punto de vista de los recuerdos de Pedro y de Virginia (de esta forma la visión de lo ocurrido es perspectivista). Y México será el país en que la perdió (en realidad la había perdido en el momento en que se fue de París. En México ratifica la pérdida). Pedro acude allí tras el señuelo de unas cartas que Virginia le escribía, pidiéndole que fuera.

El viaje tiene dos versiones, una la que le proporciona el sueño -una forma de viajar sin tantos riesgos-, con un final felicísimo; y la otra la de la búsqueda inútil, por decepcionante, en Cuernavaca, lo que lleva a Pedro a pensar que "el nudo en la garganta con que la buscaba por calles y plazas ya lo había sentido por otras calles y plazas de su vida, y que era precisamente por eso que la buscaba así..."<sup>330</sup>. Habrá otro México, el de Virginia, que será el que a ella le hace olvidar, perdonarse más bien, su lugar de origen de país rico y dominador. Para ella Pedro no encaja en Cuernavaca por todos esos ideales puestos en funcionamiento en México:

-... ¿Me acompañas a la estación?

-Te he dicho que no quiero que me vean contigo.

-Pero encontré una solución para eso. Virginia era la muchacha norteamericana que se paseaba por Cuernavaca como por su casa. La gente que caminaba por la calle la conocía y la respetaba y ella conocía y respetaba al pueblo mexicano. Yo la seguía, maliciosamente, pero Virginia no sabía quién era yo y jamás hubiera tenido que ver con un tipo como yo. Yo era un hombre rico. Eso se podía notar fácilmente por la ropa que llevaba puesta y en el desprecio con que miraba a la gente pobre. México era América Latina, Virginia amaba México y yo era un latinoamericano rico. Virginia había elegido. No había sido difícil estando en México, en medio de todo ese subdesarrollo, caminando entre gente tan humilde, tropezando con indios tan pobres (...) Yo era culpable.<sup>331</sup>

Y desde México Pedro hace otros dos viajes por el Estado. Uno a la Ventosa tras la leyenda personal de Virginia, y otro inventado para Sophie -éste anterior-, que fue tan vivo y convincente, que fue a comprobar si realmente existía lo que había imaginado. Esta otra historia, la de Sophie, tiene, además, otro fin, crearse la anécdota a conveniencia. Y mientras que en la "real" es Virginia quien le deja, en ésta es él el que "altruistamente" provoca el desenlace, humillándola para obligar a la muchacha a que tome la decisión de abandonarle, y seguir fiel a esos ideales por los que había vivido hasta entonces.

California otra vez y después New York, antes de conocer a Virginia, serán lugares de búsqueda tras las huellas de Sophie, casada en New York y después en California.

En *La vida exagerada...* se mencionan nuevos espacios. Grecia que pasa sin pena ni gloria, a pesar de su "historia". Es un viaje acompañado de un norteamericano con el que no comparte nada, salvo el dinero para el recorrido y una mujer -sin transcendencia- al final de la historia:

No hay nada peor que viajar a Grecia con un hombre que sueña con poseer un hotel. (...) Ese sueño me arruinó el viaje, y me permitió descubrir a un personaje maquiavélico, muy distinto del risueño gringo recepcionista del Georges V, con el que un par de veces había ido al cine, y que me había sugerido encontrarnos en Italia, para compartir los gastos del viaje, ya que los dos deseábamos ir a Grecia. Nada mejor que un viaje para saber con quien no volveremos a viajar más en la vida.<sup>332</sup>

Y esta inadecuada compañía y esa predisposición de Martín a haberlo visto todo "más lustroso" en el Perú hacen

<sup>329</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.179.

<sup>330</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.60.

<sup>331</sup> *Ibíd.*, pp.62-63.

<sup>332</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.76.

que el Partenón "se veía mucho más bonito en las ilustraciones de los libros de historia"<sup>333</sup>. El balance de éste viaje no aportó más que contratiempos. Grecia supuso el primer enfrentamiento dialéctico entre Martín e Inés (ella había venido del Perú a reunirse con él) y "Nunca olvidó que yo hubiese podido llegar tarde a nuestro soñado encuentro en París. Traté de explicarle que era culpa de Ernie y de su famoso hotel, pero para ella siguió siendo culpa mía siempre."<sup>334</sup> Desproporcionados y "llamativos" son los desplazamientos de Martín Romaña por cualquier lado de la geografía (Europa y América en lo que conocemos). Y aunque él confiesa que los viajes al Norte nunca le habían resultado propicios, que a juzgar por los hechos no lo fueron; tampoco los del Sur lo consiguieron, aunque hay que reconocer que Perugia, Cannes, e incluso Grecia pudieron parecer agradables, o muy satisfactorios, teniendo como patrón a los recorridos por el Norte.

Y Martín se va a Londres y Escocia a pasar esas Navidades en que "nevó por primera vez" en su vida de París. En Escocia a casa de unos amigos peruanos, los Aldana. Y con éstos y otros amigos escoceses a cenar a un *cottage* inglés *made in Great Britain with a very serious scothish people*, y todo empezó cuando:

...decidimos no ir a misa de gallo, y en cambio nos soplamos un par de botellas de Whisky, recordando el Perú, lo cual obviamente nos llevó a una desenfadada discusión política.

Seguíamos desenfadados cuando entramos al delicioso *cottage*, en el que todo había sido preparado para que se hablara en voz baja (...) Yo resulté ser una especie de huésped de honor (...) por lo que me tocaba sentarme al lado de la dueña de la casa (...) Después venía una buena docena de invitados más, todos escoceses y todos provenientes de otros deliciosos *cottages* de la región, y casi al otro extremo de la mesa me habían colocado al huevón de Aldana que seguía acusándome de no entender nada de lo que pasaba en el Perú (...) O sea que no me quedó más remedio que empezar a gritárselo de un extremo de la mesa (...) La cena transcurrió íntegra en castellano, sin que nadie allí entendiera ni papa, y conmigo comiendo a un ritmo diferente a los demás (...) En realidad, por discutir, no me di cuenta de que el dueño de la casa había tomado la precaución de instalar a su linda esposa al otro extremo de la mesa, y sobre sus rodillas (...) En fin, por discutir no me di cuenta de nada y esperé de pie, muy educadamente, que la anfitriona se sentara primero. Esperé hasta el postre.<sup>335</sup>

La cita es larga y expresiva y huelga todo comentario sobre lo que allí ocurre (por tanto no lo voy a hacer). Si precisaré que es una situación humorística para los lectores que consigan imaginar la escena (hay el atenuante de que los anfitriones son escoceses, no ingleses, aquéllos mucho más expresivos y "ruidosos", pero claro, entre poco y mucho...). y resultará humorística (hay un componente individual en la apreciación de un humor u otro) por la distancia afectiva y ambiental del hecho. Probablemente a los oriundos no les resultó, como tampoco, imagino, se lo supuso a la mujer de Aldana, implicada directamente, pero sin participar acaloradamente en "el coloquio".

Y todo lo expuesto, además de mostrar la anécdota -ocurrída en un espacio muy típico inglés-, viene el hecho de apuntar cómo se comporta el humor, en el que me extenderé al hablar del espacio formal.

Pero esto no fue nada a nivel personal, comparado con lo que después sucedió. Aquello fue una situación de "acaloramiento" provocada por las botellas de whisky y por la discusión. Ésta de pura hibernación contranatura:

El verdadero desastre empezó en el tren a Londres. No sé qué tren era. Sólo se que era un tren al que se le había malogrado la calefacción, y que un joven atleta escocés que viajaba conmigo empezó a llorar de frío. Cerrábamos la puerta del compartimento y nos helábamos. La volvíamos a abrir y nos helábamos. Él hacía gimnasia y lloraba. Yo lo miraba llorar, me ponía a hacer gimnasia, y me helaba de frío. Salíamos a dar una carrerita, por el corredor, pero todo el mundo estaba dando una carrerita por el corredor y regresábamos helados, peor que antes. Cuando llegamos a Londres, el muchacho realmente estaba con una rabieta de frío. Pero al que le dio la pulmonía fue a mí.<sup>336</sup>

Y Martín, ahora con Octavia, se va a Bruselas. Fue un viaje "programado" con motivo de la exposición de un compatriota en aquella ciudad. Julio Ramón Ribeyro -personaje y amigo en la vida real y en la novela-

---

<sup>333</sup> *Ibidem*, p.73.

<sup>334</sup> *Ibidem*, p.83.

<sup>335</sup> *Ibidem*, p.46.

<sup>336</sup> *Ibidem*, pp.46-47.

incluyó a Martín en el grupo de amigos, para aliviarle de su "neurosis" agravada por el abandono de Inés.

Lo que fue pensado como un viaje sin alicientes, se convirtió en un viaje extraordinario, gracias a Octavia de Cádiz y a su estrategia:

Octavia acababa de contarme que se había escapado de su casa. En fin, no es que se hubiera escapado pero sí había inventado toda una coartada para poder venir. Sí, sus padres sabían que se iba a Bruselas por un par de días, pero no con esta banda de locos encantadores. Creen que voy invitada por unos primos belgas y que estoy viajando con dos amigas más...<sup>337</sup>

Fue un viaje *blue, blue, blue*, como le gustaba a Octavia. Un destaralado hotel añil y una habitación compartida con otro amigo no fue óbice para una felicidad plena. Fue el lugar de Octavia. La única ocasión en que Martín no tuvo que compartirla con nadie -bueno sí con el amigo, pero de otra forma-; fueron tres días de dedicación plena. Jamás, a lo largo de toda la relación volvieron a darse unas circunstancias tan favorables, porque Octavia, después de estos días, propone a Martín fugarse a California. Fue la primera y última oportunidad que le ofreció la muchacha, de la que no quiso aprovecharse. En su ingenuidad creyó que la familia de Octavia acabaría aceptándole.

Años más tarde, cuando escribe en el cuaderno rojo y rememora la escena, piensa que "no fugarse con ella, entonces, es el último delito que he cometido en mi vida"<sup>338</sup>.

Bruselas fue el lugar donde Martín y Octavia se desearon y consumaron su amor. Pero podría haber sido cualquier otra ciudad:

¡Dios mío! Pensar que estábamos en ese tren rumbo a Bruselas. ¡Dios mío!, hoy, porque ya nunca volveré a tomar un tren con Octavia de Cádiz, y ¡Dios mío! (...) Nada menos que a una fiesta en Bruselas. Bueno, pero qué importa Bruselas. Sebastopol habría sido Bruselas, igualito, exacto, que diferencia ya para Martín Romaña entre Sebastopol o Bruselas...<sup>339</sup>

También aquí lo importante fue el qué no el donde.

California fue para Martín y Octavia aquel lugar donde pudieron amarse con sus verdaderos nombres. Allí le propone fugarse la muchacha, desde Solre, y Martín rechaza la ocasión por "lucidez", unida a principios de clase. Fue una historia que quedó en expectativa jamás lograda, y quizá por eso saltaba del subconsciente de Octavia, cuando desataba esas ataduras mentales, que se impuso para ¿salvar a Martín?, en esos momentos incontrolados:

...fuimos aquel acto de amor en el que nos bendecíamos con los nombres más tiernos que conocimos: Maximus (...) Colonnello (...) Cádiz... Y entre estos nombres, siempre, ella repetía la palabra California mientras yo continuaba a la deriva sobre las olas gigantes del Pacífico, que era el diván más grande del mundo (...) O sea que lo más probable es que a fuerza de bendiciones, ella haya vivido toda esa historia conmigo en California. Como si se hubiera fugado con otro Martín Romaña, aquél de los muchos nombres, porque yo me negué a fugarla conmigo a California con nuestros únicos nombres.<sup>340</sup>

Y Boston será el lugar elegido -seguramente será una elección basada en algún hecho concreto de la vida real, dada la recurrencia- para morir. Y lo será porque allí acuden los personajes que sufren alguna lesión pulmonar (imagino que tuberculosis, en el caso de Cinthia, de *Un mundo...* lo es). La hermana de Julius fue a Boston a restablecerse y nunca volvió. Al "último dandy" de *La vida exagerada...* la madre de Martín le aconseja sobre lugares donde puede curarse una enfermedad que padece y le comenta:

-Señora -intervino Inés, con la voz serenísima que usaba cuando realmente estaba harta de algo-, José Antonio tiene una enfermedad grave y extraña.

-Estoy segura que en Lima mi primo Fortunatito lo cura en un dos por tres. Fortunatito es un

---

<sup>337</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.95.

<sup>338</sup> *Ibidem*, p.135.

<sup>339</sup> *Ibidem*, p.71.

<sup>340</sup> *Ibidem*, pp.148-149.

sabio; lo que pasa es que dicen que toma drogas y por eso la gente le tiene miedo. Pero recuerden ustedes que al presidente Benavides le quitó una tos que ni en Boston se la lograban calmar...<sup>341</sup>

El protagonista de " ¡Al aguas patos! " recuerda sus primeros años en Chosica, y el deterioro de la familia a partir de un momento concreto:

Hoy simplemente un escalón más hacia abajo, el último tal vez y piensas inmediatamente en la casa de Chosica. Nunca la has vuelto a ver. Para ellos todo empezó cuando murió tu hermana pero la muerte de tu hermana qué fue para tí más que la prolongación durante largo tiempo de su estadía feliz en Estados Unidos. Ella vivía feliz en Boston...<sup>342</sup>

En "Un poco a la limeña" es el protagonista el que va a Boston para curar unas dolencias cardíacas "inventadas". A pesar de su "mal color" consigue recuperarse.

Hay otro lugar que se sale absolutamente del contexto del que vengo hablando. Se trata de Sudáfrica, escenario de uno de los recuerdos -uno que le gusta especialmente a Daugther- del protagonista de " En ausencia de los dioses "; un título que refiere al ahora, en que, efectivamente, los dioses no estaban de su parte. La otra anécdota, desde el recuerdo ya lo he dicho, cuenta un hecho de cuando los dioses estaban *todos* a su favor. Circunstancia que explicaría el éxito de la aventura que aquí se cuenta: la huida, del protagonista blanco y un amigo poeta keniano, en una motocicleta y:

...desafiando a la inmortalidad, lo iba a sacar de ese país de mierda y que iban a llegar a Mozambique y que literalmente se tenían que cagar de risa ante la presencia de cada patrulla de la Policía disparando contra su indomable motocicleta, enorme, roja como el fuego que le latía en las sienas y en cada vena de su organismo. Su emoción era brutal y cuando Cornelius se le acercó se puso de pie para besarlo y decirle que tenía la bendición de los dioses...<sup>343</sup>

O Ithaca, lugar ingrato, lleno de mujeres horribles como miss Nipsky y *all the others Next Husbands*, a donde el protagonista escritor va a dar una conferencia "no programada", con la hecatombe que supone alterar el ritmo de la previsión americana.

### 3.1.2.-El espacio de la Historia

El Perú y Francia en su Historia, con mayúsculas, son espacios mencionados en la obra narrativa de Bryce, sin ningún afán proselitista. Simplemente como una forma de ver los hechos, y lo manifiesta poniéndolos en boca de algún personaje, y que el lector juzgue.

Pedro Balbuena, un poco borracho, es cierto, y con una clara intención de "épater le bourgeois" habla del Perú en los siguientes términos:

El Perú es un país con dos tipos de problemas: los que se solucionan solos, y los que no tienen solución. (...) ¡Pero! gritó Pedro, yo he venido aquí para hablarles de un *tercer* tipo de problemas, o mejor dicho de un problema fundamental que políticos corrompidos y burgueses, en complicidad con una iglesia *muy* a menudo complicada en el asunto (agárrame esa flor, padre), esconden bajo el banal lugar común con que acabo de iniciar mi conversación con ustedes, más que para estimularlos o ganarme fácilmente su simpatía, para hacerlos reaccionar, e incluso para provocarlos. El problema al que me refiero es, queridos amigos, el de la presencia del imperialismo yanqui en mi país, problema que *sí* tiene solución, señores.<sup>344</sup>

Esta charla, dada en el colegio donde estudia Beatrice, es el colofón de la historia adolescente de Beatrice, aquella muchacha enamorada en principio del Perú "romántico", hecho carne en su profesor de geografía, al que dejó de querer cuando se quitó "el poncho" (es decir, dejó de hablar del Perú...), y que después quiere continuar con Pedro, por lo genuino (su profesor probablemente era francés), fascinada por las historias con que el doctor

<sup>341</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.270.

<sup>342</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.129.

<sup>343</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.34.

<sup>344</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., pp.158-159.

Chumpitaz, también peruano, quiso contarle acerca de ese Perú tan "exótico". En esta ocasión (hubo una época en París por los años 60-70 en que se puso de moda "lo sudamericano" sin profundizaciones, incidiendo más bien en lo "folk", en el mal sentido de la palabra. Circunstancia que también aprovecharon algunos sudamericanos para potenciarlo ventajosamente, según cuenta Martín Romaña en *La vida...*), no se si por esta ola de *snobismo* o ajeno a ella, ser del Perú era para esas quinceañeras una carta de presentación única y ventajosa, de la que el protagonista no supo aprovecharse, demasiado abstraído por la pérdida de Sophie.

Hay otro antecedente cronológico que hace referencia al Perú en ese doble sentido de los textos y de la calle. Es el relato " Dos indios ", en el que Manolo, siendo niño, se da cuenta de que hay algo que no termina de ir bien:

Los indios... Los indios... Hablábamos. Qué diferentes eran a los indios de los libros del colegio; hasta me hicieron desconfiar. Estos no tenían gloria, ni imperio, ni catorce incas. Tenían la ropa vieja y sucia, unas uñas que parecían de cemento, y unas manos que parecían de madera.<sup>345</sup>

En *El hombre que hablaba...* Martín Romaña entra de profesor en Nanterre, más que nada movido por la "Seguridad Social" (ya sabemos que en Francia hay que agarrarse a cualquier "papel" como a una boya). Y en la Universidad le toca explicar una asignatura llamada "Civilización y Literatura americana". Recordemos como anécdota su peculiaridad didáctica que consistía en "convencer" a través de una grabadora y de unos anteojos negros (los más oscuros del mercado por recomendación del doctor Llobera). Y en estas clases habla de la "miseria campesina, todas esas barriadas, todos esos golpes de estado, toda esa dependencia norteamericana..."<sup>346</sup>, sin tener para nada en cuenta, o más bien ignorando que la mayor parte de sus alumnos pertenecían a las clases altas, "bastaba con ver el parking de los alumnos para comprobar que Mayo del 68 había sido un incidente divertido para las deliciosas criaturas perfumadas que llegaban en impresionante mayoría a la Facultad de Letras en unos carrazos que para qué les cuento, los de los profesores daban pena al lado de los carros de los alumnos"<sup>347</sup>, y como que esos problemas les venían "un poco grandes". Ellas lo que querían era que les hablaran del Machu Pichu, de Cuzco, o de la selva amazónica y poco más.

Pero el escándalo en Nanterre y los odios los cosechó Martín, cuando hablando de las barriadas peruanas, y a falta de contexto geográfico oriundo, puso como ejemplo práctico los alrededores de la Universidad que se veían desde las ventanas:

Monsieur Blenet no podía soportar esta situación, y sobre todo no podía soportar que yo fuera el agente castrista que había comparado Francia con América latina, cuando el escándalo de la cassette sobre las barriadas. La verdad, yo sólo quise ser ilustrativo, al terminar aquella clase y en vista de que no tenía diapositivas de barriadas peruanas, les dije a los alumnos que miraran por la gran ventana del aula, porque el campus de Nanterre estaba rodeado de barriadas mil veces más crueles que las de Lima, ya que las de Nanterre tenían la enorme desventaja del clima, porque aquí nieva y llueve y en verano se puede morir uno de calor, por lo que a toda esa miseria peruana, que tanto los ha escandalizado, le pueden agregar ustedes las inclemencias climatológicas que sufren los obreros árabes, negros, y portugueses, en esa especie de Perú empeorado que están contemplando, señoras y señoritas.

El parking entero me gritó ¡chauvinista!...<sup>348</sup>

Nanterre fue para Martín la gran decepción, "más que legado colosal parecía universidad peruana, bajo régimen militar chileno..."<sup>349</sup>.

En otra ocasión, Martín ironiza sobre "la conquista" y las tres calaveras -no carabelas siguiendo el despiste del doctor Llobera-, las tres presumiblemente de Pizarro (desconocía que fuera tricéfalo), y se permite esos juegos dialécticos con Octavia, en los que "nuestro" Pizarro además de analfabeto, o precisamente por ello, no sale favorecido:

Mira, Octavia, te dije, claro que Colón fue el de las tres carabelas, pero yo de quien estoy

---

<sup>345</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.20.

<sup>346</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.44.

<sup>347</sup> *Ibíd.*, p.42.

<sup>348</sup> *Ibíd.*, pp.51-52.

<sup>349</sup> *Ibíd.*, p.40.

hablando es de Francisco Pizarro, al cual le han encontrado ya creo que hasta tres calaveras en la catedral de Lima. Les da de lo fuerte a nuestros historiadores por las calaveras de esa gran calavera.

Y tú captaste el humor y fuiste feliz porque lo habías entendido todo: Colón, Pizarro, carabelas, calaveras, un calavera.<sup>350</sup>

Alusiones que también aparecen a propósito del jardinero indio de su madre en el Perú, reflexionando sobre el flaco favor que les hizo Pizarro, desarraigándolos primero y después convirtiéndolos en apátridas:

El problema del indio es el problema de la tierra, el de la madre tierra, (...) y no el del jardín de mi madre. Total, el pobre Serapio cultivando flores francesas, y todo por culpa del cura, el juez y el subprefecto, y por supuesto también de Francisco Pizarro con sus segundas intenciones y sus tres calaveras...<sup>351</sup>

En otra ocasión, Martín está en el frenopático, y el doctor Raset, "que no era psiquiatra como el doctor Llobera", está preparándose para intervenir a Martín. Hay una escena en la que el cirujano está manipulando "los trastos para matar", y el protagonista de *La vida...* y del "fecaloma" relaciona un cuadro histórico en el que está Pizarro y Atahualpa, en una situación ¿parecida?:

Después vi cómo el Dr. Raset, desplegando todo su humor negro, disponía las cosas de tal manera que su maletín me volviera a pescar desprevenido. Repitió para ello el cuadro en que el último Inca del Perú está enseñando a medir oro a Francisco Pizarro, en casos de suma urgencia. Pizarro contempla asombrado lo alto que llega el brazo de Atahualpa, pero como es analfabeto, Marqués de la Conquista, una de las varias calaveras de Pizarro que se han encontrado en la catedral de Lima, y antes criaba cerdos en Extramadura, grita, por medio de intérprete: ¡Cojones!! Que se deje de falsas modestias!! Esto es un rescate!! Grítale que se empine!<sup>352</sup>

Y ya otra vez en la historia del siglo XX, los peruanos exiliados en Francia para organizar lo que será la oposición al régimen de Belaúnde servirán de excusa y tema para las críticas a Marx, "ese viejo aguafiestas", o "el autor de ese aburrido libro *El capital* "; y más que a Marx, a los problemas personales que por él tuvo (recordemos que fue él quien desplazó, en muchas ocasiones, a Martín de la hondonada y de Inés). Y de sus enseñanzas salieron acusaciones graves:

...Inés calló mi boca. Pero en este caso no fue precisamente con sus besos.

-Tu padre fue un ladrón de plusvalías. Lo dice Marx. Y también lo fueron tu abuelo, tu bisabuelo, y tu tatarabuelo.

Francamente me dolió. Que mi bisabuelo y mi tatarabuelo fueran ladrones de plusvalías, de acuerdo. Nunca los conocí, y aunque hubiesen sido asaltantes de caminos, qué diablos. Pero yo a mi abuelo lo quise muchísimo, y mi padre acababa de morir. No, no era justo.<sup>353</sup>

Y la crítica sobre todo a los que poniendo como lema y bandera el marxismo hacen de "la capa un sayo" (el problema de todas las ideologías). No obstante, y por amor a Inés, quiere integrarse en el Grupo que "era más o menos, o más que menos, los muchachos del hotel sin baños, pero ahora con seudónimos porque formábamos parte de una de las células parisinas del Partido que iba a tomar el poder en el Perú, en serio."<sup>354</sup>; aunque en función de "intelectual" -cada uno hace la revolución a su manera, sin ir más lejos Sartre, en Mayo del 68 andaba "como loco porque lo acepten de gochista; el tipo va a terminar tocando la puerta de una comisaría, a ver si lo meten preso, aunque sea un ratito, para que después lo saquen en póster como a Mao Tse-tung..."<sup>355</sup> -. Así Inés y el Grupo decidieron que la manera de Martín -ya hemos notado que no es un hombre de acción- era escribir "un libro de tema" sobre los sindicatos pesqueros en el Perú, cuando él lo único que sabía era "que en la

---

<sup>350</sup> *Ibidem*, p.78.

<sup>351</sup> *Ibidem*, p.75.

<sup>352</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.574.

<sup>353</sup> *Ibidem*, p.116.

<sup>354</sup> *Ibidem*, p.120.

<sup>355</sup> *Ibidem*, p.353.

costa del Perú había por entonces muchísima anchoveta<sup>356</sup>; inconveniente al que se suma que,<sup>357</sup> a los únicos que podía interesar el tema, los pescadores, eran analfabetos.

Hay que reconocer que a Martín le faltaba "esa fe ciega" que querían aparentar algunos de los del Grupo, y sabe reconocer que "lograría ser un buen militante. Pero eso no era tan grave por ahora, porque para ser militante, bueno o malo, se necesitaba abandonar París, regresar al Perú, y una vez allá, empuñar las armas o algo así"<sup>358</sup>. Cal y arena, ese suele ser el método de las críticas: muchos son oportunistas -unos mocasines brillantes los delatan-, pero siempre está el que continúa y muere, si es preciso, por el ideal. Estos lo justifican.

### **3.1.2.1.-Mayo del 68**

Mayo del 68 fue para algunos la esperanza de que algo cambiara, para otros un juego de "niños bien"; para los terceros -el colectivo que, en teoría, iba a resultar favorecido- algo incomprensible:

Aquello de la refrigeradora resultó muy fácilmente incomprensible para los obreros afiliados a los tradicionales partidos de izquierda. Entonces los muchachos se quedaron solos con sus slogans grupusculares mientras que los obreros fueron crepusculares porque la verdad es que todos somos pecadores...<sup>359</sup>

lo que explicaría el apoyo que nunca llegó: "los cincuenta mil obreros que estaban por entrar en París"<sup>360</sup>. Y para la mayoría "el gran bolondrón" que "felizmente acabó pronto y contundentemente. De Gaulle no podía permitir semejante *chienlit*, y puso toda su enormidad en contenerlo.

Visto desde fuera y desde la lejanía temporal y un poco frivolidado, "mayo del 68" fue una gran traca que se encendió a medias, y de la que quedó sólo humo y una advertencia de que las cosas podían cambiar. Además pasó a ser una fecha crítica que dio para escribir mucho sobre el tema: "nunca se ha dicho y se ha escrito tantas cosas sobre un acontecimiento social como las que se han dicho y escrito en Francia sobre Mayo del 68. Y esto es lo mejor que se ha dicho y escrito sobre mayo del 68."<sup>361</sup> Y una cita obligada para los estudiantes izquierdistas, y poco más.

Martín Romaña vivió "el mayo francés" muy de cerca y muy peculiarmente. El Grupo participó activamente, pero el protagonista quedó desmarcado por no aceptar, a ciegas, las consignas que querían imponerle, y la verdad fue mala suerte: "Maldita suerte, la mía: justo se me ocurre mandar a la mierda al Partido cuando empieza la revolución"<sup>362</sup>. E Inés se fue con el Grupo a las barricadas y abandonó a Martín por su postura "mediotíntica" y burgués de mierda que hace la revolución desde casa. Pero estaba con "el espíritu de mayo", y preparándose un poco: "Bueno, sólo me faltaba despeinarme y ensuciarme un poco el pelo. Procedí, ayudándome con un poquito de saliva y de polvo que recogí en el jardín de Luxemburgo."<sup>363</sup>, se tiró a la calle solo, se unió a un disciplinado grupo de "callados" agitadores con una consigna clara. Y se marchó con ellos repitiendo sus gestos y creyéndose un héroe con "destino en lo universal", y en un momento dado:

...ya vamos llegando a la sede, adentro con todos, gesto y sonido y... Señor qué desea usted.

-Shiii, gesto y son...

-Mire, señor, si quiere ir a manifestar, vuélvase usted al Odéon. Esta es una escuela de jóvenes sordomudos y aquí el que manda soy yo, y no quiero tener que llamar a la policía (...) ¿Qué hacer Lenin? No te deprimas tanto, Martín Romaña...<sup>364</sup>

---

<sup>356</sup> *Ibidem*, p.319.

<sup>357</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Nostálgico mayo del 68", *Jano*, mayo de 1995

<sup>358</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.124.

<sup>359</sup> *Ibidem*, p.281.

<sup>360</sup> *Ibidem*, p.322.

<sup>361</sup> *Ibidem*, p.280.

<sup>362</sup> *Ibidem*, p.315.

<sup>363</sup> *Ibidem*, p.319.

<sup>364</sup> *Ibidem*, p.321.

Lo cierto es que Martín intentó "echarse a la calle de nuevo", un poco por Inés, para que estuviera "orgullosa de él", pero también por simpatía. Años después cuando recuerda los sucesos (los de antes también eran recuerdos, pero con "intención" actualizadora, es decir en presente y con deseo de objetividad, aunque el humor de los comentarios, probablemente, sean del hoy, no del ayer), y habla sobre ellos en el cuaderno azul, no puede por menos que ironizar todo aquello, y recuerda cuando conoció a "un espíritu del 68, que estaba como pepa de mango", y a la que quiere enternecer y conquistar por sus logros revolucionarios: "sentí ganas de pedirle perdón y de explicar que muchos años atrás, en el Perú, había sido víctima de una educación privilegiada, pero (...) que estaba en pleno proceso de reestructuración y modernización (...), habiendo conquistado asimismo todo lo referente a largos pelos y demás señales rebeldes y primaverales, entre las cuales el blue jean y corbata ni de a huevas."<sup>365</sup> Pero bromas aparte, Martín reconoce que:

Yo había envidiado a esos muchachos. Los había envidiado con cariño, con interés, y de una manera muy sana. Entre ellos nunca necesité perder edad y estatura (...) Había querido aprender de ellos el secreto de su desenvoltura inicial, porque mucho de lo que me ocurrió durante aquel famoso mayo y después me obligaba a buscar en ellos algo que a mi me faltaba a gritos. Como que quería que me contagiaran.<sup>366</sup>

Y no sólo Martín Romaña vivió y escribió sobre el mayo francés, aumentando el volumen de lo escrito, sino que Bryce Echenique vivió mayo en sus preámbulos de la Sorbona, después en su centro, en Nanterre, y más tarde en la Universidad de Vincennes, "refugio universal de mayo del 68"<sup>367</sup>; y escribió sobre su experiencia directa en sus *Crónicas personales*, dedicándole tres artículos. Insistió en sus "*Antimemorias*", y en fecha tan reciente como "mayo del 95", veintisiete años después, escribe un artículo "nostálgico" sobre aquel mayo. Y aparte de la crítica contundente al Partido Comunista Francés, "oportunista que había corrido a unirse a los estudiantes. Ahora aprovechaba la oportunidad para dejar en la calle a esos melencólicos...", y añade:

Hay algo que tengo clarísimo sobre Mayo del 68 y es que nadie entendió nada desde que empezó hasta que acabó y que tampoco soporta los intentos de interpretación de sus sabios pedagogos. ¿Cómo puede explicarse que una revolución tome un teatro y no la Bolsa y que quede postergada para el otoño porque han llegado las vacaciones de verano?<sup>368</sup>

Para más adelante añadir que "Mayo del 68 no soporta la historia y apenas soporta los aniversarios...". ¿Tendríamos, entonces, que borrarlo de este apartado?

### 3.1.3.-Los viajes: espacios a recorrer

Los viajes son en la Literatura Universal *leit motiv* frecuente. Claro comienzo de algo, pero también un fin en sí mismos; o como dice Baquero: "el viaje es, un motivo y hasta un tema novelesco..."<sup>369</sup>

En la obra de Bryce los viajes son siempre materia narrable y están presentes en todas sus novelas e incluso en algún cuento. En *La vida exagerada...* un viaje accidentado (es sólo anécdota) da lugar al "díptico de navegación" en todos los sentidos. En su escritura -Martín Romaña viene a Europa a "ser escritor" y lo consigue sólo "con las justas"-, y en lo que allí se cuenta, muy diferente a lo que hubiera ocurrido en su país de origen (quizá también catastrófico, pero de muy diferente factura). Este viaje, cuando tiene visos de prolongarse o es definitivo lleva al protagonista al desarraigo tal como dice Bourneuf, "el viaje está estrechamente relacionado con la noción de desarraigo, capital en toda la novela (...) Los personajes que se van (...) parten a la conquista del poder, la pasión y la felicidad"<sup>370</sup>, que en el caso concreto de Pedro o Martín fue a la conquista del poder de seducción mediante la escritura; de la pasión por cualquier mujer que les sonría -y de una manera muy especial de Sophie, de Octavia...-. Y tras una felicidad a la que aspira cualquier mortal, personaje o real, y que en el caso de esos dos personajes fue escasa.

He hablado de distintos lugares geográficos dentro de una misma novela, y lógicamente estos cambios

---

<sup>365</sup> *Ibidem*, p.327.

<sup>366</sup> *Ibidem*, p.282.

<sup>367</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.55.

<sup>368</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Nostálgico mayo del 68", *Jano*, Mayo de 1995, p.66.

<sup>369</sup> Mariano Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, ( Madrid, editorial: Castalia, 1989), p.32.

<sup>370</sup> R. Bourneuf, R. Ouellet, *La novela*, Enric Sullà, trad. (Barcelona, editorial: Ariel, 1981), p.145.



espaciales corresponden a un desplazamiento físico. En " Con Jimmy en Paracas " de *Huerto cerrado* o " Muerte de Sevilla en Madrid " de *La felicidad...* de una forma más clara, el viaje es el motivo que desencadena todo el relato. En otros y en las novelas -donde las posibilidades narrativas son más amplias- los viajes son, con mucha frecuencia, "terapia" para un olvido: Pedro va a Perusa a "matar caballitos", o lo que es lo mismo a olvidar a Beatrice. También sirven para alejarse de unas ciudades a las que, al hacer balance de lo vivido, el saldo es negativo... Y Martín Romaña elegirá la misma ciudad para poner en orden su vida, y para que a su vuelta Inés lo encuentre "tranquilo, sano, y sumamente equilibrado"<sup>371</sup>. Después descubriremos que para esto no sirvió, porque Inés escribió a sus familiares una carta, diciendo precisamente todo lo contrario: "...en ella contaba que me había encontrado excesivamente descuidado, excitado y flaco"<sup>372</sup>.

Los viajes pueden ser también búsqueda de una mujer en el caso de Pedro:

Me acuerdo de San Francisco (...) Hace once años de eso. Creo que llegué hasta la puerta de tu edificio, nunca se sabe con los porteros. Me dijo que solías almorzar en un restaurant muy tradicional que se llamaba 'Tadich 's Grill'. Ahí te busqué meses...<sup>373</sup>

o de Virginia en Cuernavaca. De igual modo pueden servir para tener anécdotas para contar:

...Igual contigo, cuando me mando estos recorridos inútiles para que sepas que viajo mucho, esperando, buscando siempre, y para contarte las mil y una anécdotas de Pedro Balbuena, aunque a veces creo que uno visita algunos lugares para poder decir, al final, yo aquí no vuelvo más en mi vida...<sup>374</sup>

Otros se harán por ternura hacia una mujer y por compartir los orígenes: la Bretaña en el caso de Claudine, Lompoc en el de Virginia, los dos de *Tantas veces...* o a Cabreada con Inés, como ya hemos visto.

Algunos que empezaron gozosos, por ser los lugares a donde, desde siempre, se quería ir a confrontar lo que antes otros habían mitificado, acabaron en desilusión y caída en pedazos. París, por encima de otros, pero también Pamplona, tras la huella de Hemingway, o la Italia sthendaliana del Colonnello Richard Cantwell...

Y otros que jamás debieron ser hechos porque fueron movidos por la nostalgia, que nunca da dobles; que es el que emprende el protagonista de *La última mudanza...* a Colán. Y por último aquellos que sirven para comprobar que hay viajes que nunca tenían que haberse hecho, porque no estaban movidos por ningún deseo, como es el que hace a las Baleares Martín Romaña, invitado por Carmencita Brines.

Pero no es en cada uno de estos viajes donde voy a detenerme, pues supondría "parada y fonda" indefinida. Voy a precisar sólo aquéllos que contribuyen a dar al título su verdadero sentido, los exagerados, que lo son no sólo por lo que acontece, sino por la forma de narrarlos.

Pertenecen casi todos a *La vida exagerada...*, como es obvio, por el título y por la extensión del libro. ¿Qué fue antes el huevo o la gallina?

Se trata, en primer lugar, de dos viajes de adolescencia, siguiendo la cronología, que nos son referidos por Martín Romaña, poniéndolos de ejemplo de que algo que le estaba ocurriendo -extremado- no era nuevo, sino que se remontaba a los días de su adolescencia, allí en el Perú, "como hace un siglo...".

El primero nos lo relata para matizar esa idea de lo difícil que siempre le ha resultado navegar (habla del sillón Voltaire y de su navegación en el agua y en la vida), y para ello cuenta una anécdota que tiene que ver con su primer amor, Teresa, en un momento en que sus relaciones se estaban deteriorando; y optó, para cubrir ese hueco afectivo que empezaba a notarse, en "hacerse el hombre" para que la muchacha volviera a "considerarlo". Sin medir unas consecuencias tales, como que este libro que estamos leyendo no se hubiera escrito nunca:

...Teresa ya había cambiado mucho. Nuestro amor naufragaba, yo no tenía por qué ahogarme

---

<sup>371</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.74.

<sup>372</sup> *Ibidem*, p.84.

<sup>373</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.213.

<sup>374</sup> *Ibidem*, p.66.

en forma tan espantosa precisamente entonces (...) Lanzamos el ancla en alta mar y, con el pretexto del almuerzo empezamos a beber más ginebra de la que era conveniente (...) me puse valientísimo y decidí que había llegado el momento de lanzarse al agua. Stewart no lo aconsejaba, Teresa no lo aconsejaba, y yo en el fondo de mí mismo tampoco lo aconsejaba (...) pero yo me lancé (...) Qué distinto era estar allí abajo. Pero mi carácter extrañamente ha optado siempre por la sonrisa en estos casos (...) En realidad, lo que pasa es que detesto molestar. El yate se elevaba sobre gigantescas crestas de agua y yo me hundía en oceánicos abismos, pero siempre con una sonrisa lista en los labios, para mi próxima aparición. Aparecía y desaparecía. Aparecía nadando serenamente de regreso al yate, e incluso nadando a veces con una mano porque con la otra les estaba haciendo ese tipo de adiós del que ya llega dentro de un ratito. Desaparecía con lágrimas en los ojos, pero (...) siempre preparando la sonrisita para la próxima aparición. Y por más que me decía, ya grita pues huevón, nada. Mi carácter se negaba a asustarlos y a causarles problemas a la hora del almuerzo en el yate.<sup>375</sup>

Vemos que este es un viaje a ninguna parte, o para ser más precisos un viaje hacia la valoración del yo, del que ya he hablado al hacerlo del espacio de la adolescencia, pero que no va acompañado -no hay más ciego que el que no quiere ver- de los ingredientes necesarios para augurar el éxito.

El viaje en sí no es exagerado. Un viaje en barco puede hacerlo cualquiera, y tirarse al mar desde él, en unas condiciones no demasiado óptimas, puede ocurrírsele a unos cuantos; pero lo que resulta desproporcionado -exagerado por tanto- es la actitud del personaje ante el percance, que resultará humorística por el contraste, del que después hablaré. De momento apuntaré que el dramatismo del suceso queda sofocado por el humor.

Este viaje por mar no ha resultado demasiado feliz. Probemos otro por tierra, aunque al final, también, se acabará "mojado". Este segundo es un viaje a Piura de Martín adolescente, tras una muchacha con la que había bailado una noche. ya sabemos esa fijación del personaje: "desde mi más temprana adolescencia, simplemente no logré sacar a una chica a bailar, sin soñar una vida entera con ella". Y va a Piura tras el sueño:

...una sola pieza conmigo en todo un baile. No logré resignarme con tan poco, y días más tarde ya estaba partiendo rumbo a Piura (...) Duré dos días en Piura, porque en las dos fiestas a las que fui la chica se negó a bailar conmigo, y muy probablemente por la cara de imbécil que debí poner para hacerle sentir que deseaba vivir una vida entera con ella, con acné además de todo.<sup>376</sup>

Y aunque tras el fracaso se cogió la primera gran borrachera de su vida y frecuentó el primer burdel, estos gestos pueden ser habituales para un adolescente y en estas circunstancias. En lo que viene después, motivado en cierta manera por su falta de recursos para llegar a casa, empieza lo remarcable. Fracasa, de entrada, un intento de coseguir dinero en las sucursales "provincianas" del Banco donde su padre era un señor "tan bueno como importante". Sus peticiones eran rechazadas, una y otra vez, por "esa facha postburdelera" y esa falta de agresividad para decir "carajo, ni (...) sucursalero de mierda, ni mucho menos pruebe usted en llamar al señor Romaña a Lima"<sup>377</sup>. Apurado llega a casa de su tío Felipe Romaña; y aquí empieza "el segundo viaje", con dos partes. La primera, la de la fiesta lugareña, que servirá de acomodo "humidificador" para la otra más tormentosa:

Mi tío Felipe logró tranquilizar por completo a mi padre, e incluso logró que aceptara dejarme partir con él a Huallanca, para que visitara la gran central hidroeléctrica del Cañón del Pato. Pero por esos lugares hay fiestas en que se reúnen jefes y empleados y se bebe mucha cerveza. Mi tío Felipe me llevó a una de esas fiestas (...) y denle un poquito de cerveza o de chicha al sobrino del ingeniero Romaña para que se vaya haciendo hombre, limeñito pues es, y yo ahí dale que dale tratando de hacerme hombre (...) y bebiendo hasta por los codos (...) y a pegarme una tranca que sólo se me quitó con el escalofrío andino que me atravesó cuando a medianoche me metieron de cabeza al carro, para llevarme de regreso a Huallanca (...) Y allí empecé a querer orinar y a no querer molestar. Me urgía pegar una meada de cervecero prolongado, pero junto a mí estaba la esposa importante de un ingeniero muy importante que viajaba en el asiento delantero (...) Estaban todos apuradísimos por regresar y en esas condiciones yo no podía anunciar mis descomunales deseos de orinar. No, no deseaba molestar. Y no, no molesté. Meé dos horas sin molestar (...) Claro, no las dos horas seguidas, pero si estuve soltando de a poquitos durante dos horas. Soltaba, comprobaba que nadie se había dado cuenta,

---

<sup>375</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.20-21.

<sup>376</sup> *Ibidem*, p.440.

<sup>377</sup> *Ibidem*, p.440.

comprobaba que el asiento no se había manchado, lo cual era difícilísimo en la oscuridad, y soltando otro poquito más. Dos veces logró pasar hasta el asiento y las dos veces me las arreglé para andar secando como loco con un pañuelo (...) Cambié unas quinientas posturas para evitar que mi pantalón ya mojado contagiara el asiento, y cuando por fin llegamos a Huallanca y mi tío Felipe encendió las luces para buscar algo que se le había olvidado en el auto, pude comprobar que el lugar que acababa de abandonar estaba impecable y que no había molestado a nadie, y mucho menos a la señora importante del ingeniero muy importante...<sup>378</sup>

Este primer contrat tiempo, sin grandes consecuencias, está contado desdramatizado por la distancia témporo-espacial, pero podemos imaginar, conociendo al adolescente, que para él supuso "un verdadero trauma infantil". El segundo recorrido tuvo lugar a la mañana siguiente:

...Y partimos a visitar el túnel (...) No hay nada en el mundo más aburrido que visitar un túnel (...) Pero claro, para él la cosa era muy importante y hablaba y hablaba y hablaba y órdenes por aquí y más órdenes por allá, y ni cuenta se dio de que en un momento yo no vi en el suelo un enorme pozo lleno de agua color cemento, como el suelo, y de que estuve caído en el pozo un par de minutos con el agua hasta la cintura pero sin el menor deseo de molestar. Nadie se dio cuenta, lo que me permitió salir con absoluta tranquilidad, y llegar nuevamente hasta donde mi tío Felipe estaba teniendo un colerón terrible por no sé qué atraso con unas vigas o algo por el estilo (...) casi se olvida que mi tren salía a las 12 en punto. Llegamos, pues, corriendo a la estación, yo con el pantalón empapado pero sin decir ni pío, porque para que molestarlo más diciéndole necesito que me saquen mi equipaje para cambiarme, me caí a un pozo, tío Felipe. Me despedí de él, y fui el extrañísimo viajero que leía una revista chorreando agua, pero que felizmente había tenido el tino de buscarse un asiento totalmente desocupado para no mojar a nadie.<sup>379</sup>

Y ahora viajemos hasta *Dos señoras conversan*, a una de sus novelas, " Un sapo en el desierto " que ya conocemos por la anécdota de amistad entre un peruano adolescente y un ingeniero yanqui. Mañuco, el adolescente, conoce a don Pancho en Lima, donde entabla amistad. El ingeniero le invita a visitarlo a Cerro de Pasco, lugar minero donde trabaja. Lo hace en dos ocasiones. En la primera estancia acompaña a don Pancho, en un viaje de trabajo, a revisar el tendido eléctrico, en un medio un tanto peculiar, a caballo, dada la singularidad del terreno. La timidez de Mañuco y esa falta de agresividad -suelen ir juntas- que hemos notado en todos los personajes adolescentes de la narrativa de Bryce hace que el muchacho no confiese su total inexperiencia en la cabalgadura, sino todo lo contrario:

Claro que yo ni siquiera sabía montar a caballo, pero bueno, eso no se pregunta entre caballeros andantes. Aunque sí me lo preguntaron, y varias veces. Tantas veces cuantas Kid Baño<sup>380</sup> respondió con una mentira: Mi hermana mayor era campeona de equitación. Mi hermana menor era subcampeona de equitación. Mi hermano mayor les había enseñado a montar a las dos. Y yo les ganaba a los tres (...) Don Pancho puso cara de que se lo había creído todo...<sup>381</sup>

Este es el primer error ingenuo del protagonista que da pie a toda la anécdota, que en realidad son dos: la que vive interiormente Mañuco, verdaderamente apurada, y "la otra", la de la apariencia.

El viaje lo hace en compañía de Mister King -un lector empedernido-, don Pancho y "un ayudante mudo", a juzgar por su "expresividad".

Lo de montar a caballo lo supera observando. Cualidades no le faltan:

Miré, pues, cómo montaba mister King, pero no me salió igual porque él llevaba cuatro libros en una mano. Después montó Celestino, pero la verdad es que se me pasó su manera de hacerlo por andar observando tanto aquel asunto racial de su 'no te entiendo'. y finalmente montó y desmontó tres veces don Pancho y a la cuarta monté yo también aunque tuve que estar un ratito acomodándome.<sup>382</sup>

---

<sup>378</sup> *Ibíd*em, pp.441-442.

<sup>379</sup> *Ibíd*em, p.443.

<sup>380</sup> Apodo alusivo de Mañuco

<sup>381</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.119.

<sup>382</sup> *Ibíd*em, p.120.

Después el primer viaje será de esta índole:

*De los Apeninos a los Andes.* O sea que hay que abreviar porque con ese relato de Edmundo d'Amicis lloraba la humanidad entera. Digamos pues que en éste sólo lloraré yo. Y para adentro, no se olviden. Y en forma de pregunta, también, por supuesto. Un *to be or not to be* que, en buen latín, era me mato o no me mato pero siempre para adentro, eso sí. Ni una sola lágrima mía fue a dar a los barrancos ni a los precipicios...<sup>383</sup>

agravado por lo que será el segundo:

-¿Qué tal vas, Mañuco? -me preguntaba cada rato don Pancho, como si no notara qué tal iba.

-Fantástico -le respondía yo, con un gallito en la voz, motivo por el cual añadía otro 'fantástico', con otro gallito más.

Y para tranquilizarlo le contaba que mi sueño favorito era un techo del *Empire State*, sin barandas en millas a la redonda, y una escalerita de mano por la cual había que bajar de espaldas y sin red en un circo...<sup>384</sup>

cuando en realidad era un auténtica pesadilla:

...qué horror. A cada rato había que parar para revisar el maldito cable y había que dar la vuelta con él y seguir de frente con él y llegar a la curva también con él. Más o menos como un tranvía con su cable siempre allí arriba. Yo hasta quería agarrarme del cable, a ratos, y dejar que mi caballo se precipitara solo hasta el fondo de un barranco con un rióto supercaudaloso abajo, aunque claro, eso de caudaloso sólo se podía apreciar ya muerto, unos cinco mil metros más abajo<sup>385</sup>

En el recorrido habrá otros dos sucesos dignos de comentar. El primero a la hora del almuerzo, en el que por fin tuvo que descabalgarse (lo que suponía tener que volver al principio). Y el otro, una pelea entre amigos, promovida por la desesperación de Mañuco ante las "todavía" seis horas de viaje.

Llegó, pues, la hora del almuerzo y:

Nos detuvimos ante un barranco propicio, y logré descabalgarme recostándome en el cerro más alto del mundo. Resbalé y caí de culo, pero suavemente porque el brazo y media espalda los fui apoyando contra la ladera de cactus y piedras filudas, a medida que resbalaba.<sup>386</sup>

La situación, como todo este viaje y como los anteriores, se salva de la dramatización por la distancia afectiva creada por el tiempo -aunque el relato se haga en presente- y por las características del sujeto que lo narra (no todo el mundo sabe "ironizar").

El otro percance es una pelea dialéctica entre amigos -las más dolorosas- (don Pancho tenía un hijo piloto militar, y él estaba en contra de la violencia. Evitaba hablar del hijo, y Mañuco, en cierta manera, era el hijo que le hubiera gustado tener):

-En mi lugar, Frankie hubiera bombardeado todo esto -le dije, (...)

-Toma todo el aguardiente que quieras -me dijo don Pancho, arrojándome bombeadita la cantimplora, sin violencia alguna (...)

-Don Pancho -le dije-, perdone. Yo soy un hombre de letras y...

-Don Pancho -insistí-, ¿quiere que le diga lo que significa *pascana*?

---

<sup>383</sup> *Ibidem*, p.120.

<sup>384</sup> *Ibidem*, p.121.

<sup>385</sup> *Ibidem*, p.121.

<sup>386</sup> *Ibidem*, p.122.

-Cuéntaselo a la mula -me respondió (...)

-Mula -le dije, furioso con don Pancho-, te cuento lo que es una *pascana*, pero con la condición de que no se lo digas a nadie. Y menos todavía a don Pancho. La mula me miró atenta y todo, lo cual da una idea bastante exacta de lo aburridísimo que puede ser eso de los Apeninos a los Andes.<sup>387</sup>

Aquí el humor se desencadena por la inadecuación del interlocutor, dar a un ser irracional características del que lo es.

El viaje acabó con agujetas físicas y emocionales, en forma de tristeza por haber "herido" al amigo, pero pudo acabar, como el de la navegación, sin que nadie contara esta historia:

Pascana quiere decir empezar el terrible descenso con tanta pena que la pena era más dura, más difícil, más terrible que el descenso. Y pascana quiere decir también el momento aquel en que mi caballo resbaló, por fin, en que casi me mato, por fin, y en que quise por fin matarme de una vez por todas, para que don Pancho me volviera a querer. El caballo resbaló y rodó, y yo me hubiera desbarrancado para siempre con él si un feroz abrazo de don Pancho no me hubiera detenido ya en el aire, prácticamente. No vi por donde desapareció mi pobre caballo. No vi nada hasta que volví a abrir los ojos y me vi abrazado al abrazo salvavidas de don Pancho. Y a casa de Sally y don Pancho regresé de vitualla sobre la mula...<sup>388</sup>

Así, de "este calibre" son los viajes que emprenden nuestros protagonistas. Lo que, en principio parece un viaje "ingenuo" por amistad en el caso de Mañuco; el de Martín adolescente por "casualidad" se convierten, no se si llamarlo por azar o por "determinismo" de los personajes, en verdaderos maratones de saltos de obstáculos, con cierta frecuencia "con el agua al cuello". y así es también ese otro viaje que emprende Martín Romaña, ahora ya adulto, de Perú a Francia.

El viaje lo hace en barco, y en una compañía de transportes de mercancías (hay otra versión malintencionada, que es la que dan los "muchachos sin baño" peruanos que "usan y abusan" del baño de Martín, en la que cuentan que el protagonista llegó en avión, en primera, y de la mano de su mamá; pero yo no quiero dar pie a las murmuraciones y voy a referirme a la versión que nos da el protagonista). El barco naufragó en el Canal de Panamá, no quisiera decir que por culpa de Martín, aunque "este era el primer barco que naufragaba en el Canal de Panamá", y la tripulación en pleno y su capitán abandonó el barco, dejando al protagonista, ante su "falta de solvencia", a bordo:

- ¿*Visa or no visa?* -preguntó el capitán.

-No visa, *señor*.

- *I am sorry*.

Y se bajó con todita la marinería, el muy valiente puta, tras haber respetado el asunto ese de que el capitán es el último en abandonar la nave, pero dejándome a mí abandonado en cubierta...<sup>389</sup>

Al capitán, además, se le olvidó un detalle -no era de extrañar ante otros gestos- decir al "náufrago" que el barco no ofrecía peligro. Detalle realmente "fútil" para alguien que queda a la deriva. Dos barcos amigos lo llevaron "a buen puerto", Panamá. Y desde allí al Consulado de su país en Colón. En el trayecto un negro le robó dinero, reloj y pasaporte. El Consulado le arregló los tramites burocrático y su padre los económicos, decidiendo que, probablemente, sería "más seguro" un viaje en avión. Lo hubiera sido para cualquiera, casi asegurado, pero a él se le traspapeló la documentación y se encontró en Francia con una identidad que no era la suya:

...no tuve más remedio que aceptar el rigor de la legislación francesa y comprender que un peruano llamado Martín Romaña no puede entrar en territorio francés con un pasaporte colombiano expedido a nombre y fotografía de Ángel Saldivar y hasta con su equipaje, según pude comprobar, al

---

<sup>387</sup> *Ibidem*, p.123.

<sup>388</sup> *Ibidem*, p.125.

<sup>389</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.24.

comprobar que el mío tenía que habérselo llevado Ángel a Bogotá. Dos días después estaba nuevamente en Lima, en la oficina principal de la Marcona Mining, preguntando cuando salía el próximo barco a Europa<sup>390</sup>

Consiguió llegar a Francia al tercer intento, con un billete de ida y vuelta (la Marcona Company tuvo la gentileza de obsequiárselo, tras las reclamaciones) que "hoy" todavía "le duele", muchos años después, cuando escribe el cuaderno azul, y se da cuenta de que han pasado "demasiados años" para poder volver, sin consecuencias. Y desde entonces que arrastra el insomnio, "pero un insomnio que se manifiesta también de día...y cuando no tengo la menor intención de dormir"<sup>391</sup>, él ya se entiende. Nosotros llamémoslo, otra vez, desarraigo.

A Francia consiguió llegar en este último intento, pero ya sabemos que su equipaje hizo "ploff" en las aguas del canal de la Mancha. Se tragó toda la biblioteca compartida con Merceditas, ella todavía debe de estar tocando tristemente "la viola de amore".

Y todavía hay más, y sigue pasándole a Martín. Me faltan mencionar los viajes a España. El primero, en solitario, en busca de sus antepasados, que quedó en fracaso por esa parte -todo eran Romañas en Vera de Bidasoa-, y en donde fue confundido con un delincuente común, "el Chuli", que le llevó a salir corriendo los doce kilómetros que le separaban del siguiente pueblo, "con aguacero":

Eran doce kilómetros hasta Elizondo, y me fui por los campos, bajo la lluvia torrencial, tras haber escuchado cómo hasta los niños de la turba enfurecida me maldecían, cómo ladraban esos perros que los vecinos de Vera de Bidasoa dejaban bien sueltos, a ver si me ligaba por lo menos un buen mordisco. Cada cierto tiempo me detenía para ver si el mastodonte me seguía con una linterna, botas de caucho, y un fusil al hombro...<sup>392</sup>

O aquel otro huyendo de las complicaciones políticas del "mayo del 68", con Sandra, en el que ayudó a "suicidarse" a un desesperado en el tren, y del que le salva su "compañera americana" por "su buen ver y su buen hacer" convincentes ante las preguntas de la Guardia Civil. Este mismo viaje le llevará a los brazos, ya inertes, de su amigo Enrique con el que tenía un asunto pendiente.

Otro viaje a España, en ese intento de recuperar a Inés, cuando retorna a casa "acabada la revolución" pero sin gran convencimiento, tampoco colma las expectativas creadas. Martín sale enfermo de París, una infección rectal, y en España, ya lo he comentado, sufre un vía crucis rectal que le llevó hasta el Gólgota. Y además el viaje ayudará -consiguiendo el efecto contrario al deseado- a ser abandonado por Inés (la verdad, faltaba sólo un empujoncito), por lo que ella llamó "las manías de Martín".

Falta comentar un "último viaje exagerado" (hay otros, todo cambio de lugar del mismo protagonista lo supone, pero entrarán "en la normalidad aceptable"), y quizás más que exagerado podríamos llamar grotesco. Y es aquel que emprende Raúl, el héroe de " Los grandes hombres son así. Y también así ", Santiago y Nani.

Este viaje será a través de la selva peruana y "de incógnito", como así requiere la militancia de Raúl, un marxista en la "corte del rey Artur", o afinando, en la del general "decente"<sup>393</sup> Francisco Morales Bermúdez.

Es, intencionalmente, ridículo todo lo que rodea a esta anécdota de un viaje por la selva amazónica. Desde el gesto de vendar los ojos a Santiago para llevarlo al lugar donde se esconde Raúl, hasta los hoteles de ínfima categoría y múltiples precauciones que tienen que utilizar "por seguridad". Cuando por otro lado el héroe es imprudente hasta la inconsciencia, llegando hasta, en un recinto militar, a repartir arengas revolucionarias, por ejemplo; o las pelucas que usa Raúl para pasar desapercibido, cuando lo que consigue, realmente, es atraer la atención, puesto que es capaz, en un despiste, de dejarla encima de un mostrador como si fuera un sombrero; o como la anécdota, también de la peluca, que cuenta con grandes inconvenientes:

...Unos inmensos anteojos negros, unos bigotes a medio crecer, y una peluca tan rubia y tan chusca que parecía de paja, le daban un aspecto tan sospechoso que el propio Raúl reconocía que, cada

---

<sup>390</sup> *Ibidem*, pp.26-27.

<sup>391</sup> *Ibidem*, p.28.

<sup>392</sup> *Ibidem*, p.108.

<sup>393</sup> Esta es la versión de la madre de Santiago. La otra perspectiva de los hechos.

vez que se miraba en un espejo, sospechaba de sí mismo. Y confesaba además que lo de las pelucas había sido un verdadero error táctico del camarada Ojos Azules. Ojos Azules jamás debió aceptar ese regalo del gobierno de China popular, porque todas las pelucas del envío eran exactas.<sup>394</sup>

Es un viaje que no logra ninguno de los propósitos para los que ha sido imaginado. Lo que sí consigue es derrumbar a un ídolo de adolescencia que no consiguió superar el raciocinio propio de la edad adulta.

### 3.1.4.- El entorno

Y con este nuevo recorrido por los entornos intentaré acotar el espacio físico paso a paso.

Los lugares concretos, algunos por lo menos, ya dicen algo más de los personajes, o del autor (no se sabe muy bien, en esa confusión constante).

El gran espacio de "la modernidad" es la ciudad, la gran urbe con todo lo que ella comporta: desarraigo, impersonalidad, anonimato y agresividad. Y los protagonistas de las novelas de Bryce son todos personajes urbanos. Viven en una gran ciudad, Lima, y van a instalarse, cuando lo hacen, en otras como París, Roma, Madrid... Y si eligen una ciudad pequeña, lo hacen para pasar un corto periodo de tiempo, no para ubicarse.

Así los espacios de encuentro y desencuentro son lugares comunes, sin nada que los diferencie de otros muchos de parecidas características: bares, restaurantes, fiestas, aeropuertos, estaciones.. y el *locus amoenus*, si es que existe, se ha trasladado al espacio de la intimidad, a la casa, e incluso a algún lugar simbólico dentro de la propia casa, como ocurre con "el sillón Voltaire" de Martín Romaña, "la hondonada" o el "diván". Todos, verdaderos lugares de encuentro, con la escritura, con Inés o con Octavia.

#### 3.1.4.1.- Los apartamentos

Son los apartamentos como dice De La Fuente donde "acontecen los sucesos más importantes de la historia"<sup>395</sup>. Y así es, sobre todo en el caso de *La vida exagerada...* y *El hombre que hablaba...*

Ya he comentado antes que el *locus amoenus* de los personajes de las novelas urbanas, si existe, se da en el espacio de la intimidad, en la casa. Lugar donde, habitualmente, el individuo se desnuda de todas sus máscaras. Esta idea de casa va más unida a la idea de "ámbito familiar", pero también sirve, o puede sustituirlo, cualquier "cobijo" con ciertas comodidades, porque si recordamos al protagonista del relato " Florence y nosotros tres " de *La felicidad...* ese "mínimo" no se cumple:

...mi padre había muerto semanas atrás en el Perú (...) Yo, que hacía tiempo me había considerado un hombre con suerte porque había encontrado un cuartucho en el barrio latino, y un trabajo no muy lejos (...) tendía ahora a no encontrar más que tristeza en un cuarto cuya única iluminación era una claraboya por la que entraba más agua que luz. Me caían gotas de lluvia, me despertaban la humedad y el tac tac de las gotas. Detestaba también mi trabajo (...) Era como la prolongación del malestar total que diariamente me obligaba a abandonar mi habitación huyendo de algo.<sup>396</sup>

Cierto, en este caso, que el *hábitat* es metonimia del personaje que tiende a encontrarlo todo como el cielo de París en otoño. Y es metonímico no en cuanto a los objetos -los apartamentos de nuestros personajes son siempre alquilados y con muebles, por tanto sin personalidad, aunque hay una ocasión en que Beatrice piensa que "todos los departamentos de Pedro se parecen siempre", sin ninguna otra precisión, y en este caso la metonimia sería material- sino en lo allí vivido, como viene ocurriendo en todos los espacios que vamos recorriendo. Y de tal modo es así, que los protagonistas de *La vida exagerada...* y *La última mudanza...* -aquí se sugiere hasta en el título- cambian de apartamento cada vez que intentan remodelar su vida.

---

<sup>394</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan...*, op. cit., p.207.

<sup>395</sup> José Luis de la Fuente, *Como leer a Bryce Echenique*, op. cit., p.138.

<sup>396</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.28.

El primer apartamento de París de *Tantas veces...* viene a confirmar esa idea que acabo de esbozar respecto a la casa como lugar de acogida. Hablo de Virginia y del rechazo que siente, al llegar a Europa, por todo lo parisino. El apartamento de Pedro "un modestísimo dos piezas, que había sido una pieza a la que le metieron su tabique, dejando para siempre en la penumbra el lado cocina-baño-armarios"<sup>397</sup>, que en un principio había provocado en Virginia el comentario abarcador de "odio esta ciudad", se convierte en el lugar acogedor donde ambos se aman, recordando días felices en California.

Y del que la muchacha no quiere salir:

Ha sido muy duro para mí en el primer momento, pero te juro que ahora me siento realmente tranquila y muy contenta. Lo que me gustaría es quedarme aquí encerrada contigo.<sup>398</sup>

Después, con Claudine, el *locus* pasará a ser la casa de la mujer en Chanteloup les Vignes, en las afueras de París: "una especie de culo del mundo para quien como él gustaba pasarse la vida en el Barrio Latino, y donde Claudine había alquilado un pedacito de un pedazo de lo que había sido una granja".<sup>399</sup>

Acabada esta relación y la cura ascética, Pedro vuelve a su apartamento y a los brazos de otra mujer, Beatrice, en dos momentos cronológicos diferentes, uno en la adolescencia -allí la muchacha acudía a su casa para prepararle unos spaghetti anónimos- (esta escena es recordada), y en el momento del reencuentro, en donde el apartamento de Pedro pasa a ser un lugar para renovar y adecuar (un poco en la idea de que el entorno hable de los personajes, y siguiendo a Wellek y Warren para que logre ser "expresión metonímica o metafórica del personaje"<sup>400</sup>, en este caso Beatrice):

Beatrice quería arreglar el departamento lo antes posible y había venido con un metro para tomar las medidas para las cortinas, las colchas, las alfombras, las frazadas, todo, todo quería hacerlo ella misma en su telar de Margency...<sup>401</sup>

Proyecto que quedó en eso, precisamente porque ese mismo día, y en ese apartamento acabó la relación. Y de aquí salió una Beatrice triunfante, con una venganza que, sin saberlo, llevaba acumulada muchos años.

Estos apartamentos de Pedro (no sabemos muy bien si es único o son varios): del que vivió con Virginia se nos dice que en él murió Racine, en un intento vano de contentar a la californiana:

...fíjate, al frente está la imprenta que fue de Balzac. Y aquí, en esta casa murió Racine. A lo mejor hasta murió en este cuarto (...)

-Racine me importa un pepino. A quién le puede importar Racine en estos tiempos. Hay que estar bastante podrido para que a uno le importe Racine.

-Bob Dylan vivió en esta casa. No murió aquí, pero un viaje incógnito que hizo a París vivió en esta casa.

Virginia alzó la cara y cesó de llorar...<sup>402</sup>

y del otro que está en la rue Descarmes; pero ni uno ni otro consiguen ser el lugar óptimo para el amor. Es cierto que para Virginia fue un lugar "algo mejor" que la amenazante calle. Pero donde realmente fueron felices, ya lo he comentado, -aunque siempre con el miedo que marcó la relación- fue en Berkeley y en un hotel. Y con Claudine y Beatrice el espacio feliz estuvo más cerca del tópico, fuera de la gran urbe: el refugio de Chanteloup y Margency, la casa familiar de Beatrice:

...ya estaba instalado en la casa de Margency, y entregado por entero a una adoración sin límites (...) Pedro se despedía de Beatrice en la puerta de su dormitorio, pasando luego al de huéspedes,

---

<sup>397</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.14.

<sup>398</sup> *Ibíd.*, p.18.

<sup>399</sup> *Ibíd.*, p.92.

<sup>400</sup> René Wellek y Austin Warren, *Teoría Literaria*( Madrid, editorial: Gredos, 1974, 4ª edición), p.265.

<sup>401</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.174.

<sup>402</sup> *Ibíd.*, p.16.



voluntad de los padres de Beatrice, aunque eso Pedro lo comprendía muy bien, en todo caso él sólo había aceptado la invitación con el propósito de agregarle borbotones de ternura a la total armonía del atardecer con té y mermelada casera ante la chimenea de Margency (...) Pero a Pedro nada le gustaba tanto como el dormitorio de Beatrice, hasta chimenea le hubiera instalado, si por él fuera. Ahí la esperaba los días en que no tenía que ir a París, sin comprender nunca por qué a ella le daba tanta risa encontrarlo siempre asomado por la ventana con el largavistas, haciéndole todo tipo de señales de bienvenida...<sup>403</sup>

Pero será en "el díptico" donde los apartamentos tienen un lugar preeminente y muy definido. Son cuatro y cada uno marcado por unas circunstancias concretas. El primero, el de su llegada, precipitado por la poca amabilidad de los gerentes de los hoteles "con poca graduación"; el cuartito del atillo -cerca del cielo-. Después vendrá el de su vida con Inés, y por último el de Madame Forestier, marcado por "la literatura": por Octavia y por la escritura.

El inicial fue el que compartió Martín con los muchachos del "hotel sin baño":

Alquilé un pequeño departamento, con su cocinita y su baño, y se me instaló media colonia estudiantil peruana de un hotel sin baños que quedaba en la esquina. Tuve que mandar a hacer como mil llaves, porque los muchachos eran de izquierdas, y no hay nada más reaccionario en el mundo que un baño propio y no compartido. Y limpio, también, me imagino, porque los muchachos del hotel sin baños venían, ensuciaban, y se iban (...) Pero debo reconocer que para mí significó mucho el que tanta gente se bañara en mi casa. Me hablaban de guerrilleros, me hablaban de Fidel Castro, y me hablaban de mi padre anteponiendo siempre la expresión hijo de puta.<sup>404</sup>

Primer aviso de unas relaciones, no muy cordiales, con los de su país; y en el que la paciencia del protagonista - unida a ese deseo de "no molestar", tan arraigado, ni tan siquiera a sus instigadores- llega al máximo. Eso que llaman un estigma de clase, pero invertido.

Martín abandona este primer apartamento "con las justas" para que su amigo Philip lo acoga hasta su partida a Perugia el día siguiente. Este abandono es precipitado por un intento de "adecuación" de la visión del arrendatario a los hechos (alguna vez, sobre todo si se trata de "empeorar", se puede aquilatar "la apariencia" a la idea que de ella se tiene) y Martín, con la ayuda de base, lo consigue:

...llamé al propietario de mi departamento para anunciarle mi partida (...) Dos horas más tarde vino a ver en qué estado se lo iba a dejar, me probó que le había roto hasta lo que estaba entero, ahí, en sus narices y me anunció que se iba a quedar con todo el dinero de la garantía. Se lo agradecí, lo acompañé amablemente hasta la puerta, y decidí hacer una fiesta en honor de los muchachos del hotel sin baños, para que rompieran todo lo que fuera necesario hasta que el propietario tuviese razón. Me largaron antes de lo previsto, pero tuve la suerte de que apareciera Philip...<sup>405</sup>

De este primer apartamento con lujos al alcance de todo el mundo, Martín se traslada al cuartucho techero de "las ronchas" y del wáter compartido de "a un montón" (se había muerto su padre y la beca no se la habían renovado). Y aquí lo encuentra Inés "trabajando" cuando vuelve de España con su madre y con el brasileño que, tras el fracaso del matrimonio, será su segundo marido. Este apartamento y sus condiciones son la balanza que hace que Inés rechace al otro candidato y se quede a compartir un trozo de vida con Martín:

Mi cuartito de pobre, porque ahora era pobre, quedaba en el techo de un hermoso edificio burgués, bastante burgués, en realidad, que miraba feliz y muy seguro de sí mismo al hermoso Jardín des Plantes. Lo único malo es que mi cuartito no tenía ventana ni hacia el Jardín des Plantes, ni hacia ninguna parte. Sólo una claraboya para las noches de luna, pero la verdad es que en París, éstas suelen ser las menos, y las más pueden ser noches de esa lluvia de mierda que a menudo se me filtraba por la maldita claraboya, justito encima de mi almohada (...) yo trabajaba en un colegiucho infame, dando unas infames clases de castellano.<sup>406</sup>

---

<sup>403</sup> *Ibidem*, pp.163-164.

<sup>404</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.38.

<sup>405</sup> *Ibidem*, p.68.

<sup>406</sup> *Ibidem*, p.110.

Y en este cuartito, que guarda clarísimas referencias ambientales circun- tanciales, y de oficio, con el del relato " Florence y nós tres". (Recordemos que a Martín se le había muerto el padre hacía poco tiempo también en el Perú y que esa fue una de las razones por la que se trasladó a este cuartito):

Hacía un frío oscuro, terriblemente triste y mi padre había muerto semanas atrás en el Perú(...) Se puede odiar París en épocas así. Yo que hacia tiempo me había considerado un hombre con suerte porque había encontrado un cuartucho en el Barrio Latino y un trabajo no muy lejos(...) tendía ahora a no encontrar más que tristeza en un cuarto cuya única iluminación era una claraboya por la que entraba más agua que luz. Me caían gotas de lluvia, me despertaban la humedad y el tac tac de las gotas. Detestaba también mi trabajo, porque desde semanas atrás lo que iba sintiendo mientras caminaba hacia la escuelita oscura, helada, de paredes húmedas y desoladas, era como la prolongación del malestar total que diariamente me obligaba a abandonar mi habitación huyendo de algo.<sup>407</sup>

Y volviendo al cuartito y a "la camota" que lo ocupaba casi íntegro:

...mi camota era como un cuartito dentro de mi cuartito. Todo lo que había en el cuartito cabía en la camota, que era, además, altísima, por culpa de la camota, no todo lo que cabía en ella cabía en el cuartito. En todo caso, no bien entraba yo, me atracaba con algo, con lo poco que allí había, una silla medio desfondada, un pequeño armario, una mesita más baja que la camota y que sólo cabía empotrándola contra un espejo que me obligaba a trabajar contemplando la miseria en que vivía, porque en él se reflejaba íntegro el cuartito más feo de París. El propietario me había prohibido sacar el espejo de la pared en que estaba pegadísimo, además, o sea que un día, para evitar verme viendo mi miseria con esa cara de imbécil, puse la silla y la mesita sobre la camota y me instalé para siempre a trabajar ahí.<sup>408</sup>

La descripción es objetiva y extensa y excepcional en la narrativa de Bryce, autor poco amigo de las descripciones. Así que, cuando aparecen, debemos suponer que tienen un fin concreto. Aquí, seguramente, Martín está tratando de ponernos al corriente de sus precarias condiciones de vida, para después decirnos que en este cuartito fue muy feliz. Y así como en el apartamento con baño compartido "los muchachos sin" le iniciaron en "los problemas de clase", en el cuartito los vivió, compartiéndolos a un mismo nivel (en cierto aspecto, porque él era consciente de su descenso en la escala social, mientras que para los otros moradores -a excepción, quizás de Enrique- era su medio habitual, e incluso de claro progreso, pensemos en Carmen y Paco).

Y en este cuartito, que no sólo era minúsculo y horrendo sino ambientalmente gélido, en ese clima de París de eterna primavera invernal, y sin más calefacción que:

... un aparatito redondo, que era la calefacción eléctrica, útil más que nada para encender cigarrillos, que se mantenía rojito de noche y era buena compañía, pero que definitivamente nunca logró calentarme los dos pies al mismo tiempo(...) Con tanto frío, además, que al llegar la noche lo dejaba todo encima de la camota. Dejaba la silla, la mesa, mi abrigo, la boina, la bufanda, el pantalón. Todo abrigaba, todo acompañaba...<sup>409</sup>

Y aquí pasaron un montón de cosas remarcables. Inés perdió su virginidad, eso sí puso sus condiciones: "Inés insistía en poner las sábanas bastantes finas que había comprado, y yo insistía en que, al menos por una vez, nos revolcáramos en el deshilachado costal en el que me enfundaba del frío por las noches. En este gesto, creo, está contenida mi tendencia a lo *simbólico*, a lo *mágico*, a lo que si se pregunta por qué es porque no se llegará a sentir ni a captar nunca jamás"<sup>410</sup>. Descubrieron "otro mundo" con Marx, a la par que empezaron las primeras fluctuaciones doctrinales de Martín; mostrando "más interés" por el entorno que por lo que en el texto se decía:

...Karl Marx afirmaba rotundamente que. Lo afirmaba y lo negaba rotundamente todo, y nosotros cómo le obedecíamos: la dialéctica, la dialéctica, Inés dialéctica, Martín dialéctico, sigue leyendo, Inés, la verdad es que yo no entendía nada con Inés allí calatita, porque la estaba aguaitando por entre la dialéctica y lograba verla calatita, ni siquiera desnuda, ca-la-ti-ta por primera vez en mi vida; en fin, entre eso, entre las flamantes sábanas, entre la añoranza de mi costalote que ya habíamos

<sup>407</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.28.

<sup>408</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.11.

<sup>409</sup> *Ibíd.*, p.111.

<sup>410</sup> *Ibíd.*, p.115. La cursiva es mía.

descartado, la tetita derecha de Inés bajo la cual colocaba *El Capital* para seguirme leyendo, sigue, Inés, luz de donde el sol la toma, por fin terminamos de entender esas frases que yo, en todo caso, no entendí, y con el pretexto de darle vuelta a la página porque estaba siguiéndola muy atentamente, mi mano sobre la tetita encima del *Capital* (sic), mi mano, quedándose donde la puse...<sup>411</sup>

Y aunque a Inés el autor de *El Capital* le empezó, teóricamente, convenciendo desde el principio, por cuestión de comodidad "sólo subía al cuartito para las horas del paraíso. Para el asunto de las comodidades, seguía viviendo en su residencia estudiantil del Boulevard Saint-Michel. Allí tenía todo lo que le faltaba en el cuartito, o sea de todo"<sup>412</sup>. Motivo por el que no llegó a conocer las otras posibilidades que ofrecían el resto de los cuartitos: "...veinticuatro cuartitos instalados sobre las cuatro alas del edificio, al pie de un corredor que le daba íntegramente la vuelta, con su barandita para que miráramos abajo, con atracción al vacío, el patio interior que se atravesaba para llegar a nuestra escalera de caracol."<sup>413</sup> Como al que habitaba uno de ellos, Enrique Álvarez de Manzaneda, del que sólo vio "el perfil más bello del mundo"; o a Paco o a Carmen. Y aquí Martín aprendió mucho más sobre el marxismo que en toda la teoría de Marx "en pasta": "Era la parca solidaridad del pueblo de aquel techo (...) y yo en ese techo (...) estaba aprendiendo mucho sobre la gente que él defendió (Marx)"<sup>414</sup>.

Y aquí fue feliz, si olvidamos esa primera imagen del frío y la lluvia, y lo repite en varias ocasiones: "Sí, felizmente existía mi techo"<sup>415</sup>, "...en mis horas de paz y contento sobre el techo..."<sup>416</sup>, "...nunca me defraudó mi techo..."<sup>417</sup>.

El tercer habitáculo será el compartido con Inés, tras su boda civil. Es un apartamento, como el otro, situado en las antípodas, pero un poquito más. La inquilina, Madame Labru(ja) como le llamaba Martín, realquilaba parte de su apartamento, el altillo, por cien francos más que lo que a ella le costaba todo. Era:

...un último noveno piso (...) con tres puertas que daban al pasillo en el que estaban la escalera y el ascensor. La puerta del fondo, a la izquierda, era la de Inés y mía. A ella se llegaba tras haber trepado unos escalones que llevaban a lo alto de una gran caja, una especie de montículo que cubría el motor del ascensor, y bajando luego por el otro lado de la caja. A cada nueva visita había que explicarle porqué había que subir y bajar esa increíble montañita para llegar a nuestra puerta. Nuestra puerta daba a otra puerta, la de la cocina de madame Labru, en la que el monstruo había abierto un agujero para controlar a nuestras visitas, calcularles edad, peso, raza, tendencia política...<sup>418</sup>

A pesar de que las circunstancias parecían favorables: Martín e Inés se acababan de casar, eran jóvenes, se amaban... hay algo amenazador en el ambiente, algo que se contagia desde la "ventana controladora" de madame Labru por la que introducía "maldad, mezquindad e inmundicia en la vida de todo ser que tocara nuestra puerta"<sup>419</sup>, pero que también servía para romper ese espacio de la intimidad que quedaba como entreabierto a las miradas ajenas, perdiendo por tanto su cualidad. Además, Madame será la causa de muchas de las desavenencias entre Martín e Inés, creadas por la falta de pantalones de Martín: "viví casi permanentemente sin los pantalones en su lugar, en mi afán de lograr alguna paz en el interior de mi departamento..."<sup>420</sup>; y por la falta de tolerancia por parte de Inés, hacia esa falta de pantalones -agresividad- de Martín. Y además sin resultados positivos, porque cuanto más bajo caía la envidia del protagonista más altanera se volvía "la señora".

Este apartamento nunca consiguió ser un lugar íntimo, por las intromisiones de la arrendataria, pero también por las del "Grupo". Instigadores ambos de las desavenencias. Sólo "la hondonada", de la que hablaré más adelante, consigue atenuar, a veces hasta olvidar, las intromisiones.

Esta idea de falta de privacidad, en la que su contrario define al espacio íntimo, se hace bastante

---

<sup>411</sup> *Ibidem*, p.115.

<sup>412</sup> *Ibidem*, p.119.

<sup>413</sup> *Ibidem*, p.119.

<sup>414</sup> *Ibidem*, p.132.

<sup>415</sup> *Ibidem*, p.130.

<sup>416</sup> *Ibidem*, p.132.

<sup>417</sup> *Ibidem*, p.138.

<sup>418</sup> *Ibidem*, p.209.

<sup>419</sup> *Ibidem*, p.209.

<sup>420</sup> *Ibidem*, p.209.

evidente en dos ocasiones. Una, que se refiere al Grupo y a Inés integrada en él -hablamos del "Mayo del 68", en donde los ánimos estaban exaltados, es cierto, y nada funcionaba normalmente-, y era la elección entre la individualidad y la colectividad y esos eran momentos de "muchos", y ganó esa opción. Pero ya antes "el Grupo" había intentado otras intromisiones, como lanzar un globo subversivo desde la terraza de Martín, con unas consecuencias imprevisibles y una respuesta fácil: "...mi familia se ocuparía de sacarme de la cárcel en Francia..."<sup>421</sup>. Pero ese día también Martín había tenido una experiencia negativa con los sordomudos y necesitaba a Inés:

...Inés, que no llegaba, que no llegaba, llega, por favor, Inés. Y llegó la condenada, pero cuánta gente traía. Todos los grupos del Partido unidos, amigos y simpatizantes por montones, caras nuevas, caras conocidas (...) Yo ahí en el fondo de la hondonada preguntando si habían tomado el edificio por asalto o qué pero nadie me respondía, nadie me sonreía, no parecían reconocerme si quiera. Que hacer, Lenin, todo el mundo jalea aquí, al pie de mi cama, todos me miran con ojos acusadores (...) Inés habló (...)

-No se si me das más pena que asco Martín durmiendo como una mujercita mientras cincuenta mil obreros están por entrar a París...<sup>422</sup>

Y la otra, cuando Madame Labru montó un pícnic particular, con motivo de su anual exposición pictórica, invadiendo, sin permiso previo, el hábitat de la pareja:

...el día de la exposición (...) al llegar a nuestra escalera, nos dimos con que no sólo allí había invitados y coctelitos, los había también en nuestro departamento. El monstruo había abierto la puerta con toda concha y les había dicho a sus invitados que podían sentarse en nuestros sillones sin problema alguno. Nos dimos con una buena docena de personas instaladas hasta sobre la cama.

-No te das cuenta de que lo hace para que no ensucie su casa- dijo Inés mientras con la mirada mandaba a todo el mundo a la mierda y a mí en busca de la vieja.

Bajé veloz y feroz como un rayo, qué significaba eso, qué tal Concha, y después a nosotros sólo nos dejaba invitar a una o dos parejas por semana, (...) Dicho todo esto, puse la mejilla cristiana, y terminé con una jarra de sangría y doce vasitos de cartón sobre una fuente, por si acaso los invitados de arriba tuvieran sed, mi esposa y yo también podíamos servirnos un poquito, si deseábamos. Mi esposa no deseó volverme a ver más en la vida, y yo no tuve más remedio que continuar de mozo por la escalera...<sup>423</sup>

Cosas así y de parecido corte ocurrieron en este apartamento donde Inés y Martín trataron de juntar sus vidas para siempre; logro que quedó muy diezmado ante los tres años que duró la relación.

Y fue también, en este apartamento, donde "la bizquerita" de Inés -una manera de nombrar el desagrado-, junto a un cuello "inquisidor" que se añadió en los últimos tiempos, hizo que el espacio circunscrito de la casa compartida resultara insoportable:

(Inés) me enviaba al cine por las noches, cuando no tenía reunión con el Grupo. Me tranquilizaba bastante cuando me otorgaba esos permisos porque así podía perderme por las calles, siempre en busca de hombre con la oreja-hoja de plátano. Lo fregado era cuando tenía reuniones con el Grupo, porque no me daba permiso para ir al cine y yo me quedaba en casa muerto de miedo de dormirme antes de que ella llegara. Me aterraba la idea de que no me viera dormido al fondo de la hondonada, y plaff, me aplastara para siempre...<sup>424</sup>

El nuevo departamento de Martín "que era viejísimo", y que también estaba ubicado en el Barrio Latino, por leyenda y por necesidad, fue un apartamento "convertible" y gratificador. En principio aquí estaba el sillón Voltaire que fue imprescindible para canalizar los recuerdos. Y sobre todo fue el lugar de Octavia hasta que se casó. Y después el lugar evocador de las anécdotas que en él ocurrieron. Pero también fue el lugar de las

---

<sup>421</sup> *Ibíd.*, p.305.

<sup>422</sup> *Ibíd.*, p.322.

<sup>423</sup> *Ibíd.*, p.215.

<sup>424</sup> *Ibíd.*, p.483.

"otras partes":

El departamento lo abandonaban dos grandes amigos españoles, Carmen y Alberto, porque regresaban a vivir a su país. En él, como lo he dicho por algún lado en mi cuaderno azul se había decidido mi matrimonio con Inés, que ahora acababa de abandonarme, y regresar a las fuentes me parecía un acto mágico, simbólico, sumamente romántico, y también una manera de tirarme en mi hondonada para revisar el cómo y el por qué de un fracaso amoroso, político, literario, humano, un fracaso total, en resumidas cuentas.<sup>425</sup>

Cierto que tuvo sus inconvenientes, sus "apartados". Martín se llevó con él la hondonada y con ella los recuerdos felices de Inés, lo que hizo más dolorosa su ausencia, y "clausuró" toda una zona.

Madame Forestier, la dueña del piso por herencia, no tenía la misma maldad que la anterior arrendataria, a pesar de que le subió considerablemente el alquiler; se reservó parte de la casa, porque "el departamento era demasiado grande para un hombre solo", le hizo firmar papel tras papel, condicionándolo en todo:

Madame Forestier volvió a pasar sobre mi cadáver y me hizo firmar otro papel en el que se me exigía habitar muy burguesamente el departamento, no bien terminé de firmarlo, ella empezó a explicarme en qué consistía eso de habitar muy burguesamente un apartamento. La verdad, me faltó una grabadora porque madame Forestier hizo la más precisa y detallada descripción de todo lo que en París yo había encontrado aburrido, mezquino, y sobre todo tan poco alegre. Resumiendo, diré que vivir burguesamente es todo lo contrario de la forma en que en el mundo entero la gente cree que se vive en París.<sup>426</sup>

Además -consecuencia de esa reserva de habitación- se quedó con las llaves de su casa, para usarlas claro, previo aviso con tres toques para a continuación entrar como "Pedro por su casa". Ahora la ventana inquisidora de madame Labru se convertirá en paseo, sin programar, por el pasillo. El espacio de "la intimidad" ha quedado, nuevamente, afectado. Hay una anécdota a este respecto que causó la cólera de Octavia de Cádiz, tan poco pensaba a esta manifestación.

Normalmente era Monsieur Forestier el encargado de almacenar -manzanas en la época propicia- en la habitación reservada, lo que ellos no querían en su apartamento. Y el juez Forestier pagó "los platos rotos" de unas costumbres impuestas por su cónyuge; y la ducha instalada en la cocina por Carmen y Alberto "aprovechando que allí se hallaba la única toma de agua del departamento (...) que funcionaba más o menos como un teatrín. Se ponía la enorme palangana en el suelo y luego, con un sistema de poleas, se subía y se bajaba una especie de telón detrás del cual se bañaba uno..."<sup>427</sup> fue la causante involuntaria del suceso. Y en esta ducha, que ella encontraba divertidísima, lavaba sus contradicciones Octavia de Cádiz. Y un día Monsieur Forestier que estaba en todo aquello de llamar tres veces y después entrar:

Pobre. Lo nervioso que se debía poner cada vez que llegaban con sus diez francos. Tan nervioso que no solamente tocaba el timbre, sino que a veces abría, entraba, y retrocedía primero y tocaba después (una vez tocó mientras conversaba conmigo). Y claro, llegó el día en que Octavia, rumbo a la ducha, se encontró desnuda frente a un tipo que imploraba no estar viendo nada, nada, oh por Dios, (...) una implacable bofetada le hizo comprender que los timbres no se tocan con la puerta abierta cretino.<sup>428</sup>

Además de la zona reservada por Madame Forestier como despensa, hubo, en este apartamento, otras zonas reservadas, la "otra parte": el dormitorio donde fue a parar la hondonada y los recuerdos de Inés - innumerables, a imposición tras bofetada y besito de Octavia- (a estas alturas ya sabemos que Martín fue un hombre dominado por sus afectos privados y públicos), con la que la zona "habitabile" quedó prácticamente reducida a una habitación y la cocina, y en los tiempos más cercanos, prácticamente al sillón Voltaire.

Y en este apartamento, Martín vivió "dos veces" y cada una con un objeto mágico. La primera con

---

<sup>425</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., pp.26-27.

<sup>426</sup> *Ibidem*, p.33.

<sup>427</sup> *Ibidem*, p.36.

<sup>428</sup> *Ibidem*, p.169.

Octavia y su diván, y la segunda recordando lo allí vivido, en forma de escritura, y sobre el sillón Voltaire.

Y la última morada de Martín, ya en el mecenazgo, es de cuento de hadas del siglo XX, o en lo que en palabras de hoy equivaldría a "digna de revista especializada para unos pocos", sofisticada y en verde, pero distante, al igual que Octavia, ya Petronila, de esta época:

Era un dúplex amansardado, en el cual el segundo piso era todo una inmensa mezzanine en que se hallaban mi gran dormitorio y mi gran baño, y a la que se accedía por una obra de arte de escalerita caracol. Lo demás era toda esa enorme planta baja que daba al pequeño jardín (...) a rayas blancas y verdes habían sido pintadas todas las paredes, porque mi nuevo sillón Voltaire, joya de anticuario con su taburetito para mis pies, había sido tapizado a rayas blancas y verdes de seda, y porque hasta la preciosa mesita-bar sobre la cual me esperaban preciosos frascos de cristal y whisky, era blanca y verde...<sup>429</sup>

Se muere en el sillón Voltaire, de nuevo cuño como todo lo demás, pero también simbólicamente. Y muere por esa razón ya apuntada, las quimeras se desvanecen y para que esto no ocurra, "sólo las historias novelescas tienen un final feliz, porque acaban", decide salirse de la historia para morir enamorado. ganándole la última partida a Octavia-Petronila.

Felipe Carrillo de *La última mudanza...* conoció a Genoveva en su apartamento parisino, a donde vino a entrevistarlo. Lo que tenía que ser un cambio de opiniones profesionales se convirtió, gracias al flaco favor de Andrés Zamudio -un ridículo personaje mexicano-, en una relación que quiso ser estable.

No es todo el apartamento en esta ocasión, como en otras, el verdadero cómplice de la historia sino que es el vestíbulo:

Era recién las diez de la mañana, o sea que no me quedó más remedio que correr en dirección al vestíbulo. Genoveva estaba pálida, cuando llegué en su auxilio. Dio unos pasos, como quien por fin logra huir de Andrés Zamudio (...) No, no era la primera mujer bella que recibía desde que murió mi esposa, tampoco la primera que se detenía, sin darse cuenta, en el vestíbulo, y delante de ese retrato. Lo triste, lo grave, lo verdaderamente conmovedor y, ahora, de pronto también hermoso, era otra cosa: Genoveva era la primera mujer que veía fijándome en su belleza, sintiéndola, gozándola casi, ante el retrato de Liliane.<sup>430</sup>

Pero habrá algo más, porque cada vez que Felipe cambia de relación, lo hace también de apartamento. A éste, en que conoció a Genoveva, se mudó a la muerte de Liliane -su esposa-; y cuando vuelve de Colán, en la que él quiso una mudanza definitiva, no sólo cambia de apartamento, "nuevo, sencillito y sin vestíbulo" para evitar las reincidencias, sino de barrio y de costumbres, quizás en ese intento de adecuarse a esa Eusebia un tanto lejana, hasta que se da cuenta que el cambio de apartamento no sirve para el cometido, porque el auténtico cambio no está en esta mudanza "que no me ha llevado a ninguna parte o que tan sólo me ha traído hasta mí mismo", sino en sí mismo.

Pero Felipe Carrillo, como casi todos los personajes de las novelas de Bryce, no puede estar "desabrazado" mucho tiempo, y cuando los recuerdos que llegan con la lluvia se hacen demasiado dolorosas, corre a la casa "acogedora" de Catherine a buscar aquello que les queda de dos amores fracasados:

Me abría la puerta ataviada árabe y ya con el burdeos listo para mi vida interior, la subjetiva (...) y me acogía con una sonrisa alegre para mi tristeza y confusión. Y como era arabista, sólo tenía cojincitos mil por donde uno se instalara e inmediatamente nos tumbábamos sobre alfombras marroquíes, acomodándonos con la ayuda de los cojincitos tunecinos...<sup>431</sup>

Y ya en *Dos señoras conversan*, la casa, lujosa en el caso del relato del mismo nombre, será escenario único de las dos señoras que lo habitan -junto con la servidumbre-, Doña Carmela y Doña Estela, y en él están todos los objetos que recuerdan una vida pasada de mayor esplendor: un reloj que se atrasa porque "hoy" nadie sabe arreglar un reloj carrillón: "... en todo Lima ya no hay quien arregle estos tesoros de cuando éramos niñas y

---

<sup>429</sup> *Ibidem*, p.364-365.

<sup>430</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., pp.54-55.

<sup>431</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.211.

vijábamos cada verano con nuestro papacito a Madrid, a París, Londres, Roma y...<sup>432</sup> y otros que fueron de sus residencias anteriores, antes de enviudar, en San Isidro.

Desde esta casa, y con el pasaje que les ofrece la memoria, recorren los lugares que antes visitaron, remontándose a los que hicieron con sus padres a Europa y otras anécdotas de su vida referidas siempre a un tiempo mejor lleno de nostalgia. Del actual no tienen más que las rencillas cotidianas, y esa espera, sin que se note, del último viaje sin retorno.

En " Un sapo en el desierto ", del mismo libro, Mañuco descubrirá, en casa de don Pancho y Sally, ese "hogar" que sólo es posible - en la adolescencia me refiero- si los "que hacen de padres" son solamente amigos y viceversa.

Y la casa de estos gringos, preparada expresamente para recibir a Mañuco con los brazos abiertos,

...Ese par de locos empezaron a matarse de risa, no bien abrieron la puerta de la casa. La habían pintado íntegra de color verde inglés, y sólo porque yo les había contado en una carta el sueño que había tenido acerca del verde chillón anterior. Era, en efecto, demasiado *verde-que-te-quiero-verde* para mi gusto, pero yo eso ni me hubiera atrevido a soñarlo siquiera. Sólo les conté que toda esa maravillosa platería peruana, que habían ido comprando con los años, quedaría muchísimo mejor si la pared del comedor, por ejemplo, Sally fuera de un verde inglés,<sup>433</sup>

será el lugar de las largas tardes descubriendo la literatura con los libros que Mister King le proporcionaba, y con Sally compartiendo lecturas y amistad, cuando no estaba don Pancho. A su llegada estas sesiones eran sustituidas por esa otra literatura en forma de ópera, a la que el gringo era tan aficionado, y a la que Mañuco tuvo, también, que adicionarse por amistad. Antes y en el jardín habían jugado "sapo" hasta el anochecer.

Las dos únicas salidas al exterior que se relatan en esta novela breve son desastrosas. La primera, a la fiesta de fin de año, con mucho alcohol, que acabó lamentablemente. Y la segunda a revisar el tendido eléctrico que concluyó con Mañuco incapaz de andar en unos cuantos días, y con la primera grieta en esa amistad tan recia.

Sólo hay una ocasión en que la casa de estos amigos se convierte en un lugar opresor. Fue cuando la rebelión de la mina donde trabajaba como ingeniero y responsable don Pancho. En la casa quedaron bloqueados, sin teléfono y sin automóvil, Sally y Mañuco, impotentes ante la falta de noticias sobre el marido y amigo y sobre lo que allí ocurría, pero es en esta situación cuando, precisamente, Mañuco se da cuenta que ésta es también su verdadera casa:

...(Don Pancho) se había quedado encerrado en su oficina con una turba enloquecida, afuera, esperando para matarlo a pedradas, a patadas, quién sabe si no a palazos o con una carga de dinamita (...) Todo era posible. Todas esas posibilidades existían. Pero había algo increíble, en medio de todo. Algo que recién capté cuando fui a la cocina a buscar un para de velas de reemplazo, era realmente increíble que en ningún momento hubiera pensado en mi familia, en Lima, en mi casa, en nada de eso. No me había acordado ni siquiera que estaba de visita por un par de semanas. Pensé, recuerdo, en las paredes de mi dormitorio, verde inglés en Lima, y verde inglés aquí. Eso pensé, pero después me di cuenta de que no bastaba. Había muchísimo más, tanto que, de alguna manera, yo pertenecía a ese lugar. Y con muchísimo más derecho que Frankie. Eso sí, por supuesto. Yo era un amigo de diecinueve años, pero también era muchísimo más que eso. Yo era un gran amigo. Alguien de toda la vida. En cierta forma había nacido con una billetera en la mano, entregándosela a don Pancho a la entrada de un restaurant, en Lima, observando su sonrisa de gratitud y de sorpresa. Yo había nacido también entonces, Y formaba parte de esa familia. Los Malkovich. Sally y don Pancho.<sup>434</sup>

### **3.1.4.2.-Los bares**

Son varios los marcos recurrentes de la narrativa de Bryce, empezando por los bares -de especial

---

<sup>432</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.12.

<sup>433</sup> *Ibíd.*, p.217.

<sup>434</sup> *Ibíd.*, pp.144-145.

referencia en los relatos: un espacio breve para una relación también breve- y marco adecuado, también, para quienes no poseen un hábitat, por lo menos, confortable. Es también lugar de solitarios y de "bebedores". Afición que arrastran muchos personajes de esta novelística, no necesariamente masculinos. Recordemos el agrado con que la madre de Martín aceptaba una copita, y aunque fueran dos, en casa de su hijo, en París, o en buena compañía, como en Cannes con "El último dandy"; o el ritual de la copita "a las nueve en punto" de doña Estela y doña Carmela, de *Dos señoras conversan*, -único momento reconfortante del día-. Además, son espacios muy aptos para los "contadores de historias". Rasgo común de alguno de los personajes de Bryce.

### **3.1.4.3.-Los bares anónimos**

Un bar anónimo es el lugar de encuentro de dos peruanos en Roma, uno recién llegado y otro, sin sospecharlo, a punto de volver a Perú. Es en el relato "Dos indios". Y es allí, ayudados por el vino, donde empiezan unas confidencias que, de otro modo, no hubieran salido de los callados y tímidos labios de Manolo. En este relato el bar es escenario único, salvo una breve estancia nocturna en un hotel compartido, de los dos protagonistas, como hecho físico; porque otros serán los marcos del recuerdo: el entorno familiar y el colegio de la niñez y de la adolescencia, en el Perú. Y Francia, el de un amor no correspondido.

Otro bar anónimo, ahora en Zaragoza: "Dijo que se cagaba en la mar serena", es el lugar desde donde el espacio de la imaginación y de la locura compartidos crean, al principio, "un clima" de confianza entre dos desconocidos. Uno, un peruano -el que narra el relato-, y un aragonés de nombre Antonio. El primero con una gran capacidad de asentir y reforzar las historias que los otros imaginan:

...cuando la gente te miente un deseo y tú la abrazas en nombre de la fórmula 'querer es poder', cuando en vez de 'pero', le sueltas un 'y qué más', cuando un segundo antes de que te miren con cara de desconcierto, abriendo los ojos enormemente tristes, tú empiezas a llenarle de agua tibia, calentita, agradable el pozo seco del futuro perfecto, entonces, (...) lo único que se es que yo nunca le voy a mentir un deseo a nadie si ahondaría el problema con la adición de pozos...<sup>435</sup>

Al que sigue una aventura compartida: un dificultoso ascenso a "los Andes-mesas apiladas del bar", en el que la dificultad estaba más en la cantidad de alcohol ingerida, que en las cumbres heladas. Mientras un camarero consentidor contempla la hazaña, tristón, a pesar del triunfo, con banderita mostradora, de la expedición española. Un bar da para mucho si la imaginación colabora...

Y esa nostalgia de los bares donde el camarero te llama por tu nombre y tú le correspondes la siente Martín Romaña el día de su boda con Inés, cuando acude:

...caminado hacia un café cualquiera con ese traje que no era para un café cualquiera y ese sueño cumplido que ni era un sueño cualquiera ni era tampoco para un café cualquiera. Martín Romaña siempre recuerda que Inés parecía más alta, más delgada, más delicada, recuerda que estaba más bonita que nunca, realmente radiante, y que avanzaba hacia un café cualquiera...<sup>436</sup>

Y compara, una vez más, lo que él pensó que era París leyendo *París era una fiesta*, y lo que verdaderamente es, por lo menos, para ellos, y también en un café y en la forma estaban las diferencias; porque en esas novelas míticas:

...llaman al mozo que se llama Ferdinand o Pierrot y el mozo se les acerca y los trata a cada uno por su nombre, caballero amable que conoce a sus parroquianos, pero lo cierto es que yo, Martín Romaña, el cualquiera que está entrando a un café cualquiera con Inés, que alguien se atreva a llamarla una chica cualquiera y lo mato varias veces, yo me he pasado años sentado en un mismo café y jamás supe cómo se llamaba el mozo ni el mozo supo ni le importó un comino cómo me llamaba yo...<sup>437</sup>

### **3.1.4.4.-Los otros bares**

---

<sup>435</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.62.

<sup>436</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.180.

<sup>437</sup> *Ibidem*, pp.181-182.



Un bar con "nombre y apellido", *Saint Regis Hotel*, es el lugar de una cita entre un padre, "profesor universitario en Montpellier" de paso en Estados Unidos y Daughter (hay ambigüedad en el nombre, no se si es un intento de precisión, porque "su hija es hija", o tal vez puede darse como nombre al otro lado del Atlántico. Además, a veces, le llama "Pureza y pureza", con la misma ambigüedad), en el momento feliz que dura unas horas de reencuentro pleno, en una táctica que el protagonista reconoce plagiada de una lectura, y que llama *the unexpected moment*, que consiste, en su caso, en sorprender a su hija, llamándole desde cualquier lugar del mundo en los momentos en que está "boyante", pidiéndole que se reúna con él. Esta vez ha sido en New York, pero "la vez pasada fue en el lago Maggiore". Y en el otro momento, no tan feliz, en el que su hija se marcha, y queda solitario con su copa. Son dos situaciones claramente diferenciadas. El protagonista se crece e intenta parecer alegre y despreocupado, en el encuentro con la muchacha; mientras que el antes y el después, siempre en el mismo lugar, el Regis, viene acompañado del desmoronamiento:

Se descubrió otra vez cabizbajo. El codo había permanecido en su sitio, fuerte sobre el mostrador y también el puño cerrado y alto. Pero el mentón se le había resbalado y más bien reposaba sobre la muñeca, se resbalaba incómodo a la altura de la muñeca torcida y cediendo, más bien. Ni siquiera se había dado cuenta de esa incomodidad. Pidió otro bourbon y apoyó nuevamente el mentón sobre el puño que temblaba cerrado con fuerza, haciendo fuerza, esforzándose. Daughter hacía su entrada...<sup>438</sup>

Seguía sentado en el bar del "Saint Regis", en la barra del bar del "Saint Regis", y de rato en rato volteaba a mirar el taburete en que se había sentado Daughter (...) Ella le había ofrecido quedarse pero él había pensado que estaba ya lo convenientemente borracho como para lanzarse a su nueva aventura (...) Entonces, mirando siempre el taburete en que estuvo daughter, dijo: 'ya sé que lo que tú más temes es la ausencia de los dioses.' Y se sintió un poco viejo y con algo de derrota metida en el cuerpo y volvió a mirar a su hija y volvió a mirar a su esposa y pidió un trago más porque quería brindar por la ausencia de su hija y de los dioses.<sup>439</sup>

Y de pronto, en este mismo bar, le entró la nostalgia de otro bar "más familiar", aquel en el que no se hablaba con acento, porque "Tom no tenía el maldito acento inglés". Y ése sí que era un buen bar, un bar de amigos, pero no para daughter claro.

Y más tarde, en la habitación del hotel piensa en lo que tiene que hacer "mañana", que es ir, en compañía de una uruguaya odiosa, a dar una conferencia en Ithaca. Y desde aquí rememora el día en que empezó esa complicación que hoy lo tiene en New York. El recuerdo es el de otro bar, en Montpellier.

Y los bares seguirán en el aeropuerto, donde espera su vuelo. Habrá demoras, y la siguiente estación sigue siendo un nuevo bar, ahora el del "Hotel Plaza", sin nada que añadir salvo su grado étlico, porque ya no estaba Daughter con él...

El "bar Zela", un reducto inclasificable en la mente del padre del protagonista de " El papa Guido sin número ", aunque "no se atrevió a condenarlo a muerte"<sup>440</sup>; o de "reputación, excelente por cierto, según el cristal con que se mire" en versión alusiva del protagonista del relato -más bien del contador-. Y un lugar mítico para el que narra la historia: "aquella mítica chingana frente al cementerio del prebitero maestro..."<sup>441</sup>. Opciones que nos lleva a pensar que no sólo el "bar Zela" es cuestionable y múltiple, sino cualquier escenario, en dependencia de lo que se busque o encuentre en ellos.

Otro bar con nombre familiar para los lectores, por lo repetido, es el *Ed's Bar*. Un lugar de Lima donde se desarrolla, casi íntegramente, el relato de "Un poco a la limeña". Título que parece reflejar un cierto aspecto de la vida limeña: las conversaciones -tipo tertulia- entre amigos en este caso, aderezado con personajes del mundo que hoy llamaríamos de la *jet*: popurri de "hijos de familia", toreros, boxeadores... o cualquier otro personaje que tuviera algo interesante que contar, porque de eso se trataba. Y el escenario de estas charlas hasta el amanecer es el Ed's, a las que se añadía el barman, Pepe, después de cerrar.

---

<sup>438</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.32.

<sup>439</sup> *Ibidem*, p.38.

<sup>440</sup> *Ibidem*, p.88.

<sup>441</sup> *Ibidem*, p.89.

y Pepe y el *Ed's Bar* serán el confidente y el lugar donde Taquito Carrillo cuenta esas historias sin referente, el día que Baby Schiaffino, título y nombre de la muchacha, se graduó y eligió otro compañero para la fiesta de su fin de curso.

Taquito, haciendo los primeros logros en eso que después será su "gran capacidad", hace creer al barman (conocemos la versión de Taquito no del camarero) que acaba de regresar de la promoción del Villa María -el colegio de Baby-, y lo hizo con tal vivacidad, que él mismo se lo acabó creyendo:

Pepe -dijo, apoyándose matador en la barra del "Ed's Bar" -, sírveme una menta, por favor. Vengo de la promoción del "Villa María" y estoy agotado. -Luego se desanudó la corbata del lazo para demostrar fatiga y para conversar mejor, quería comentar la fiesta con Pepe.

Tres días después hizo exactamente lo mismo terminada su fiesta de promoción. Y entonces sí que más que nunca lo de la fiesta de Baby le supo a verdad, acababa de vivirlo...<sup>442</sup>

Y Pepe seguirá siendo el camarero del mismo bar en la historia que recuerda el protagonista de " En ausencia de los dioses ". Daughter se ha marchado y su nostalgia le lleva a recordar los momentos muy lejanos ya en los que conoció a la madre de daughter, Cecilia, "esa cara blanca y pecosa y la nariz respingona", nombre y prototipo del primer amor de algunos protagonistas de los relatos de Bryce.<sup>443</sup> Y es con esta muchacha, emulando Montescos y Capuletos, con quien roba, furtivos, a las noches sus horas, porque:

... Y metiendo toda la bulla y desafío que quieran, se mete crapulosamente a casa de Cecilia y salta balcones y salta terrazas (...) Y ella se pone una bata penas y escapan en el carro que Jaime se ha robado de sus padres y mil gracias Jaime y se preguntan si los dejarán entrar... Todo está permitido para los nocturnos amantes imposibles, les dice Pepe, el barman, y en el "Ed's Bar" transcurrió su amor maravilloso y nocturno y al alba regresaban a casa Montesco y descaradamente trepaban y descaradamente bajaba él cada noche y Jaime en la barra diciéndole a Pepe uno de estos días los pescan y los matan y Pepe fue quien por primera vez en la vida empleó eso de los dioses: "No te preocupes, Jaimito, los dioses están con ellos..."<sup>444</sup>

El *New Ed's Bar* sustituye al Old Ed's... Y aquí vuelve Pedro Balbuena, en sueños desde México, a buscar los viejos lugares. Es un espacio cercano y lejano al mismo tiempo:

Era una de esas horribles madrugadas de la humedad de Lima, y como todos los días, desde hacía más de quince años, Pedro Balbuena abandona el "New Ed's Bar". Lo había frecuentado también en su juventud, cuando aún se llamaba "Ed's Bar", y ahí precisamente había tomado sus últimas copas la noche antes de marcharse a Francia.<sup>445</sup>

Pero también los bares son lugares de solitarios que buscan olvidar, con unos tragos, lo que no va demasiado bien en sus vidas, aunque, a veces, se consiga el efecto contrario: recordar mejor, como le ocurre al protagonista de " En ausencia... " o como al de " Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tin ". Otro relato que tiene como escenario único la barra de un bar, y a un personaje cada vez más borracho., pero con una lucidez que no se si le acompañará en los momentos de "a pie".

En este cuento de *La felicidad...* hay, como ya es habitual, dos espacios, siendo mucho más real el bar recordado que en el que se recuerda (anónimo). Ambos tienen el marco común de un bar. El de antes, con el amigo en los años felices de universidad, cuando:

...los dos juntos en aquel Café en que nos pasamos media vida en la época de la facultad... (...) ¡Ah!, qué buena vida... Años felices con propinas y sin más gastos que el Café; años que pasamos sentados buscando gente que se pareciera a alguien, buscando lo que llamábamos las Vidas Paralelas

---

<sup>442</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.95.

<sup>443</sup> Un nombre unido al primer amor en otros relatos: "Una mano en las cuerdas"; "Las notas que duermen en las cuerdas"; y otro nombre que podría ser el mismo, sus letras coinciden prácticamente, Alicia, el primer y último amor del protagonista de "A veces te quiero mucho siempre". Así como la novia de Mañuco en el momento en que conoce a don Pancho.

<sup>444</sup> Alfredo Bryce Echenique, *En ausencia de los dioses*, o p. cit., p.40.

<sup>445</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.82.

(...) Sentados en el Café mañana tras mañana completamos mil tomos de las Vidas Paralelas, de las equivalencias universales, Lima con un museo de cera viviente en el que se paseaban Manolete, un Winston Churchill exacto que pescamos aquella vez, ¿te acuerdas?<sup>446</sup>

y el de ahora, en el que se conversa con el amigo *in mente*, porque se distanciaron "socialmente", uno por el camino del fracaso y otro del éxito, y ya no pueden encontrarse. Aquel un lugar amigo y este: "Estamos cerrando. Debe usted diez cervezas grandes. No, no, no se puede servir más; estamos cerrando."<sup>447</sup>

Y otro bar familiar, el Lima, es aquel en el que es habitual el protagonista de " El hombre, el cinema y el tranvía". Título que aparentemente no tiene nada que ver con este bar familiar en donde los parroquianos son tratados con familiaridad y deferencia:

Se sentaron. El muchacho observaba con curiosidad cómo todos los hombres en ese bar se parecían a su amigo. Tenían algo en común, aunque fuera tan sólo la cerveza que bebían. El bar no estaba muy lejos de la plaza San Martín<sup>448</sup>, y le parecía mentira haber pasado tantas veces por allí, sin fijarse en lo que ocurría dentro. Miraba a la gente, y pensaba que algunos venían para beber en silencio, y otros para conversar. El mozo los llamaba a todos por su nombre (...) - Se está muy bien en un bar donde el mozo te llama por tu nombre y te trae tu cerveza sin que tengas que pedírsela -dijo el hombre...<sup>449</sup>

Para Pedro Balbuena los bares son lugares de búsqueda, de una búsqueda concreta, la de Sophie. Tras ella recorrió varios países, y en cada uno de ellos, todos los bares en que pudiera encontrarla; y para olvidarse del fracaso en sus etapas infructuosas acudía al alcohol, y le cuenta a Sophie:

La historia de los bares en que la había buscado, de sus viajes por el Caribe tratando de no beber más y no entrando a los bares, ella le había pedido fecha y lugares exactos, nombres de islas, de bares, del bar al que fue esa noche, increíble, no se lo dijo, de esas cosas, él tan vivo, tan despierto aquella noche...<sup>450</sup>

pero, como él mismo le confiesa más adelante, es sólo una forma de contar las cosas. Por Sophie o no, es cierto que para Pedro Balbuena el estar borracho es una forma de vida, como le dice el doctor Chumpitaz: "Tú hasta sin trago andas borracho por la vida, Pedrito"<sup>451</sup>, y es cierto, mas también que los bares son escala obligada a lo largo de la novela. En uno se despide de Virginia en Cuernavaca. En otro pasa sus últimas horas con Claudine y con "Dios" -el turco a quien Claudine miró con los ojos del jardín de Luxemburgo-. Y cuando le deja Beatrice, todavía con el "cuerpo del delito" en la mano (los preservativos), va a buscar un bar donde emborracharse. De aquí al manicomio. Y simbólicamente será otro bar, el del Ritz, donde Sophie le citó el mismo día de su boda, para poder casarse sin interferencias:

...me mandaste como a un pelotudo al bar del "Ritz", primero, y después a la Comisaria, a palos. Tú misma acabas de contármelo. Mientras tanto te habías casado tranquilamente en la Iglesia de Santa Clotilde...<sup>452</sup>

Hay otro bar con apellido italiano, el *Bar Ferrara*, con cierto significado en la vida de Pedro Balbuena -probablemente fuera el último bar que frecuentó-. Aquí tuvo lugar la primera cita con Julie, el primer caballito salvaje que liquidar. Y fue aquí, también, donde la inglesita "perdió los papeles" ante el entusiasmo de una sacristía llena de Giottos, Peruginos, Pinturiscchios...

Y sólo quien ha tenido veinte años y ha amado y ha vivido y ha estudiado y ha demostrado interés por todo lo italiano, y todo esto en Perusa, podrá comprender la desesperada emoción que se aferró de Julie, no bien Pedro terminó de relatarle su aventura. Fue la primera inglesa que soltó una

---

<sup>446</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., pp.12-13.

<sup>447</sup> *Ibíd.*, p.25.

<sup>448</sup> Lugar muy frecuentado por los protagonistas adolescentes que se pasean por el Perú en las novelas de Bryce, como ya ha quedado apuntado en los espacios de la adolescencia.

<sup>449</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, o p. cit., p.165.

<sup>450</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.214.

<sup>451</sup> *Ibíd.*, p.18.

<sup>452</sup> *Ibíd.*, p.216.

nota en falso con una taza de té en la mano,!Peeetruuusss!, la primera inglesa de buena familia en todo caso, por lo menos debió haber gritado Peter y en voz baja y no hacer que a medio mundo se le derramara el café del susto en el "Café Ferrara"<sup>453</sup>

También fue el escenario de las primeras confidencias con Sophie después de tantos años de ausencia: "...hasta ese instante, le parecía haber estado escuchando la voz de Pedro Balbuena, sentado en el 'Café Ferrara', emborrachándose hasta pedirle desesperadamente la mano"<sup>454</sup>. Y entre cita y cita, el marco donde fomentaba la cirrosis. Y aún fue más. Aquí Pedro creyó que había conquistado a Hans (el compañero sentimental de Sophie) para una venganza "a dos manos" -el último caballito pendiente-, cuando la realidad es que fue el cómplice de la mujer para un encuentro en la villa florentina de Sophie, que acabó con la muerte del protagonista:

Recordaba haberse levantado muy temprano y haber pensado que las cosas empezaban a salirle bien porque Hans estaba desayunando en "el Ferrara". Había temido tener que buscarlo por toda la ciudad. Recordaba que Hans lo había captado todo muy rápido, que estaba dispuesto a ayudarlo., "sí, le había dicho, Sophie y su orgullo se merecen una buena broma de ese tipo (...) Hans se precipitó sobre el teléfono(...)

-Sí -dijo, no bien le respondieron-. Algo está tramando. Me le acerqué mientras dormitaba, al final, y había anotado séptimo caballito y tu nombre en un trozo de papel.<sup>455</sup>

### **3.1.4.5.-Los restaurantes**

Los restaurantes ocupan en la vida de los protagonistas un lugar similar al de los bares. Tal vez la diferencia esté en que éstos son lugares de encuentro fortuito y de solitarios. Mientras aquéllos además de una necesidad -en el caso de los estudiantes, por ejemplo- es un lugar de cita establecida más que de encuentro, y necesita, por tanto, de un antes y, normalmente, de un después. Material, entonces, más apto para las novelas que para los relatos. Y es así en el caso de la narrativa de Bryce, pues únicamente un cuento tiene como escenario un restaurante, "A veces te quiero mucho iempre", de *Magdalena...*, pero en el que ha habido un contacto previo en un bar, o café de Barranco (Perú), cuyo nombre no consigue recordar el protagonista del relato; y en el que se le acercó, atraída por su fama de pintor, una muchacha, Alicia, que por edad podría ser su hija. Después y ya con precisión: el restaurante del Hotel en que se aloja, le invita a cenar y al día siguiente a almorzar. De estos dos encuentros sale una relación movida por la nostalgia en el caso del protagonista; y de la admiración - ella era estudiante de Bellas Artes- por el de la muchacha, sin gran futuro, porque les separaba una historia de "treinta años" vividos con gran intensidad. Demasiados para intentar resumirlos y que la muchacha los entendiera como si fuera, también, materia vivida por ella.

En *Tantas veces...* hay tres anécdotas puntuales que tienen como marco un restaurante. El primero por orden de aparición es ficticio, y pertenece a la historia sobre Sophie que Pedro está escribiendo. En "la ficción" es una jornada feliz. Están, ambos, en Venecia y " todo se les va en risas".

La siguiente es con Beatrice, y sirve para celebrar el reencuentro en el que el azar tuvo mucho que ver (se encuentran en el metro, y ni para uno ni para otro era un lugar habitual). Es una coincidencia afortunada, en principio. Ella siempre le había esperado, y él había roto su relación con Claudine, recientemente, y

Fue recién en el restaurant que Beatrice se atrevió a hablar (...) Durante años había esperado este encuentro, y aunque sabía que Pedro no podía haber cambiado, que no cambiaría nunca, algo le hizo preguntarse si ella no habría cambiado desde entonces. Inútil tratar de descubrirlo ahora. Pedro, el mismo Pedro de siempre, la había arrastrado hasta un taxi, no la había dejado ni siquiera llamar a sus padres para avisarles que regresaría tarde, y luego la había arrastrado hasta un restaurant, donde ella empezaba a sentirse, de pronto, tan feliz como se hubiera sentido entonces...<sup>456</sup>

Y el último será con Claudine, la única persona de la que se despide en su huida a Perusa. La cita es en la estación de Lyon, y el restaurante *Le Train bleu*, a las ocho en punto:

---

<sup>453</sup> Ibídem, p.202.

<sup>454</sup> Ibídem, p.214.

<sup>455</sup> Ibídem, pp.242-241.

<sup>456</sup> Ibídem, p.137.

...se saltaron al cuello (...) Ninguno de los dos había confiado nunca en la puntualidad del otro, y a eso le estaban atribuyendo como un par de imbéciles el que diez minutos más tarde ya no les quedara casi fuerzas para seguirse abrazando (...) Y mientras subían, Pedro le pidió por favor que le cogiera del brazo al entrar al restaurant, que lo besara delante del maitre, del mozo, y hasta del chef, si lo veían, en fin, que lo besara mucho para que todo el mundo en *El Train bleu* pensara que se iba de París triunfador, que se iba mejor de lo que llegó, que dejaba a la mujer más bella, tú, por supuesto, esperándolo, recién entonces Claudine captó que probablemente había estado bebiendo todo el día.<sup>457</sup>

Y ya en *La vida exagerada...*, con un estilo de vida mucho menos burgués -Pedro vivía de los cheques de su madre, y Martín, pasados los primeros tiempos, del trabajo en "una escolita"- los restaurantes pasan a ser casi un lujo hasta que aparece Octavia de Cádiz, porque con ella llegó el despilfarro:

-¿Tienes plata para invitarme, Martín?

-Esta mañana vendí Solre por tí, prima.

-!Maximus!!Maximus!!Maximus!

-Solre, prima, era mi sueldo de lector en Nanterre. Y como durante varios meses me lo gasté íntegro en llevarte a comer, creí que tus padres habían cedido...<sup>458</sup>

Pero volviendo a *La vida exagerada...*, en donde el estilo de vida no admitía ciertos lujos, los restaurantes son lugares excepcionales que se pueden permitir cuando, por ejemplo, la madre de Martín va a Francia y es ella la que paga, porque si es el protagonista el que tiene que invitarla, lo hace al restaurante universitario con gran enojo por parte de Inés, "hasta hoy veo la mirada de Inés acusándome de haber sido una verdadera bestia de llevar a mi madre al restaurant universitario, cómo se me ocurría llevar a una mujer madura y coqueta a un lugar lleno de muchachas, de lindas y despreocupadas jóvenes..."<sup>459</sup>; o como mucho y como lujo:

La llevé al único restaurant al que podía invitarla, o sea al peor restaurant del Barrio Latino, y ni con dos botellas de vino logré hacerle creer que para mí era el mejor restaurant de París, porque todos los demás estaban fuera de mi alcance. Y éste, además, sólo los feriados, mamá.<sup>460</sup>

En Cannes y con "el último dandy", la madre de Martín recupera el mando y los lugares. Y un restaurant es escenario de un agradable almuerzo, con una animada sobremesa que se prolongará hasta la cena:

Eran las ocho de la noche cuando empezamos a sentir remordimientos por haber abandonado a mi madre y a José Antonio. Dónde estarán, nos preguntamos (...)

-En el restaurant -dijo Inés.

-Imposible, no pueden estar allí todavía (...)

Estaban en la tercera botella de champagne cuando los encontramos, y ya habían decidido que el mejor médico del mundo para El último dandy era el tío Fortunatito (...) Lo difícil fue que zarparan del restaurant esa noche, porque a José Antonio se le había antojado otro cangrejo como el del almuerzo, y porque mi madre encontraba la idea excelente, sobre todo ahora que era ella la que invitaba...<sup>461</sup>

En esta ocasión, el restaurant puso el lugar, el champagne el tono, y el resto lo pusieron dos personas dispares en ideas, pero nobles en sus sentimientos.

Antes y después de "estos excesos" fueron los restaurants universitarios, poblados de diferente fauna:

---

<sup>457</sup> Ibídem, p.189-190.

<sup>458</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.150.

<sup>459</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.258.

<sup>460</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.258.

<sup>461</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.274-275.

La mitad la llenaban los franceses, que comían callados y resignados. La otra mitad la llenaban los extranjeros, que comían siempre con la esperanza de que mañana tocara pollo, y metían demasiada bulla (...) Predominaban los árabes, que enamoraban a medio mundo, y después venían los latinoamericanos, que se conformaban con lo que dejaban los árabes. Éramos los únicos comunicativos, en todo caso.<sup>462</sup>

Y es en la puerta "cerrada" del restaurant universitario, donde Pedro conoce "al espíritu del 68" que estaba como pepa de mango, Sandra y también con ella parte "rumbo al restaurant para estudiantes un poquito enfermos: "(...) Fue un almuerzo tranquilo, a juzgar por la manera en que a mí me tembló la mano mientras le servía leche a Sandra, que siempre había comido allí desde su llegada a París"<sup>463</sup>.

Pero hay lugares, en París (al igual que en Perú pasó con el Ed's Bar) que son especialmente emotivos, porque tienen connotaciones que los separan del resto. Me refiero a "La Closserie des Lilas" y la "La Sopa China" de Octavia, completada con "El Guarani".

"La Closserie des Lilas", del que poco sabemos ambientalmente, es el lugar en el que se despiden Martín y Octavia la primera vez que ella viene de Milán, ya casada y muy elegante. Es cierto que "La Sopa China" había cerrado ya. Hecho que Martín atribuyó "al deseo de los padres de Octavia de irme dejando sin recuerdos, mientras en Italia se iban encargando de dejarle a ella sin memoria"<sup>464</sup>. Sea cierto o no, lo que sí lo es que Octavia, ya tan elegante con "esa belleza como ausente" no hubiera encajado en "La Sopa China"; Y es "La Closserie des Lilas" el lugar elegido.

Pero no es por esta referencia, por lo que este restaurante ha sido remarcado sino porque aparece en otro libro como lugar de encuentro. En *La última mudanza...*

es el lugar a donde huyen, de Andrés Zamudio, Genoveva y Felipe Carrillo horas después de conocerse; y uno de los pocos lugares felices del protagonista. Así cuando intenta una reconciliación definitiva, tras una relación tumultuosa, lo hace movido un poco por ese recuerdo:

Y saboreé entonces la sonrisa incomparable de Genoveva en sus momentos verdaderamente alegres, en nuestro primer almuerzo en "La Closserie des Lilas", huyendo felices, y ya casi enamorados, del inefable Andrés Zamudio. He hice bajar mi mano lenta, tierna, dulcemente y con los dedos entreabiertos, como la primera vez que recorrí la delicia interminable de andar perdido entre el pelo rubio, suelto, larguísimo, de Genoveva.<sup>465</sup>

Y "La Sopa China" fue el restaurante de Octavia, que nombra, en realidad, según constaba en el toldo, al "Bar de las Islas Reunidas", pero todo el mundo lo llamaba así "porque la sopa china era el plato más barato de todos y el menos malo. De segundo, se pedía siempre el arroz cantonés..."<sup>466</sup>.

Era un lugar fascinante para Octavia. Ahí estaba representado todo lo que le había sido negado hasta ahora, en ese mundo sobreprotegido en el que vivía -con educación en internado suizo-. Y le "encantaba" -esta era la palabra que usaba Octavia, en su verdadero sentido-. Y también Martín consiguió encantarla durante cierto tiempo.

"La Sopa China" será el barómetro de las tensiones, y una noche como que todo estaba confabulado en ser diferente:

...hubo una noche como muy especial en La Sopa China (...) El chinito de los testículos de oro no parecía con su mirada impermeable. El arroz cantonés tardaba como nunca en llegar. Por primera vez nos sirvieron una botella de vino con corcho. Y cuando al partir hacia el Rancho Guarani, Octavia le reclamó al clochard de la cara de bueno su diario piropo, éste, como si no la hubiera reconocido, le

---

<sup>462</sup> Ibídem, p.39.

<sup>463</sup> Ibídem, p.338.

<sup>464</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.198.

<sup>465</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.136.

<sup>466</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.160.

preguntó ¿qué piropo señorita? Los viejos muchachos del 68 se abstuvieron hasta de mirar.<sup>467</sup>

Inestabilidades que estaban anunciando el primer aviso de lo que después será conmoción cerebral, treinta puntos...

"La Sopa China" y el diván de Octavia, que también como que se resistía: "El diván, Octavia, no cesabas de decir mi diván, mi diván, mi diván, y a veces, cuando hacíamos el amor te aferrabas a ese mueble de porquería como si el mueble fuera yo. Y el último día, ¿coincidencia?, llegaste a las diez de la mañana y me despertaste diciéndome hoy he venido más temprano que nunca porque necesito disfrutar más que nunca de mi diván"<sup>468</sup>, fueron los síntomas de los últimos estertores de una relación feliz aunque incompleta.

Después cerraron el restaurante de Octavia que ya no estaba, aunque Martín seguía acudiendo a él, y una noche:

...la última que pasé en La Sopa China tuve la suerte, de que Pierrot, uno de los hermanos armenios que me atendían siempre, me obsequiasen (sic) finalmente el afiche de Octavia para que yo pudiese seguir hablando con ella hasta llegar a mi departamento y me venciera el sueño.<sup>469</sup>

Y días más tarde, el toldo del restaurante iba a parar a casa de Martín, y la explicación se la volvió a dar Pierrot:

La señorita había venido; la señorita había preguntado si usted siempre venía; la señorita estuvo a punto de llorar cuando le conté que usted ya no comía al mirar su retrato; a la señorita le dije que pronto íbamos a cerrar definitivamente La Sopa China; y la señorita había comprado el toldo para que se lo enviáramos a su casa no bien cerráramos.<sup>470</sup>

El toldo, hacia dentro de la casa no hacia afuera como es lo habitual, quedará instalado en "la salita" del apartamento de Martín y de madame Forestier hasta el día en que se marche a Perú. Y fue, como todo lo que recordaba a Octavia, un objeto simbólico hasta el final.

Hay otro restaurante, especialmente emotivo para Mañuco de " Un sapo...". Es un lugar que se evoca desde el recuerdo de adolescencia y sigue conservando en el acervo de la memoria ese grato sabor que tuvo en su momento. Hubo, primero, un encuentro fortuito, en la puerta de un restaurante, que provocó la invitación de don Pancho a comer. Mañuco fue el convidado, y de allí nació una amistad que duró unos años, y el recuerdo de esa amistad que duró mucho más:

Yo no se si tú te acuerdas, Carlos, tú que eres también limeño, pero el 91 era en esos años uno de los restaurants más caros y lujosos de Lima. O sea que para mí era algo totalmente inaccesible. Ahí podían ir mis viejos, en todo caso pero a los quince años a mi padre jamás se le había ocurrido llevarme a un restaurant así, y muchísimo menos invitarme a un martini o tomar vino en la comida (...) ¿Saben ustedes lo que es llegar al 91 como llegué yo? Era como si me hubieran vestido de largo más o menos. Y además con todos esos gringos...<sup>471</sup>

### **3.1.4.6.-Las piscinas**

Las casas, los bares, los restaurantes... no son lugares excepcionales *per se*, todo el mundo vive en un lugar u otro y frecuenta, con la asiduidad que su bolsillo le permite, esos otros lugares (me refiero a nuestra sociedad sin entrar en otras culturas). Y estos serán espacios de paso o de estancia, felices o no, pero habituales. No así las piscinas que, sin llegar a ser sitios de élite, requieren ciertos condicionantes, y en algunos casos cierto nivel de vida (la piscina del *Country Club* para los limeños de hace unos años, por ejemplo, como se refleja en *Un mundo...*; o como reprocha un limeño a otro de "diferente clase" en una discusión, por otros motivos, en casa de Martín Romaña: "!Tú, así como en tu añorado *Country Club* de Lima... se preparan pavos con dos

---

<sup>467</sup> *Ibidem*, p.200.

<sup>468</sup> *Ibidem*, p.207.

<sup>469</sup> *Ibidem*, p.198.

<sup>470</sup> *Ibidem*, p.228.

<sup>471</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.84-85.

pechugas... así, tú, José Antonio Salas Caballero, eres un hijo de *dos* putas;<sup>472</sup>.

Y volviendo al tema, hay otros escenarios, como las piscinas en este caso que son infrecuentes, yo diría que hasta en la Literatura, o precisamente en ella (sé que es un riesgo), porque son lugares "frívolos" -no me atrevo a decir que ésa sea la palabra adecuada- más aptos para la comedia. Y la otra posibilidad, que es a la que yo me adscribo, insistiendo empeinadamente en esa idea que muchos críticos... que hay un factor individual en las circunstancias del escritor, de nuestro escritor ahora, que explicaría la frecuencia de este marco.

En una mirada de conjunto y ateniéndonos a la cronología de los personajes protagonistas, el primero es Julius de *Un mundo...*

Este personaje, en el que no me voy a extender ahora, vivió unos meses, casi en exclusiva, en la piscina del *Country Club*, lugar donde se habían trasladado su madre y Juan Lucas mientras les terminaban la casa nueva; y en este mismo lugar -la piscina del *Country*-, Manolo de "Una mano en las cuerdas" conoció a Cecilia su primer amor adolescente. Y también el protagonista de "En ausencia de los dioses" de *Magdalena...*

elige entre sus recuerdos que guardan relación con la madre de Daugther, con la que "hoy" no vive, y de ellos cuando se conocieron y se amaron con trece años: "Nos adorábamos aquí en la piscina del 'Country Club' "<sup>473</sup>Y otra piscina sirvió para que Manolo y América, en "El descubrimiento de América" -la conquista de un cuerpo-, pasaran un verano de "indagaciones" en la piscina de Huampaní, y después en otra privada, que fue como llegar al "Dorado" y encontrarse con "purpurina", o por lo menos así se sintió Manolo tras la primera experiencia sexual.

Hasta aquí todo encaja más o menos bien. Sabemos que Bryce Echenique conoció y probablemente frecuentó "el Country". Y la piscina de Huampaní está muy cerca de Chosica, aquel lugar de la infancia del escritor y de muchos personajes de esta narrativa. Pero ya es algo "chocante" que en el París del "permanente invierno", de escuelitas oscuras y frías... una piscina sea escenario de algo, pero así ocurre en *La vida exagerada...*

, y la anécdota que se nos cuenta en ella es como el marco (la piscina) en la Ciudad Luz, inhabitual. Es una corta referencia dentro del largo libro que es *La vida...*: una aventura compartida con Daniel Céspedes, un peruano "que no tenía beca, que no encontraba trabajo (...) y que no se encontraba nada bien de los nervios":

Inés y yo éramos de las pocas personas ante las cuales Daniel detenía sus interminables caminatas. Unas veces nos visita, y otras venía a buscarme para ir a nadar a la piscina del Boulevard Saint-Michel. A los dos nos habían recomendado la natación como descarga bastante efectiva para el sistema nervioso y los problemas del alma, y dos veces a la semana cumplíamos con la obligación de hacer algo por sentirnos bien y por dominar el insomnio. Nadábamos casi hasta ahogarnos de cansancio, cuando teníamos algún problema y después nos sentábamos al borde de la piscina para contemplar el panorama. Pero en realidad, en aquella piscina, el panorama por contemplar resultaba siendo Daniel. Lo alto que era, lo fornido que era, lo moreno que era...<sup>474</sup>

También y como recuerdo de adolescencia, Martín refiere "la refrigeradora de casa de sus padres", a propósito de las acrobacias de su perro.

El protagonista de *Tantas veces...* va a Italia "en cura del alma con agresión", y escoge como escenario de su terapia La Piscina Municipal de Perusa, y como grado "se había autoproclamado Ladilla Oficial del Reino de Perusa", y su táctica era invariable:

...como todas las tardes, ahí estaba en la Piscina Municipal, esperando que el vigilante lo viera dispuesto a lanzarse al agua sin el gorro de jebe obligatorio. No bien tocaba el pito y se disponía a gritarle!señor el gorro!, Pedro Balbuena se lanzaba al agua y empezaba a nadar entre los llamados de los bañistas. Por fin uno lo detenía, pero él entre que no entendía ni papa de italiano y que tenía que bañarse con taponos en los oído por una otitis, les soltaba su mejor sonrisa de estudiante de Universidad Italiana para Extranjeros y seguí nadando para desesperación del vigilante, otra vez pito y

<sup>472</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.241.

<sup>473</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.39.

<sup>474</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.223-224.



pito. Tres, cuatro personas lo detenían sucesivamente y él, *piacere, peruviano*, y las muchachas matándose de risa porque seguía nadando...<sup>475</sup>

y por este procedimiento conseguía que las muchachas lo miraran con interés y curiosidad, y de ellas elegía sus "víctimas".

En *La última mudanza...*, Geneveva y Felipe Carrillo pasan los días más felices de toda su relación en *El Espinar*, la casa de unos amigos. La piscina es el complemento de esa felicidad, y el lugar donde se hace partícipe a Solsoles y a Claudio de la decisión de internar al adolescente hijo de Geneveva en un colegio (de esa determinación dependía la relación) y fue

...la piscina, el lugar elegido por mi para que Geneveva y yo lo conversáramos todo de nuevo con Solsoles y Claudio, llegamos casi tan cansados como ustedes al fin de esta frase, seguro. *A la piscina, el lugar elegido por mi para...* Hay que ver lo mal que escribe uno algunas tardes...<sup>476</sup>

Y hay otra piscina "con regalo" en esta novela y con otra mujer, Eusebia, en la hacienda Montenegro, en Querecotillo (Perú), en otro momento "decisivo" en la vida de Felipe Carrillo, el día que se va definitivamente, después de postergar una y otra vez el viaje, de los brazos de la mulata, siendo ambos conscientes de lo que eso significa, y sin promesas que no se han de cumplir:

...Nos bañábamos por última vez en la piscina y Eusebia me regaló la flor de arrojarse desnuda al agua! Negra! le grité, y ella me respondió! Felipe!, desde ahí abajo. No supe muy bien qué hacer con Felipe, la verdad, y me dejé caer sobre una tumbona para que Eusebia saliera del agua, viniese a echarse a mi lado a ver si de esa manera descubriría qué demonios había que hacer con Felipe. Lo que descubrí, a fin de cuentas, es que ya no quedaban Negra ni Felipe, ni Euse ni Flaco, quedaba bien poco de todo aquello, casi nada: dos almas, dos cuerpos, una hacienda, nada más por el momento (...) Después nadamos un rato, pésimo los dos, y eso habría sido gracioso, pero se arrancó una lluvia implacable que nos obligó a salir corriendo de la piscina y a cubrirnos con las toallas hasta casi no vernos<sup>477</sup>

Al protagonista de "¡Al agua patos!", aquél que hemos visto unido a la anécdota de los patos ahogados de la tina, y que arrastra una especie de temor unida al nombre de Chosica que no sabe precisar. El recuerdo le llega siendo adulto, y se logra un día que va a bañarse a la piscina de Huampaní (notamos que son piscinas concretas y repetidas) y escucha una frase que una madre exclama al tirar a sus hijos a la piscina. Esta frase, la del título del relato, le recuerda la escena del baño diario de su infancia y a tía Tati haciendo la misma exclamación:

El muchacho estaba pensando que no valía la pena continuar yendo a Chosica y, al mismo tiempo, miraba cómo la señora insistía para que los niños se decidieran a meterse. La vio retroceder y darle un empujón a cada uno, ella se lanzó inmediatamente después gritando "¡al agua patos!". Cuando él cayó al agua ya lo sabía todo (...) El muchacho se descubrió flotando medio encogido y de costado y recordó a Pancha diciéndole que en esa postura no lo podía jabonar bien. "Al agua patos", dijo y nadó hasta el borde de la piscina.<sup>478</sup>

Y por último, muy irónicamente hay otra piscina, la de Inés en Río de Janeiro. Ésta sí es signo de confort, que recuerda -de aquí la ironía- a esa otra situación en París, cuando Martín se resistía al matrimonio con Inés porque a él le habían educado para ofrecer más que lo que entonces poseía a la muchacha que iba a pedir en matrimonio: "Mi educación y mi respeto por Inés y por mi mismo me impedían casarme antes de tener una refrigeradora"<sup>479</sup> y un perro fino...<sup>480</sup>. Pues bien Inés en aquella ocasión se enfadó reprochando a Martín su ascendencia burguesa como muchas otras veces. Lo que para Martín fue simbólico en aquella ocasión -me refiero al perro y a la refrigeradora- en Inés se convirtió en hecho constante y sonante, porque cuando el protagonista va a visitar a Inés ya casada lo recibe en la piscina, llena de "hondonadas", y con perro; todo lo que

---

<sup>475</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.193.

<sup>476</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.91.

<sup>477</sup> *Ibidem*, p.183.

<sup>478</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., pp.135-137.

<sup>479</sup> Sirve tanto para definir un frigorífico como una piscina (las dos acepciones se dan en *La vida...*)

<sup>480</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.168.

Martínsoñaba para ella y que Inés rechazaba tajantemente:

(Inés) llamó al chofer para que se ocupara de mi maleta, me llevó hacia la piscina, y me dijo que me sentara a descansar un rato, en una perezosa en forma de hondonada verde, (...) Luego me dio un beso en la frente, me dijo bienvenido, Martín, y se instaló a mi lado, en una perezosa en forma de hondonada amarilla. Increíble...<sup>481</sup>

### **3.1.4.7.-Los aeropuertos**

Los aeropuertos, las estaciones, son lugares de paso, de encuentros y de despedidas. y en el caso de las novelas de Bryce Echenique el aeropuerto es el lugar por excelencia -refiriéndonos a medios de locomoción- por una razón obvia, por la nacionalidad de los personajes, peruanos, y su condición de vivir en Europa, que los hace proclives a estos lugares.

La primera escena de *Tantas veces...* tiene lugar en el aeropuerto de Gaulle. Recordemos que Pedro y Virginia vienen de California a París, él a su residencia habitual y ella por primera vez, como compañera sentimental de Pedro.

La imagen que se nos da del personaje masculino es de soledad. Tiene ligeros problemas con su pasaporte, que él probablemente subjetiviza (a los lectores nos falta ver la cara del tipo del control para juzgar sabiamente), pero:

Quien me hubiese visto desembarcar esa mañana, en el aeropuerto Charles de Gaulle, jamás habría dicho que estaba más solo que los muertos del poema de Bécquer, en sus peores momentos. Ni el mismo lo sabía aún, y eso que el tipo del control se estaba demorando un poquito con su pasaporte y él ya estaba pensando nuevamente que de qué le servía andar tan elegante si por el mundo entero los tipos de control seguían demorándose un poquito con su pasaporte.<sup>482</sup>

A pesar de esta soledad y de una leve disparidad de criterios entre ambos, o quizás precisamente por eso, los dos temen salir de este lugar por algo que está más lejos que la razón:

Los dos quisiéramos quedarnos a vivir en este aeropuerto, porque por ahí cerca debe andar todavía el avión que nos sigue acercando a los días que acabamos de pasar juntos en Berkeley.<sup>483</sup>

Esta premonición de Pedro se cumplirá, y su relación será repetir gestos que ya habían sido hechos en su momento y con el entusiasmo de esos días en Berkeley.

La segunda estadía en el aeropuerto, también en su relación con Virginia, será en México, en el Distrito Federal:

Pobre Pedro, también. Quiso complacer en todo a Virginia que lo esperaba amante en el aeropuerto de la ciudad de México, y quería dejar de beber, escribir también, y pasó elegantísimo frente al tipo del control, y la muchacha peor vestida del mundo, por ninguna parte (...) Y la buscó en la enfermería por si acaso fuera la gringa histérica que acababan de llevarse a la enfermería. Tampoco está. Simplemente no estaba. No estaba y punto.<sup>484</sup>

Y la situación debe ser muy dramática cuando el narrador no puede por menos que meterse "afectivamente" en la historia, y compadecer a Pedro, con "ese pobre Pedro, también".

Más tarde habrá otro aeropuerto en sueños, provocado por el deseo: "...se durmió en el instante en que su avión aterrizaba en la Lima que él mismo acababa de crearse con Sophie, y su madre y el abrazo del amigo"<sup>485</sup> Y pasando de libro, para Martín Romaña los aeropuertos tienen connotaciones muy especiales, son también lugares simbólicos, cargados por tanto de historias personales.

---

<sup>481</sup> *Ibíd*em, pp.624-625.

<sup>482</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.11.

<sup>483</sup> *Ibíd*em, p.13.

<sup>484</sup> *Ibíd*em, p.56.

<sup>485</sup> *Ibíd*em, p.58.

El primero será el de su inicial y accidentado viaje de impregnación en la "cultura francesa". Del aeropuerto no logró salir sino en viaje de regreso a los orígenes (traspapeló su documentación y su entrada a Francia se hizo imposible).

Pero la escena más dolorosa, unida al aeropuerto, será la vuelta definitiva de Inés al Perú, en la que Martín no creyó hasta el último momento. Siempre pensó que lograría retenerla con una historia que siempre contaba del aeropuerto del Perú y que en los últimos tiempos repetía en ese intento "por todos los medios de retener a Inés":

Mi plan no podía fallar. Era tan sincero, tan recordatorio, evocaba hasta tal punto el primer instante de mi dulcísima paloma, que no me podía fallar. Inés recordaría, evocaría, captaría, se quedaría calladita porque me adoraba, se despediría, pasaría con los demás viajeros por la puerta número cuarenta y cuatro, desaparecería rumbo a las pistas del aeropuerto, pero como en Lima, Inés, por favor, como en el antiguo aeropuerto de Lima, Inés. Y nos volveríamos a encontrar fuera, como sucedió en una época en Lima, cuando la gente ya se había despedido llorando (...) La historia del antiguo aeropuerto de Lima me encantó siempre y siempre se lo conté y ahora tenía que venirle a la memoria del corazón. Es una historia que todo el mundo encuentra divertida y extravagante, por lo cual resulta eficaz contra la tristeza, (...) Pero, para mí, que viví bajo el terror de lo que me iba a ocurrir una noche de invierno, en un aeropuerto que las autoridades debieron cerrar por triste, esa historia era el arma más poderosa que se ha inventado contra la pérdida del ser amado.<sup>486</sup>

La despedida de Inés en el aeropuerto no fue más que la culminación de esa ida "a poquitos" que desde hace algún tiempo estaba ocurriendo. Y la primera "ida en avión" tuvo lugar, imaginativamente, en el jardín del manicomio en Barcelona, donde Martín se recuperaba de la adicción a un fármaco:

...era cosa de locos mirar un jardín y *sentir* de golpe, de pronto, y del todo, que allí había habido un aeropuerto triste. Pensé en el adiós de la película *Casablanca*, en Ingrid Bergman y el impermeable de Humphrey Bogart jodido en el aeropuerto pero ella tenía que irse por una causa noble, por un ideal, para cambiar las cosas de este mundo, y creí que iba a ser ésa la razón de lo que estaba sintiendo, pero resultó que mi aeropuerto era más triste todavía, mi aeropuerto era el aeropuerto más triste de mi vida, el más triste del mundo entero...<sup>487</sup>

Esta escena que en otra ocasión hubiera podido resultar humorística, dada la paradoja de "volverse loco" en un manicomio, aquí no se logra porque el personaje no consigue distanciarse del hecho que narra, al resultarle, todavía, doloroso; y nosotros estamos compartiendo con él ese dolor y tampoco conseguimos neutralizar lo que tiene de drama.

El protagonista tiene la sensación de que esta escena ya la ha vivido, y que algo muy triste está relacionado con el aeropuerto del frenopático, y un día le llegó la respuesta, ayudado por Octavia de Cádiz:

Era nada menos que un producto del sueño de Inés y los aeropuertos, un sueño que se me había borrado por completo, pero que por ahí andaba en algún tomo de Freud, y en el que efectivamente el jardín lateral del manicomio había sido aeropuerto. Recuerden. Inés incluso me había amenazado con abandonarme en un aeropuerto de París que quedará en París, porque yo no había estado muy de acuerdo con sus deseos de hacer una escala en Río de Janeiro (...) Y entonces yo soñé que, gracias al aeropuerto del jardín lateral Inés lograba abandonarme con mayor facilidad y que yo lograba seguirla viendo todos los días...<sup>488</sup>

Así la escena del aeropuerto ha invadido los espacios del inconsciente, por encima y por debajo (en la imaginación y en los sueños), hasta que se convierte en el hecho real del abandono.

No obstante Inés tuvo que postergar y una y otra vez la partida, por causas mayores, cada vez con más impaciencia, pero al fin llegó y ella no estuvo a la altura de las circunstancias. Y esto todavía le duele al protagonista muchos años después cuando cuenta la historia: otro desajuste entre la realidad y el deseo:

---

<sup>486</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.609-610.

<sup>487</sup> *Ibidem*, p.586.

<sup>488</sup> *Ibidem*, pp.587-588.

Todo un libro preparándolos para esta escena, y ahora resulta que no me atrevo a contársela. Uno se encariña con el lector, y termina queriendo ahorrarle aeropuertos tan tristes. Después reflexiona un poco, un poco más, reflexiona mucho, y piensa que a lo mejor nuestro deber es contar (...) Si me cuesta tanto contarles el final de esta historia es porque quisiera ahorrarles la pena de saber que Inés no estuvo a la altura de lo que yo soñé aquella noche en el aeropuerto. Le faltó algo enorme, y no logró comportarse como mi dulcísima paloma.<sup>489</sup>

Después Martín Romaña intentará repetir ese gesto con Octavia de Cádiz, sin resultado. Ahora fracasará todo lo ajeno a la voluntad, porque voluntad hubo y mucha, pero falló todo lo demás, para gran desesperación de Martín que deseaba, esta vez, como culminación de esa historia peruana no repetida por Inés, estar a la altura de las circunstancias.

Y si antes Octavia le ayudó a soportar, medianamente, la escena del aeropuerto, ahora es con Inés con quién sufre el reverso de esa moneda, a su llegada a Río:

...un teléfono para llamar a Octavia y decirle (...) Escucha mi llanto, amor mío, parece una ducha pero soy yo en un teléfono público de Río de Janeiro. Y si Octavia me perdonaba jurándome que me lo creía todo, contárselo todo: Que el nuevo aeropuerto de París era más cruel que el anterior, éste sí que es cruel de a verdad, Octavia, que había hecho lo imposible por escaparme y besarla como loco en el semáforo, en fin, tú me entiendes, Octavia, pero créeme que ahora el que se despide se jodió para siempre, hice lo imposible, amor mío, por más que tú me convenciste, por más que tú me hicieras jurar que no reaparecería, (...) Octavia, pobrecita, Octavia, yo quería probarte que soy capaz de cualquier cosa por tí, pero quién se iba a imaginar que de esos aeropuertos tan modernos no se escapa ni Cristo, me metieron a un tubo que me absorbió con aerodinamismo, mi amor, me fueron encerrando de sala en sala, cosa de locos, tubos invencibles y salas de cristal antiterrorista y la geste te da de empujones si tatas de ir contra el tráfico y yo que detesto molestar (...) pero lo cierto es que aquí estoy en Río (...) ¿Te acuerdas de que tú misma me dijiste aprovecha, Martín, conoce un poco Río, ahí te relajarás antes de llegar a Lima, creo en tu amor porque lo estoy viviendo, Martín, y es natural que algún día tú e Inés se vuelvan a ver, te acuerdas, Octavia? Claro que no pudiste con tu genio y me pegaste esa cachetada tan llena de orgullo, de amor, de dolor por una partida que en ese instante, para mis adentros, dejó de existir: a tí te daría el amor del antiguo aeropuerto de Lima, a tí te daría el amor a toda prueba, por quién se iba a imaginar que esos tubos de mierda me iban a despachar prácticamente a Río de Janeiro.<sup>490</sup>

Habrán también en la novelista de Bryce aeropuertos anónimos llenos de soledad a veces, o de soledad en compañía, como el de " Una tajada de vida ", de *Magdalena peruana...*:

Casi nadie lo fue a despedir, como siempre, a veces una muchacha como un regalo de Lima la horrible, casi nadie lo había venido a recibir, como siempre, a veces uno de sus hermanos, y nadie le espera en el aeropuerto de París...<sup>491</sup>

o como el de " En ausencia de los dioses ", del mismo libro, otros aeropuertos tristes para ir a lugares también tristes como en un presentimiento.

### **3.1.4.8.-Las fiestas**

Las fiestas, por diversos motivos, son lugares aptos para la relación y el conocimiento de otras personas. Y aquí se producen, algunas veces, los encuentros de nuestros protagonistas. Pedro Balbuena conoce a Virginia en una fiesta y también a Beatrice, y hay varias coincidencias en las dos ocasiones. En ambas el interés de la muchacha es mayor que el que siente el protagonista y también las dos se sienten atraídas por ese aire de "desprotección y soledad" de Pedro:

En mi vida he visto un tipo así de elegante y de descuidado. Y se ha pasado la mitad de la

---

<sup>489</sup> *Ibidem*, pp.608-609.

<sup>490</sup> *Ibidem*, p.626-627.

<sup>491</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.157.

fiesta sentado en un rincón, rascándose la cabeza y bebiendo solo. Parece estar tan solo aquí, en Berkeley.<sup>492</sup>

En el caso de Beatrice, la verdad, Pedro, que acababa de ser abandonado por Sophie, no mostró, en ningún momento, interés por la adolescente (tendrían que pasar ocho años para que lo sintieran); per sí por Virginia, en esa época en que Pedro estaba en pleno periodo espacio-distanciador, como método de olvido -de Sophie por supuesto-. Y hay otra circunstancia que las acerca: Beatrice sentía fascinación por el Perú, y Virginia tiene la misma atracción por Brasil y por México:

...¿Por qué la inquieta así?, ¿por qué?, si es tan diferente a ese sueño infantil y gracioso en el que Antonio das Mortes tocaba su puerta y de sólo verle igualito que el cine ella perdía la cabeza (...) se la llevaba para siempre a una región que su profesor había señalado en el mapa de Brasil (...) Ésta es la región conocida como el Matto Grosso, señalaba el profesor, y esa noche ella en la cinemateca de San Francisco descubriendo con placer y angustia que no sólo México la fascinaba sino también Brasil...<sup>493</sup>

Y también las dos reciben noticias de los países sudamericanos a través del profesor de Geografía.

Por su parte Pedro, en las dos ocasiones, está en un estado tal de ebriedad, que al día siguiente no recuerda nada de lo ocurrido.

La versión de los hechos, como en otras ocasiones, nos llega a través del recuerdo de uno y otro, conducidos por un narrador en tercera persona. Virginia: "recordaba también aquella primera noche, aquella fiesta en que había perdido la cabeza por él, y la angustiada pena que sentía escuchándolo cantar flamenco ante un público que cada vez entendía menos y que apenas disimulaba su burla"<sup>494</sup> y Pedro, a la mañana siguiente de esa misma noche, rociada de alcohol, despierta con Virginia, sorpresivamente para él, con todos los malestares del mundo, tantos que:

...hacía indispensable la presencia de alguien que tenía que estar allí en ese momento tan largo y tan malo. No recordaba a Virginia, cuando volteó lentamente a mirar a la izquierda (...) Muchas gracias, le dijo deduciendo que había sido ella quien lo había arrastrado hasta su habitación...<sup>495</sup>

En el caso de Beatrice, que también es recuerdo, aunque mucho más lejano, se despertó con el doctor Chumpitaz, quién también le sirvió de recordatorio, probablemente no "tan rico" como Virginia, poniéndole al corriente de todas sus excentricidades:

Lo despertó el doctor Chumpitaz con una sonrisita entre piadosa y crítica, y cuyo efecto fue que a Pedro, los cuatro alka-seltzer que se tomó, no le hicieron el menor efecto. Y además se puso a contarle, con lujo de detalles, todo lo que había hecho anoche, para desesperación de los dueños de casa, que en su visita al Perú habían cenado con su mamá y la habían encontrado la mujer más exquisita de todo Sudamérica, casi francesa, y con un acento que se veía que había estudiado en el Sagrado Corazón. Anoche sí que la había embarrado, camarada Pedrito, todo el mundo fingiendo no haber visto nada, pero ya cuando usted empezó a mearse en un jarrón chino, no tuve más remedio que echármelo al hombro y traérmelo a casita. Y la pobre Beatricita, Pedrito...<sup>496</sup>

Habrán otras fiestas, pero en ellas ya no estará Pedro sino Martín Romaña, aunque las circunstancias se repitan, el grado etílico importante de los protagonistas y el show final, más o menos lamentable, antes de Pedro y ahora del protagonista de *La vida exagerada...* en "no importa el lugar geográfico". Puede ser en Berkeley, en la fiesta en que conoció a Virginia, en París y en la casa burguesa de unos amigos de su madre, o en Londres, en el caso de Martín, con un amigo inglés bohemio, que combina esta condición con la otra de banquero en la "City", y que en esta ocasión fue el presentador del espectáculo:

Con cuatro vozkas quedé listo para la hazaña, pero por el camino me tomé con Philip que llevaba mucho más de cuatro tragos, y me invitó a beber. Me enteré de que llevaba por lo menos doce

---

<sup>492</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.31.

<sup>493</sup> *Ibidem*, p.34.

<sup>494</sup> *Ibidem*, p.37.

<sup>495</sup> *Ibidem*, p.37.

<sup>496</sup> *Ibidem*, p.151.

tragos, porque generalmente a partir de esa cifra me pedía que le contara la tragedia del Estadio Nacional de Lima. Pero esta vez, Philip quería que contara la historia en público, y empezó a dar de gritos para que la gente se acercara a escucharme. La prensa inglesa había informado bastante acerca de esa historia tan sudamericana, pero para todos los invitados ésta era la primera oportunidad de escucharla de boca de un nativo, de un auténtico peruano, de un hombre que había estado presente la tarde aquella en que centenares de personas murieron o resultaron heridas en un partido de fútbol, porque a un árbitro se le ocurrió tocar el pito cuando no debía tocar el pito. Así, más o menos, me anunciaba Philip, y los invitados empezaron a rodearme y a mirarme, a mirarme más y a rodearme más mientras yo iba comprendiendo a fondo la cinematográfica soledad de King kong. (...) De los dormitorios llegaban tipos abrochándose la bragueta, muchachas con la bragueta desabrochada, con un zapato en una mano y un lápiz de labios en la otra y yo no sabía si empezar o empezar a que se pintaran primero. Pedí más trago y me dieron más trago del que pedí (...) Había gran ambiente, por fin alguien había logrado interesarles en algo, y hasta sonreían *como si estuviesen en una fiesta*, yo casi les pregunto si querían que les contara la historia con la puerta de la jaula abierta o cerrada. (...) Y me lancé a los muertos y heridos del fútbol en el Perú, empezando desde la fundación del Imperio Incaico (...) Comprendí entonces que podría arruinar mi historia (...) Era urgente cortar camino, pero no sabía por dónde, y recién andaba la independencia del Perú, que además ahí a nadie parecía interesarle. Empecé a perder público (...) Logré huir del estadio a eso de las tres de la tarde del día siguiente, y malherido...<sup>497</sup>

En los recuerdos de adolescencia de Martín Romaña, ya lo he comentado antes de pasada, se habla de una fiesta que guarda un parecido significativo con la que asiste Mañuco con los Malkovich de la que luego hablaré. Es una reunión de empresa donde acuden jefes y empleados. Martín acompañó a su tío, en aquel viaje de vuelta de Piura tras su primer amor no correspondido, al que también, hay que decirlo conoció en una fiesta anónima y que fue rechazado en otras dos, también sin relevancia: "Duré dos días en Piura, porque a las dos fiestas a las que fui la chica se negó a hablar conmigo."<sup>498</sup>

En la fiesta de su tío -la decepción de la muchacha piurana no causó estragos- también conoce a una muchachita:

...medio indiecita de hablada y costumbres, y que al mismo tiempo no puede parecerse más a Greta Garbo debutante. Todo esto entre cerveza para los adultos, chicha también para los adultos (...) Y yo ahí dale que dale tratando de hacerme hombre y después con una horrible pena en el alma y bebiendo hasta por los codos porque la Greta Garbo debutante apenas si me entiende en castellano y yo insisto en bailar una vida entera con ella mientras los empleados de mi tío insisten en que se trata de una sirvientita, muy buena moza eso sí, pero sirvientita y nada más.<sup>499</sup>

Notamos que los tics de Martín vienen de la adolescencia, marcando camino y no bien se desabrazaba, después de soñar esa vida entera con una muchacha, vuelve abrazarse con el mismo ahínco. Y del otro componente, que hará escuela, el exceso de copas, huelga todo comentario.

Y fue una fiesta, la que da el anfitrión pintor de la exposición de Bruselas, el escenario del primer encuentro amoroso, con declaración explícita entre Octavia de Cádiz y Martín. Como excepción, esta vez la borrachera no es tanto de alcohol como de sentimientos:

La fiesta había empezado y nuevamente todos me empujaban a tomar a Octavia entre mis brazos. ¿Qué esperas?, me decían al oído, cuando pasaban a mi lado (...) Julio Ramón me alcanzó un whisky, y no tuve el coraje de explicarle que me estaba totalmente prohibido beber. Se lo acepté como si nada y me lo tomé también como si nada... Con otro whisky en la mano me acerqué al tocadiscos y puse un bolero que se me remontaba casi a mi infancia (...) nunca había temblado tanto en mi vida en la oscuridad. Los amigos enmudecieron mientras Octavia me llevaba de la mano hasta el centro de la sala.

-Tú has puesto el disco, Martín- me decía-, invítame a bailar, por favor.

-Bailo pésimo, Octavia.

---

<sup>497</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.48 y ss. La cursiva es mía.

<sup>498</sup> *Ibidem*, p.439.

<sup>499</sup> *Ibidem*, p.441.

-Quiero bailar pésimo contigo, Martín.

Nos mirábamos, como muy pocas veces nos volvimos a mirar, mientras yo le contaba, mientras yo le pedía por favor que me creyera que toda la vida, toda la vida (Sí, Martín), toda la vida, Octavia había soñado con volver a bailar ese bolero con ella. ¿Lo recuerdas, Octavia? (Sí, Martín), ¿Octavia de Cádiz? (Sí, Martín)...

Te he querido siempre, Martín -me dijo ella, cuando terminó la música y volví apartarla de mí para ver bien su cara sonriente y saborear con ambas manos el maravilloso cuerpo que cubría su traje naranja.<sup>500</sup>

Y Mañuco de " Un sapo en el desierto " también asistirá, como invitado de don Pancho, a la fiesta anual que los de la Pasco Corporation celebraban con motivo de "Fin de año". Es una fiesta animada con alcohol y con sexo; y el resultado final es más dramático que en las anteriores, en las que únicamente salía dañado el protagonista, su reputación y el hígado. En esta ocasión hay que sacar el revólver para contener a una multitud embravecida y el saldo es de varios heridos graves.

Pero antes de los disturbios, un Mañuco de dieciséis años "fue bailado" por una cuarentona y además ¡cómo no! se vio terriblemente atraído por una muchacha francesa:

...entonces llegó la ingeniera Frisancha de mi vida esa noche (...) Y, aunque no sea ésta la mejor manera de contarlo, la ingeniera Frisancha era francesa y podía doblarme la edad y la estatura y la vida. La vida también podía doblármela (...) Y sin duda por eso yo miré otra vez al techo y le rogué que esa mujer no fuera más que un detalle más de su tristísimo decorado (...) Objetivamente, Charlotte debía ser una mujer de unos veinticinco años, tal vez la esposa de un ingeniero francés, (...) y tal vez yo sé qué diablos más pero ustedes me entienden. Era demasiada hembra para mí, objetivamente, pero yo andaba ya completamente subjetivo y además el uniforme que usaba la condenada en la guerra. Si uno le miraba el escote, literalmente desaparecía toda la pista de baile y, si uno le miraba a los ojos, literalmente desaparecían todos los sonetos de amor de mister King, y si uno miraba de cuerpo entero, cara a cara y como todo un hombre, uno desaparecía por completo...<sup>501</sup>

### **3.1.4.9.-La calle**

No es la calle, entendida como el hecho voluntario-placentero de salir para..., lugar frecuentado por los personajes de la novelística de Bryce, mucho más aficionados "al calor artificial" que les puede proporcionar cualquier bar o café. Puede ser que el clima de París no estimule adecuadamente, o simplemente cuestión de preferencias.

La calle es para Pedro Balbuena, en una ocasión, espacio-señuelo donde quiere llevar a Virginia, recién llegada a París, para remediar la impotencia de ver llorar a la muchacha. Y sirve de excusa para distraerla de aquello que le hacía derramar tantas lágrimas: la indefensión:

-Salgamos a pasear.  
-Está lloviendo.  
-No puedo verte llorar, Virginia. Salgamos a pasear.  
-Está lloviendo.  
-Salgamos a pasear con impermeable.  
-Pedro, quiero volver a casa.  
-Esta es tu casa por ahora, y te va a gustar, Virginia.  
-Odio esta ciudad.  
-No la conoces. Ni siquiera conoces la calle en que vivimos...<sup>502</sup>

En otra ocasión, y sin Virginia, será el lugar de la búsqueda infructuosa de la americana, en

<sup>500</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., pp.105-106.

<sup>501</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.106-107.

<sup>502</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.16.

Cuernavaca. A Sophie, Pedro la buscaba en los bares elegantes, a Virginia en la calle:

Cuernavaca. Camine usted. Acuéstese a no dormir y levántese poniéndole la corbata a Quevedo. En los bares no descansaba, bebía tratando de estimularse para el próximo itinerario buscando a Virginia. Es el mismo itinerario de hace dos horas pero dos horas más tarde, lo cual quiere decir que es otro porque por ahí puede venir Virginia. Una esperanza. Las muchachas norteamericanas que estudian en Cuernavaca. Alguna puede conocer a Virginia...<sup>503</sup>

Y es precisamente en la calle donde Pedro conoce a Sophie, en su calle como un regalo. El protagonista salía a llevar "a los consagrados" un cuento para que le dieran su opinión. Se quedó sin cuento en este primer momento, y sin historia unos meses después: "tres meses, cinco días y las últimas veinticuatro horas...":

A unos cien metros de su puerta, y contra todas las leyes del tráfico, se ha estacionado un automóvil demasiado enorme para esa calle. Enormemente inglés, enormemente de qué marca será, enormemente caro, enormemente con su chófer uniformado adentro sin lugar a dudas... Pero qué brutos los peatones que se quedan mirando el automóvil y no a la mujer maravillosa que de qué otro carro podía provenir y que viene acercándose ahora con su mastín...<sup>504</sup>

Curiosamente -una posible razón ya ha quedado apuntada-, por la cantidad de cosas que ocurren en la novela, la calle es apenas mencionada en *La vida...* y en *El hombre...* Novelas de "espacios cerrados" y ¡hasta qué punto! en algunas ocasiones.

La calle, en una ocasión, le sirve a Martín para no enfrentarse a solas con la imagen confusa que Juancito Velázquez había encontrado en su radiografía. Es un paseo, en solitario pero la calle le sirve de escenario móvil, de reflexión, e incluso de acicate:

...anduve largo por las calles del Barrio Latino. Pasé por la Sorbona, le saqué la lengua, y juré no volver a aplaudir nunca más a los profesores de azul marino. Ni yo les entendía a ellos, ni ellos me entendían a mí (...) En todo caso, estaba jodido, y hasta ahora París sólo me había servido para eso. Bueno, mejor era regresar al departamento y no andar ensombreciéndose tanto, bastaba con el color de mis pulmones.<sup>505</sup>

También en los primeros tiempos en París -Inés y Martín aún no se habían casado-, la calle, puede ser, el lugar, uno más, donde continuaban amándose: "la pareja que será iba al cine y al teatro todos los días, se amaban en mi techo, reía y se amaba por las calles del Barrio Latino"<sup>506</sup>. Y naturalmente la calle será el escenario único en "el mayo del 68", y a ella "se tiró" Martín, primero en solitario, uniéndose al grupo de sordomudos, y después con Sandra y su amigo Salaverry, pero más que nada para ver si encontraba a Inés tras una barricada. Y el filósofo amigo para recoger un "souvenir" para sus recuerdos trascendentes. Igualmente, en esta época, la calle -la calle o nada sería el slogan- le sirve a Martín para "convertirse" en héroe a los ojos de Sandra, y de este modo conseguir "sus favores":

...avancé hasta el centro de la plaza de la Contrescarpe, recogí un poco de tierra al pie de un árbol, me ensucié bastante un hombro, un codo, el fundillo del pantalón y ambas rodillas, y partí a hacer jogging en la plaza de Panthéon. Una vuelta, media vuelta más, y entre que hacía tiempo que no corría, entre los express bien cargados y unos nervios de la puta madre, igualitos a los que habría sentido tras haber puesto unas bomba en Nôtre Dame (...) había logrado por fin los efectos indispensables post-operativo X 023: corcoveaba, todo en mí corcoveaba (...) Todo esto por tí, Sandra...<sup>507</sup>

Hay dos personajes en *La vida exagerada...* que hacen de la calle un lugar habitual por razones que se nos escapan. En un caso, quizás debido a la "altura" del paseante:

... se pasaba media vida paseando solo por París, como buscando enterarse de algo que

---

<sup>503</sup> *Ibíd.*, p.60.

<sup>504</sup> *Ibíd.*, p.254.

<sup>505</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.66.

<sup>506</sup> *Ibíd.*, p.174.

<sup>507</sup> *Ibíd.*, p.408.



escapaba por completo a mi control, algo que él buscaba con una mirada que alcanzaba alturas totalmente inaccesibles para mí. Daniel medía casi dos metros y calzaba zapatos que no se encuentran en el mercado común de los hombres. Era muy pintón, y con ese tamañazo le resultaba muy fácil mantener siempre la mirada por encima de todos los gatitos y perritos de París, lo cual le daba a su andar tan solo una dignidad tan elegante como misteriosa, ya que nunca se fijó dónde pisaba y sin embargo jamás pisó caquita de bicho...<sup>508</sup>

Y el otro "Pies Planos", así apodado porque parecía, de oficio, aplanador de calles: "se iba a caminar a trancadas por las calles con sus zapatotes, hasta que los amigos que más lo querían lo bautizaron Pies Planos. El hombre (...) en sus interminables caminatas pensando sabe Dios en qué..."<sup>509</sup> Y probablemente estos paseos le sirvieran para quemar esa contradicción en que se había convertido su vida: el Grupo y su afición a la literatura, que él creía impropia de un revolucionario. Por estas contradicciones perdió a una mujer, y fue tras ella por las calles de Amsterdam "caminando desnudo..."<sup>510</sup> y ya por el mundo de la locura.

En *El hombre que hablaba...* la calle fue "el refugio" de Octavia y Martín en Milán; porque en el apartamneto que habitaba la muchacha había demasiado de Eros en el ambiente aunque él no estuviera, porque "la walkiria" inquisidora se lo iba recordando en cada gesto:

...la walkiria era en efecto una walkiria, la pongan donde la pongan. Nos saludó apenas, porque parecíamos estar tramando algo contra el señor príncipe, y puso sobre una preciosa mesita de cristal todo lo que necesitábamos para quedarnos solos. Luego, se retiró con odio y dándonos la espalda, cosa que me permitió comprobar que por detrás era tan rubia y monumental como por delante y de costado.

-Le tengo pánico -se mató de risa Octavia-; no bien empieza a limpiar mi apartamento yo me meto a la tina y me quedo horas y horas leyendo las maravillosas cartas de...<sup>511</sup>

La calle fue, para ellos, el lugar impersonal -probablemente bello- (hay escasas referencias al entorno a pesar de las exclamaciones de Octavia diciendo "que a ella le hubiera encantado que alguien le enseñara Milán, como me lo estaba enseñando a mí"<sup>512</sup>), y el motivo lo sospechamos. Lo verdaderamente importante era lo que aquí estaba ocurriendo:

Las calles de Milán nuevamente y algo que pasaba en todo lo que hacíamos. Nos reíamos tanto, sin embargo.<sup>513</sup>

Y así, las calles de Milán y nuevamente, aunque algo pasara en todo lo que hacíamos. Aunque Bimba, Maximus, le ha tomado terror a los gatos negros. Aunque crucemos mejor a la vereda de enfrente porque Bimba, Maximus, le ha tomado terror a pasar bajo una escalera...<sup>514</sup>

Ya lo sabemos, todo lo que le pasaba a Bimba le pasaba a las calles de Milán, y le pasaba también a Octavia, la verdadera protagonista de estos "terrores". Algo le estaba pasando, realmente, a Octavia.

Hay dos cuentos, uno de *La felicidad...*, " Florence y nós tres ", y otro de *Magdalena...*, " Apples ", en los que la calle tiene un protagonismo. El primero porque es aquí donde se cruzan por primera vez el protagonista-narrador del relato y una muchacha, Florence, que da título e interés al cuento; y el otro porque la calle y el protagonista se confunden en el mismo anonimato. En " Florence..." el protagonista, un profesor de idiomas en una escuelita infecta, conoce a "su alumna" -la única nota de color en la vida del personaje- en una clara postura de inferioridad. Hecho que determinará, en cierta manera, la actitud de dominio afectivo que la adolescente tendrá en lo sucesivo:

...Ya la había visto horas antes, en la calle que llevaba hasta la pequeña escuela de Madame

---

<sup>508</sup> *Ibidem*, p.223.

<sup>509</sup> *Ibidem*, p.211.

<sup>510</sup> *Ibidem*, p.311.

<sup>511</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.309.

<sup>512</sup> *Ibidem*, p.317.

<sup>513</sup> *Ibidem*, p.315.

<sup>514</sup> *Ibidem*, p.316.

Beaussart. Yo estaba en el suelo, caído, profundamente avergonzado y solo. Fue entonces cuando noté que, a mi derecha, alguien pasaba esquivándome, sin mirarme, haciéndose simplemente a un lado como quien evita un desagradable obstáculo en su camino. Dos piernas delgadas, muy bellas, y cuando se alejaron pude ver que eran las piernas de una muchachita rubia, con el pelo recogido sobre la cabeza. Se alejaba y luego entraba, metros más allá, por el portón de la misma escuelita en que yo daba clases de castellano.<sup>515</sup>

En " Apples ", una joven muchacha de nombre desconocido pasea por las calles de...¿? llevando una historia de amor que no funciona por un temor irracional a perder la independencia afectiva:

Hay viajes, ni siquiera viajes, porque son simples recorridos por la ciudad, por un barrio de la ciudad, y que sin embargo resultan interminables, dolorosas aventuras de condensación, de descubrimiento. Y hay descubrimientos que no son más que el enorme resumen de todos nuestros problemas Juan. (...) Nunca he amado así, tampoco, pero también a eso le tengo miedo. (...) Ya te llevé las flores, ahí las encontrarás ante tu puerta, pero yo sigo andando...<sup>516</sup>

Esto es un diálogo imaginado con su pareja, del que sabemos mucho más que de ella de la que no sabemos nada: se llama Juan, es pianista, mucho mayor que ella, y ese día cumple años, pero está ausente.

La calle, para Felipe Carrillo en los últimos tiempos de Eusebia, pero sin ella, es mucho más que un lugar físico, es un estado del desarraigo en el que ha quedado el protagonista al desabrazarse de "Euse", sin darse tiempo a acomodarse, y porque la lluvia, en forma de bolero cantado "riquísimo" por la mulata, y antes y después como fenómeno atmosférico, en la primera ocasión insinuante, y en la segunda estando próximo el fin (demasiados recuerdos juntos). Era el último día-separador.

Y cuando el recuerdo que llega con la lluvia se hace insoportable, acudía al consuelo de Catherine que:

...corría a responderme porque sabía que era yo porque estaba lloviendo, le decía *le problème, Catherine*, desde la calle, y me siento en la calle, y ábreme por favor, y esto realmente en la calle, Catherine, en la lleca, en la lleca, en la mismísima lleca, Catherine. Me abría la puerta...<sup>517</sup>

Otras veces, demasiada soledad a compartir lo lleva a la calle sin metáfora, a buscar algo que no sabe precisar, pero que igual duele. Y hay dos gestos en estos desplazamientos, el paseo y la caminata. El primero exhala placer, el segundo dolor:

Había regresado de un paseo por el barrio lluvioso igual que aquel paseo al que dio lugar a la escena de incienso en el departamento de Catherine. Llevaba miles de paseos, años de paseos, por un barrio de París o de mi vida en el que siempre llovía (...) A veces, paseaba siglos en una sola noche. A veces, en semanas y meses de noches enteras casi no paseaba nada cuando caminaba medio sonámbulo por calles semidesiertas o por calles en sábado de colas interminables delante de algún prostíbulo, por el cual también ya había pasado o paseado, no se bien, entre mi problema y alguna cara que no sé si andaba buscando y parecida a la de Eusebia, o no sé lo que andaba buscando. Nunca me detenía. Detenerse, muchas veces, entrar en un bar abierto (...) era algo tan parecido a la compasión. Avanzaba, pues, con la única esperanza de que la caminata se transformara en paseo.<sup>518</sup>

Y llegamos, "paseando", a " Los grandes hombres... " de *Dos señoras conversan*. Aquí aparecen las calles y lugares de París como todo el mundo imagina que son en el primer viaje de iniciación.

Nosotros los conocemos como recuerdo feliz, tal vez el más feliz, de Santiago, muchos años después de ocurrido, y ya con la ausencia definitiva de Eugenia (la compañera que daba sentido a estos paseos). De ellos han quedado instantáneas de aquellas "tardes enteras vagando por París". Y perpetuándose:

El perfil de Eugenia con el fondo de Notre Dame y algo del Sena. Eugenia alejándose por algún sendero del jardín de Luxemburgo. Eugenia tomando café en una terraza del Trocadero. O en el

---

<sup>515</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., pp.27-28.

<sup>516</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.121.

<sup>517</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.211.

<sup>518</sup> *Ibidem*, p.213.

café La Choppe, en la plaza de la Contrescarpe. O tumbada al borde del Sena...<sup>519</sup>

Y para poner fin a la calle como escenario de las anécdotas de los personajes de la narrativa de Bryce Echenique, voy a apuntar dos observaciones, una generalizadora y otra puntualizadora. Las dos referidas a París, la ciudad por excelencia de estas aventuras.

Las calles anónimas, las que no son lugar de los hechos concretos, sólo de la mirada atenta de cualquier paseante (en la ciudad habría que decir viandante), con un mínimo de tiempo para reflexionar, están llenas de miradas de odio y gestos de idéntico pelaje; y aunque las alusiones concretas son mínimas, como que se respira en el ambiente esa agresión indeterminada, que se hace evidente cuando los que estaban en las calles, hace un momento, se detienen y se observan. Así en el metro:

...Pedro (...) se atravesó medio vagón pisando todos los pies enemigos que pudo, para que lo odiaran más todavía cuando lo vieran abrazar, extranjero además, a la muchacha que los iba a hacer llegar a todos bastante jodidos a casa.<sup>520</sup>

La estación Lyon atiborrada de gente que corre hacia los andenes del verano casi sin tiempo para una mirada de odio al tropezarse.<sup>521</sup>

Recuerdo cuánto me gustaba cantar por las calles, y que los días de muy buen humor cantaba en todos los idiomas en que mi educación privilegiada (...) una verdadera provocación tercermundista, porque muy a menudo se interrumpe la caquita que está haciendo un bichito monstruoso en la vereda, acompañando a y acompañado por un señor o una señora que le conversa amablemente pero con prisa. Pasa uno e interrumpe. Extranjeros de mierda, cada cosa en su sitio y para cada cosa su horario.<sup>522</sup>

Y la segunda, la referencia constante al Barrio Latino (en "el díptico" fundamentalmente) -lugar mítico por excelencia-, y unos lugares muy concretos dentro de él: la placita Contrescarpe, escenario que sirve igual de "adecuación gauchista" (recordemos a Martín ensuciándose con tierra de la plaza), que de invitación a una muchacha, Sandra -el espíritu del 68 que estaba como "Pepa de mango"-, no precisamente desganada, a "un cafecito":

...la invité a un café de la Contrescarpe y la fui observando comerse un hot dog, dos hot dogs un milkshake, de postre pidió un banana split, todo mientras yo consumía dos austeras copas de vino del vino más barato...<sup>523</sup>

Repitió con Carmencita Brines. Y con Octavia de Cádiz fue el lugar-venganza donde la madre de la muchacha, desde el coche-búnker, tuvo que soportar los "arrullos" de la pareja, con gran regocijo para Martín que obtuvo el único triunfo de toda la relación:

Se retiró el chófer, para poder retirar el auto de madame la mamá, y por poco no me retira a mí también la plaza de la Contrescarpe. Y sin embargo, lo humano muy humano que es uno: como a un hijo de puta cualquiera, la escenita increíble me produjo un gran placer, al mismo tiempo: el enorme placer de que la madre de Octavia, la madre de su hija princesa y todo eso, me viera, claramente por la elegantísima ventana de su búnker con chófer, bien agarradito de la mano con Octavia de Cádiz, con la *principessa* Octavia Torlatto-Fabbrini, y con quien quiera.<sup>524</sup>

Y saliendo de la placita se entra en la rue Mouffetard, el lugar de "La Sopa China", el lugar por tanto de Octavia. Y atravesando la plaza en el otro sentido se llega a la rue Descarmes, lugar del apartamento de Pedro Balbuena. Y en lo que respeta a Martín, tanto su antiguo como su nuevo apartamento: "quedaba, en el corazón del área más antigua del Barrio Latino, a unos cien metros de la rue Mouffetard y de la placita de la Contrescarpe"<sup>525</sup>. Y ampliando el círculo y dando un saltito en la esfera social, les Boulevards, el de Saint-

<sup>519</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.185-186.

<sup>520</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.137.

<sup>521</sup> *Ibíd*em, p.188.

<sup>522</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.334.

<sup>523</sup> *Ibíd*em, p.377.

<sup>524</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., pp.297-298.

<sup>525</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.25.

Michel, residencia de Inés y el de Saint-Germaine, donde escritores como Bryce Echenique o Ribeyro "matan" el aburrimiento.

Y claro, esta fijación por este entorno no tiene otro motivo, además de literario: allí vivía Hemingway, que el hablar sobre las cosas y lugares conocidos. Y ha sido una presentación casual (no buscada por ninguna de las dos partes), de una de las tantas personas que se interesan por los escritores, el que me ha abierto la puerta de las coincidencias, una vez más: "Barrio Mouffetard de París. Pequeño apartamento, balcón lineal, (...) Joven, libre..."<sup>526</sup>.

Y ya en otra dimensión, como puente-símbolo que lo cruza el puente Alejandro III que era el preferido de Octavia. Y en la otra orilla la casa de la muchacha que se adivina, allí al otro lado de una valla blanca, cerca del Bois de Boulogne. Demasiada "distancia" para poder acortarla.

Y como contrapunto de la calle, siempre urbana, como corresponde a los personajes de estas novelas, quisiera comentar unas anécdotas, en las que el campo -o la naturaleza sin urbanizar- resultaron escenarios no buscados por el protagonista de "la vida exagerada".

Y el campo, y a la carrera -una forma de "paseo" un tanto forzado-, no será para Martín el lugar donde los pulmones se ensanchen, se relajen los ánimos, y uno coge un bonito color de aurora boreal, más bien todo lo contrario, por esas razones que no escapan en el momento en que se conozca la historia.

Uno es la huida de Vera de Bidasoa, perseguido por lo que él cree "la autoridad":

Eran doce kilómetros hasta Elizondo, y me fui por los campos, bajo la lluvia torrencial, tras haber escuchado cómo hasta los niños de la turba enfurecida me maldecían (...) Cada cierto tiempo me detenía para ver si el mastodonte me seguía con una linterna, botas de caucho, y un fusil al hombro. Ahí venía. Estaba seguro. Pensaba seguirme hasta Elizondo. Luego ahí... Ahí.<sup>527</sup>

Y el otro, tan impulsivo que se obvian las puertas. Será en Logroño, y esta vez sí con "la autoridad competente" pisándole los talones:

...buscaba los muebles que encontraba a mi paso para irlos destrozando y destrocé el vidrio de una enorme ventana y había un ómnibus abajo, rugiendo en el camino que entraba en subida al pueblo, no me dolió caer sobre el ómnibus y seguí buscando a gritos por los campos de la Rioja alavesa que atravesaba en pijama, gateando como loco a cada rato porque se me caían los pantalones y me enredaba y rasgaba la tierra con mis manos cuando me revolcaba semidesnudo. Comí barro. Salí disparado a comer barro más lejos porque tirado en los campos, vi que me seguía la pareja de guardias civiles del pueblo.<sup>528</sup>

### **3.1.4.10.-Otros**

En todas las ocasiones -menos en una- las estaciones son lugares de paso y de pérdidas en nuestro caso. Importantes unas y otras no tanto, en dependencia del grado de relación del que se va o se queda. En la estación del ómnibus de Cuernavaca, Pedro Balbuena dice adiós a Virginia definitivamente. Es una despedida ambivalente, en cierto sentido, porque Virginia siente por Pedro rechazo pero también atracción. Durante el recorrido a pie a la estación uno va detrás y el otro, a unos pasos, porque Virginia no quiere que nadie piense que tiene algo que ver con ese "clasado":

Ya estábamos ahí. El próximo ómnibus partía dentro de quince minutos. Compré mi boleto y me senté en un pequeño bar, a un lado de la entrada. Me estaba mirando o sea que pedí dos cervezas y puse una a mi izquierda sobre el mostrador. También he comprado dos boletos, le dije, al ver que se había sentado a mi lado. No era verdad, pero quería que me recordara insistiendo. Incliné la cabeza y

---

<sup>526</sup> Manuel Osorio, "Como me hice escritor (Entrevista a Bryce Echenique)", *Cuadernos para el diálogo*, 30 Abril de 1977, p.59.

<sup>527</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.108.

<sup>528</sup> *Ibíd.*, p.560.

su cara desapareció entre la palma de sus manos.<sup>529</sup>

Con Claudine, otra de las mujeres de Pedro, las cosas son muy diferentes. Hay ternura, mucha ternura entre ellos -la que sobró de la relación truncada-, y la despedida es con lágrimas. Aquí no se rompe más que el vínculo de la amistad, que puede ser tan importante como el del amor (lo estamos viendo a cada paso) y que también duele. Pedro se va definitivamente de París a Italia, y de la única persona que se despide es de Claudine, en la "estación Lyon...

-Mañana. Cita a las ocho en punto de la noche para cenar (...)

-¿No necesitas nada?

-Trae el ojo verde y el ojo azul. Basta y sobra.

Se saltaron al cuello, a las ocho en punto. Ninguno de los dos había confiado nunca en la puntualidad del otro, y a eso le estaban atribuyendo como un par de imbéciles el que diez minutos más tarde ya no les quedara casi fuerzas para seguirse abrazando.<sup>530</sup>

Martín Romaña perderá a Sandra, física y humanamente, sin que sufra excesivamente por ello, en España y en la estación de León. Antes Sandra había ayudado a Martín a salir de "un lío" con la Guardia Civil a propósito del suicida a quien abre la puerta:

Estación de León: ahí sí que Sandra metió las cuatro. Yo no había perdido la esperanza de que me acompañara hasta Oviedo (...)

-Bueno, Martín, te lo diré de la forma más directa que hay: Quiero saber si las declaraciones que le inventé a la policía sólo para salvarte y porque odio a los policías eran verdad. Quiero saber si he dicho la verdad sobre lo que pasó con ese hombre en el vagón del fondo.

-Dijiste toda la verdad, Sandra, y me salvaste de un buen lío. Precisamente lo malo es que dijiste la pura verdad verdadera, porque yo ahora he dejado de creer para siempre en ti.

-Regreso a Madrid: de ahí me será más fácil hacer autostop hasta París.

-Tu tren sale del andén de enfrente, creo.

-Sí, ya lo se. Adiós.

(...) Al cabo de unos instantes, Sandra era una muchacha muy guapa que esperaba sentada cabizbaja en una banca. Yo me fui a buscar una cerveza (...) No estaba, cuando regresé tras haber comprobado que ya no tardaba en partir mi tren.<sup>531</sup>

Hay dos escenas más que tienen como marco la estación: la despedida y el recibimiento de Mañuco con Sally y don Pancho. La primera marcada por la timidez de la situación, un adolescente y unos adultos entre los que, simplemente, hay una relación empática de unas horas:

Bueno, y ahí vino una de esas escenas que la vida inventa sólo para que uno no las olvide jamás. Bajas jadeante de nervios del tren y la gente que ha venido a recibirte con tanto cariño también anda jadeante y a nadie ahí se le ocurre nada mejor que seguir y seguir jadeando de nervios. Definitivamente, no eres Frankie, el hijo (...), o sea que los pobres no saben muy bien cómo saludarte y tú muchísimo menos, a ti ni siquiera se te ocurre cómo diablos saludar a unos señores que no son tus padres ni tus tíos, ni unos amigos de tus padres o de tus tíos...<sup>532</sup>

Y la siguiente mucho más relajada porque "estaba permitido llorar un poquito (llorar hacia fuera quiero decir), porque eran lágrimas de felicidad"<sup>533</sup>.

Y por último, en el relato " Apples ", la estación es el lugar del único encuentro "posible" entre los protagonistas. Pero hay que hacer el esfuerzo mágico que abrirá el campo de las posibilidades, eligiendo una. Esta única esperanza -al lector se nos ha puesto al mismo nivel que la protagonista por unas horas- está en ese encuentro en la estación, que se resolvió más allá de la ficción, es decir "en ninguna parte", pero que nos da la opción de imaginarlo a nuestro deseo:

<sup>529</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.64.

<sup>530</sup> *Ibíd.*, p.189.

<sup>531</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.431-432.

<sup>532</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., p.96.

<sup>533</sup> *Ibíd.*, p.117.

Juan, hay una oportunidad en un millón de que me salve. Y todo depende de ti. Estoy loca, estoy completamente loca, pero de pronto estoy alegre y optimista porque todo depende de ti. Juan, tienes que llamarme aquí, no es imposible, no es imposible, estoy en la estación de Marsella, tienes que adivinarlo, ¿recuerdas que aquí nos conocimos?<sup>534</sup>

Un jardín muy parisino, el de Luxemburgo, y otro italiano, los jardines Sforza son lugares de encuentro, uno físico y otro interior de Pedro Balbuena y de Martín Romaña.

El parisino es el lugar del paseo literario de Pedro caminando "sur les feuilles mortes" de Edith Piaff (sic), para gozar de los árboles rojos del otoño, convaleciente aún de la pérdida de Virginia y sobre todo de Sophie. Y nadie le hubiera augurado -un poco escéptico ante una nueva relación- que entraría, silbando despreocupadamente con tonadilla *ad oc*, por una puerta del jardín, y que saldría por la otra horas más tarde, llevando de la mano

...a una niña de cinco años (Elodie), Elodie llevaba de la mano a un niño de cuatro años (Didier) y Didier (...) llevaba de la mano a una alta y resistente belleza bretona (...) (Claudine), que acaba de cruzarse en la vida de Pedro Balbuena.<sup>535</sup>

Y claro, se quedó con los tres.

En el otro jardín Martín y Octavia volvieron a encontrarse "emocional- mente". Aquí los dos se dieron cuenta que Octavia no había "invitado" al peruano a venir a Milán, si no que le había "rogado" que viniera. El descubrimiento, muy importante en matices, llenó de temor a Octavia. En este jardín nadie salió de la mano de nadie, únicamente Bimba "bella bellissima" salió más reconfortada de lo que entró.

### 3.1.5.-El espacio de la confinación

Curiosamente, el espacio de la confinación no resulta opresor para los personajes de la narrativa de Bryce que los padecen. Son tres los personajes y tres también las narraciones que se inscriben en estos lugares donde la libertad física está cancelada.

Uno de ellos, del que he hablado al referirme al espacio de la niñez, es el relato " Pepi Monkey ". Aquí el que narra la historia es uno de los hermanos protagonistas, recluido en un manicomio. Lugar "protector" como ya dije, que le permite contarnos los recuerdos intactos, porque no han sido mellados por ningún otro acontecimiento, al igual que el afecto de la hermana, que sigue visitándolo a su voluntad (logro que no conseguiría en la vida cotidiana):

Todo va a empezar a hundirse, empezaré a gritar, veré a las enfermeras corriendo hacia mí, me caeré, Tati, me hundiré una vez más como esa noche, me golpearé terriblemente, y una vez más en el fondo de todo esto encontraré la paz, volveré a estar a tu lado, estarás de visita, te habrán llamado. Una vez más, cuando termine de destrozarme entre pizarras que se quiebran, despertaré aliviado al ver que estás conmigo.<sup>536</sup>

Únicamente esta imagen: "las pizarras..." resulta agresiva, y marca, en el texto, el paso de una dimensión a otra.

Otro de los personajes que cuenta una historia que a su vez se la refirió a él su abuelo, mezclada con las acotaciones que el añade para matizar algún dato, del relato que da título a *Magdalena...* y es, precisamente, la "curiosidad" por conocer el final del relato que el abuelo contaba y se llevó a la tumba, la que da con él en el lugar de confinamiento: la cárcel. Dato que conocemos en el último momento, como uno más de toda la narración un poco como si fuera el final lógico de todos los acontecimientos. Y nos lo cuenta, además, como de paso hacia una queja:

...al mismo tiempo siga exigiendo que me permitan tener un piano en mi celda aunque lo único que saco es que me digan en qué siglo cree usted que vive, Goyoneche, pero yo jamás me

<sup>534</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.125.

<sup>535</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.86.

<sup>536</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., p.60.

cansaré de repetirles que soy un Goyeneche, por Dios santo.<sup>537</sup>

Y este personaje nos cuenta las rencillas de dos amigos irreconciliables, uno de los cuales era su abuelo. Y lo cuenta como a él se lo refirieron. Sólo al final y con la pasividad con que nos es narrada esta historia (sólo mueve a cólera al abuelo y también al nieto el que le cambien el apellido) sabemos que:

Yo no procedí de otra manera, cuando mi abuelita, cumpliendo con la voluntad de mi abuelo más allá de la muerte, se negó a pronunciar el nombre de don Eduardo Rosell de Albornoz tal cantidad de veces cuando traté de seguir averiguando sobre el misterioso pedo en Madrid, que por fin un día, porque para algo soy un Goyeneche, no un Goyoneche, por Dios santo, me dio el ataque de rabia que la estranguló. Y de entonces vivo en esta cárcel...<sup>538</sup>

El humor "casi negro" de este relato está en tratar un tema trascendente con entera frivolidad, mientras que a una frivolidad -el cambio de apellido- se le da un tratamiento trascendente.

Y el último confinado que narra su historia con lujo de detalles será Martín Romaña (Pedro Balbuena también fue ingresado en un manicomio tras el abandono de Beatrice, pero este dato pasa desapercibido), que como ya sabemos estuvo en un frenopático desintoxicándose, y en el que el espacio no sólo no fue opresor, sino que deseó quedarse allí, ante el verdadero temor de lo que podía pasar en la calle y sin Inés:

...pero como muy pronto empezó a gustarme tanto el Frenopático, hasta me agradó la noticia de que una recaída de la enfermedad anterior era prácticamente inevitable y podía prolongar las cosas.<sup>539</sup>

Bastaba con cambiar al loco de turno para que yo recuperase esa sensación esa sensación de seguridad, esa serenidad que tan bien me hacía dormir en el manicomio.<sup>540</sup>

Yo me quedo a vivir aquí, Inesita. Aquí quien puede hacerme daño tras tu partida, Inesita. José Luís me cuidará como loco tras su partida...<sup>541</sup>

Que alguien pruebe salir alguna vez del manicomio, para que vea las ganas que le entran de regresar inmediatamente.<sup>542</sup>

Y cuando sale del manicomio, Martín sufre "mono" y tiene que tranquilizarse yendo al cine a ver una película titulada *Locos*, con gran irritación de Inés que lo acompañaba:

Les expresé mi deseo de volver a ver *Locos*, por tercera vez, mientras llegaba la hora de la partida, porque además de todo Katharine Ross es sobrina nieta de Katherine Hepburn y yo tuve un abuelo...<sup>543</sup>

Es cierto que hay factores que hacen que este espacio resulte gratificante para Martín. Ha vuelto a la depresión y los hombres con "orejas-plátano" acechan por todas partes. Mientras que el manicomio, al ser un espacio cerrado, está "bajo control". Añadido al hecho de que sabe que Inés lo va abandonar en cuanto salga del recinto. Y en cierta manera su encierro le crea una tranquilidad -engañosa tranquilidad- al creer que así podrá retener a su mujer.

### 3.1.6.-Los objetos

...siempre he tenido un respeto definitivo por los símbolos de la felicidad perdida y prohibida.<sup>544</sup>

---

<sup>537</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena Peruana...*, o p. cit., p.188.

<sup>538</sup> *Ibíd.*, p.188.

<sup>539</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.578.

<sup>540</sup> *Ibíd.*, p.579.

<sup>541</sup> *Ibíd.*, p.584.

<sup>542</sup> *Ibíd.*, p.600.

<sup>543</sup> *Ibíd.*, p.600.

<sup>544</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.228.

Los objetos, ciertos objetos, son, para muchos de los personajes de Bryce, el verdadero entorno. El lugar físico en donde se materializan todos los sueños o "el oscuro objeto del deseo". Pudiendo llegar, incluso, a ser representantes válidos del personaje -voz escindida-, como ocurre con *Malatesta*, apodado, sin ambigüedades, *Alter Ego*.

### **3.1.6.1.-Malatesta**

Siguiendo el orden de la publicación de las novelas, el primer objeto que aparece, con ese carácter obsesivo que los identifica, es el perro de bronce de Pedro Balbuena, compañero infatigable de sus viajes a cualquier parte e interlocutor respondón. El primer *Malatesta* genealógico es el perro "de carne y lanas" de Sophie, el eterno amor de Pedro. El del protagonista, de "bronce macizo" (en todos sus vuelos pagaba exceso de peso), fue regalo de Sophie, un día de "buen humor".

Hay un hecho simbólico en el epílogo de la novela, titulado de hecho "Un cuento de Pedro Balbuena", en el que se relata el día en que el protagonista conoce a Sophie, y la llama Carole, como la muchacha de su imaginación, en esos primeros años de adolescencia. Ese día Pedro le pregunta a la desconocida: "¿Puedo ser la sombra de tu perro Sophie?". Frase que será profética. Pedro será la sombra de algo todavía más inanimado, un perro de bronce, bajo el que se esconde, naturalmente, quien se lo regaló. El protagonista lo descubre al final de los días en Perusa y en la historia. Serán los últimos gestos de una lucidez que no lleva ya a ninguna parte:

...Pedro Balbuena, hombre feliz, joven escritor recién desembarcado con un equipaje de ilusiones e ideas, sí yo, y qué otra cosa he sido Sophie, recién hoy he sabido hasta qué punto esa frase iba a ser verdad, si yo podía ser la sombra de tu perro...<sup>545</sup>

Por el perro de bronce o lo que es lo mismo por Sophie, Pedro tuvo problemas con todas las mujeres que frecuentó, menos con Claudine.

En Berkeley, en la fiesta que conoce a Virginia, Pedro lleva una bolsa que contiene el perro de bronce (es como ir con Sophie, pero sólo con los inconvenientes). Y así el encuentro viene marcado por esta presencia:

-¿Sabes su nombre?

-Pedro Balbuena. Me lo dijeron hace varios días. También me dijeron que es un loco simpático, nada peligroso, y que viaja siempre con exceso de equipaje a causa de un maletín en el que lleva un perro de bronce.<sup>546</sup>

Seguidamente y tras una larga perorata con el perro acerca del motivo por el que están en Berkeley, viene la presentación oficial:

-¿Quién es usted?

- *La dama del perrito*. ¿Y tú?

-Se llama Virginia. Mi nombre es Mike y ellos son Peter y Bob. ¿Cómo te llamas?

-Pedro Balbuena. Y mi perro, *Alter Ego*. Con lo cual creo que ahora queda todo aclarado, muchachos, y que no hay necesidad de que les pida perdón por algo que podría sucederle a cualquiera al ver por primera vez a Virginia. Mi *Alter Ego* simplemente se precipitó en su afán de ganarme por puesta de mano...<sup>547</sup>

Al día siguiente y en el hotel, al que llegó arrastrado por Virginia y una amiga, y en ese estado en que las palabras salen sin la voluntad del que las profiere, *Malatesta* sigue siendo el protagonista:

Pero había algo que Pedro deseaba saber con precisión, algo que lo preocupaba. Ya no le cabía la menor duda sobre lo de Sophie (...) Pero lo que necesitaba saber ahora era si había revelado el verdadero origen de *Malatesta*, si de puro borracho había terminado llamándolo *Malatesta* en vez de

<sup>545</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.240.

<sup>546</sup> *Ibidem*, p.31.

<sup>547</sup> *Ibidem*, p.33.